

OBRAS COMPLETAS DE MARIO ROSO DE LUNA

VOLUMEN III

BIBLIOTECA TEOSÓFICA DE LAS MARAVILLAS

(SERIE A.-TOMO III)

LA ESFINGE

¿QUIÉN SOMOS?—¿DE DÓNDE VENIMOS?

¿ADÓNDE VAMOS?



MADRID

PUBLICACIONES DE "HESPERIA", REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Calle del Buen Suceso, 18 duplicado.

1924

LA ESFINGE

¿QUIÉN SOMOS? –¿DE DÓNDE
VENIMOS? –¿A DÓNDE VAMOS?

Colección:

OBRAS COMPLETAS

Tomo III



1ª Edición Digital 2015

Sociedad Teosófica Española (<http://www.sociedadteosofica.es>)

Grupo Dharma, de Valencia (dharm@sociedadteosofica.es)

Rama Ceres, de Cáceres (teosofiaceres@yahoo.es)

Rama Hesperia, de Madrid (teosofiahesperia@gmail.com)

Pascual Pascual, miembro de la Sociedad Teosófica Española

Yerran grandemente los que confunden al Espíritu o inteligencia (*nous*) con el Alma (*psyché*). No menos yerran quienes confunden al Alma (*psyché*) con el cuerpo (*soma*). De la unión del Espíritu con el Alma nace la Razón; de la unión del Alma con el Cuerpo nace la Pasión. De aquellos tres Elementos, la Tierra ha dado el Cuerpo; la Luna ha dado el Alma y el Sol ha dado el Espíritu, por donde el hombre justo, consciente de todas estas cosas, es a la vez, durante su vida física, un habitante de la Tierra, de la Luna y del Sol.

PLUTARCO (*De Isis y Osiris*)

Terra tegit carnem: Tumulus circumvolat Umbra: Orcus habet Manes: Spiritus astra petit.

Famoso aforismo del clásico DENIUS.

PREFACIO

Una de las notas diferenciales entre el animal y el hombre, a lo que colegir podemos, es la facultad que tiene este último de dirigirse así propio las tres famosas preguntas de «¿quién soy?», ¿qué fui ayer? Y ¿qué seré mañana? Todos, desde el escéptico o el positivista más cerrado, hasta el soñador más iluso, se plantean a diario, bajo una u otra forma –principalmente bajo la forma del «nosce te ipsum socrático»–, problemas sintetizados en dichas tres interrogaciones pavorosas, tanto, que sin ellas ni aun la vida misma se concibe siquiera.

¿Veis esos niños rodeados de juguetes, que providentes les aportasen los «Reyes Magos» de sus padres? Pues el uno, en medio de sus pelotones de soldados de plomo multicolores, se cree, por no se sabe qué clase de mimetismo de ideas innatas o de reminiscencias de vidas anteriores, el propio general en jefe que los manda; mientras que el otro se figura ser el ingeniero que tiende sus vías férreas y compone los vagones deshechos en los choques de un jugar constante, y el de más allá canta como un futuro tenor de ópera, mientras que el otro pinta cual un nuevo Apeles, y el del rincón lejano cuenta y recuenta sus chucherías de urraca coleccionadora, del mismo modo y manera que cuenta cien veces sus doblas el avaro...

La naturaleza, que jamás procede por saltos, les inicia así en los futuros destinos que les aguardan, y quizá, también, les proporciona un lejano recuerdo de lo que ser pudieran antes de nacer a esta vida física con arreglo al principio profesado por muchos filósofos de que las cosas ni empiezan ni acaban aquí, sino que antes bien la cuna tuvo su «ayer»

y el sepulcro tiene su «mañana».

Porque, a bien decir, el presente no existe, sino que es un fugaz y continuo «devenir», una especie de «plano-sección.», que diría un geómetra, entre el futuro que llega y el pasado que se va, tanto que el hombre digno de llevar tan glorioso título apenas si vive en el mentido presente, sino que, conocedor de su día de ayer y de antes de ayer por la experiencia de la vida, procura adelantarse al día de mañana mediante la previsión, previsión que le hace sembrar el trigo en el otoño para recogerle en el verano, acumular en la época de bonanza para afrontar valiente las épocas de escasez y rechazar continuamente las falsas atracciones del vicio, sabiendo que si todas las cosas de este mundo están mezcladas de placer y de dolor, el vicio tiene el placer al comienzo y el dolor al final, mientras que la virtud es, al principio, penosa, produciéndonos luego inenarrable placer.

Además, la ciencia contemporánea ha sentado ya como indiscutibles unos cuantos principios que nos obligan, sin remedio, a una plenísima rectificación del ciego prejuicio escéptico y positivista del pasado siglo: el espectroscopio nos ha mostrado la unidad de la Materia en todos los astros del firmamento; el cálculo astronómico, la unidad sintética de la Fuerza, también en todos ellos, y la experiencia continua, además, la unidad de la Inteligencia en el Cosmos entero, por cuanto cada especie aquí en la Tierra actúa bajo cánones biológicos inmutables que, con geometría «inconsciente» se dice, hacen siempre cruciforme la corola del alelí, pentafolia la del pensamiento o de la rosa, y exafolia la de la azucena, y arriba en los cielos cada astro actúa en sus movimientos de un modo que debe

ser inteligente u obra inteligente también, toda vez que responde siempre, en armonía perfecta con la inteligencia del hombre cuando este último llega a conocerlos por la observación y por el cálculo matemático. ¿Cabe, en efecto, paralelismo más perfecto que el que media entre la Ley Inteligente del astro y la refinada inteligencia del astrónomo que calcula y profetiza un eclipse, o descubre por el cálculo inteligente también astros aún no vistos? Pues todo esto y mucho más que por la brevedad omitimos, acarrea como corolario lógico el que la Ley de Evolución abarca todo el Cosmos, o bien que el Cosmos «todo conspira a una finalidad suprema», con arreglo al viejo criterio teológico de los filósofos griegos y dentro del verdadero concepto de «Cosmos» o «Armonía», concepto en el que se enlazan «lo vario» y «lo uno».

Pero, aunque teóricamente no podamos ya negar esta Ley de Evolución que liga y solidariza a todo en el Universo, en la práctica diaria obramos como si dicha ley no existiese. Así, sabemos que la muerte se enseñorearía de nuestro planeta tan luego como le faltase el efluvio solar que en luz, calor, magnetismo, rayos X, etc., le nutren como la placenta de la madre nutre al feto, y, sin embargo de ello, emotiva, intelectual y moralmente nos consideramos perfectamente desligados del Sol y de los planetas vecinos, creyendo que aquí empezó nuestra evolución toda hace breves lustros, y aquí, en otros pocos lustros también, habrá de concluir, sin que ni la Luna, Venus, Marte, Mercurio, el Sol, Júpiter, etc., jueguen para nada ni en nuestro pasado moral e intelectual, ni en su futuro. Algo así como si, en un radio más corto, apoyados en la división actual de los continentes terrestres, nos obstinásemos en creer que el pasado, el presente y el

futuro, físico, intelectual y moral de Europa, por ejemplo, nada tuvo, tiene ni tendrá que ver con el de Asia, África, América u Oceanía, o como si negásemos la solidaridad histórica, intelectual y moral de las regiones y los pueblos de un mismo país, porque un mismo país, a bien decir, es toda la gran comarca planetaria de entre el Sol y Neptuno, comarca en la que, si fuésemos a establecer correctamente las dimensiones respectivas, la Tierra, a la que queremos limitar nuestra evolución, sería respecto del espacio ocupado por el sistema planetario menos que la cabeza de un pequeño alfiler o un grano de mostaza perdido en la más amplia plaza de toros... ¡Y no obstante, nuestro cretinismo nos quiere hacer pensar que en aquel corpúsculo empieza y acaba todo! ¿No sería preferible a esto el que viviésemos y muriésemos en perfecto estado de bestias?...

Pero, no; esto ya, felizmente, no puede ser, por cuanto la Naturaleza, en su progreso evolutivo, va cerrando tras cada sér las puertas del pasado, para empujarle y que abra él por sí propio las del porvenir, por lo que, si ayer, en nuestro cuerpo físico al menos, pudimos ser animales, y aun ahora tengamos no pocas reminiscencias y conexiones con ellos, hoy ya es diferente nuestra evolución como hombres, y mañana esta evolución nos habrá de llevar a otros estados superiores aún, al tenor del axioma cabalista de que el mineral, con la evolución, se transforma en planta; la planta, en animal; «el animal, en hombre; el hombre, en un espíritu, y el espíritu, en un dios».

Por eso, a todo evento, las interrogaciones famosas de la Esfinge tebana las tenemos siempre en pie, frente a nosotros y amenazadoras, sean ellas las que se dicen, o sean otras superiores que, alzando el velo del símbolo, podamos

esclarecer Una pequeña exploración histórica se impone, pues, recordando, ante todo, lo que el mito clásico nos enseña sobre el particular de la Esfinge tebana y de sus terribles simbolismos.

Según el mito griego que desnaturalizadísimo ha llegado hasta nosotros, la Esfinge fue un terrible monstruo femenino, hija de Tifón o Typhaon y de la serpiente Echidna o «La Quimera», y hermana de la Hidra de Lerma, el dragón Ladon, el león de Nemea y los perros infernales Orthros y Cerbero, etc. Hades, Ares, Hero, Dionysos u otros dioses, la habían desencadenado desde el monte Helicon en la Beocia, contra Thebas, la capital griega donde reinara Laio, esposo de Yocasta y padre de Edipo, para castigar la impiedad de aquellas gentes, que, ciegas de orgullo y de ignorancia, se habían apartado por completo de la religión primitiva. La monstruosa criatura, cuya cabeza y pechos eran de virgen coronada por tiara persa, el tronco de toro, las garras de león, las alas de águila y la cola de serpiente, se atravesaba pavorosa en los caminos beocios, y, envuelta en nube de misterio, proponía al espantado viajero este enigma: ¿Cuál es el animal que por la mañana anda en cuatro pies, en dos a mediodía y en tres por la tarde?..Aquel cuitado que no acertase a resolver el enigma de la Esfinge era por ella, en el acto, devorado.

Un gallardo y heroico joven, sin embargo, indignado ante tamaños estragos, que amenazaban acabar con toda la flor de la juventud del reino, se aprestó a afrontar el encuentro con la monstruosa fiera (NOTA: Hemos aquí ya, al empezar, frente a frente con el tema fundamental

de *Las mil y una noches*, en cuya Introducción aparece un sultán monstruoso y celoso, una verdadera Esfinge parsi-hindú, que sacrifica cada día a una doncella después de haberla llevado a su lecho la noche anterior, hasta que Scherezada, una hermosísima y heroica joven, hija del visir, se presta redentora a intentar la aventura de vencer al monstruo y redimir a sus congéneres y al mundo de tamaño tributo sangriento. En efecto, como es sabido, se ofrece espontáneamente: a compartir cual sus antecesoras el lecho del sultán; pero, antes de amanecer se hace despertar por su hermana Dinarzada –su Io superior–, y comienza a narrar al bárbaro sultán una concatenada serie de cuentos iniciáticos, con cuya magia mantiene suspensa la curiosidad de éste durante mil y una noches, nada menos, al cabo de cuyo lapso de tiempo logra amansarle en sus ferocidades y hasta hacerle su esposo, redimiendo así al mundo del oprobio de aquellos cruentos sacrificios

Por supuesto, los nombres mismos de «La-Io» e «Io-casta» o «Espíritu de Io» «Casta-Io», son una clara alusión a los viejos misterios atlantes que Edipo el ario está llamado a sustituir por otros en los que se dé cabida franca a la acción mágica de la mente humana venciendo gallarda al Destino o Karma con el viril esclarecimiento de las tres interrogaciones del misterio de la existencia, y todo candidato a la Iniciación en las verdades superiores de la mente ha de vencer del mismo modo a su propia Esfinge, a su Bestia o Cuaternario inferior, que es quien le mantiene aherrojado aquí abajo como a Prometeo en la cima del Cáucaso, o al gigante de los Eddas sujeto por las infinitas ligaduras de los enanos, o habitantes de Liliput, que diría el creador de Gulliver. FINAL NOTA). Este joven no era

otro que Edipo, el príncipe sin par, de quien el oráculo de Apolo en Delfos había dicho al nacer: «¡Este extraño Niño dará muerte a su padre, sin conocerle, y, sin conocerla tampoco, se casará con su madre, después de haber vencido a la Esfinge!»». Llega, en efecto, Edipo un amanecer a la brumosa y horrible región donde el monstruo se guarecía y, sin espantarse lo más mínimo por sus apariencias pavorosas, ni por el fatídico formular del enigma, parece que dijo «Ese sér singular y paradójico por el que me preguntas, ¡oh, criminal y despreciable quimera de la cobardía!, no es sino el sér humano, el cual en su niñez comienza andando en cuatro pies, luego se apoya noble en dos pies sólo, como no alcanza a lograrlo jamás animal alguno terrestre, y, por fin, cansado y exhausto en la vejez, se apoya en su báculo como en un tercer pie». Y al mismo tiempo que tal decía dio medio a tientas vigorosa estocada contra el monstruo.

Un baladro formidable, un alarido inaudito y un espantoso terremoto que amenazó arrancar de cuajo a las vecinas montañas, mostraron que Edipo había acertado en la respuesta, y la negra, emponzoñada sangre que destilaba gota a gota de la espada del héroe mostraba así mismo que la Esfinge había dejado de existir...

He aquí el mito de Edipo y la Esfinge tal y como puede verse en nuestras pobres enciclopedias europeas, las que añadir suelen, respecto de la infancia del héroe, que sus padres, Laio y Iocasta, atemorizados por lo espantoso del oráculo respecto de su hijo, «llamado, decía, a matar a su padre y a casarse con su madre», resolvieron deshacerse del niño, ordenando a un oficial de palacio que se le llevase al bosque y allí le degollase y enterrase. Pero el oficial, movido a piedad por su inocencia y su belleza, se limitó a dejarle

colgado por los pies, de un árbol, y a degollar un cordero en su lugar, cordero con cuya sangre tiñó las vestiduras para llevárselas a los padres en demostración de haberse consumado el sacrificio terrible. Cierta anciano pastor, que vagaba por allí, hubo de recoger al niño y educarle, haciendo de él, con los años, un vigoroso joven lleno de virtudes. El oráculo pudo así cumplirse, a pesar del crimen de Laio y de Iocasta para evitarle, pues que un día en que Edipo vagaba por el bosque, cazando, topó con su padre en un estrecho desfiladero donde ninguno de los dos quiso o pudo dejar el paso franco al otro, por lo que vinieron a las manos sin conocerse, y Laio fue muerto por Edipo. En cuanto a Iocasta, viuda, la ley concedía su mano a aquel que venciese a la Esfinge del modo que ya llevamos visto lo lograra Edipo.

Tal es lo cantado por Ballanche en su «*Antígona*», y por otros muchos poetas de todos los tiempos; pero nosotros, a fuer de teósofos-ocultistas, no podemos contentarnos en este capítulo preliminar, con la pobreza lamentable con que nos es presentado el sublime mito, sino que, antes de darle todo su alcance filosófico en capítulos ulteriores, necesitamos despojarle de los velos y de las groserías con que el espíritu decadente de los griegos y demás pueblos transmisores le han ido afeando y obscureciendo hasta llegar a nosotros.

Edipo, por de pronto, como tantos otros héroes de la fábula griega, no es un personaje histórico –aunque haya podido reinar antaño en Beocia un rey de este mismo nombre– sino un personaje simbólico y que, como tal, se encuentra, bajo otros nombres y velos, en todos los demás pueblos, reflejando en cada uno de ellos una faceta de la

Religión-Sabiduría primitiva y perdida. Así, el «Edipo» Beocio es el «Epimeteo» o «prometido de las Edades» del mito de Prometeo; es el Isaac hebreo a quien su padre Abraham, por monstruosa indicación del Jehovah cruel se muestradispuerto ainmolar, aunque luego inmole en su lugar «un cordero» –la eterna víctima expiatoria o «cordero de Io»– ; es también el Joseph, «Iosapho » o «Iosuphi» –«la sabiduría de Io»– a quien sus hermanos, envidiosos, van a sacrificar, limitándose al fin, por indicación de Rubén, el hermano mayor, a matar el consabido «cordero», tiñendo con su sangre las vestiduras de aquél, y llevándolas a su padre Isaac diciendo que «una fiera» –otra esfinge, sin duda– le acababa de devorar, siendo así que el joven, después de varias «adivincaciones», se hace señor del Egipto; es el Júpiter o «Io-pithar» de Hesíodo y de su teogonía, a quien su padre Saturno o Cronos, temeroso del oráculo que dijo le habría de destronar, pretende devorar al nacer, pero que es salvado por Juno-Jano y por los coribantes, dándole a engullir en su lugar un guijarro Bétilo o «piedra mágica» envuelta entre pañales, piedra que el viejo traga, bien ajeno a pensar que su hijo había, en efecto, de vencerle, mutilarle y desterrarle más tarde; es de igual modo Edipo el príncipe Asaf y otros varios héroes de *Las mil y una noches*, llevados al bosque para ser inmolados merced a la perfidia de una impía madrastra, mito que luego vemos en El Brabante y en otras comarcas alemanas transformado en la leyenda de los Siete hijos de Isomberta o Isis-Bertha y su jefe Lohengrin, Swan-Ritter o «El caballero del Cisne».

Pero donde más resalta la analogía y la nórtica filiación de la fábula de Edipo es en el mito protosemita de *Sagas* y *Nibelungos* que sirvió de base a Wagner para su maravillosa

Tetralogía de «El Anillo del Nibelungo» En él, como siempre acontece con todo cuanto se relaciona con los «Eddas» o «Vedas» escandinavos cuando se le compara con el mito griego, la adulterada figura de Edipo aparece en los héroes Sigmundo y Sigfredo con inusitado vigor. Sigmundo, en efecto, es un welsnugo, un rebelde, un eterno y perseguido «peregrino» sobre este mundo miserable que no es el suyo...; Peregrino de «pies hinchados a fuerza de caminar», que es también el místico significado griego del nombre *Oedipus*, nombre formado por las dos palabras clásicas de *τιμew* «tumeo», «entumecido», hinchado, y de *πός* o *ποδος*, pies! Peregrino y rebelde «lobo», acosado constantemente por las fieras esfinges o «perros» de los hombres envilecidos y sumisos al tiránico poder bastardo que tiene aherrojado en cadenas al humano «Pensamiento», errante «cometa», en fin, que cual Jesús, «el Hijo del Hombre», no halla donde reclinar su cabeza, y que, no obstante ser el predilecto de Wotan –el Jehovah hebreo, el Laios beocio, y Saturno-Cronos de Hesíodo–, se ve siempre atormentado por él, hasta el día en que cae rota su espada bajo el choque de la «lanza» de Wotan, y es luego muerto por el villano monstruo de Hunding. Pero al Sigmundo así aniquilado sucede pronto el sin igual Sigfredo, su hijo, quien, «no conociendo el Miedo», o sea «siendo todo Amor», logra fundir y forjar la Espada-Rota y matar con ella al monstruo Fafner, a la manera de cómo Krishna mata al monstruo Keshing y Edipo a la criminal Esfinge.

Traída así a este terreno de mitología comparada, la figura de Edipo toma caracteres de inusitada belleza, al par que da al traste con cuantas groserías ulteriores han

ido afeando al mito, es a saber: La Iocasta o «Io-Casta», madre primero y esposa luego de Edipo, no es sino la diosa Io, Isis, Diana o la Luna –la «casta fove Lucina» de la oda inmortal de Píndaro–, la antecesora o «madre» de la Tierra y de cuantos hombres adámicos hoy la habitan, la de los sublimes misterios, en fin, de la Vaca, en los que se «amamantan» todos los iniciados humanos, quienes acaban luego «desposándose» con ellos una vez que se han consagrado ya en el mundo a limpiarle de los monstruos de todo género que le asolan o asuelan, porque ya hemos dicho en obras anteriores infinidad de veces que estos «matrimonios místicos e incestuosos» de los que ninguna religión se ve libre en sus simbolismos, no son tales «matrimonios» en el muerto sentido de «unión sexual» en que inevitable y necromantemente le toman siempre los sensualísimos hombres, sino en el de «yoga», «unión», «consorcio inefable» del Alma «lunar» humana con el «solar» Espíritu que la cobija (NOTA: Este carácter asexual y simbólico de la unión de Edipo y de Io-casta se aprecia también en el nombre mismo de Antígona, su hija. Harto elocuente son, en efecto, las palabras griegas de *αντ* y *γόνη* que al nombre integran. Otra Antígona mitológica, además, hija de Priamo o de Laomedonte –el Laiomedo–, aparece en Ovidio (Metamorfosis, 6) como transformada por Juno –la diosa de la generación– en bellísima cigüeña, porque esta ave blanca y negra es, como sus análogas la golondrina, el ibis el cisne, etc., por su falta de otros colores, el símbolo universal de la a-sexualidad aquella característica de todos los misterios de lo oculto. FINAL NOTA).

De este modo, mil veces más sensato, más humano y verdadero, el mito de Edipo y la Esfinge se resuelve así:

«Laio o Laah-Io», literalmente, en la lengua sánscrita – madre más que hermana mayor del griego –, significa el Sol, o sea el «Espíritu cobijador», el «esposo de Io o la Luna». Sus cantos «solares», «arvales», «druídicos», «sálicos», etc., son los consabidos «lais», de los que está llena toda la literatura occidental tristánica y caballeresca del mito del «Santo Grial», «Tabla Redonda», «Caballería andante» y demás congéneres... Pero Laio ha cometido un gran crimen: el de interpretar odiosamente el oráculo de Apolo, creyendo que, efectivamente, había de darle muerte su hijo Edipo, y, en vez de sacrificarse a éste, como padre amante más interesado por el porvenir humano de su progenie que por sus propios y execrables egoísmos, trata de eliminarle, mandando darle muerte, cosa que impide providente el Karma o Destino. Y ese mismo Karma es el que hace más tarde que el vaticinio se cumpla, cuando tan fácil habría sido lo contrario, dado que «los astros, aunque inclinan siempre, jamás obligan». Edipo se desembaraza, en efecto, de él con aquella memorable frase de Sigfredo al romper a su vez en dos la «Lanza» de Wotan, de «¡desde que nací, un viejo se atraviesa en mi camino!....». Y después, como tal «bardo» o «rápsoda», entona el canto triunfal de haber limpiado de un gran monstruo el mundo, monstruo nacido de las debilidades y criminales condescendencias de Laio –la región madre los Lais o cantos primitivos, la perversa Atlántida–, y que muere tan luego como Edipo-Sigfredo ha conquistado el verdadero Conocimiento iniciático que supone el contestar debidamente a las tres preguntas consabidas...

Además, las preguntas de la Esfinge no son, en verdad, las que pasan por tales hoy entre nosotros, para necios

como para doctos. No. Las tres preguntas no se refieren sólo a la infancia, la virilidad y la decrepitud del hombre, sino de la Humanidad entera, es decir, al pasado, al presente y al porvenir de esta última, por lo que alguien más documentado las ha formulado así: «¿De dónde venimos, quiénes somos y adónde vamos?», y la respuesta en síntesis es, a su vez, la de que venimos –por nuestro cuerpo físico se entiende– de una evolución animal –los animales lunares–, como siempre se dijo en Oriente, o bien los mismos terrestres, como supone el darwinismo, y por eso hemos andado todos Humanidad y Hombre, en cuatro pies en los respectivos comienzos de nuestras sendas evoluciones. Hoy, en cambio, somos hombres, es decir, una suprema Dúada en la que por maravilla inefable el Ángel y la Bestia se unen, y sobre tales «dos pies» evolucionan en el presente la una y el otro. Mañana, en fin, cuando cada hombre en particular y también la Humanidad como conjunto sobrepuje esta evolución, los «dos pies» serán ya «tres», a saber, el elemento animal de la Bestia –o sea el cuerpo–, el elemento espiritual o «angélico» de la parte más excelsa, unidos ambos por un tercer elemento, o sea la Mente, el Raciocinio..., y esta concepción trina es, en efecto, la base de la clásica distinción de todas las lenguas sabias de «cuerpo», «alma o mente» y «espíritu», que también vemos hasta en San Pablo el iniciado cristiano, división ternaria, en fin, de la que, como dice la Maestra H.P.B. (NOTA: Iniciales con las que suele designarse por los teósofos a Helena Petrovna Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica. FINAL NOTA), se pasa fácilmente a la más perfecta, o septenaria de los pueblos de Oriente

No es de extrañar, después de todo esto, el que sea

«Thebas» el país de la fábula de Laio, Iocasta y Edipo, porque las Thebas, Thivas o Shivas de Beocia, de Tesalia y de algún otro lugar son la «Se-bas-te» o Bu-bas-te famosa de los misterios de la Vaca Io o Isis, es decir reflejos adulterados y empobrecidos de la *Thebae* o «Diis-polis magna» del Alto Egipto, la «Ape-s», o «Ape-t» hebrea del «buey Apis» consabido, la Ammon-Nu, o Medinet-Abu, «la ciudad de los Padres lunares o Pitris», a la que el vulgo conoce por sus templos celebérrimos de Karnak y de Luksor, templos enlazados aun hoy en sus ruinas por inacabable avenida de 1.400 o quizá 1.444 esfinges en pórvido o roja diorita.

Es más, tales esfinges primitivas egipcias, «masculinas y con cabeza de toro o de morueco» –el Ra indostánico, el Mithra parsi o el Osiris menfítico–, y «femeninas» las otras, cual la griega, alineadas a derecha e izquierda con análoga simetría a la de la célebre «galería de las momias» de los primitivos mayas (*De Sevilla al Yucatán*, pág. 329), no eran sino símbolos de esas tremebundas Lilith, o de esotras amables diosas Kemmi, la cual, como dice H.P.B., sembraba de terror el alma del candidato a la iniciación, haciéndole exhalar el supremo grito de angustia de su todavía humana y carnal naturaleza, y eran llamadas Neb, de Nebo el Sol, «el Señor», con lo cual, dicho sea de paso, todo el mágico culto nabateano de Oriente y de los nahoa o «nabateos» de México entra también a formar parte del frondosísimo «Árbol de la Esfinge».

Las Esfinges egipcias, por otra parte, y los famosos «toros alados» de Korsabah con tiara y tres pares de cuernos, del palacio del S.O. de Nemrod en Babilonia y de otros templos persas, son una cosa misma. Grandiosos, graves y

pavorosos «protectores», unos y otros, de los templos a los que conducían, podían, bajo la teurgia de los sacerdotes respectivos, proferir voces de oráculo, frases intimidadoras del atribulado candidato para que se abstuviese de lanzarse temerario a la aventura iniciática, donde parece cierto que jugaba la vida. Por eso, como el «cercó de llamas» encendido por Wotan en torno de su dormida hija la walkyria Brunhilda y que sólo podía desafiar un héroe como Sigfredo-Edipo, las esfinges parlantes de las avenidas de Karnac-Luxor de Dióspolis, las de Heliópolis, las de Sebna en la baja Nubia, las del Nilo, etc., las pétreas esfinges eran verdaderos Terafines o «aparatos de adivinación y de iniciación» como el de Terah, con «voz» de la que H.P.B. ha dicho en su *Isis sin Velo*:

«En nuestros estudios de Oriente aprendimos que los llamados «misterios» no son tales misterios. Nombres y lugares que para las inteligencias occidentales son viejas fábulas de Oriente, nos cercioramos de que eran realidades efectivas. Devotamente nos dirigimos en espíritu al interior del templo de Isis en Sais, a levantar la punta del velo de «aquella que era, es y será»; a mirar a través de un desgarrón de la cortina del Sancta Sanctorum del templo de Jerusalén y también a interrogar a la misteriosa Bath-Kol en el interior de las criptas que existían debajo del sagrado edificio. La «Filia-Vocis», la hija de la Voz Divina contestaba desde el propiciatorio, detrás del velo, y la ciencia, la teología y todas las hipótesis humanas nacidas de conocimientos imperfectos perdían para siempre ante nuestros ojos su carácter autoritario. El Dios viviente había hablado por medio de su único oráculo: el Hombre, y estábamos satisfechos. Un saber semejante es inapreciable, y

ha permanecido oculto sólo para aquellos que lo desdeñan, niegan o ridiculizan».

Las esfinges, guardadoras fieles de los misterios nocturnos de Baco o Dionysios, con sus mágicas voces de misterio, eran, pues, las encargadas de ahuyentar a los profanos imprudentes para que no perturbasen la celebración de los misterios sabacios, délficos, etc., misterios donde, de un modo palpitante y dramático no poco semejante a nuestras actuales representaciones wagnerianas, toda la historia de las «peregrinaciones del Alma humana», desde que, cual rutilante astro que cae –el «Lucifer» o «Estrella de la Mañana» de Isaías–, dejara las celestes mansiones, para mezclarse aquí abajo con el impuro barro de nuestros cuerpos, hasta que, dejando luego este cieno de su caída se iba elevando y purificando gradualmente, hasta retornar a su mansión primera después de haber cerrado como un astro su ciclo evolutivo.

Y tan cierto es este símil nuestro en las representaciones de los poemas musicales wagnerianos, que, según los exploradores del misterio egipcio de la Esfinge de Gizeh en Menfis (NOTA: Esta esfinge menfítica, vecina a la gran pirámide de Gizeh, es la mayor de todas las conocidas, pues mide 20 metros desde lo alto de la cabeza hasta el fondo de sus garras, enterradas en la arena, y desenterradas, primero por Carlgia en 1818, y luego por Mariette Bey En su Interior contiene un pequeño templo, antecámara más bien del gran templo Iniciático de la vecina pirámide, con la que mantenía secreta comunicación subterránea, templo aquel al que se sube por 33 escalones Exhornada esta esfinge en su pecho por jeroglíficos a Thoutmes IV y a Ramses el Grande (el Thot-Hermes y el Rama simbólicos, más bien), parece ser

que en tiempos posteriores han sido hechos frente a sus garras delanteras sacrificios a Ra, el Sol, o el Cordero, en demanda de oráculos. Por causa, sin duda, del sigilo iniciático, no han hablado de ella Herodoto, Diodoro ni Estrabón, y si sólo Plinio. FINAL NOTA), ésta más primitiva y mayor de las esfinges conocidas (Maspero) estaba tallada en la viva roca, en el centro de un anfiteatro o doble teatro circular «labrado en derredor», con todas las características que en la página 324 *De Sevilla al Yucatán* hemos asignado a las «pistas» iniciáticas. «Leones de la negra noche», «padres-madres del indecible espanto», como las suelen llamar los árabes beduinos en sus inacabables marchas por la desolación de los desiertos de arena, las esfinges de todo tiempo tenían en sí un elemento sibilino, vidente, profético y hasta musical que ha llegado hasta nosotros representado en esas bellísimas monedas griegas de Chios, de lirias y antorchas cruzadas, símbolos de la armonía del emancipado pensamiento, y también en infinidad de vasos, ánforas, camafeos, amuletos, piedras preciosas, metopos de Troya, etc., etc. Porque todo problema del brumoso pasado, del presente triste y del futuro incierto, es, a bien decir, UN PROBLEMA DE LA ESFINGE.

Pero la Esfinge de esfinges es la vida misma del Hombre sobre la Tierra, porque todos cuantos actos realiza sobre ésta responden a la lucha nacida de alguna de las tres interrogaciones formidables. Los vulgares, los del «hoy», al luchar por la satisfacción de necesidades puramente materiales, vence así a la Esfinge de cada día que le quiere cerrar el paso diciéndole: «¿Quién eres tú, que así me

desafías? ¿Qué así pretendes conservarte por tu propio esfuerzo productor en una tierra sometida a mi dominio y no al tuyo?». A los hombres más evolucionados ya, los que por mirar no sólo al presente sino al porvenir, pueden y deben llamarse «previsores», «pro-míteos» según la verdadera etimología, también les pretende detener la Esfinge, interrogándoles a dónde van y qué se proponen con sus previsiones inútiles, que un golpe del Destino casi siempre llega fatídico a deshacer. Y no digamos de aquellos otros que constituyen la parte más elevada de la Humanidad: los que interrogándose a sí propios, sin que monstruo simbólico alguno les interroge, y comiendo heroicos previamente de la fruta paradisiaca de la Ciencia del Bien y del Mal., o sea desarrollando los mágicos poderes de su mente, se esfuerzan por sí en saber el pasado y el futuro con Historia y con la Ciencia que ellos mismos se crearon por su esfuerzo.

Estos últimos hombres, en franca evolución ya de héroes y de paganos semidioses, son los Edipos de cada edad; los que luchan con la Bestia Ladradora los que preparan futuros destinos de paz, de luz y de felicidad para sus hermanos menores, encendiendo en la llama del Sol, por su propia mano de titanes, la antorcha del Pensamiento, y los que matan al par a todos los Laios funestos a los Hunding-perros, a los malvados, en fin, de todo género, que, vencidos antaño por la Esfinge de tristísimas inercias, son ahora sus despreciables esclavos, sin más obligación que la de traicionar a sus hermanos mayores, aquellos que precisamente vienen a redimirlos de las cadenas que ellos solos, y no esfinge alguna, se forjasen con su falta de virtud, o sea de energía, de «virilidad» –«vir», varón, en lengua

latina–, entregándose como siervos de aquello mismo de lo que deberían ser señores, y faltando a su misión en esta Tierra miserable, a la que bajarán para en ella laborar cual minúsculos Cosmocratores de las Teogonías...

La Esfinge, en fin, no es sino «El Habitante del Umbral», de los cabalistas, tan admirablemente descrito en el *Zanoni* de Bulwer-Litton; el karma ancestral de las pasiones de cada candidato que remonta por el estrecho Sendero; el Ángel negro con el que todos los Moisés tienen que pelear antes de ser maestros de la Compasión, Hermanos mayores, Conductores de hombres o Pastóforos; inercia psicofísica, opuesta siempre al progreso espiritual; la obscuridad de la resultante del Destino, en suma cuyos componentes son todos los factores fatales del pasado y todos los actos libres para el futuro.

Por eso en el estudio de «La esfinge humana» se cifra enteramente el problema de la Filosofía y en el simbolismo terrestre, al par que sexual, de la cruz en el Círculo, ella está representada por el palo transversal u horizontal, en ángulo recto siempre con el palo vertical, que, de abajo a arriba demarca los ascensos progresivos o evolutivos. En el punto único de semejante cruce se cifra la batalla de la Vida: si nuestra conciencia yace en el brazo inferior, por bajo del horizontal de la Esfinge, somos sus esclavos; mas si aquella luz interior se sitúa en el brazo de por cima, o sea sobre el palo transversal y «esfingeo», somos los señores de la Esfinge, que así resulta muerta por nuestro heroísmo.

Por eso también en los emblemas astronómicos, mientras que la Tierra, nuestro pobre mundo caído, yace con su círculo bajo la Cruz y bajo la Esfinge, Venus, su planeta superior del que bajarán, dice la tradición

secular, los primeros Grandes Adeptos-Guías, tiene por símbolo ya el del Círculo sobre la Cruz y sobre sus dolores, definitivamente superados o trascendidos.

Porque el sexo, en sí, es quizá el más hondo de los problemas de la Esfinge, y de aquí también el que la clave sexual sea la más baja de las siete del Misterio y haya sido poseída por no pocos pueblos antiguos, incluso el pueblo hebreo, quienes, en tal orden de ideas, descifrarán, por tanto, el enigma de la Fiera. Los famosos Reyes de Edom bíblicos, o sean los hombres de las primera y segunda Razas humanas, cayeron precisamente porque, al carecer del sexo y de sus «crucifixiones» simbólicas, fueron desechados por la creciente evolución como imperfectos, mientras que los hombres de las Razas tercera, cuarta y quinta, o actual, al caer en el sexo, o sea bajo el imperio de la Esfinge cruel, cayeron para en él vencerla al sentirse «hombres» por encima de la sexual animalidad y «renunciadores» en el sacrificio sublime que en el sexo y en su consecuencia, que es el hogar, se simbolizan. Así se dice en las teogonías védicas que los Rishis (kabires, Dióscuros, Penates, Amsaspend, Elohim, Angeles planetarios, etc.) se sometieron a la terrible Ley que les hiciera primero esclavos y luego señores de la Naturaleza física, Naturaleza sostenida por el sexo, pero por el «sacrificio de soma» transcendida.

Todo lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos, está por eso compendiado en el misterio de los Rishis orientales, ya que, como a otro propósito dijo San Agustín, de la Divinidad hemos venido y a la Divinidad habremos de volver, una vez cerrado el ciclo evolutivo, ese ciclo que, como todas las ruedas, cae más, pero se levanta también más, mientras mayor es su radio...

CAPÍTULO PRIMERO

EL EDIPO HUMANO. EL ETERNO PEREGRINO

El lied de Matilde Wesendonk. – La Ley del hombre es el eterno caminar. – Camina también el Sol, el planeta y hasta la roca. – El Brahmá-Vishnú-Shiva eternos. – ¡En el principio era el Ritmo! – La Rueda que viera Siddartha en su meditación, y el modo de liberarse de ella. – El «matar a la Muerte» y San Pablo. – Doctrinas jainas y budhistas. – El héroe-viajero o peregrino eterno. – Su prototipo en el Prometeo, de Esquilo. – El origen del mal físico. – El terrible cruce de dos evoluciones de distinto radio o alcance en el hombre. – «Prometeo» es el símbolo de las entidades colectivas o «Helohinas». – Las dos evoluciones antedichas y el mito del Paraíso. – «El judío errante» y Edipo. – Una hermosa poesía de Rabindranath Tagore. – Las fuentes de la vida. – el Amor o «Eros». – El descanso o «nirvana» del eterno peregrino. – La vida como limitación y su ley de contraste «el caminar eterno». – Los falsos misticismos del «orar» sin «laborar». – El Dios que late en el fondo de cada sér y al único al que se debe paz. – Enseñanzas de la misa católica y de La luz de Asia. – El Buddha y la primavera. – Dioses y hombres. – La rueda de la transformación del «devenir» eterno y continuo.

«Altas bóvedas coronadas de verduras; baldaquinos de esmeralda; árboles, hijos tropicales de lejanas zonas ¿por qué os quejáis?; ¿por qué languidecéis?...En silencio inclináis al suelo vuestras ramas, trazando en el aire misteriosos signos. Mudos prototipos del sufrimiento eleváis a lo alto vuestro dulce aroma. En vano tratáis de extender vuestros brazos como una estéril súplica a lo infinito, y, en vuestra impotencia abrazáis con ilusión la nada gris del desierto vacío...Bien lo sé, pobres plantas; vuestro sino es idéntico a mi tristísimo sino... Aunque rodeados de luz y de esplendores ¡NUESTRA PATRIA NO ESTA AQUÍ!... »

Lied de Matilde Wesendonk, IM

TREIBHAUS (*En el invernadero*)

(NOTA: Este lied de la amada de Wágner sirvió de base como es sabido, a la magna obra musical que lleva el nombre de *Tristán e Iseo*. (Véase este epígrafe en nuestro *Wágner, mitólogo y oculista*). FINAL NOTA)

Cualesquiera que sean nuestras opiniones filosóficas acerca de las tres interrogaciones de la esfinge tebana, no habrá nadie seguramente capaz de pensar que la inercia, y no el movimiento incesante y anheloso, sea la ley del hombre desde que nace hasta que muere. El «mejor que de pie, sentado; mejor que sentado, echado, y mejor que echado, muerto», de la célebre dolora de Campoamor, podrá quizá ser la voz de los falsos anhelos de nuestra carne, pero no la ley de nuestra alma, barquilla viajera, siempre agitada por las olas del mar de la vida, bien con dulces vaivenes de ilusiones, bien con embates de tempestad y de dolor.

Una voz secreta, augusta, indefinible: la voz de nuestra conciencia psicológica, como la del sino al Judío Errante de la leyenda, nos grita constantemente al oído: «¡Anda, anda, anda!» Y es inútil el resistir, porque la ley de la vida toda es el cambio, el movimiento hacia una meta ilusoria

por nadie alcanzada jamás.

Cierra nuestro planeta su círculo translático en torno del Sol con movimiento constantemente acelerado o retardado en el curso de un año, y, sin embargo, cuando este círculo o eclipse podría darse por cerrado, resulta que como el Sol se ha trasladado a su vez millones y millones de leguas en dirección de las constelaciones de «Hércules» o de la «Lira», este pretendido cierre de la órbita de la Tierra o vuelta al mismo punto, no es en el espacio sidéreo sino como una simple ondulación, una epicicloide, un paso de rosca en un tornillo sin fin, algo así, en suma como la forma que afectan los anillos de la serpiente cuando se desliza cautelosa por el suelo, que no en vano los antiguos sabios llamaron por eso a los astros «serpientes y dragones de la celeste Sabiduría».

Cierra al parecer la Luna su órbita en torno de la Tierra en veintinueve días y medio, y, sin embargo, tampoco la cierra en realidad, como pudiera creerse, dado que la Tierra, mientras tanto, no ha quedado fija en un punto como el centro de aquel círculo o eclipse, sino que se ha trasladado de lugar arrastrando consigo al satélite y obligándole a trazar su camino serpentíneo a un lado y otro de la órbita terrestre, que ya hemos visto ser otra como serpiente también.

Cierra, en fin, la roca inmóvil de la cumbre, llevada por la masa del planeta, su ciclo diurno de rotación; mas en pura mecánica celeste, no por eso vuelve a ocupar tampoco el mismo punto del espacio planetario que el día anterior, porque la Tierra en ese breve tiempo ya se ha alejado del lugar en que se hallaba, millones y millones de leguas también...

Si, pues, todo es movable y todo camina en nuestro universo, ¿cómo pretender el que estemos emancipados de tan sublime ley? La estabilidad es la muerte; el cambio es la vida, y entre este par de contrarios, todo poderosos y hermanos inseparables, se desenvuelve el hilo de nuestras existencias, hilo tejido no por las tres parcas greco-latinas, ni por las tres normas norsas, sino por las «normas» eternas del Movimiento Cósmico, cuyos respectivos símbolos –no dioses como cree el vulgo– son *Brahmá*: el crecimiento germinativo, el movimiento progresivo de todo lo que nace y se dilata; *Shiva*, el decrecimiento vital, el cíclico movimiento regresivo de todo cuanto se contrae y muere, y en medio, *Vishnú*, el equilibrio, la ponderación de cada día entre lo que va naciendo y lo que va muriendo, equilibrio ilusorio, fugaz, inestable, relativo –con relatividad filosófica a lo Einstein–, hijo solo de la limitación, de la inercia, de la forma cambiante, forma que jamás es igual a sí misma en dos momentos sucesivos por vecinos que ellos se encuentren entre sí... (NOTA: Por eso Edwin Arnold, en su preciosísima «Luz de Asia o La Gran renunciación» ha podido poner en boca de los elementales del viento o «maruts» estas dulces endechas para estimular a Siddartha a que haga la gran renunciación:

«Somos las voces del viento vagabundo que suspira por el reposo, sin hallarlo jamás. Tal es el viento y tal es también la vida mortal: un lamento, un suspiro, un sollozo, una lucha y una tempestad continuada.

No podemos saber la razón de nuestra existencia, ni el origen, ni el manantial de la vida, ni su objeto: somos, como vosotros, los fantasmas de la nada. ¿Qué dicha hallar podemos en nuestro dolor, el cual cambia sin cesar? ¿Qué

placer en una felicidad que es mutable? Si el amor durase podría dar la felicidad; pero la vida es como el viento; todas las cosas no son sino voces pasajeras que soplan sobre cuerdas vibrantes. Porque vagamos sobre la Tierra, ¡oh, hijo de Maya!, es por lo que gemimos en estas cuerdas; no cantamos la alegría, porque vemos muchos dolores por doquiera e infinidad de ojos que lloran y de manos que se tuercen en la desesperación...

Pero en medio de nuestros gemidos no podemos sino burlarnos de tales penas, porque sabemos lo que no saben los hombres, esto es, que la vida mortal, a la cual necios se aferran, es sólo una vana apariencia. He aquí, pues, oh tú que debes ser el Salvador de ellos, que tu hora se acerca. El triste mundo se ahoga en su miseria; se bambolea y debate en su círculo de dolor. ¡Levántate, hijo de Maya!; ¡cesa de descansar y despierta! Somos las voces del viento vagabundo; vaga también, ¡oh Príncipe!, para encontrar tú reposo; abandona tu amor por el amor de todos los seres amantes; ten piedad del dolor y deja tu jerarquía para aliviar la angustia y llevar a cabo la liberación. Así suspiramos al pasar por las cuerdas de plata, para ti que no conoces todavía nada de las cosas de la Tierra; así hablamos y nos burlamos al pasar de esas apariencias con las cuales juegas.»
FINAL NOTA)

«¡En el principio era el Ritmo!», ha escrito inspirado Wáagner contemplando esta ley, y el ritmo no es sino el caminar...; ¡el eterno caminar de Edipo, sin que se canse jamás su alma, aunque se le hinchen de tanto andar los pies, y aunque de espaldas a la luz, como dijo Platón, tome ciego por realidades las sombras que se proyectan en las paredes de su terrestre calabozo, en el que cayó al nacer y del que

había de libertarse glorioso al morir, que no es sino volver a nacer en otro mundo nuevo!...

Tal es la Rueda, la terrible Rueda, de la que Siddartha, «el Maestro del Nirvana y la Ley», pretendió libertar al hombre en sus meditaciones, bajo el Árbol Boddhi o de la Sabiduría, diciendo:

«...Una vez comenzada la vida, cualquiera que sea su lugar de origen y su causa, recorre su ciclo de existencia, ascendiendo del átomo al gusano, al insecto, al reptil, al pez, al pájaro, al cuadrúpedo y, por último hasta el hombre, el demonio, el deva y el dios, para descender nuevamente a la tierra y al átomo. Así es como estamos emparentados evolutivamente con todo cuanto existe. ¡Si el hombre, pues, pudiese salvarse de esta transmigración, el mundo entero participaría en la obra de disipar esta horrible ignorancia, cuyo mudo temor es la sombra, y la crueldad el salvaje pasatiempo! ¡Si, si, alguien puede salvar al mundo y deben existir los medios! ¡Un refugio santo debe de haber contra todo esto! Los hombres perecieron helados por los vientos del invierno hasta que a uno se le ocurrió hacer saltar del silex la viva chispa, partiendo del fuego solar que se ocultaba en la piedra fría. Se hartaban de carne, como lobos, hasta que uno de ellos sembró el trigo, que brotó como una pobre yerba, y que hace vivir, sin embargo, a los hombres. Estos gesticulaban y balbucían solos como monos, hasta que una lengua inventó la palabra y los dedos pacientes escribieron el sonido de las letras. ¿Qué don poseen mis hermanos que no provenga de la investigación, de la lucha y del sacrificio inspirados por el amor? Si pues un hombre en las condiciones mías, que lo tiene todo para darlo todo, abandona esto por el amor de los hombres y

gasta su propia vida en la investigación de la verdad para arrancar el secreto de la liberación –ora se oculte éste en los infiernos o en los cielos bien permanezca ignorado en el seno de las cosas o en nuestro propio pecho–, al final, no sé cuándo ni cómo, se alzarán ante sus ojos desgarrado el velo de tinieblas; hollarán ya el sendero de liberación sus pies doloridos y alcanzará el fin por el cual ha renunciado al imperio del mundo ;Y LA MUERTE ENCONTRARA A SU SEÑOR!».

Este «matar a la Muerte», que resplandece también en el capítulo XIV de la Epístola primera de San Pablo a los de Corinto, equivale al destruir la fatalidad con la libertad, la ignorancia con el conocimiento y la tiranía de las leyes naturales con el definitivo señorío sobre ellas, señorío que algún día habrá de lograr la Humanidad, cuando sus individuos comprendan todos que «somos dioses y lo hemos olvidado en nuestra caída», como dicen contestes los grandes Iniciados, ya que en un verdadero despertar al mundo de la Verdad consiste la Iniciación (NOTA: Esta materia importantísima está desenvuelta más por extenso en el epígrafe de igual título de nuestro libro *Hacia la Gnosis*; en el capítulo X de *Gentes de otro mundo*, y en el capítulo VII de *El libro que mata a la muerte o libro de los Jinas*).

«Muchas de las ideas del buddhismo primitivo (no el de Gautama) –añade H.P.B. en *La Doctrina Secreta*– pueden encontrarse en el brahmanismo. Los teólogos buddhistas ilustrados insisten en que el culto de Buddha posee muchísimos más títulos de antigüedad que cualquiera de las deidades brahmánicas de los *Vedas*, a los cuales llaman los brahmanes literatura secular. Dichos sabios buddhistas

demuestran que los brahmanes vinieron de otros países y establecieron su herejía sobre las *deidades* populares ya admitidas conquistando previamente el país con la espada y logrando sepultar la verdad al par que edificaban una teología propia sobre la ruina de la más antigua Buddha, la cual había prevalecido durante siglos. Ellos admiten la divinidad y la existencia espiritual de algunos dioses vedantinos, pero, como en el caso de la jerarquía angélica cristiana, creen que todas estas deidades están en alto grado subordinadas hasta a los Buddhas encarnados. Tampoco reconocen ellos la creación del universo material, al que consideran que ha existido siempre espiritual e *invisiblemente* desde toda la eternidad y fue hecho visible solamente a los sentidos humanos. Cuando el universo apareció por vez primera fue llamado del reino de lo invisible al de lo visible por el impulso de Adi-Buddha, la «Esencia». Cuentan ellos además con otras veintidós apariciones análogas del Universo, gobernadas por otros tantos Buddhas, y otras tantas destrucciones de él mismo por el fuego y el agua en sucesiones regulares. Después de la última destrucción por las aguas a la conclusión del ciclo precedente cuya cifra exacta es secreta, el mundo, durante el presente Kali-yuga, ha sido regido sucesivamente por cuatro Buddhas, el último de los cuales ha sido Gautama, el «Santo». El quinto, Maitreya-Buddha, aún está por venir, y es el esperado Rey-Mesías Cabalístico, el Mensajero de Luz, y Sosiosh, el Salvador persa, que vendrá en un caballo blanco. Es también el segundo advenimiento cristiano del que se habla en el *Apocalipsis*. Ni Adi ni los otros cinco Dhyan-Buddhas se han reencarnado jamás, y sus cinco emanaciones son otros tantos Avataaras.

Christos, como una unidad, es sólo una abstracción, una idea genérica que representa la agregación colectiva de las innumerables entidades espirituales que son las emanaciones directas de la infinita, invisible e incomprensible CAUSA PRIMERA –los Espíritus individuales de los hombres, erróneamente llamados «alma», los individuos hijos de Dios, de los cuales sólo vislumbran algo la generalidad de los mortales–. Algunos de ellos permanecen para siempre convertidos en Espíritus planetarios, y otros, la más escasa minoría, se unen durante la vida a algunos hombres. Así, estos tales seres, semejantes a Dios como Gautama Buddha, Jesús, Tissoo, Krishna y otros pocos han estado permanentemente unidos con sus Espíritus, pasando así a la condición de dioses en la Tierra. Otros, tales como Moisés, Pitágoras, Apolonio, Plotino, Confucio, Platón, Jámblico y algunos santos cristianos, por haber estado así unidos a intervalos, han tomado en la historia la categoría de semidioses y directores, de la Humanidad. Una vez separados de sus tabernáculos terrestres, libres desde entonces sus almas y unidas estas para siempre con sus espíritus, vuelven a unirse a toda la hueste luminosa, la cual está ligada por la más perfecta solidaridad de pensamiento y de acción, siendo llamados «los ungidos». De aquí la significación de los gnósticos, quienes dicen que «Christos» sufrió espiritualmente por la Humanidad, implicando con ello que su Divino Espíritu fue el que principalmente sufrió. (*Isis*, tit. II, cap. IV.) Estas y aun más elevadas eran las ideas de Marción, «el gran heresiarca», como le llaman sus contrarios Epifanio e Ireneo».

Y así es fácil establecer el nexo entre el cristianismo y el buddhismo, no lo es menos el establecerle a su vez entre

el buddhismo y el jainismo, y en general el de todas las religiones en punto al problema que nos ocupa. FINAL NOTA).

Por eso la literatura universal, con las llamadas epopeyas a la cabeza, gira siempre en torno de un héroe, un viajero, un peregrino luchador, que, inflexible como un astro, camina constantemente hacia un ideal, pese a cuantas esfinges pretenden, en vano, detenerle, ora con las seducciones de las Asparas o de las Kundrys, ora con las amenazas de los Keshin o de los Fafner, Caballeros llamados en la Edad Media *andantes*, son éstos, porque, en efecto, siempre están andando, sin dormirse moralmente jamás, escudados en la virtud, que es «cualidad de varón», y atraídos por la Dama de sus pensamientos, la Tríada Superior que preside a sus actos; pero, por lo mismo, crucificados siempre por cuantas esfíngeas quimeras y sombras han de dejarle franco el paso por ley cósmica de ponderación de fuerzas, siendo la de aquél nativamente superior a la de ellas.

Y todos los héroes de las epopeyas tienen a su vez un sublime prototipo en el clásico Prometeo, o en el gigante Imir de los Eddas, sujeto en tierra por las cuerdas invisibles de los liliputienses, porque el mismo significado de Prometeo, o «Pro-mitor», el que ve y percibe, le muestra como a tal héroe por encima de todos los hombres vulgares, ya que, según indica la maestra H.P.B., «Esquilo en su divina tragedia de *Prometeo encadenado*, que dicen le costó la vida por revelar en ella misterios iniciáticos, asegura que uno de los mayores dones del rebelde titán para con los hombres aquellos fue el de no permitirles vieses en lo porvenir como él veía», al tenor de la sentencia de la *Luz en el Sendero* cuando consigna: «antes de que los ojos puedan

ver, tienen que ser incapaces para llorar; antes de que el oído pueda oír, tiene que haber perdido su sensibilidad, y antes de que el neófito pueda hablar en presencia de los Maestros ha de haber lavado sus manos en la sangre del corazón».

La inmortal autora de *La Doctrina Secreta* tiene sobre este particular del viajero Prometeo, «el que fue y volvió» de la tierra al cielo para traernos el inestimable don del pensamiento con el que nos igualamos a los dioses, estos sublimes pensamientos que debemos meditar largamente:

«En su revelación final, el antiguo mito de Prometeo, cuyos prototipos y antetipos se encuentran en todas las antiguas teogonías, se halla en cada una de éstas en el origen mismo del mal físico, porque es la entrada de la vida física humana. Cronos es «el Tiempo», cuya primera ley es la de que el orden de las fases sucesivas y armónicas en el proceso de la evolución cíclica se conserve estrictamente bajo la severa pena de un desenvolvimiento anormal con todos sus terribles resultados. No estaba, no, en el programa del desarrollo natural el que el hombre, por más que sea un animal superior, se convirtiera desde luego, intelectual, psíquica y espiritualmente en el semidiós que es en la Tierra, mientras que su constitución física permanece más débil, más impotente y efímera que la de cualquiera de los grandes mamíferos. El contraste es demasiado grosero y evidente, y el tabernáculo demasiado indigno del dios que en él mora. Así el don de Prometeo se convirtió en una maldición, aunque *sabida de antemano y prevista* por la Hueste de entidades excelsas sintetizadas por este simbólico personaje, según su propio nombre demuestra. En esto se hallan fundados su pecado y su redención a la vez, pues la Hueste de seres que encarnaron en una

parte de la Humanidad –los Edipos viajeros, si se quiere– prefirieron el libre albedrío a la esclavitud pasiva, el dolor y hasta la tortura intelectual consciente «durante miríadas de evones», a una beatitud instintiva, imbécil y vacía. Sabiendo que semejante encarnación era prematura y no estaba en el programa de la Naturaleza, la Hueste Celestial o «Prometeo» se sacrificó, sin embargo, para beneficiar con ello a una parte de la Humanidad. Pero, al paso que salvaba al hombre de la obscuridad mental, le infringió las torturas de la propia conciencia de su responsabilidad, resultado de su libre albedrío, además de cuantos males es heredero el hombre por su carne mortal. Esta tortura aceptola «Prometeo» para sí, puesto que la Hueste se mezcló desde entonces en el tabernáculo preparado para ella, el cual estaba aún sin concluir en aquel periodo de formación, y siendo incapaz la evolución espiritual de marchar a la par que la física, una vez rota la homogeneidad por la mezcla, el don de Prometeo se convirtió por ello en la causa principal sino en el único origen del Mal...» (NOTA: *La Luz de Asia* pinta así con vivo colorido el efecto que este Mal causó en el corazón de Siddartha:

«Todo el camino recorrido por el Príncipe Siddartha desde su retiro hasta la ciudad estaba lleno de rostros felices y de agradables espectáculos al tenor de la ordenada por el rey, cuando un miserable desarrapado, hosco y mugriento, salió, tambaleándose, del agujero en que se ocultara; se arrastró hasta el camino –¡Que no le vea el Príncipe!– clamaron todos. Pero Siddartha preguntó –¿Quién es este ser que se parece a un hombre? ¿Es que hay hombres así? ¿Qué quieren decir sus palabras de «moriré mañana o pasado»?– Entonces Tchanna, el conductor del

carro, respondió: –Príncipe, sólo es un hombre viejo. Hace ochenta años su espalda estaba recta, claros sus ojos y sano su cuerpo; sin embargo, los años rapaces agotaron su savia, doblegaron su vigor y hurtáronle su voluntad y su espíritu; su lámpara perdió el aceite; la mecha se carbonizó. Lo que le resta de vida no es más que un vago fulgor que vacila antes de extinguirse: tal es el efecto de la edad; ¿por qué se fijó en él Vuestra Alteza?– El Príncipe replicó: –Pero esto, ¿le sucede a todos los hombres o a alguno tan sólo?–Noble señor –contestó Tchanna–, todas las personas presentes se tornarán como éste si viven tan largo tiempo.–, Entonces el Príncipe: exclamo: –Da vuelta y condúceme al palacio, pues vi lo que no pensaba ver.–Y desde aquel momento no pensó sino en el medio de preservar al Amor de los atacantes del tiempo implacable que envejece a los hombres.

Otra vez que salió el príncipe de su paradisiaca mansión disfrazado de mercader encontró a un desgraciado que temblaba atacado de peste mortal y se retorció en el polvo, cubierto de pústulas de un rojo ardiente. Un sudor frío perlaba su frente; su boca se contraía en los terrores de su dolor, y sus ojos extraviados se anegaban en los tormentos de la agonía, clamando a todos que le socorriesen. Siddartha levantó al desgraciado con sus manos caritativas, mirándolo dulcemente. Colocó la cabeza del enfermo sobre sus propias rodillas, y preguntó a Tchanna: –¿Cuál es el sufrimiento de este hombre?– A lo que el conductor del carro le respondió: –Gran Príncipe, este hombre está atacado de alguna peste, sus humores están confundidos; la sangre que corría por sus venas como un río salutífero, salta y rebulle cual torrente de fuego; su corazón, que palpitaba con regularidad, late ya lento, ya demasiado aprisa; sus músculos están relajados

como cuerda de arco distendido; la fuerza abandonó sus músculos, y toda la gracia y la alegría humana huyeron lejos de él. ¡Ved!; llama a la muerte, pero no morirá hasta que el mal haya hecho en él su obra, matando los nervios que mueren antes que la vida. Después, cuando todos sus músculos crujan en la agonía y todos sus miembros pierdan la sensación del dolor, el mal le abandonará para ir a abatirse más lejos en otra víctima. ¡No es bueno, pues, señor, que le tengas así, no sea que el contagio de la enfermedad te alcance también a ti!

–¿Las enfermedades llegan sin que se las vea?– preguntó el Príncipe.

Y Tchanna respondió:

–Vienen como la astuta serpiente, que muerde sin ser vista; como el tigre emboscado entre los juncales, o como el rayo, que hiere a unos y perdona a otros al azar.

–Entonces, ¿los hombres todos viven en el temor?

–Así es como viven, ¡oh, Príncipe!

–¿Y nadie puede entonces decir «Esta noche me acuesto feliz y tranquilo y así me despertaré»?

–No, nadie puede decirlo.

–¿Y el fin de estos numerosos sufrimientos que llegan invisibles e inesperados en un cuerpo roto, un alma afligida, y luego la vejez?

–Si, cuando se vive largo tiempo. La muerte llega a todos, cualesquiera que sean el sitio y la hora. Algunos hombres alcanzan antes la vejez: la mayor parte se ponen enfermos, pero todos han de morir sin excusa. ¡Mira aquí la muerte, que pasa!

Entonces Siddartha levantó los ojos y vio desfilar

lentamente en dirección al río una procesión de gente llorosa que iban detrás de unas angarillas de bambú trenzado sobre las cuales estaba extendido un cadáver, rígido, descarnado, con la boca y los pómulos hundidos, crispado y cubierto de polvo rojo y amarillo, El cadáver, llevado así del otro lado del río, fue depositado sobre una pira como en un lecho. En seguida fue encendida la pira por los cuatro ángulos; las llamas saltaron como lenguas voraces que silbaban en torno del cadáver, consumiéndole primero la piel y los músculos; luego los huesos mismos, que quedaron reducidos a polvo blanco. ¡En eso quedo transformado el hombre! Y el Príncipe al verlo preguntó:

—¿Este es el fin que alcanza a todos cuantos viven?

—Este es el fin que les está reservado a todos —respondió Tchanna—. El que estaba en la pira y cuyos restos son ya tan poca cosa que los cuervos hambrientos desdeñan esta vana comida, ése hombre comió, bebió, rió, amó y vivió la vida. ¿Quién sabe lo que le sucedió después? Una ráfaga de frío cierzo, un paso en falso en el sendero, los miasmas del pantano, la mordedura de una serpiente, una pulgada de acero mortífero, o lo que fuere, destruyó esta vida y el hombre quedó muerto. No tiene ya ni placeres, ni dolores, ni apetitos, y su cuerpo, que ya no ve, ni oye, ni entiende ha sido quemado para no dar a los gusanos un horrible festín... He aquí el destino común de toda carne; poderosos y miserables, buenos y malos, deben morir, y luego, según se nos enseña, recomenzar una nueva existencia, quién sabe dónde ni cómo. Tal es el ciclo del hombre.

Entonces Siddartha levantó al cielo sus ojos, en los que brillaban dos lágrimas divinas; luego los bajó a la tierra, inundados de celeste piedad, y tomando una noble actitud

exaltada por la emoción ardiente de un amor inefable y la ilusión de una esperanza infinita, grito: –¡Oh mundo qué sufres! ¡Oh hermanos conocidos y desconocidos que os debatís entre las garras del dolor y de la muerte, allí donde la vida os detiene! Siento en mí la inmensa agonía de la Tierra la vanidad de sus alegrías; la ironía de sus venturas, y la angustia de sus penas. Sus placeres terminan en el dolor; la juventud, en la vejez; el amor, en la pérdida del objeto amado; la vida en la muerte odiosa, y la muerte, en desconocidas existencias, que no hacen sino sujetar nuevamente a los hombres a su rueda para hacerlos girar en el círculo perpetuo de falsas delicias y de reales sufrimientos. También yo me dejé engañar por este señuelo y la vida me pareció amable cual corriente de agua soleada que de continuo se desliza en medio de una inalterable paz mientras que el río insensato sólo corre con rapidez por los prados floridos para verter más rápidamente sus ondas cristalinas en las ondas saladas del mar impuro. El velo que cegaba se desgarró. Soy como todos los hombres que imploran a sus dioses sin ser de ellos escuchado ¡Y sin embargo debe existir una ayuda para ellos, para mí para cuantos tienen necesidad del socorro !Quizá los mismos dioses experimentan la necesidad de que se les ayude, y son tan débiles que no pueden salvar a los desgraciados que los invocan! ¡No quería yo dejar llorar a un ser a quien pudiese salvar! ¿Cómo pues, puede ser que Brahmá haya creado al mundo y lo abandone a la desgracia, porque si siendo todo poderoso lo deja en este estado, no es bueno, y si no es todo poderoso, no es Dios? Tchanna, regresemos a casa; Ya he visto demasiado...FINAL NOTA)

Edipo-Prometeo, al obrar como se expresa en el párrafo

que antecede y al saltar aparentemente por sobre el programa de la Naturaleza, no hizo sino dar cumplimiento sobre los hombres a la eterna ley ya apuntada sobre los astros. Y de igual modo que si nuestro planeta estuviese sometido tan sólo a la ley de rotación sobre su eje o «ciclo de radio corto», los días, las noches y todas las circunstancias climatológicas tendrían un carácter de regularidad, normalidad y permanencia del que se ven privados precisamente por esotro «ciclo de gran radio» que denominamos año o periodo de traslación de la Tierra, así también el hombre, a más de su evolución animal o de «radio corto», recibió una evolución divina, la del Pensamiento, evolución de «radio largo» que le permite desde entonces girar en torno del Sol de la Verdad, no egolátricamente en torno de su mísero eje antropocéntrico, aunque también le sobrevengan por ello a este doble viajero humano crisis análogas o «dolores», a las que padece por su parte la Naturaleza con la sucesión de las estaciones, hija no de la rotación sino de la traslación de la Tierra, y que sólo puede cesar un día de dos modos: o cesando el dicho movimiento traslaticio, cosa absurda ya que mecánicamente rotación y traslación son algo ligado de un modo esencial, u orientándose de tal modo recto y justo la dirección del eje terrestre que forme una estricta «tau» o «escuadra» con el plano traslaticio, cosa que alcanzará algún día, pese a lo que Lalande creyó ver en sus cálculos...

Dichas dos evoluciones la radio corto y la del largo, están soberanamente representadas también en el mito del Paraíso, cuando se leen los correspondientes pasajes del *Génesis* con criterio teosófico-analógico, no con el de la simple letra muerta con el que suele ser aquél interpretado. En efecto,

el Adán humano, no bien se vio desdoblado o «partido por gala en dos» con la formación de Eva (separación física de los dos sexos), recibe de Jehovah (prototipo de la evolución física, puramente animal o de «radio corto»), amén de la felicidad infantil y paradisiaca de los niños que carecen de mente, y como base imprescindible para ella, la prohibición o «limitación» de no comer de la fruta del «Árbol de la Ciencia», es decir, de no ejercitar la facultad de la razón que dormía, cual el Oro luminoso en el fondo del Padre-Rhin, en el seno recóndito de su inconsciente. Satán, en forma de Serpiente de Sabiduría, es decir, el Lucifer, el Phosphoros o Portador de Luz, que es otra de las mil variantes de Prometeo, les invita gallardo a comer, a despecho de la prohibición, de la architentadora fruta. Cómenla al fin nuestros primeros padres, e *ipso facto* son expulsados del paraíso, no por venganza de un Dios que como tal no puede vengarse, sino por lógico resultado evolutivo, ese mismo que lanza al hijo del paraíso paterno, así que con la razón y la edad adquiere el don preciso de valerse por sí antes de que la evolución misma le prive de las protecciones paternas.

Y este prototipo del Judío Errante hebreo y del Edipo griego, representado por la primera pareja humana, al ser así expulsado del paraíso de la inercia, recibe cual aparente castigo la ley redentora del trabajo, la cual le obliga a caminar siempre con la razón por faro, y la propia voluntad por resorte, en demanda de ideales más o menos próximos que, no bien conquistados, dejan ver otros más o menos remotos detrás. Lógrase así el secreto de la evolución humana, que es el de siempre caminar rotativa y traslaticiamente como los astros, pero secreto de la evolución no sólo para ellos, sino

para la primera pareja, para su descendencia, cuya venida ya se dibujara precisamente por el sexo mismo (segundo fruto complementario de la razón misma y simultáneo, como «polo negativo» con ella), sexo en el cual va envuelta la mayor promesa de inmortalidad para la especie en sí, y para cada mónada humana en particular, de ser cierta la lógica y cíclica ley de las reencarnaciones, que ya lo ha cantado con inspiración verdaderamente oriental el bardo moderno ¡Rabindranath Tagore en la poesía titulada «El niño y la madre» y que, adaptada al verso castellano por nuestro amigo J. de Murgis, dice así:

Las fuentes del origen de la vida,
veladas por la sombra del Misterio,
muestran a la intuición vagas vislumbres
que escrutamos tenaces con anhelo.
Cesando de jugar, el niño absorto
a impulsos de este estímulo secreto,
buscó el regazo de su joven madre
y allí posando preguntóle luego:
–Dime mamita cuando tú me hallaste,
¿de dónde vine yo, que no recuerdo?
La madre entonces entre risa y llanto,
Le respondió estrechándole en su pecho:
–Eres mi vida: estabas escondido
aquí en mi corazón: mi pensamiento
te encontraba en mis años infantiles
en todas las muñecas de mis juegos.
Más tarde, cuando en barro modelaba

la imagen de mi Dios, aquel modelo
era el esbozo de tu ser querido:
ideación que pugnaba por ser cuerpo.
Después, ante el altar, cuando adoraba
a nuestro Dios, acaso sin saberlo
te adoraba a ti en él porque eres síntesis
de mi fe esperanza y mis afectos.
Has vivido en la vida de mi madre
y has vivido en mi vida, que tu aliento
siglo tras siglo fue manifestando
de nuestro hogar en el Custodio Genio.
Cuando mi corazón adolescente
hizo surgir mi ser a un mundo nuevo,
tú igual que una fragancia me envolvías:
tú eras todo ante mí: principio y término.
Tu tierna suavidad, ya generada
y dueña de mi ser, creció en mi luego
cual concreta luz en el Oriente,
antes de alzarse, el Sol; y allá del Cielo,
en el mágico curso de la vida,
bajaste al mundo de mi amor en premio.
Eras algo de todo y eres mío:
dádiva prodigiosa del Misterio
que tengo miedo de perder, y amante
entre brazos fervorosa estrecho.

Porque el magno, el supremo Edipo viajero, Peregrino eterno que en la Vida del Cosmos, como conjunto evolutivo, se llama EL AMOR O EROS; la Voluntad Divina del Logos o deseo de Manifestación; el Fohat o Supremo Aliento de los brahmanes, el Enshoph sefirotal cabalístico, que aquí abajo en la Tierra es la «Electricidad Vital», o Espíritu dador de la vida. Este Deseo Divino de dar vida a nuevos seres, en los dioses como en la Naturaleza, dice la maestra H.P.B., es «el Impulso kármico y cíclico de los renacimientos; la incesante Pulsación del Anheló; la Llama una y oscura, cuyos rayos divergentes son otros tantos soles que dan la Vida descendiendo por sí mismos a la Materia». ¿Donde, en efecto, hay posibilidad siquiera de vida sin el Amor y el eterno caminar y metamorfosearse del Amor? Pero mientras que el divino Amor trascendente y puro simbolizado por Eros tiene alas en los talones para poder volar aún sobre las propias nubes, y es ciego precisamente porque es supraconsciente, su reflexión aquí abajo, constituida por Edipo, tiene que caminar pesada, lenta y dolorosamente por las asperezas de la Tierra si ha de asegurar con su razón contra los enemigos o «esfinges» de su sendero, el golpe triunfador.

Y el destino supremo del Eterno Peregrino, de caminar y caminar siempre como los astros, no es sino el de hallar al fin el Descanso o «Nirvana» en el éxtasis de una conciencia superior, porque, como ha dicho acertadamente Luis Zulueta: «La hoja no es distinta del árbol, sino que es el árbol mismo», y el Yo no es distinto del Espíritu, pues es el mismo Espíritu. Una misma savia circula por todas las hojas del árbol; un mismo soplo vivifica a todos los seres. Pero la hoja del árbol vive como hoja y como árbol, y nuestro

Yo vive como determinación individual y como Espíritu ilimitado. Si la hoja es desgajada del árbol deja de vivir la vida del árbol. Si la personalidad se limita en sí misma, deja de vivir la vida eterna.

Por eso la vida, como limitación que es en sí, exige, por ley de contraste o complemento, un «continuo caminar», el eterno «devenir» de los franceses. Así, cuando Jesús resucita a los muertos, les dice siempre: ¡Levántate, y anda!.; y el mismo autor español citado cae en el falso misticismo de tantos otros cuando añade: «¡Levántate, y anda!». Levantarse, he aquí cosa ligera; pero andar, ¿hacia dónde, Señor?... ¡Oh, márcame, pues, un camino que sea el tuyo, que yo, con el corazón alegre, le seguiré!».

Un verdadero panteísta; un filósofo que después de establecer el hermoso símil del árbol y de su hoja se expresa así, cae de lleno en el falso pietismo de todas las religiones vulgares, quienes, creando un falso Dios extracósmico y extrahumano, hacen necesaria, en consecuencia, la súplica y la adoración, debilitando la nativa rebeldía del humano Prometeo.

Pero no, la Divinidad Abstracta e Incognoscible que late en todo el Universo como en cada una de sus partes, late también en nuestro propio ser, y es inútil, por tanto, el elevar a parte alguna nuestras vanas súplicas, buscando fuera y esperando de fuera lo que está siempre en el fondo de nosotros mismos. Por eso, hasta en la misma misa católica, cuando el celebrante se queja y dice. «Si tú eres mi Dios y mi fortaleza, ¿por qué me rechazas y por qué, tristemente, caigo cuando el Enemigo me aflige?»; el acólito que al celebrante auxilia, representando a los ángeles que a éste asisten, responde, inspiradísimo: ¡Emite tu propia Luz!;

busca tu propia Verdad, según se nos enseñaron y nos demostraron en el Monte Santo –Monte Tabor, Monte Gólgota, Monte o Pirámide de la Iniciación– y en tu Tabernáculo» (NOTA: Dos preciosos pasajes de *La luz de Asia* resultan perfectamente aplicables a este problema: el uno es el relativo a «la vida como un mal», y el otro al auxilio que pedimos a los dioses. El lector agradecerá se los transcribamos. El primero dice así:

«Otro día el Rey dijo a Siddartha: «Ven, mi querido hijo, y mira los encantos de la primavera y cómo la tierra fecunda está deseosa de producir sus riquezas para el labrador; cómo mi reino –que será el tuyo cuando la pira flamee para mí– alimenta todas sus bocas y llena el cofre del rey. La estación es bella, con su atavío de hojas nuevas, de flores ostentosas y de yerba verde; escucha los cantos de los trabajadores... » Todas las cosas hablaban de paz y de abundancia, y el Príncipe las veía y se regocijaba inocentemente. Pero, contemplando el fondo de las cosas, vió las espinas que crecían bajo esta rosa de la vida; vió que el campesino tostado gana su salario con esfuerzos y sudores, padeciendo para vivir y viviendo para padecer; vió que él hostigaba a los bueyes de grandes ojos en las horas ardientes, agujijoneando sus flancos afelpados; reparó en que el lagarto se come a la hormiga, y el ave de rapiña a los dos; que el martín pescador roba al gato montés la presa que éste hiciera; vió al milano persiguiendo a la avecilla canora qué caza pintadas mariposas, de modo que, por doquiera, cada ser daba muerte a un matador, y a su vez era muerto por otro, viviendo así la vida de la muerte y la muerte de la vida, ocultando, en fin, el grandioso espectáculo de la primavera una vasta, salvaje, horrible conspiración de asesinato monstruo, desde el gusano hasta

el hombre, quien además mata a su semejante. Viendo esta rabia de vivir que empujaba al combate a todo ser viviente, Siddatrha suspiró, diciendo: «¿Es ésta la tierra feliz que me mostraron? ¡Cuánta amargura amasada con el dulce pan del campesino! ¡Qué dura es la servidumbre de los bueyes! ¡Cuán feroz es la guerra del fuerte contra el débil entre la maleza! ¡Qué de choques en el aire! ¡Ni el agua ni la tierra es un seguro refugio! Retiraos, allá y dejadme reflexionar sobre cuanto acabo de ver...». Al hablar así el Señor, Buddha tomó asiento bajo un árbol, con las piernas cruzadas, como están las estatuas santas, y por primera vez se puso a meditar acerca del mal profundo de la vida, su origen lejano y su posible remedio, y al punto se sintió henchido de una piedad tan sin límites, un amor tan grande hacia los seres vivos y una apasionada voluntad para aliviar el dolor, que su regio espíritu cayó en el éxtasis, y, emancipado de la mancha mortal de su sensación y la personalidad, alcanzó el «Dhyana», que es el primer paso en el sendero...».

El otro pasaje, concordante con el ya transcrito en otra nota, dice: «...Los gritos desgarradores de la vida y de sus seres penetran en mis oídos, y toda mi alma esta anegada en el dolor de la piedad hacia la miseria de este mundo. ¿Cuál de los dioses, grandes o pequeños, posee, en efecto, el poder y la compasión? ¿Quién los ha visto? ¿Qué han hecho ellos nunca por ayudar a sus adoradores? ¿De qué le sirve al hombre el rogar, el pagar el diezmo del grano y del aceite, cantar las fórmulas mágicas, inmolar lastimeras víctimas, edificar templos magníficos, sostener costosos sacerdocios, e invocar a Vishnú, a Shiva, a Surya, que no salvan a nadie, ni aun al más digno de los males enumerados en sus letanías de adulación interminable, y llenos de temor que, como humo

vano, suben cada día y cada hora de sus templos? Alguno de mis hermanos ¿escapó por este medio a los sufrimientos de la vida, a las amargas dulcedumbres del amor y a la pérdida del objeto amado, a la ardiente fiebre que nos hace estremecer, a las lentas injurias de la vejez debilitándonos el cuerpo y el espíritu, a la horrible muerte sombría, y a lo que después nos aguarda hasta que haya girado nuevamente la rueda, y nuevas existencias hagan nacer dolores nuevos, a nuevas generaciones llenas de nuevos deseos, que vienen a concluir en los antiguos desencantos? Alguno de mis tiernos hermanos, ¿recogió los frutos de sus ayunos o la cosecha de sus himnos? ¿Les fue evitado el dolor por una ofrenda de leche o un ramillete de flores o dé hojas de tulsi? ¡No!... Quizá alguno de los dioses sea bueno, y otros sean malos tal vez, pero todos ellos son demasiado débiles para obrar y todos están atados, como los hombres, a la rueda de la transformación». FINAL NOTA).

Porque hay en el fondo de todas las religiones una sublime enseñanza que sus secuaces vulgares están muy lejos de conocer, y es la expresada por San Pablo cuando nos dice, «pues qué, ¿habéis ignorado que nosotros juzgaremos a los ángeles?», como expresando que aunque la actual naturaleza de éstos parezca más pura y elevada que la de los hombres, en realidad ello no es así, sino que, por el contrario, la eterna Rueda de la evolución, el «devenir» eterno y el constante caminar humano simbolizado por el Judío errante o por Edipo, habrán de llevarnos a todos, más tarde o más pronto, hacia esas esferas superiores a las que aspiramos con el Ideal y de la que hoy no somos sino míseros caídos, estas esferas en las que hoy se mueven los devas o ángeles en espera de que el girar de la Rueda

evolutiva les precipite según el consabido y constante mito de los ángeles caídos a encarnar físicamente como antaño encarnáramos nosotros aquí o en otros astros, ocupando de este modo el lugar dejado tras sí por los hombres en el ascenso hacia el Tabor de Sus excelsitudes futuras (NOTA: Esta misma doctrina es la enseñada por el Corán en aquel pasaje (véase el capítulo. «Los jinas y el Corán» en nuestro *Libro que mata a la muerte*) en que, cuando los devas o ángeles se quejan a Alah por sus preferencias hacia Adán, hecho de mísero barro rojo, sobre ellos que eran puras esencias, él les dice: «¡Vosotros ignoráis lo que yo sé!», y, en efecto, llamando al hombre y a los recién creados animales les; presenta estos últimos a los ángeles para que les den sus nombres y describan sus diversas cualidades. Mientras los resplandecientes moradores del paraíso pretenden disculparse en su absoluta Ignorancia diciendo: «¡Señor, nosotros no tenemos más luces; que las que Tú nos infundes!» El hombre, sin titubear y apoyándose únicamente en el mágico poder de su propio pensamiento, los nombra y describe con lucidez inaudita.

No deben, en efecto, olvidar lo el teósofo: «devoción viene de «devas» y «man», «manú» u «hombre» viene de la radical sánscrita «manas» o «pensamiento» y solo ejercitando su propia mente con el estudio y no impetrando los favores de nadie por excelso que sea puede llegar a ser un «welsungo» un «divino rebelde» en suma un PROMETEO. FINAL NOTA).

Esto mismo es el contenido simbólico de la célebre Escala de Jacob, por la que subían los hombres y bajaban los ángeles.

«Peregrino», en fin, equivale a «fugitivo» y a

«cometa» en lengua griega y el cometa, como hemos demostrado en otros lugares, es nada menos que el glóbulo vital que mantiene la vida y la renovación en los sistemas del cielo, y ello es materia para las más hondas meditaciones.

CAPÍTULO II

LOS EPICICLOS DE HIPARCO Y LOS «CICLOS» RELIGIOSOS

La teoría de los epiciclos planetarios era filosófica más que puramente astronómica.— La «rotación» y la «traslación» de todas las vidas en el Cosmos.— Las esferas «astrales» de equipotencial luminoso y de equipotencial atractivo.— El par doble y conjugado de la Tierra con la Luna.— Un recuerdo de La pluralidad de mundos habitados, de Fontenella.— El «Huevo del Mudo, o de Brahmá» y su inmensa influencia de cuantos seres populan sobre la Tierra.— El otro par conjugado de la Tierra con el Sol.— Correspondencias de tales «Huevos» en varias teogonías.— El «Horus» divino, hijo de Osiris e Isis.— Los dogmas de las diversas religiones jamás fueron una ficción absoluta.— H.P.B., y la suprema religión de la Naturaleza.— La magna concepción de Plutarco respecto del hombre y de sus conexiones con el Sol, con la Luna y con la Tierra.— Un texto concordante de Agrippa en su Filosofía Oculta.— La certeza científica del Magismo y su idioma.— La ley de Hermes o de analogía.— Las tres regiones iniciáticas de Demeter, Persefona y Hermes, por el Hombre sucesivamente recorridas en su órbita de «errante cometa» o «Edipo-peregrino» a lo largo de sus tres vidas.— El «Hades» Lunar y los solares «Campos Elíseos».— Todo el gran secreto de la Iniciación es el secreto de la Muerte.— La escala de Jacob y el «solve» y «coagula» de los alquimistas.— El nacimiento es la segunda rama o rama descendente de aquella Gran órbita.— Las cuatro estaciones del Hombre en cada ciclo de encarnación.— La «Venusberg» wagneriana y la del manuscrito cifrado del Conde de Saint-Germain.— Los

Edenes astrales y los físicos.– Testimonio concordante de dos místicos cristianos.– El «Árbol de la Sabiduría» mexicano, o de los niños (Adeptos).– Más y más variantes del «celeste» tema.

A Hiparco, el iniciado griego del siglo II antes de Jesucristo, se le atribuye la teoría de los epiciclos para explicar los movimientos celestes, teoría que puede condensarse así: la Luna describe un ciclo en torno de la Tierra en cada lunación y la Tierra, a su vez, otro cada año en torno del Sol (NOTA: Hiparco, como todos los iniciados griegos, conocía el sistema heliocéntrico que Copérnico redescubrió y divulgó muchos siglos después, porque mientras a las masas se les enseñaba que la Tierra ocupaba el centro del universo, en el secreto de los templos se daba la verdadera enseñanza por las «danzas sagradas» y por otros medios. De otro modo no se concibe el que dicho sabio nos comunicase hechos astronómicos tan hondos como el de la precesión de los equinoccios o giro completo de los dos polos de la esfera celeste en 26.900 años, e ignorase una verdad tan elemental como aquella y tan fácil deducir a poco que se estudien los movimientos planetarios. El lector, por su parte, dispensará estas aparentes digresiones astronómicas por referirse a hechos íntimamente ligados a nuestras teorías acerca de los verdaderos orígenes del Hombre y sus destinos futuros. FINAL NOTA), por manera que la Luna, en realidad, lo que describe en el espacio no es un círculo o una elipse muy próxima al círculo, sino Una epicicloide, una curva en zizás al modo de la marcha de un punto en el aro de una rueda que anda o el deslizarse de una serpiente sobre el suelo.

Pero la verdadera enseñanza de Hiparco no era

astronómica sólo sino filosófica o de amplísimo radio, a saber: que toda realidad o vida en el Cosmos está sujeta a una ley epicycloidal, ley que le asigna un valor en sí y otro valor relativo como dependiente o «satélite» de otra realidad superior, a la manera de los guarismos o cifras de la numeración que tienen también dos valores: el absoluto o propio suyo y el relativo por el lugar que ocupan en el número considerado. El primer valor equivale analógicamente y filosóficamente a la *rotación*, y a la *translación* el segundo, creándose así «unidades de diferentes órdenes» que mantienen la armonía en el Cosmos, dado que sobreviene el sublime fenómeno de la organización y en el que las vidas, al par que ostentan su valor propio y peculiar, adquieren un nuevo y más amplio valor asociadas a otras vidas semejantes y en torno de las cuales giran para constituir una vida superior. Claro es que si la teoría epicycloidal filosófica era cierta en todos los órdenes, también tenía que serlo en el caso particular astronómico arriba dicho, y que, pobremente entendida y todo, ha contribuido a que llegue hasta nosotros.

Más hay otro modo muy interesante de considerar la teoría en cuestión y que también ha sido objeto de no pocos desvíos por parte de la «ciencia oficial». Me refiero a las «esferas cristalinas» de los clásicos, que hoy resucitan bajo el nombre de «esferas de potencial luminoso» y de «potencial atractivo».

Bajo este segundo aspecto podemos considerar en torno del centro de la Tierra una serie de esferas cada vez de mayor radio, hasta llegar a una lo suficientemente grande para que quede dentro de ella la órbita de la Luna, y como este segundo astro a su vez es centro de

atracciones, si demarcamos convenientemente otra serie de esferas en torno del centro del satélite, tendríamos, en fin, algo así como las dos series de ondas que se producen cuando tirarnos sobre un lago, una tras otra, dos piedras. El punto de tangencia de entrambas esferas crecientes que guarden entre sí la relación de los radios de dos astros es el punto neutro de gravedad de entrambos, y un objeto que supusiéramos colocado más acá de dicho punto caería a la Tierra, mientras que si le colocásemos más allá, caería sobre la Luna (NOTA: En la portada de las primeras ediciones de *La pluralidad de los mundos habitados*, de Fontenelle, aparecen la Luna y los planetas rodeados de sendos círculos concéntricos u «ondas» de diferente potencial gravítico o atractivo. FINAL NOTA).

Luna y Tierra forman, en suma, lo que en Astronomía se llama «un par estelar», con un centro de gravitación común a los dos y en torno del cual entrambos astros giran por las leyes conocidas de la Mecánica. A este doble mundo, cuya esfera de común influencia se extiende indefinidamente en el espacio, se le ha llamado en las teogonías el «Huevo del Mundo» o «Huevo de Brahmá» (NOTA: Este «Huevo» simbólico tiene su correspondencia fiel en todas las teogonías del mundo, así en la grecorromana es el Depositado por Leda (o Adelia, la Diosa de Delos), hermosa hija del Padre-Eter y de la madre-Agua, después de su unión con el Cisne o Hamsa divino (el Supremo Espíritu o Brahmá-kala-Hamsa de los Vedas). Este «Huevo del Mundo inferior» (La Tierra) es el octavo y último de su postura, pues que antes ha depositado siete «Huevos de oro», que son los siete planetas, según el poema del Kalevala o «Vieja Profecía» (Crawford). Es así mismo el divino

Horus o Aurus, el nacido de la unión de Isis y Osiris, o sea de la Naturaleza cósmica y del Sublime Espíritu o Aliento de Vida que a la Naturaleza cobija, es decir, la Ideación Cósmica, que pone en orden el Caos de la Materia, llevándole por la evolución a un Orden nuevo desconocido (Theos), como aquel que el dios Wotan wagneriano buscaba en su mente torturada por el dolor y por el peso de la vieja Ley. Es también el Eros-Phanes gnóstico y ofita, el huevo Espiritual (Mente Demiúrgica) que los Vientos etéreos o «espíritus de la Naturaleza» fecundan, según el texto mágico de los himnos órficos, Huevo del Sol y de la Luna en el que los elementos de entrambos astros se unen para realizar «la obra maravillosa», o sea la constitución del hombre. Es, en fin, el «Ra-ma» primitivo (Fuego y Agua), la Mónada Pitagórica reflejándose en la Duada para formar la Triada y después la Sagrada Tetracys o Supremo Cuaternario, es decir, el mundo. Porque, como dice la maestra H.P.B.:

«Ninguna religión, desde la más antigua a la más moderna, se ha fundado jamás en una absoluta ficción, ni tampoco ha sido objeto exclusivo y *ad-hoc* de una revelación hecha especialmente para sólo ella. Dogmas ulteriores, hijos del interés sacerdotal o egoísta, han acabado por matar siempre a la respectiva verdad religiosa primordial, y ninguna doctrina religiosa de humano nacimiento, por muy santificada que esté por el hábito, por el tiempo o por sus hombres, puede ser comparada en santidad con la Religión de la Naturaleza. La clave de Sabiduría que abre las ebúrneas puertas que nos impiden el acceso a los arcanos de los más recónditos santuarios se halla oculta en su Seno misterioso, y este primitivo Seno se halla en los países remotos señalados por el gran vidente del siglo pasado:

Emanuel Swedenborg –*Ex Oriente, lux*–. Allí es donde, en efecto, se halla el verdadero Corazón de la Naturaleza, esa urna excelsa, santa, de donde salieron las primeras razas de la Humanidad primitiva, y que es la cuna misma del hombre físico». FINAL NOTA). La influencia de este verdadero «huevo de dos yemas» es, en efecto, inmensa sobre todos los seres que pueblan la Tierra, como vamos pronto a ver, no sin que antes consignemos que, por un razonamiento idéntico y haciendo abstracción por ahora de las masas y «esferas» intermediarias de Venus y de Mercurio, la Tierra y el Sol forman otro par estelar, otro «Huevo de Brahmá» muchísimo mayor, de gran influencia también en cuantos seres pululan sobre nuestro planeta. Así mismo otro iniciado pitagórico, Plutarco, apoyándose también en esta concepción astronómica y ligándola ya con el Hombre, sus orígenes y sus destinos, levantó más la punta del velo que a estos oculta, dándonos en su tratado de Isis y Osiris la maravillosa enseñanza que encabeza al presente libro y que viene a decir así: «Yerran grandemente los que confunden al Espíritu o nous con el Alma o psiche, y no menos yerran los que confunden al Alma o psiche con el Cuerpo o Soma. De la unión del Espíritu con el Alma nace la Inteligencia, y de la unión del Alma con el Cuerpo nace la pasión. Ahora bien, de estos tres elementos, la Tierra ha dado el Cuerpo, la Luna ha dado el Alma y el Sol ha dado el Espíritu, por donde el hombre justo, aun en esta misma vida, es un habitante a la vez de la Tierra, de la Luna y del Sol.» (NOTA: En la *Filosofía Oculta* de Agrippa se dice así mismo:

«Existen tres mundos: el elemental, el intelectual, el celeste. Cada uno subordinado es regido por el número que

le es superior. No es imposible pasar del conocimiento del uno al conocimiento del otro, y de remontar hasta el arquetipo. Esta escala es la que se llama el Magismo, contemplación profunda que abraza la Naturaleza, el poder, la calidad, la substancia, las virtudes, las semejanzas, las diferencias, el arte de unir, de separar, de componer; en una palabra el trabajo entero del universo. Es un arte sagrado que es necesario no divulgar. La unión universal de las cosas evidencia la realidad y certeza del Magismo.

En el mundo arquetipo todo está en todo; proporción guardada, lo mismo sucede en éste. Hay una causa sublime, secreta y necesaria de la suerte que puede conducir a la verdad. El mundo, los cielos, los astros, tienen almas que no dejan de tener afinidad con la nuestra. El mundo vive, tiene sus órganos, sus sentidos. Las imprecaciones tienen sus eficacias. Se ligan a los seres y los modifican. Los nombres de las cosas tienen su poder. El arte mágico tiene su idioma; este idioma tiene sus virtudes; es una imagen de los signos. De ahí proviene el efecto de las «invocaciones», «adjuraciones», «conspiraciones» y otras fórmulas. La tierra es dependiente de los elementos, el recipiente de todas las influencias celestes; tiene todos los gérmenes y la razón de todas las producciones: las virtudes de lo alto la secundan. Los gérmenes de todos los animales están en el agua. El aire es un espíritu vital que penetra los seres y les da la consistencia y la vida uniendo, agitando, llenando todo, recibe inmediatamente las influencias que transmite. Se escapa de los simulacros espirituales y naturales que hieren nuestros sentidos.

Los cuatro elementos, principios de la composición y descomposición, son triples cada uno. El fuego y la Tierra,

el uno principio activo el otro principio pasivo, bastan para la producción de las maravillas de la Naturaleza.

El fuego, por si mismo, aislado de toda materia que sirve para manifestar su presencia y acción, es inmenso, invisible, movable, destructor, restaurador, antorcha de la Naturaleza, cuyos secretos ilumina. Parece que el número es la razón primera del encadenamiento de las cosas. Los números tienen su virtud, su eficacia bien o malhechora. La unidad es el principio y fin de todo; no tiene ni fin ni principio. El binario es malo. Dios es lo Indivisible. Antes de extenderse fuera de Él y de producir los seres, engendró el número ternario que, como la unidad, representa en Dios el alma del mundo, el espíritu del hombre. El cuaternario es la base de todos los números. El quinario tiene una forma particular en las expiaciones sagradas: es todo. Detiene el efecto de los venenos. Es terrible a los malos genios. El septenario es muy poderoso, sea en bien o en mal. El número denario es la universal medida. El hombre tiene todo en él: el número; la medida, el peso, el movimiento, los elementos, la armonía. Los caracteres de las palabras no son sus virtudes. Se puede tener el conocimiento de las propiedades y de los acontecimientos. La armonía, análoga al concierto de los cielos, provoca maravillosamente su influencia. La inteligencia de Dios es incorruptible, inmortal, eterna, insensible, presente a todo, influyente sobre todo. El espíritu humano es corporal, pero su substancia es muy sutil y de una unión fácil con la partícula del espíritu universal: alma del mundo que está en nosotros. Pocas personas han comprendido su tratado de Filosofía oculta, la cual tenía una clave que reservaba para sus amigos de primer orden. Háse dicho con razón que todo lo que los libros enseñan

tocante a la virtud del magismo, de la astrología, de la alquimia, es falso y engañoso, cuando se le toma a la letra. Es muy necesario buscar el sentido místico, sentido que ninguno de los maestros no ha desarrollado aún». FINAL NOTA).

Ya tenemos, pues, con lo transcripto una gran aplicación ocultista de los epiciclos de Hiparco: una explicación astronómica de los principios o elementos del Hombre, si se quiere (NOTA: **Escribimos Hombre, con mayúscula, aludiendo a todos sus elementos trascendentes integradores, no meramente al hombre físico y visible, o con minúscula, ya que siendo el Hombre potencialmente divino, su «Espíritu» debe ser escrito también con mayúscula. FINAL NOTA**), una explicación humana de los elementos o «esferas» del sistema formado por el Sol, Luna y la Tierra, que son los que más directamente nos afectan.

Y así como cada giro de estos dos últimos astros nos dan respectivamente el día, la lunación o mes, y el año, dentro de la eterna correlación llamada la «Ley de Hermes» o «Ley analógica», cada influencia de ellos nos da a su vez una tónica del Hombre y también una vida o ciclo de su evolución.

En otros términos, que para muchos resultará quizá por incomprensión menos científicos que poéticos: la vida física del Hombre, única que nos deja ver y conocer nuestro positivismo animal, es así como «una rotación», «un día» sobre la Tierra. Tras de este breve día también antes de él, hay una vida genuinamente «lunar» o «astral»; una vida en cuerpo sutil, adecuado a las nuevas condiciones del medio, y que se desarrolla en la esfera o «huevo lunar»,

llamada por eso región de Parsifae o Persefona. De ella nos sigue hablando Plutarco en estos luminosos términos:

«A sobrevenir la muerte física, las tres partes mencionadas (cuerpo, alma e inteligencia o Espíritu) de que consta el Hombre quedan reducido a dos, y más tarde, al sobrevenir la segunda muerte o muerte psíquica, dichas dos partes se reducen a una. La primera muerte tiene lugar en la región o reino de Demeter, y de aquí el nombre de *telein* que se dio a los Misterios iniciáticos, «los misterios del sepulcro», del sustantivo *telen-tai* o «muerte». Por eso los atenienses consideraban a los difuntos como víctimas consagradas a Demeter. En cuanto a la segunda muerte, ella se verifica en la Luna o región de Persefona. Hermes (Mercurio), o sea la «Sabiduría», preside a entrambas muertes, arrancando, súbita y violentamente, el alma del cuerpo; pero además, en la segunda, Persefona o Proserpina, va separando suavemente a lo largo de un gran período de tiempo, al entendimiento (Inteligencia o Espíritu) del alma, y por eso a la diosa se la llamó también Monógenes, «la del engendro único», porque deja libre a la parte más excelsa del hombre con la segunda muerte dicha. Está dispuesto, en efecto, por la fe que cada una de las dos almas, la racional y la irracional, al abandonar el cuerpo, vagan una temporada muy diferente, según los casos, por la región situada entre la Tierra y la Luna, porque en semejante región o Hades aquellos que han sido injustos y disolutos sufren en ella el castigo merecido por sus faltas, al par que los buenos son detenidos también hasta que quedan purificados de cuantas manchas ha recibido el alma por su unión con el cuerpo. Cual gentes enfermas en convalecencia, viven estas últimas almas en

las regiones más apacibles del aire, comúnmente llamadas Pradera o Jardín de Hades (distintos de los «Campos Elíseos» o «del Sol»), en donde continúan por un tiempo fijo, previamente señalado a cada uno. Después de esta residencia restauradora, y como si el ser regresase feliz a su país natal, después de errante y angustiosa peregrinación o cruel destierro a lo largo de la vida, experimenta en los Campos o Esfera del Sol una inefable impresión de gozo tal y como principalmente la reciben los que están iniciados en los sagrados Misterios, gozo mezclado con el asombro de verse cada uno rodeado de aquel ambiente propio que durante su vida de aquí abajo anheló... «Yo sé bien –añade en otro pasaje el Maestro, dirigiéndose a su discípulo– que tú estás demasiado instruido en las doctrinas recibidas de nuestros sabios antecesores y las sagradas orgías de Dionisios, para prestar oídos a cuantos desgraciados tratan de persuadirle, como a otros, de que el alma, una vez liberada del cuerpo, ni sufre males ni es consciente. Para nosotros, los que pertenecemos a la gran Fraternidad Iniciática, nos son bien conocidos los místicos signos; de ello, por tanto, no nos cabe ya duda alguna».

Todo el gran secreto de la Iniciación que es «el secreto de la muerte» se halla detrás de los sublimes párrafos que acabamos de transcribir, párrafos que, tomados a la inversa, nos dan a su vez «el secreto de la Vida». La Vida, que viene del Sol, en su triple aspecto, espiritual, físico e intelectual. Con ello el simbolismo estupendo del Edipo humano, del gran Cometa o errante Peregrino, adquiere una prodigiosa amplitud que conviene esclarecer.

Edipo, en efecto, no tiene «los pies hinchados», a que alude su griego nombre, a fuerza de caminar por la

superficie de la Tierra, sino también a causa de recorrer su Mónada o Espíritu en la mística órbita de cada uno de sus ciclos de vida o «reencarnaciones», todo el ámbito etéreo del sistema planetario que media entre la Tierra y el Sol, subiendo los peldaños de la mística Escala de Jacob, que es también la de la Iniciación.

El «solve» y «coagula» de los alquimistas, si bien trató de significar en sentido químico las reacciones de composición y descomposición que los fenómenos químicos caracterizan, en el sentido alquímico o trascendente se refería más bien a estas metamorfosis o «metempsicosis» experimentadas por el Hombre a lo largo de su celeste órbita, porque desde su afelio o «vida terrestre» hasta su perihelio o «vida solar» no hace sino irse despojando (solvere, disolver, perder, abandonar) de viejas vestiduras anteriores, primero de las membranas que le envuelven en el claustro materno, y aun del cuerpo mismo de la madre, cuerpo para el cual «muere» al nacer a la vida terrestre. Despójase luego de este mismo cuerpo físico, para nacer en su «doble» a la vida astral o «lunar», y, en fin, acaba despojándose de su alma misma, para ser, durante los siglos de su perihelio, más que un deva, una entelequia espiritual, que, tarde o temprano, iniciando el camino inverso o de vuelta a la zona terrestre, ha de reencarnar como reencarna la semilla que el germen vegetal desarrolló antaño a expensas de otra semilla anterior en ciclos inacabables, ciclos que no son simbólicamente si no el «coagular», de aquel emblema alquímico. Dar, pues, la enseñanza sobre la muerte equivalía implícitamente en los misterios a dar también la relativa al Nacimiento o retorno, porque las dos ramas de la gran órbita de la Mónada humana en

derredor del Sol son perfectamente simétricas. Al afelio de esta órbita le preside la Tierra, bajo la influencia de la Luna; al perihelio de la misma le preside, en cambio, el planeta Mercurio. Venus, el astro gemelo de la Tierra, preside, en fin, a lo que llamar podemos equinoccio de primavera y equinoccio de otoño de las almas, y por eso los grandes poetas paganos, desde Homero hasta Wáagner en su *Tanhauser*, han descrito esta «primaverál mansión», o «Venusberg», con vivido colorido que es lástima se haya interpretado luego en sentido sexual y pasional por nuestro grosero semitismo, escéptico y sin la dulce ilusión que corresponde a su trascendencia. Esta «Venusberg», no sexual aparece descrita, se dice, como «localidad efectiva», en el célebre manuscrito rosacruz cifrado, que poseía el conde de Saint Germain, aunque su reflejo aquí abajo y como mera localidad terrestre no sea ningún mito tampoco.

Como dice nuestro amigo el teósofo valenciano, señor Bohorques, en un notable artículo de *La luz del Porvenir*: «el cielo de la Tierra es puramente humano: es el que el alma (que durante su estancia en el cuerpo físico, en el carnal, aceptó su supervivencia) termina la evolución cíclica de un renacimiento. A este ciclo se le llama mundo mental; y en él el alma, despojada del cuerpo carnal y del astral, depura su mente de los recuerdos carnales y pasionales (astrales), y ya libre de estos dos cuerpos, reducida esta alma a sólo el cuerpo o vehículo mental, lo va depurando de los fútiles recuerdos hasta que exenta de ellos, con sólo el lastre de los recuerdos afectuosos, cariñosos, altruistas y los de su fe religiosa, se goza en ellos más o menos tiempo a medida de su entender, sintiendo una; dicha inefable, como la narran

las sectas del cristianismo dogmático y otras grandes religiones. Satisfecha el alma de tal dicha, que algunas almas, por su fanatismo acendrado, se la permiten prolongar miles de años su Guía espiritual, su Ángel tutelar (*Hebreos*, I 14) o Maestro, de modo inadvertido.; le hace ver la notable diferencia del plano o estado en que se halla, habiéndoselo comparado con el de otras almas de más elevado nivel moral. Entonces el alma en cuestión siente el deseo de mayor *brillo*. Llegado este punto, queda el alma aletargada, y su Guía, en unión de otros seres, *quizá* de más alta jerarquía, tras un proceso meritísimo, propio de seres divinos, le preparan el nuevo nacimiento en el mundo físico, en el lugar, familia y momento planetario que mejor conviene al progreso que debe realizar. Esta alma, que a su encarnación trae grabado el recuerdo infuso de la felicidad disfrutada en el cielo terrenal o planetario, se halla dispuestísima, por natural afecto o devoción, para aceptar la espiritualidad en la primera ocasión que de ella, con verdadera unción evangélica, se le hable, por cuanto que en su fuero interno se halla deseosa de volver a su antigua y dichosa morada. De aquí que el divino Maestro dijese en Palestina: «No asciende al cielo sino el que descendió del cielo», (*Juan*, III, 13). Y sepa el lector profano que lo narrado no es una conjetura, ni una deducción, ni una inferencia; esto lo ve, lo presencia el que por sus obras posee la clarividencia, y como en el mundo físico, por el solo hecho de desdoblarse a impulsos de su voluntad, actúa a la par en los mundos astral y mental, que, como es sabido, están compenetrados con el mundo físico. Tal clarividencia no es la del médium vidente: éste sólo ve aquello que generalmente, por su gestión, le presenta la entidad espiritual que de continuo le acompaña. Las almas, las conciencias que no aceptan la

espiritualidad, quedan concatenadas en un plano inferior al astral, muy próximo al físico, hasta que los seres encargados de ellas nuevamente las hacen encarnar. Estas almas no evolucionan en los mundos astral y mental porque no se han abierto para que en ellas entre la luz de la verdad eterna. Los adelantos, sus progresos han de realizarse en la carne. Ocupándose el Divino Maestro de estas almas, dijo que «teniendo ojos no verían y teniendo oídos no oirían (*Mat. XII, 13, 14*) las cosas espirituales», (*1.ª Corint., II, 14*)».

Swedemborg, el vidente y teosófico místico sueco, nos ha dejado también una descripción hermosa de estas mansiones en su *Arcana Coelestia*, y en *Memorabilia*, donde dice después de describir al estilo de Las mil y una noches la visita de diez elegidos al «Palacio celestial»:

Luego de visitar el palacio les dijo el ángel: «Todavía no es mediodía; venid conmigo al jardín de nuestro príncipe que está al lado del palacio». Le siguieron, y al entrar en el jardín les dijo el ángel: «He aquí el jardín más hermoso de este palacio.» Mas ellos nada veían excepto un árbol, en cuyas ramas creían ver frutos de oro entre hojas de plata con sus bordes adornados de esmeraldas. Debajo del árbol veían niños pequeños con sus amas o niñeras. (NOTA: Este simbólico Árbol es también el «De la leche» o de «los niños» que aparecen en los llamados «Códices mexicanos del Anahuac» como el estudiado por nosotros en *La ciencia hierática de los Mayas*. Es el emblema del «Árbol de la Sabiduría» o de la «Ciencia del Bien y del Mal» (el «Árbol del Mundo» de las leyendas nórdicas y de *La Walkiria*, de Wágner), y los tales niños no son sino los Adeptos, los iniciados que del tal Árbol se alimentan,

puesto que a éstos se les ha considerado siempre como «niños», es decir, «nacidos de nuevo», dos veces nacidos o «drigas» brahmánicos. Numerosos pasajes del propio Evangelio aluden a ello, tales como el de la «Degollación de los inocentes», el otro en que Jesús dice dejad que lleguen a mí los *niños* (los verdaderos discípulos), o el en que le dice a Nicodemus (*Juan*, III) que «ninguno entrara en el Reino de los Cielos (o Iniciación) sino naciere dos veces», una en la carne y otra en el espíritu. FINAL NOTA). Y dijeron al ángel: «No vemos ningún jardín; sólo este árbol con sus frutos de oro hojas de plata y niños jugando debajo del mismo». Mas el ángel les contestó: «Este árbol forma el Centro del jardín y lo llamamos nuestro árbol celestial; algunos lo llaman también el árbol de la vida. Acercaos y veréis el jardín; porque vuestros ojos serán abiertos». Hicieron así y, apenas habían adelantado unos pasos, sus ojos fueron abiertos y veían alrededor de sí un jardín de indescriptible hermosura. Árboles llenos de deliciosos frutos, sus troncos envueltos por lianas y sus copas inclinándose hacia el árbol de vida en el centro, bajo el peso de sus frutos; se extendían en infinitas series por su orden, según su especie, y por la excelencia de sus frutos, formando perpetuo espiral desde el centro, donde estaba el árbol de vida. Entre el principio del espiral y el árbol de la vida había, sin embargo, un ancho espacio, donde fulguraba una luz hermosísima y de intensa claridad, cuya luz era reflejada por los árboles del espiral gradualmente, según su posición y su especie, desde el primer árbol hasta el último. Los primeros árboles del espiral eran los más nobles, llevando la más preciosa fruta; se llamaban arboles de paraíso. Semejantes árboles no se conocen en el mudo natural, porque no existen ni pueden existir en este mundo.

Después seguían olivos y vides; luego árboles aromáticos, y, finalmente, tales que sirven para la industria por la utilidad de su madera. Entre los cielos del espiral, con intervalo conveniente, había bancos y sillas formados por las ramas vivas de los árboles, inclinadas y entrelazadas, adornadas con sus frutos. Entre los cielos había sendas y caminos, vergeles y pequeñas praderas tapizadas de verdes y con plantíos de flores de hermosos colores. Al ver todas estas cosas los visitantes exclamaron con gozo, como enrapturados: «¡Esto es el Cielo en forma!». «Donde quiera que dirijamos la vista vemos cosas indecibles, celestiales y paraísicas». El ángel se regocijó de esta exclamación y les dijo: «Todos los jardines de nuestro cielo son representativos de las beatitudes celestiales y un influjo de estas beatitudes ha elevado vuestras mentes ahora; por eso habéis exclamado: «Hoy vemos efectivamente el Cielo». En cambio los que no reciben semejante don miran estos paraísos como mirarían a otro bosque cualquiera y nada perciben de su verdadera hermosura. Luego explicó el ángel a los visitantes la verdadera representación o simbolismo de tales árboles del jardín y de todas sus cosas.»

Por supuesto que todo es simbólico en el pasaje en cuestión para despistar a los profanos que podían comprometerle con sus fanatismos al discípulo en aquellos inquisitoriales tiempos. El jardín de Utgard, nórdico; el de las Hespérides, atlante; el del Edén, bíblico, y cuantos otros análogos nos están descritos en todos los libros religiosos son el velo de poesía echado sobre las delicias efectivas de aquella esteta región solar presidida por el planeta astrológico Mercurio y sobre cuya realidad trascendente e inefable no nos cabe ya ninguna duda.

Otro gran místico, Jacobo Boehme, en su tratado *De la Vida Supersensual* (1622), dice acerca «de la manera cómo el alma puede llegar a la contemplación y audición divina y lo que es su infancia en la vida natural y sobrenatural; cómo pasa de la naturaleza a Dios (el Sol) y vuelve a la naturaleza *terrestre* y lo que es su salvación y condenación», o sea en el diálogo socrático entre Maestro y Discípulo (los paréntesis son ilustraciones teosóficas nuestras):

Maestro. – No quiero decir que debas hacer mal a nadie; pero como el mundo sólo ama el engaño y la vanidad, marchando por la vía falsa, si tú quieres hacer lo contrario en todo, no tienes más que escoger el sendero derecho, que es el opuesto a todos los suyos. – En cuanto a que únicamente tendrás tormento, sólo es así en relación a la carne, lo que te da ocasión para una continua perseverancia; por otra parte, es en la angustia donde el amor gusta poner su hálito de fuego. – Dices también que te tendrán por loco, lo cual es muy cierto; pues la vía que nos conduce al amor divino es una locura para el mundo, lo que, para los hijos de Dios (hombres solares), resulta sabiduría: Cuando el mundo ve en los hijos de Dios el fuego del amor los considera dementes, pero esta demencia es un tesoro tan precioso que nadie puede explicar, como igualmente ninguna boca podría decir lo que es el fuego del amor divino, que vuelve más blanco que el sol, más dulce que cosa alguna; de más eficacia que ninguna comida ni licor y más agradable que joya alguna de este mundo; quien lo obtiene es más rico que el rey más poderoso de la tierra, más noble que un emperador y más fuerte que poder alguno.

Discípulo. – ¿Cuándo el cuerpo muere adónde va el alma, ya sea bienaventurada o en condenación?

Maestro.— No es necesario que sea transportada a parte alguna (NOTA: Esta frase y las que vienen luego no contradicen la marcha «orbital» antes descrita, toda vez que en el concepto extático en que están escritas todo lugar terrestre o lunar es lugar solar también por pertenecer al ámbito del sistema planetario. FINAL NOTA), y de ella se separa con el cuerpo únicamente esta vida mortal; el alma, anteriormente, ya llevaba el cielo y el infierno en sí conforme está escrito: «*El reino de Dios (Campos Elíseos) no vendrá con ninguna apariencia; no podéis, por lo tanto, decir: he lo aquí, porque está dentro de vosotros*», el alma está en lo que ella se manifieste, ya sea el cielo o el infierno.

Discípulo.— ¿No es llevada, entonces, al cielo o al infierno, a la manera como se pasa de uno a otro mundo o como se entra en alguna casa?

Maestro.— No se efectúa ninguna forma de transporte; el cielo y el infierno están presentes en todo y esto no es más que una introversión de la voluntad, en el amor de Dios o en su cólera, y eso se efectúa en los días de nuestra vida, lo cual hizo decir a San Pablo: «*Nuestra conversación está en los cielos.*» Cristo dijo también: «*Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco; ellas me siguen y les doy la vida eterna; ninguno tampoco las arrebatará de mi mano*». Juan, 10, 27, 28.

Discípulo.— ¿Cómo se efectúa esta entrada de la voluntad en el cielo o el infierno?

Maestro.— Cuando la voluntad se abandona profundamente a lo divino sale entonces de sí misma fuerte de todo principio o lugar, donde solamente Divinidad se manifiesta y opera y se realiza su voluntad; entonces el alma se hace la nada en su propia voluntad expropiada, en la cual

habita la Divinidad, queriendo y operando entonces en esta alma que se halla santificada y entra así en el reposo divino.

Entonces, cuando el cuerpo se separa, el alma se halla totalmente compenetrada por el amor divino y transparente de divina luz, a la manera que un hierro puesto al rojo en el fuego pierde su negrura. Y la mano de Cristo (el Séptimo Principio, el Espíritu) está allí en todas partes del alma donde el amor divino habita eternamente y donde se manifiesta una brillante luz y una vida nueva: así es como se halla en el cielo, siendo ella misma un templo del Santo Espíritu y el paraíso donde lo Divino reside. Pero un alma impía no acepta en esta vida la expropiación divina de su voluntad, muy al contrario, persevera en el propio egoísmo, deseos, vanidad y falsedad, en la voluntad del diablo. Sólo atesora en sí malicias, mentiras, orgullo, avaricia, envidia y cólera, sin más guía que su propia voluntad. Tanto en ella se hace manifiesta y activa esta vanidad, que compenetra enteramente el alma como el fuego al acero. Una tal alma no puede alcanzar el reposo divino porque en ella se hace manifiesto su pecado al separarse, pues, del cuerpo, principia entonces el remordimiento y la desesperación, por cuanto se siente a sí misma pura abominación y tiene vergüenza de acercarse a Dios (el Sol). Ciertamente no puede hacerlo por hallarse cautiva en el furor y a su vez furiosa y encerrada en sí misma por sus malas pasiones. Y como ni el amor ni la luz divina lucen en dicha alma, es como densas tinieblas o fuego de su martirio, llevando el infierno en sí. Así, pues, vive en el infierno sin necesidad de ir a buscarlo en parte alguna, porque allí donde se halle esta alma allí el infierno está, y aunque pudiese alejarse miles de leguas siempre se hallaría, no obstante, en él.

Discípulo.— ¿Cómo se explica, entonces, que una alma santa no pueda en este mundo gozar de esa dicha, ni tampoco el impío sienta su infierno, estando y operando ambas cosas en el hombre?

Maestro.— El reino de los cielos está en los santos, y en tal forma se hace sentir en su fe, que su voluntad es enteramente a Dios; pero la vida natural está cercada por la carne y la sangre y los vanos placeres de este mundo, los que no dejan de compenetrar esta vida exterior mortal; de manera que de un lado el mundo, el diablo de otro, y en un tercer término la maldición de la cólera de Dios penetrando en esta vida; por eso el alma está a menudo en angustia cuando el infierno se quiere manifestar en ella y con tal objeto la oprime; pero ella se sumerge en la esperanza de la gracia divina, viviendo entonces como una bella rosa en medio de espinas, hasta que en ella el reino del mundo sea aniquilado por la muerte corporal; es entonces cuando ella puede manifestarse en el amor de Dios, por no haber nada que se lo impida. Es necesario que en esta vida marche el mundo con Cristo, a fin de que la envuelva con su amor y se halle en su infierno para librarla de él transformándola en cielo. En cuanto a que el impío no siente su infierno en esta vida digo que lo siente muy bien en su falsa conciencia; pero no se da cuenta de lo que esto significa, por cuanto aún tiene la vanidad terrestre en qué complacerse en lo que halla la dicha y voluptuosidad. La vida exterior tiene también aún el fuego de la naturaleza exterior en que el alma halla su contento, por lo cual no se hace manifiesto el tormento; pero cuando el cuerpo muere no puede el alma gozar de esa temporal voluptuosidad; el fuego del mundo exterior se ha apagado también para ella, y entonces siente hambre

y sed de aquella vanidad que el mundo le dispensa; pero no puede alcanzar sino la falsa voluntad en que ella misma se ha envuelto y siente la escasez de todo lo superfluo que tenía en esta vida y de lo que no se había saciado; ahora tiene demasiado poco y es a causa de su hambre y sed eternas de vanidad, malicia y lubricidad, y bien quisiera todavía continuar en el mal; pero le faltan los medios para poder efectuarlo, por lo que viene eso a realizarse en sí misma. Esta hambre y sed infernal no se evidencia en el alma hasta que muere el cuerpo, por medio del cual saboreaba la voluptuosidad o satisfacía sus deseos.

Discípulo. – Ya que el cielo y el infierno están aprisionados dentro de nosotros durante esta vida y Dios tan cerca nuestro ¿cuál es la morada de ángeles y diablos durante este mismo tiempo?

Maestro. – Donde tú no moras con tu insania y propia voluntad allí están los ángeles contigo y por todo, y donde tú moras con tu voluntad, allí están los diablos contigo por todo.

Discípulo. – No entiendo eso.

Maestro. – Allí donde en algo se desplace la Voluntad divina Dios esta manifestado juntamente con los ángeles; pero si Dios no pone su voluntad en una cosa, no se manifiesta en ella; sin embargo, se entiende que Dios habita en sí mismo sin participar de aquello en que se manifieste. Donde opera su voluntad propia fuera de la de Dios, allí habita el diablo con todo lo que no es de Dios

Hemos transcrito, pues, la opinión de un conspicuo místico pagano y dos cristianos para que se advierta bien la coincidencia de criterio entre aquellas dos grandes religiones en punto al problema del más allá de la muerte

y del tránsito del alma humana a regiones hermosas, a verdaderos paraísos de los que los más ponderados paraísos terrestres no son sino sombra y figura.

El criterio de todas las religiones orientales es el mismo también. Sin descender a detalles recuérdese el «devachan» brahmánico, o luminoso «reino de los devas», el «paraíso de Indra» védico, y el propio *Ga-ar* o *Ar-ga* literalmente «el paraíso de la región lunar», puesto que «ar» es fuego, «ga» agua, y «arga» uno de los viejos nombres de la Luna con todo lo cual la descripción de Plutarco respecto a esta «Tierra del Descanso», que diría el célebre libro de las *Aventuras de Clareo y Florisea y los trabajos de Isea* citados por extenso en el capítulo sobre Tristan e Iseo de nuestro libro sobre Wágnier, adquiere inusitado vigor.

El dolor, el hastío las grandes tristezas y atonías del alma cuando se siente con las alas rotas en el rudísimo batallar de la vida física, llevan también a nuestra imaginación, que es «nuestro» cuerpo astral, aromal, sidéreo o como quiera llamársele, único cuerpo con el que habremos de entrar, ya muertos para la Tierra, en aquella dulce región de Persefona cantada por Plutarco –a esa región feliz, a ese sanatorio psíquico de más allá de las nubes, a nuestra alma atormentada, para restaurarla. Tan cierto es esto que hay un medio infalible de graduar el estado de felicidad o de tristeza de cada hombre en cada caso por el lugar correspondiente al que vuela su fantasía. Así, cuando la realidad física que nos rodea nos es grata, todas nuestras facultades están, por decirlo así, como adheridas a ella y en la más antropocéntrica de las posiciones morales. En cambio, cuando dicha realidad nos es hostil y arrolladora, nuestra fantasía vuela rauda hacia regiones lejanas,

regiones que serian las lunares si de ellas tuviésemos una clara recordación en lugar de un extraño presentimiento o reminiscencia, y que, a falta de ellas, son las comarcas terrestres en cuyos campos, hermosos antaño, nos hayamos solazado, muy especialmente los lugares en los que nacimos o se desarrolló esa edad de oro, recuerdo lunar sin duda, a la que llamamos infancia.

La fuerza sugestiva de la novela, sobre todo en los temperamentos muy atormentados y muy nerviosos, se debe precisamente a esto, a que desdoblan artísticamente a nuestro ser, dejando dormir al cuerpo de la bestia terrestre en la posición más cómoda para que el alma pueda volar unos momentos a la consabida «región de los ensueños», cual si ya hubiese roto sus ataduras corpóreas. Por eso, un susto dado en semejantes circunstancias de disociación del alma con el cuerpo es siempre más intenso y de peores consecuencias que de ordinario, cuando ese «hilo de oro» que ven los videntes enlazando a los dos cuerpos, etéreo y físico, está menos tenso o adelgazado que en aquellos otros estados extáticos o contemplativos.

La misma muerte que subseguiría a todos estos trances de desdoblamiento, si bien puede ser dolorosa hasta cierto punto al organismo físico, matriz de donde sale para volar a los espacios, «el doble astral etéreo» ya dicho, no lo es, sin duda, para la conciencia en este «doble» que ha de constituir en la región lunar nuestro nuevo cuerpo luminoso. Varigny, en un reciente estudio, insiste por eso en que la muerte no es nunca dolorosa para esta segunda conciencia del moribundo, y si lo que llevamos dicho no bastase, valga por otros muchos el hecho que este investigador nos relata en los siguientes términos: «La Biología nos

enseña que desde el momento en que un hombre pierde el conocimiento después de un choque mortal, la muerte existe. Los milagros de la Medicina y la Naturaleza logran arrancar del seno de la muerte a muchos seres. Considerad a un ahogado a quien se le saca del agua desmayado. Si los socorros que se le prodigan logran volverlo a la vida, puede decirse que ha resucitado, puesto que la muerte no hubiera sido sino la prolongación definitiva de su desmayo. En las confidencias de resucitados de esta especie puede fundarse una tesis consoladora, demostrándonos que el miedo a la muerte no es más que un temor a lo desconocido».

Es más, a veces, en los casos de una maldad refinada de hombres embrutecidos para las cosas espirituales y para el amor hacia sus semejantes, la separación del alma y el cuerpo puede operarse aun antes de la muerte física, quedando reducida la vida del desgraciado a quien tal evento ocurra a una mera subsistencia animal. Sobre ellos la maestra H.P.B. ha dicho: «Los iluminados, los hombres justos aquellos que por su propio esfuerzo han llegado a la supremacía del Hombre interno y al conocimiento de la verdad, han recibido, como Marco Antonio, instrucciones de los *dioses* al efecto, ora durante el sueño, ora de otro modo. Auxiliados por los puros espíritus o ángeles «que habitan en las regiones de la bienaventuranza eterna» han observado de siempre el curso de tales hechos, y han avisado de ello a la Humanidad repetidísimas veces. Puede el escepticismo, si le place burlarse de todo esto; pero *la fe, fundada en el conocimiento y la ciencia espiritual*, así lo viene creyendo y afirmando siempre. Nuestro ciclo actual es un ciclo eminentemente caracterizado por tales muertes. A cada paso nos codeamos en esas calles con hombres y

mujeres que han perdido ya su alma, y por eso no podemos maravillarnos en el presente estado de cosas del tremendo fracaso de los últimos esfuerzos de Hegel y de Schelling para construir un sistema metafísico.

Si hojearnos los libros religiosos del pasado nos encontraremos con mil pasajes en los cuales se hallan descritos, más o menos veladamente, los momentos que subsiguen a la separación del alma del cuerpo y el destino de aquélla en los primeros pasos queda en la región lunar, donde va a desarrollarse su segunda vida antes de pasar a la tercera o puramente espiritual en la esfera o región de Mercurio. Todas las páginas de la linda obrita *El Despertar*, de Mabel Collins, no es sino una serie de variaciones sobre este tema y que merecen ser leídas. De las walkirias nórdicas y las huríes coránicas nada diremos tampoco por haber hablado largamente de ellas en los capítulos correspondientes de *Wagner* y *El libro que mata la Muerte*. Bástenos hoy, por tanto, esta hermosa página del Zend-Avesta, que citada vemos hoy por nuestro amigo Sr Bruschetti, y relativa a «La personificación del Hadhokht Nask zoroastriano».

CAPÍTULO III

LAS HIPÓSTASIS

El dialogo entre Ahura Mazda y Zarathustra.- El alma en la noche tercera post-mortem.- Influencias de la literatura prehistórica.- ¡Siempre «El Amado y la Amada»!.- Voluptuosidad.- El «descenso a los Infiernos».- El amanecer de la otra vida.- Enseñanzas de los clásicos paganos y de San Pablo.- Las huries-walkyrias.- El cuaternario inferior y la Suprema Triada.- Los cinco Hermes.- La Venus-berg-nórtica.- La divina Hipóstasis de lo solar y lo terrestre.- Un recuerdo de la obra de Rochas y los estados de delirio.- Los paraísos artificiales.- Las vías fisiológica y patológica de comunicación de mundo a mundo.- Enseñanzas del Corán.- Hurtes y walkyrias.- El «viaje nocturno» del Profeta.- Concordancias con otros mitos de la leyenda universal.- Una obra de teatro contemporánea.

«El gran Zoroastro «Cero-aster» o Zarathustra pregunta a Ahuramazda en el Zend-Avesta: –Cuando uno de los fieles deja esta vida, ¿dónde mora su alma en la tercera noche? –Y éste responde: –En la tercera noche, cuando ella termina, y despunta el alba, le parece al alma ser llevada en medio de plantas y perfumes; diríase que de la región astral sopla un viento dulcemente aromado como no se ha conocido jamás en el mundo...Y siente al alma del fiel que su misma conciencia se adelanta hacia él llevada por aquella brisa en la forma de una niña hermosa, radiante, de ebúrneos brazos, alta, fuerte, de formas ideales, noble, de gloriosa alcuernia, de aspecto de jovencita de quince años,

más bella que todo cuanto más bello existe en el mundo. Y el alma del fiel a ella se dirige y le pregunta: –¿Quién eres tú que en el mundo nunca vi más preciosa niña? –Y ella, que es su misma conciencia, le contesta: –¡Oh tú, sér de buenos pensamientos, buenas palabras y buenos actos, de buena religión, yo soy tu mismo Yo!...Yo era bella y tú me hiciste más bella; yo moraba en una altura y tú me colocaste en el lugar preeminente, y así, desde este día, los hombres me adoran porque durante largo tiempo presenté mis sacrificios a Ahuramazda y he conversado con él».

Por supuesto, que en el pasaje citado se transparenta la influencia de lo que pudiéramos llamar «Literatura caballeresca prehistórica», o sea del sublime mito atlanteario –más tarde reflejado en el de «Psiquis y Heros», de Apuleyo–, mito en el que Psiquis, el alma amante y mística, ha percibido en sueños las caricias de su Amado divino, sin alcanzar a verle en sus extáticos deliquios. Psiquis, mal aconsejada por sus hermanas envidiosas, ha cometido además la profanación de encender una lámpara –la lámpara de la mera razón–, y por ello hase visto condenada a vagar por todo lo descubierto de la Tierra y aun por los Infiernos, o «lugares inferiores mismos», en vana demanda del Amante perdido, hasta el día en que, harta de peregrinar en vano y con los «pies hinchados», como Edipo, sube a los cielos ;y allí le encuentra al fin, siendo con él desposada por el mismo Zeus ante el solemne banquete de los dioses todos y recibiendo el nombre santo de *Voluptuosidad* (el «Voluptas» Latino), inefable nombre que las ignorantes lenguas neolatinas posteriores han prostituido. (NOTA; «Voluptuoso», «voluptuosa», es en todas estas lenguas herederas de la letra, pero no del alto

espíritu pagano, «un adjetivo equivalente a muelle, blando, afeminado, sensual, libidinoso, lascivo, etc. Calificase, por tanto, así a la personada dada a los deleites carnales, y se extiende a todo aquello que inclina y provoca hacia los mismos, o los fomenta. Es, en fin, lo lubrico, obsceno, torpe e impuro. Voluptuosidad es, por tanto, un sustantivo femenino que alude a molicie, afeminación, libidinosidad y corrupción de costumbres, representándosele en mitología como una divinidad alegórica, bajo la figura de una mujer joven, hermosa y desnuda, coronada de flores y ofreciendo libaciones en una copa de oro en la que bebe una serpiente. Otros la pintan tendida en lecho de flores, ardiente el rostro, lasciva la mirada y con un globo de cristal, al lado, o bien con un caduceo, siendo así el prototipo del mal, de la bajeza pasional y del vicio...» Tal suelen expresarse los diccionarios de los pueblos que llamamos civilizados. Veamos ahora el reverso de la medalla, o sea el nobilísimo significado prístino en que los clásicos usasen la palabra:

«Voluptas, voluptatis, femenino equivalente a sublime alegría, celeste o *laetitia* (del griego ἡδονή)... Dictur tan de ánimo quam de corpore; tum de bona voluptate, tum de mala. Omne id, quo gaudemus, Voluptas est ut omne quo offendimur dolor (Ciceron, 2, c. 37). Voluptatis verbo omnes qui Latine sciunt, duas res subjiciunt, laetitiam in animo, commotionem suaven jucunditatis incorpore, (ib. l. 2, c. 4), Divinus Plato escam malorum voluptatem appellat, quod la vide licet homines capiantur, ut homo pisces (ib. 1; Séneca, c. 13), etc.

El contraste, como se ve, es absoluto. Por eso, en su acepción prístina a «Voluptas» se la personifica como una diosa casta y pura (Venus Afrodita), nacida de la unión

o «hipóstasis» del alma humana con su Ego Superior o Divino, Chispa de la gran Llama del Logos que anima al Cosmos. En tal sentido, único verdadero, equivale a emoción inefable y trascendente; a elevación superhumana del alma; a deleite divino, *epopteia*, éxtasis, amor suprasensible y místico, compenetración íntima con la Divinidad que late en nosotros, que diría Schopenhauer, o la toma de puesto en el Banquete de los dioses; el estado de transfiguración de Jesús en el Tabor cuando «sus vestiduras se tornaron como el ampo de la nieve y su cara rutilaba como el sol», estado presenciado por Santa Teresa en sus «Moradas», al igual de tantos otros místicos de las diferentes religiones, y del cual el gran Plotino disfrutó sólo seis veces en su vida.

Todo esto es de una trascendencia enorme, porque viene a deshacer una cruel calumnia inferida a las demás religiones por parte de una de ellas, que no es, por cierto, ni la mejor ni la más antigua, ni la que tiene mayor número de fieles, es a saber, que las huríes coránicas, las walkyrias nórdicas, las diosas de los panteones védico o jaino, etc., no son sino una prolongación allá arriba de los placeres *Voluptuosos* de la carne pecadora en esta Tierra, y esto es tan falso como injusto, porque todas ellas, en efecto, de acuerdo con la ciencia, la tradición y la recta mitología y etimología, nos hablan de semejante «voluptuosidad», pero no en el sentido carnal, sino en el purísimo y extático que asigna, por ejemplo, a su Cielo el cristianismo.

Ello, en fin, corrobora la advertencia ocultista de la Maestra H.P.B. (*D.S.*, tomo III págs. 389 y 410), de que según se tomen los simbolismos de «Psiquis y Heros» o de «El caballero andante y su Dama» en el muerto sentido de la mera «unión carnal» o en el trascendente por nosotros

asignado, así se cae irremisiblemente en la Magia negra o en la blanca, es decir, en el Sendero siniestro de las «almas gemelas» o en el de la Diestra de las «hipóstasis divinas» (Véase *El tesoro de Somiedo*, parte IV, cap.1). FINAL NOTA).

Pero lo más admirable del pasaje iniciático transcrito es la misma concisión con que relata los momentos capitales del tránsito del alma desde la región terrestre de los «vivos-muertos» a la región lunar de los «muertos-vivos».

El tránsito, bien claro lo dice el texto, acontece en la tercera noche, así que en el cadáver se ha operado la destrucción definitiva de alguna de las vísceras esenciales –el vientre generalmente–, destrucción que imposibilita ya en absoluto todos los retornos a la vida física llamados resurrecciones, que antes de ello pueden ser operadas por los verdaderos Adeptos, como más al por menor relatamos en el comentario al epígrafe «La resurrección de los muertos» de *Páginas ocultistas*.

Durante las horas anteriores, o sea en el lapso de tiempo que media entre el momento en que se ha exhalado el último suspiro y «el amanecer del día tercero», el alma vaga inquieta y extrañada por esa región etérea intermediaria que se ha llamado Hades, Mansión de la Quimera y de los Sueños, a la que en lenguaje teosófico podemos llamar mundo astral inferior. Son dichos momentos el «Descenso a los Infiernos», operado también por todos los iniciados, tales como el de Perseo para libertar a Andrómeda; el de Orfeo, para rescatar a Eurídice, y también el de Pitágoras, el de Psiquis en demanda de su amante divino, o el de Telémaco, en la obra de Fenelón, buscando a su padre Ulises. De semejante descenso hay asimismo una incomprendida

alusión respecto de Jesús en el Credo católico y, en efecto, el candidato; no bien era sometido, bajo la acción tutelar del Maestro, a la pavorosa experiencia de la muerte física tras las horribles pruebas por las que había atravesado, veíase conducido a la tenebrosa región en plena conciencia, mientras que su cuerpo yacía inerte en el sepulcro de mármol de la cámara iniciática tal y como después se ha practicado durante toda la Edad Media, según puede verse respecto de la iglesia de la Vera-Cruz, de Segovia, y de los llamados por eso «Caballeros del Santo Sepulcro» en el cuentecito «La demanda del Santo Grial.» de nuestro libro *El Árbol de las Hespérides*. Merced a semejante desdoblamiento astral, bastante más admirable y trascendente que el desdoblamiento hipnótico o el espiritista que, respecto de Florencia Cook, nos relata el sabio W.Crookes en su *Medida de la fuerza psíquica*, el alma del candidato adquiriría la experiencia irrefragable de su supervivencia después de la muerte física, y por ello el propio Cicerón, de regreso de su iniciación en Eleusis, pudo decir que ya no temía a la muerte, aserto corroborado más tarde por San Pablo, cuando, al hablar del cuerpo espiritual (*Corintos I, 14*) como de cosa diferente del cuerpo de materia, dice que cuando esto se sepa, la muerte será considerada como una cruel mentira.

La permanencia del alma en tales zonas inferiores –las mismas acaso donde los suicidas y demás víctimas de muerte violenta completan el término natural asignado por la ley natural a sus días– es, como se ve, hartamente breve, y de ella sale feliz y triunfal el tercer día,; aunque de muy diferente manera según de quien se trate, porque, como el mismo San Pablo dice: Todos resucitaremos al tercer día, cual

resucito Jesús, pero no todos seremos mudados, es decir, cambiados de vestidura, pues mientras los puros dejan en definitiva los «sucios vestidos» o manchas terrestres, las almas más innobles o menos purificadas, aunque también sean llevadas allí no tienen conciencia de su nuevo estado de superioridad porque nada similar a él cuidaron de desarrollar aquí abajo con su esfuerzo redentor, prefiriendo encenagarse en las cosas materiales y en sus falsos tesoros, tesoros que, por ley de densidad física, al par que moral, no pueden ahora ser alzados hasta las alturas aquellas. Su conciencia, en resumen, ante las sublimidades de la nueva vida celeste es como la de los animales o los hombres de cretina mentalidad ante la excelsitud del arte o de la ciencia, no alcanzadas a comprender por ellos en discursos ni en museos.

Para el candidato a la iniciación, como llamado a continuar luego en la Tierra, la misión que allí le era asignada, las cosas, a partir de este momento inefable o *epóptico* señalado en el párrafo del Zend-Avesta que comentamos, acaecían de diferente manera que al muerto ordinario, toda vez que, tras la visión trascendente de aquella «jovencita», de aquella «hurí» o «walkyria» de su Conciencia superior, por él engrandecida y hermoseedada con su ruda labor de aquí abajo, perdía poco a poco de vista tan inenarrable cielo, y descendía suavemente hacia la vida física, vida en la que era al fin despertado por el primer rayo de sol del nuevo día hiriendo de lleno sus cerrados párpados. Conviene no olvidar tampoco a este propósito aquel pasaje del Evangelio «apócrifo» llamado «Pistis-Sophia» (o sea el Evangelio gnóstico de la «Sabiduría del lago iniciático» o *pista*), en el que Jesús, en su juventud, tiene un encuentro

análogo con su Divino Ego, o bien el otro pasaje de *Los hechos de los Apóstoles*, en el que Saulo o Pablo encuentra a su resplandeciente Señor camino de Damasco. El *Angoieides* sagrado y misterioso del que nos habla la maestra H.P.B. al comenzar el tomo III de su *Doctrina Secreta* (edición en folio); el Áurico huevo de nuestra Triada Superior, de nuestro «Ángel» o de nuestro solar Dhyan-Chohan, con sus inefables coloraciones deslumbradoras («zarza ardiendo», de Moisés), no viene a significar en el fondo otra cosa.

Si no temiésemos en nuestra conocida insuficiencia incurrir en defectos de expresión que a lectores frívolos o apasionados indujeran a groseros errores luego, diríamos, además, que en semejante encuentro del alma humana con la Suprema Triada que la cobija –encuentro relatado en el pasaje que nos ocupa, como el del Amado y la Amada– hay una como sexualidad trascendida que no ha escapado a la penetración de ningún místico pagano ni cristiano, oriental ni occidental; algo como la formación del divino Andrógino o «Hermes» de la teogonía (NOTA: El filósofo iniciado árabe Abul-Ieda, nos habla de «los cinco Hermes». Zeus, Belos, Nebo, Thot y Hermes Trimegisto, nombres los cinco de otros tantos grandes Adeptos o Mahatmas históricos, pero relacionados astronómicamente, según H.P.B., tanto con el Sol físico como con la espiritual e iniciática Sabiduría. En efecto, la etimología misma de la palabra es la de *Her* Señor y *Man o Menes*, Hombre, Pensador, por lo que equivale a un anagrama semejante al de Psiquis y Heros. Los Hermafroditas Divinos se encuentran en todas las escrituras y tradiciones del mundo. Adán es el primer Andrógino Divino (Libro de Enoch), separándose en Jah-

Heva (hombre y mujer), y en Caín y Abel (varón y hembra), en su otra forma o Raza. El Jehovah de doble sexo o el ario Brahma-Vach, después de lo cual vienen los sexos opuestos de las Razas 3ª y 4ª. Es *uno de los más altos Misterios*. Es el elemento bisexual de toda deidad creadora. (Brahma-Viraj-Vâch; Adán-Jhovah-Eva; Caín-Jehovah-Abel.) (H.P.B. *La Doctrina Secreta*). FINAL NOTA); pero como el asunto se presta al error y a la mala fe, preferimos imponernos silencio dejando a cada cual entregado a sus propias intuiciones y diciendo tan sólo que la visión permanente de este Angoeides supremo es el Sol de Felicidad que alumbra al Alma durante esta su segunda vida lunar en la depuración de sus manchas y la restauración por sus terrestres dolores, hasta la llegada suave y dichosa del momento de la segunda muerte del que antes nos hablase el citado texto de Plutarco, momento de suprema Yoga en el que la Amada lunar y el Amado solar se tornan uno en la región extraterrestre de Usanas o Venus-Sukra, la «Venusberg» de las teogonías, región de la que tan artístico partido sacara Wáagner para su Tanhauser, región, en fin, en la que el seco bordón del triste Edipo peregrino florece, pese a todas las maldiciones de la negra Magia.

Todo esto, por supuesto, son realidades tan augustas que, para mal describirlas, habría que romper la pluma de prosaico escritor, para tomar la lira del bardo-poeta. Cantar, en efecto, las divinas Hipóstasis de lo superior, solar y divino en lo inferior y luniterrestre, o sea la «Maravilla de maravillas» de que hablan los cantos órficos (Véase *Por el reino encantado de Maya* epígrafe, «Los doce trabajos de Hércules») sería hacer una obra de mística teosofía, no una pobre exposición semicientífica del problema de La

Esfinge tebana.

Y ya que hemos aludido a los fenómenos hipnóticos, mero reflejo y vil caricatura necromante de aquellos estados epópticos, recordar debemos también que en el fenómeno mediumnístico, en el de la hipnosis y sus análogos es por demás frecuente el que el paciente, cuya alma ha llegado a ciertas alturas de disociación con el cuerpo físico, se sienta feliz, en verdadero paraíso que se resiste cuanto puede a abandonar, como de ello son buena prueba los estados profundos de hipnosis que nos relata en su libro *Les fantômes des vivants* el célebre coronel Rochas (*De Sevilla al Yucatán*, parte 2.^a, cap. XV). Y no se diga de esotros estados patológicos graves en los que sobrevienen al paciente delirios múltiples, y en los cuales mientras que el médico y los que rodean al enfermo en el lecho del dolor sufren las tristezas consiguientes al estado en que ven yacer al ser querido, mientras que el alma de éste, en la más deliciosa de las quimeras se siente feliz, entre árboles deliciosos, rumorosas cascadas, paisajes y realidades que nosotros tenemos por fantásticas pero que son verdad para el enfermo más que otra cosa alguna en el mundo, reales «con realidad tal del orden imaginativo o de cuarta y «astral» dimensión geométrica», que los mismos circunstantes en condiciones análogas de un mañana suyo de enfermedad habrán de experimentar a su vez. Otro tanto acaece con los llamados «paraísos artificiales» modernamente, y en los que el alcohol, el éter, el haschich o el opio logran introducir con ganzúa al alma de la pobre víctima de tales vicios, anticipándola así, patológicamente, una como videncia del estado que la aguarda post-mortem, siendo tan intensa, tan avasalladora la resistencia que hace

el alma del paciente al retorno luego a aquí abajo, que ella basta para explicar lo pronto que semejantes vicios arraigan en el hombre dolorido o cansado por las amarguras de la vida terrestre y lo difícil que resulta el desarraigarlos luego.

(NOTA: De un hermoso artículo de *El Liberal*, firmado por Ant. Mat., sacamos estos detalles acerca de los paraísos artificiales creados por ciertas drogas y de las realidades observadas en dichos estados, realidades que no pueden ser percibidas por nuestros cinco sentidos. El diálogo entre Reuben y Max dice así:

«-¿Qué hay de cierto en lo que se cuenta de que bajo la acción de ciertas drogas se perciben sensaciones especiales diferentes de las de nuestro mundo?

»-Amigo Reuben -contestó Max-, dicese que el tomador de haschich es impresionado por las vibraciones más sutiles; percibe mundos fantásticos, estrellas gigantes de mil colores, genios, hadas y sílfides que pululan por los espacios. El sujeto siente que se desdobra en dos individuos: el uno de éstos queda extático, viendo alejarse «al otro yo» envuelto en torbellinos de luz... En cambio, para el que toma opio, las cosas toman un aspecto distinto. La vida para el narcotizado aparece lenta, vacilante, opaca. No existe casi el movimiento. Las ciudades le resultan muertas y sus habitantes inexpresivas esfinges. Claro es que todo esto se refiere a los primeros periodos, porque al cabo de cierto tiempo los que toman estas drogas sienten impresiones monstruosas y enorme horror a la vida lanzados entre violentos torbellinos en un movimiento eterno, lento angustioso, aislados de toda la creación, a la que parecen no pertenecer.

»Por lo que se refiere a la cocaína, puedo explicaros

mis impresiones personales. En mis estudios acerca del dolor he experimentado la temible droga. Este cuerpo, ingerido aun en cantidades pequeñas, produce actividad desordenada, alegría desagradable –si vale la expresión–, se ven proyecciones luminosas, moscas volantes gigantescas, ejércitos de bacterias, de larvas. Se entre oyen, con grandes gritos, los secretos todos de nuestra vida, nuestros más íntimos pensamientos. Todo confuso, incoherente, sin que podamos distinguir lo que es real y lo simulado o ficticio. Efectos análogos producen la morfina y otros narcóticos parecidos. Pero estas sensaciones son muy variadas y dependen, más que nada, del temperamento de cada individuo.

»–¿Y qué me decís –interrumpió Reuben, intrigado cada vez más por la amena charla de su amigo y maestro– de los casos de histerismo y otros anormales con manifestaciones muy parecidas a las producidas por los narcóticos, y en las que el sujeto asegura formalmente percibir visiones, luces, colores, que los demás no notan? ¿Qué realidad tienen semejantes creaciones? ¿Por qué no son visibles a los demás hombres, y por que se presentan ordinariamente en forma confusa e Incoherente? ¿Existe alguna explicación científica del fenómeno?

»–Yo creo –replico Max– que desde el momento en que no somos capaces de percibir vibraciones superiores a setecientos cincuenta billones de longitud de onda, no podemos formarnos de las maravillas de la Creación más que una idea remota y aproximada. Estamos en el caso del que quisiera contemplar un gran cuadro, y solo viera de él una pequeña parte, del tamaño de una cabeza de alfiler. ¿Qué diríamos si el que en tal caso se encontrara se

atrevería a formular Juicios y dijera que el cuadro adolecía de tales o cuales defectos? Ahora bien; lo que únicamente podemos asegurar es que si la pequeña porción del Universo, que apenas vislumbran nuestros sentidos, es tan maravillosamente bella, el «todo» debe ser la «belleza suprema».

» Que la creación va variando y aumentando en belleza a medida que percibimos mayor número de vibraciones es un hecho cierto. Considerad un sér en el cual solamente tuviera influencia las vibraciones del tacto, ¡cuan pequeño y limitado sería su mundo! Dotadle del sentido del oído, su campo de percepción se ensanchara, podrá darse cuenta de las armonías de la música, comunicarse por medio de la palabra y el mundo habrá ganado para él en belleza; pero de este sér ciego de nacimiento, a nosotros que percibimos ya las vibraciones de la luz entre cuatrocientos cincuenta y setecientos cincuenta billones de longitud de onda, ¡cuanta distancia! Imaginad ahora escalas de seres capaces de recibir mayor número de vibraciones, ¡como irá ganando en belleza y armonía la obra divina de la creación! Conocemos ya la proporcionalidad en vibraciones entre los mundos del tacto, del oído y de la vista, la relación entre la belleza de estos tres mundos no es para dicha. ¡Cuál no será la belleza del mundo que sigue al de la vista, cuya percepción, según la tradición, perdieron nuestros primeros padres, al perder el sexto sentido por razones que otro día os explicare!

»—Y ¿qué relación guardan vuestras anteriores explicaciones con las visiones de narcotizados, histéricos y videntes? —preguntó Reuben.

»—Pues muy sencilla. Por ciertas relaciones que la moderna fisiología aun no ha determinado bien, el hombre,

bajo la influencia de ciertas excitaciones, puede despertar de una manera imperfecta y anormal su sexto sentido y vislumbrar algo del mundo etéreo o de la cuarta dimensión que le rodea. Pero no olvidéis, amigo Reuben, los peligros que entraña el manejo de fuerzas desconocidas y el ponerse en contacto directo con otros seres de naturaleza muy distinta de la nuestra, y que, por razones que hoy no tengo tiempo de daros, manifiestan una hostilidad implacable hacia el hombre. Día llegara, sin embargo, en el que el hombre pueda penetrar en ese mundo maravilloso y dominarlo como va dominando en la actualidad el nuestro de cinco sentidos, a pesar de la guerra encarnizada que le hacen muchos de sus elementos y algunos seres animados, especialmente los microbios, causa, como sabéis, de muchas de sus enfermedades y de la mayor parte de sus dolores.»

»A lo consignado en el diálogo que precede puede añadirse que otra de las drogas estáticas empleadas de antiguo en ciertas iniciaciones, y en casos de partos dificultados por el excesivo dolor de la parturienta solía emplearse el jugo del «dictamnus» o «diklamnon», el arbusto siempre verde, dice H.P.B. la planta mágica que crecía en el monte de Dicte de Creta, que estaba consagrada a Dikynna, Diana. Astarte o la Luna, y cuyo contacto, al paso que provoca el sonambulismo, lo cura en definitiva.

Por cierto que una extraña imagen de este verde arbusto es una visión no rara de ciertos ensueños en los que juegan cuevas y otros lugares de misterio, como nuestra experiencia personal acreditada. FINAL NOTA).

Dada, en efecto, la sucesiva gradación de los mundos o «planos» del Universo y del Hombre, natural es que pueda pasarse de cada uno de ellos al inmediato por vías fisiológicas

y patológicas, empezando por el mismo fenómeno de la muerte que puede acaecer también de los dos modos. Semejante seriación está dada simbólicamente en el *Libro de los Números*, caldeo, donde, después de hablarnos de Asir-Soph, la Nada-Todo, la Deidad Oculta e incognoscible y de los Sephirolh, Zéfiros, Hábitos o Emanaciones de donde todo nace y donde todo es reabsorbido al fin de su ciclo, nos habla primero del Mundo Briático o Solar, mansión de los Espíritus Puros; segundo del Mundo Tetzirático, morada de los demonios, ángeles o daimones, como seres lunares intermediarios entre la bondad divina y la maldad humana, y tercero del Mundo Asiático o de la Acción – palabra de donde provienen las de «Asia» y «Aisa», o sea nuestro mundo etéreo, sobre el que se ha condensado la materia terrestre, que se ha llamado también la residencia del Príncipe de las Tinieblas.

Veamos ahora cómo se expresa el Corán respecto de los problemas que anteceden:

El *Corán* no es en el fondo sino una glosa, una compilación de tradiciones mosaicas, una obra, en fin, paralela a esotra que Esdras realizase al retornar el pueblo judío de su cautividad en Babilonia y que constituye la *Biblia*, según ha llegado hasta nosotros. En efecto, toda la obra del Profeta Mahoma se apoya en la certeza de una vida ulterior en verdadero paraíso jina, del que antaño cayéramos, y que volverá a sernos otorgado como premio al justo y a sus penalidades en la Tierra. (NOTA: Esta obra admirable y mal estudiada que ha revolucionado al mundo en el siglo VII –creando uno de los más colosales imperios desde Costa

de Oro frente a las Canarias hasta los archipiélagos de la Sonda y Filipinas en Oceanía–, es también en su conjunto el desarrollo de una visión estática de las realidades celestes, allende la tumba. El «viaje nocturno» del profeta sobre el caballo de Borak –verdadera esfinge con alas de ángel, pechos de mujer y cola de pavo real esplendoroso, al modo de las esfinges asirias y egipcias– está relatado en la sura XVII que lleva aquel título. Consecuente con las leyes de la «visión astral» y estática, dicho «viaje» se rige por las leyes de tiempo completamente diferentes de las del mundo físico a la manera de las aventuras acaecidas «durante varios días» a Don Quijote en la Cueva de Montesinos, donde solo estuviese «dos o tres horas físicas», según el inmortal capítulo, o bien de aquel otro relato de Berhein en su tratado de *Hipnotismo* en el que un joven militar, fatigado por varios días de fatigadas maniobras, cayó dormido instantáneamente al sentarse en el vagón del tren soñando al punto con una larga serie de aventuras, al final de las cuales se hizo conspirador y fue fusilado por ello, siendo los disparos ¡los golpes del empleado de servicio al cerrar tras de él la puertezuela del coche!... Decimos esto porque Moawiah, el compañero de tienda de Mahoma y Alcha, la mujer del profeta, aseguran que, durante su visión sublime y astral el cuerpo físico del mismo no abandonó ni por un momento su lecho, no obstante la opinión de los intérpretes chiitas, quienes sostienen la ausencia física del vidente fue tan corta que al retornar de los cielos aún halló caliente el lecho. Otro tanto asimismo es el argumento del poema chino del Li-Sao, descrito en las notas de *Por las grutas y selvas de Indostán* y donde un gran adepto, en alas de una ave gigantesca, el Ave de Garuna, especie de aeroplano quizá más bien hace toda la travesía de este mundo al otro, para aportar a los

hombres una célica doctrina. El famosísimo monje armenio Cosme Indicoplesta, un siglo antes que Mahoma hizo otro viaje estático en el «caballo dodecápedo» según nos cuenta H.P.B. y de Swedenborg y demás videntes no hay que decir, pues todos nos narran con bastante identidad descriptiva en el fondo, éxtasis y visiones concordantes, a la manera de *Las Moradas*, de Teresa de Cepeda o sea Santa Teresa de Jesús..., porque como dice la surata 86 del mismo capítulo coránico «Alah ha suscitado un testigo de todas estas grandezas super-terrestres en cada tiempo y nación». Todo ello sin contar con las fábulas de fondo concordante también, y forjadas por sabios coránicos, tales como aquel Lokman el Hakin que optó por la sabiduría lógica más que por la intuitiva profecía, viviendo siete vidas de halcones y recordando la sensatez del Esopo griego, de quien parecía una nueva encarnación.

Por último en el versículo 34 de la Sura XIX se ve que aunque Mahoma no admitía la realidad histórica de la pasión, muerte y resurrección de Jesús en el sentido literal de la misma –considerándola más bien un símbolo de toda la iniciación ocultista y clásica en los Misterios, al modo de como también la consideramos nosotros–, enseñaba que, como profeta de Alah, Jesús fue llevado vivo al Paraíso y debe, como Enoch o Edrls y como Elías, morir realmente antes del día del Juicio final. Entre tanto (Sura CVIII) mora en el Kauter, es decir, en el Jardín nórdico de Utgard, de Thot-Hermes, o sea en uno de los lagos o ríos del Paraíso, en la región separada del Infierno, o mundo inferior sublunar en el que los demás vivimos, por el Araf, muralla o velo que separa a los mortales de los bienaventurados, misterios todos del más allá de la muerte a los que asimismo se alude

en la Sura XVIII al hablar de «Los siete durmientes de la caverna», o sea de aquellos siete jóvenes que, con su perro, pasaron trescientos nueve años, día tras día, en semejante mundo de iniciación, igual que los paso Moisés (versículos 59 al 81).

Todas estas cosas tan antiguas retornan hoy más que de prisa a la literatura actual. Véase, sino, a guisa de ejemplo, la reciente obra teatral *Mari-Luz*, del Inglés Barrie, y a la que su adaptador y traductor español, Gregorio Martínez Sierra, ha hecho estas lindas consideraciones a guisa de prólogo:

«Hay –dice Martínez Sierra– una isla en los mares del Norte que es, sin duda, un pedazo de cielo caído en el mar... Las almas puras que en ella desembarcan oyen el llamamiento milagroso de las voces celestes... y, a veces, se rinden a él... Mari-Luz, alma Inocentísima, instintiva y absorta, no sabemos si por estar demasiado arraigada en la tierra o por estar demasiado atraída por el cielo, va dos veces a la isla; una de niña y otra ya mujer, y dos veces escucha el llamamiento de las divinas voces. En la isla se pierde, y en ella permanece..., al parecer dormida... Cuando vuelve a la vida, cuando despierta, el tiempo que ha seguido pasando para todos, no ha pasado para ella... ella no recuerda nada de su sueño y mira con ojos tristemente asombrados los cambios que el paso de la vida ha hecho en aquellos a quienes tanto amaba...¿Explicación de esto? El autor no la da, y nos ruega que aceptemos el misterio... que no es desconocido para nosotros. Este mito de la *bella durmiente* está en todas las literaturas y nos es familiar desde la infancia, puesto que es uno de los primeros cuentos que nos han contado madres y nodrizas... La princesa se duerme, y duerme cien años...

Cuando despierta no sabe que durmió... Es posible pensar, si se quiere, una explicación de la leyenda, que ésta nació en la fantasía de la Humanidad primitiva, sobrecogida ante los primeros inexplicables casos de catalepsia... el sueño que contra-hace la muerte, y que no es la muerte... Sir James Barrie, en su *Mari-Luz*, ha renovado el cuento viejo y ha hecho con él la creación dramática de más humana y honda realidad emocional que existe en el teatro contemporáneo».

FINAL NOTA). Véanse sino estos hechos y sentencias, entresacados casi al azar, de las admirables e inestudiadas Suras coránicas, empezando por las de la Sura II, que parece arrancada de las propias *Estancias de Dzryan*, relativas al hombre como Pensador o Manú, al hombre que, caído hoy y todo, es, sin embargo, y por causa de su Mente, superior a los mismos ángeles, al tenor del dicho de San Pablo. Esta divina Mente, causa de nuestra titánica caída, es la que nos hizo descender del paraíso jina o de la Edad de Oro, al tenor también de la Sura XX, versículo 121, donde se consigna:

«Dijo Alah al primer hombre y a los suyos una vez formados: –Descended todos del paraíso, hombres y demonios, enemigos ya los unos de los otros, para estar en perpetua guerra. Semejante estado de dolor y de lucha espero no será eterno, sino que habrá de cesar algún día.– El hombre entonces dice a Alha: –Señor, cuando yo haya muerto, ¿saldré vivo de mi propio cuerpo por tu gran poder? –A lo que el Profeta responde:–Juro por Alah que reuniremos a todos los hombres y también a todos los demonios, y arrodillados, los colocaremos en torno a la gehena de purificación». (XIX, 67-69.) ¿Cómo podéis, pues, ser ingratos para con Alah, vosotros que estabais muertos y que recibisteis nueva vida de Él? ¿Cómo podéis

ser ingratos cuando sabéis que Él os hará morir para que reviváis de nuevo? (II, 26). A los que han muerto en la senda del Señor no digáis que están muertos porque ellos están vivos aunque vosotros no lo comprendáis... En el sucederse continuo de los días y las noches; en el ir y venir de las naves trayendo y llevando cosas útiles; en el agua que Alah hace descender del cielo y corre luego por la tierra dando vida a lo que yacía muerto; en las variaciones de viento y de las nubes que prestan servicio entre el cielo y la tierra en todo, en fin, hay advertencias sabias para aquellos que quieren entender (II, 149 y 159). El día en que Alah os llame de vuestras tumbas y le respondáis alabándole os parecerá que no habéis permanecido sino un instante en ella (XVII, 54). Cada cual tiene, en efecto, una plaza en el paraíso, plaza hacia la cual se vuelve para orar, y toda alma tiene su guardián que le vigila. Vosotros, pues, obrad el bien a porfía, y donde quiera que estéis que el Señor, que es Omnipotente. Algún día os reunirá allí (II, 143; LXXXVI 4): Por eso, cuando leáis el libro de la Verdad evidente (el Corán) nosotros –sigue diciendo el Profeta– levantaremos un velo entre vosotros y los que no creen en la vida futura (XVII, 47). Aquellos que ansían la faz de Alah; que son constantes en la adversidad que cumplen con exactitud la oración; que dan los bienes que nosotros le hemos dispensado y que borran sus faltas con buenas obras, entrarán en los jardines del Edén (Campos Elíseos) con esposas e hijos que hayan sido justos. Allí recibirán continua comunión con *los luminosos* (devas, ángeles o jinas), que entrarán por todas las puertas, es decir, que convivirán con ellos (III, 22 a 35).

»Algunos dicen: «Sólo los judíos o los cristianos

entrarán en el paraíso»; pero esto no es sino una ilusión suya. Si ellos son sinceros acabarán confesando que de tan erróneo aserto no pueden presentar las pruebas. Los judíos dicen que los cristianos al asegurar aquello no se apoyan en nada, e igual dicen los cristianos de los judíos, y, sin embargo, unos y otros leen las Escrituras Santas. Los idólatras, los que no conocen nada, emplean también un lenguaje semejante; pero yo os aseguro que únicamente el que se haya entregado por completo a Dios y haya practicado el bien, ese será el que hallará su recompensa cerca del Señor. Ni le alcanzará el temor, ni el dolor volverá a ver (II, 105-107).

»Porque en verdad os digo que aquellos que siguen la religión judía, y los cristianos y los sabios y cuantos creen en Dios y en la otra vida y hayan obrado el bien aquí abajo, serán recompensados por el Señor poniéndoles por encima de toda aflicción y de todo temor (II, 59).

»El amor a los placeres, los montones de oro y de plata, los caballos escogidos, los rebaños, los campos fértiles, todo esto es lo que parece hermoso a los ojos de los hombres; pero ellos, en verdad, no son sino goces pasajeros de este mundo. El retiro hermoso por excelencia está junto a Alah. ¿Cuál puede anunciarse, en efecto, que resulte mejor? El justo hallará allí jardines regados por aguas cristalinas, donde permanecerán eternamente, al lado de mujeres exentas de toda mancha. ¡Tal es la suerte reservada a los creyentes!... ¡Tú, oh Señor, haces entrar la noche en el día, y el día en la noche; tú haces salir la vida de la muerte y la muerte de la vida (Sura III). Para ti es más preciosa la tinta del sabio que la sangre del mártir.

»He aquí, os digo, el cuadro del paraíso que ha sido

prometido a los hombres piadosos: arroyos cuya agua no se malea nunca; arroyos de leche cuyo gusto no se altera jamás; arroyos de vino, delicia de los que lo beban, y arroyos de miel pura, toda clase de frutos y el perdón de los pecados. ¿Será así también para el que, condenado a la mansión del fuego, tenga que beber agua hirviendo que le abrasará las entrañas? (Sura XLVII). Los que prefieren la vida de aquí abajo a la vida futura; los que alejan a los hombres de la senda de Alah y procuran hacerla tortuosa, están en un extravío bien distante de la Verdad (XIV, 3).

»Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines; ambos ornados de bosques, en ambos dos fuentes vivas, en ambos dos especies de cada fruto. Allí descansarán reclinados en alfombras cuyo forro será de brocado. Los frutos de los dos jardines estarán al alcance de quien quiera cogerlos. Allí habrá vírgenes de modesta mirada, que no han sido tocadas jamás por hombre ni por genio alguno. Se parecen al jacinto y al coral. Además de estos dos jardines habrá allí otros dos. Dos jardines cubiertos de verdura. Donde brotarán dos fuentes. Allí habrá también frutas, palmeras y granados. Habrá allí buenas y hermosas mujeres. Mujeres vírgenes de grandes ojos negros, encerradas en pabellones. Jamás las ha tocado hombre ni genio. Sus esposos descansarán sobre cojines verdes y magníficas alfombras. ¿Cuál de los beneficios de Dios negaréis? Bendito sea el nombre del Señor, lleno de majestad y generosidad (Sura, XVI, 33, y LV, 46 al 78). El ha creado para los escogidos el *Kauther*, el divino lago del paraíso de la Inmortalidad (CVIII). Un velo espeso o muralla (Velo de Isis) le separa a ese excelso mundo de las moradas inferiores. Este velo se llama *Araf* (VII).

»Esto es lo que dice el Libro de la Verdad evidente, y a cada época corresponde su libro sagrado. Alah borra y mantiene en él lo que le conviene, pero la Secreta Matriz del Libro permanece en Su Mano siempre (XIII, 38). Todo hombre tiene seres superiores que se suceden sin cesar, colocados ante él y detrás de él y que por él velan por orden del Señor. Alah no cambiará lo que ha concedido a los hombres mientras que ellos no sean los primeros en cambiar en mal lo que poseen de bien... Todo, en efecto, remonta hacia Alah (sendero evolutivo) y a él llega en un día de diez mil años, pero las gradas todas del Sendero (Escala de Jacob) son tales que un «resplandeciente» (deva, jina o ángel) necesita un día (o ciclo) de cincuenta mil años para llegar hasta el trono de Alah (XXXII, 4, LXX, 4). Soporta, pues, con paciencia las palabras de los incrédulos y sepárate convenientemente de ellos. Concédeles bondadosa tregua, que yo solo basto para luchar y confundir a cuantos gozan de este mundo desordenadamente (LXXIII, 10-11). A fin de que reflexionen, Alah les habla por parábolas, pero las obras de tales incrédulos son semejantes a cenizas de las que se apoderan el viento impetuosísimo *Sidjill*, el Ángel de la Vida, escribe su libro (XXI, 104). Este libro les será mostrado a los hombres en el día de su resurrección, para que, abierto ante sus ojos, pueda hacer por sí mismo su cuenta, porque nosotros, al efecto, hemos atado al cuello de cada hombre una ave inmortal (su conciencia o Espíritu).»

Esta paradisiaca doctrina de un más allá resplandeciente está glosada; en fin, en metro poético semejante al de los salmos hebreos en la célebre sura de EL ACONTECIMIENTO (la resurrección), que dice así:

«Cuando el *Acontecimiento* se realice— No se hallará una

sola alma que ponga en duda su venida— El acontecimiento descenderá a los malvados y elevará a los virtuosos— Cuando tiemble la tierra con violento temblor,— Las montañas volarán en pedazos— Y se tornarán como el polvo disperso por todas partes;— Cuando vosotros, los hombres, estéis divididos en tres tropas— Entonces habrá hombres de la derecha (¡oh, los hombres de la derecha!)— Y hombres de la izquierda (¡oh, los hombres de la izquierda!)— Y los primeros serán los primeros Estos serán los más inmediatos a Alah; —Habitarán en el jardín de las delicias;— Habrá un gran número de estos entre los antiguos— Y sólo un pequeño número de entre los modernos— Descansando en asientos ornados de oro y de pedrería,— Reclinados y colocados unos enfrente de otros— En torno de ellos circularán jóvenes eternamente jóvenes— Con cubiletes, garrafas y copas llenas de una límpida bebida— Que no les producirá ni dolor de cabeza ni aturdimiento— Con frutos que escogerán a su gusto— Y carne de esos pájaros que les gustan tanto— Tendrán bellezas de grandes ojos negros, bellezas semejantes a las perlas cuidadosamente ocultas— Tal será la recompensa de sus obras— No se oirán allí ni palabras frívolas ni dichos que conduzcan al pecado— Sólo se oirán allí las palabras: ¡Paz, paz!— Los hombres de la derecha (¡oh, los felices hombres de la derecha Permanecerán entre árboles de loto sin espinas— Y bananos cargados de frutos desde la cima hasta abajo,— Bajo sombras que se extenderán a lo lejos,— Cerca de una agua corriente— En medio de frutos en abundancia— Que nadie cortará y a los que todos se podrán acercar— Y descansarán en elevados lechos— Nosotros en una creación aparte hemos creado las bellezas del paraíso— Hemos conservado su virginidad— Queridas de sus esposos y de un ángel igual al suyo— Serán destinadas a los hombres

de la derecha.— Habrá un gran número entre los antiguos y un gran número entre los modernos». (Sura LVI, vv. 1 al 39 y 76-77).

He aquí los principales pasajes en los que el Profeta de Alah nos habla del más allá con doctrina consoladora semejante en un todo a la de los demás libros religiosos de otros países, si bien con un carácter, por decirlo así, más gráfico, más positivista y adecuado a las sensuales imaginaciones del pueblo para el que se dieran, pero aun en esto el sectarismo de sus enemigos los cristianos ha exagerado un poco.

La perpetua virginidad de las huríes coránicas, repetidas en diferentes suras, y las tan gráficas expresiones de esos paraísos hebreos de «tierras que manaban leche, miel y ambrosía», lo que hacen es demostrarnos el parentesco íntimo del pueblo árabe, no sólo con el hebreo, sino con todos los pueblos primitivos occidentales, irlandeses y nórdicos, en los que al guerrero, entiéndase bien, *no al guerrero de sangre y de batallas, sino al guerrero del Ideal, es decir, al Justo*, se le promete eterna bienaventuranza, estimulado aquí abajo en sus luchas por divinas y vírgenes *Walkyrias* que, montadas en sus caballos albos, como el Santiago de las leyendas medioevales, les estimulan y defienden *en las luchas por el Ideal*. No es culpa, no, de tales tradiciones, ni de reformadores religiosos como Mahoma el que todas estas cosas se hayan echado por el lado carnal y no por el místico, simbólico o ideal con que fueron ellas dadas, y para disipar tales errores gustosos repetiríamos, si ello no nos llevase demasiado lejos, pasajes como el de las páginas 355 a la 362 del tomo I de esta Biblioteca respecto de los misterios del sexo y el capítulo XII del tomo III

en lo relativo al verdadero concepto nórdico, occidental, oriental y árabe de la *huri, dama caballeresca o walkyria, con la que no cabe unión sexual alguna, porque, al tenor del divino pasaje evangélico* (Mateo, XXII, 25-30), *allí ya no se vive como hombres y mujeres, sino como ángeles (o jinas) en el cielo.* (NOTA: Una de las características diferenciales de la Magia blanca y de la negra, dice H.P.B., es la de tomar estas cosas, no en el muerto sentido de la unión sexual, sino en el trascendente del divino consorcio del Alma humana (Psiquis, *Psyche*) con el *Espíritu Divino (Nous)* que la cobija. Como que el sexo y sólo el sexo es el verdadero Velo de Isis entre este mundo de los hombres y el otro o de los jinas, y por cierto que de ello tenemos también un precioso ejemplo en el Corán, cuando en la sura segunda (v. 36 y sig.) copiada más o menos de otros védicos, como el relativo a la ninfa Pramlocha contra los hijos de Daksha, nos da la tradición talmúdico-caldea de los dos *jinas* Harut y Marut en los términos transcritos en el epígrafe correspondiente de nuestro libro *Por el reino encantado de Maya, parábolas y símbolos.* FINAL NOTA).

Pero aunque todas estas cosas hayan de esclarecerse después de la muerte, cabe saberlas antes por iniciación, como la famosa de *los Siete durmientes de la caverna* que en la sura XVIII se consigna.

Tal es el libro de «La verdad evidente». Digamos, en fin con Flammarión: «Cada vez me asombro más de las negaciones de aquellos que lo niegan todo. Hechos perfectamente comprobados, en efecto, demuestran que la muerte no existe; que ella es una pura evolución; que el ser humano sobrevive a esta hora suprema, la cual no es, por lo tanto «la hora postrera». *Mors janua vitae* la muerte es la

puerta de la vida. El cuerpo no es sino su vestido orgánico del espíritu: él pasa, él cambia; él se desagrega, pero el espíritu permanece. La materia no es sino una apariencia, lo mismo para el cuerpo del hombre que para todo lo demás. El universo es un dinamismo. La fuerza inteligente lo regula todo. El alma, mejor dicho el espíritu, es indestructible».

CAPÍTULO IV

KAOS-THEOS-KOSMOS

La sabia concepción pagana del Kaos-Theos-Kosmos.— El griego «nous» y el egipcio «nut», el Hálito que al Cosmos preside— Enseñanzas de Anaxágoras, Pitágoras, Sócrates y Platón.— ¡Somos sombras de dioses!— La filosofía de los tattuas.— En el principio era el Ritmo.— Un ejemplo de la colonización americana.— La encarnación del Espíritu Shiva lleva las cosas del orden al caos y Brahmá las vuelve a traer del caos al orden.— Otro ejemplo tomado de la química.— El simbolismo de «las caídas» y las rebeldías.— Brahmá-Shiva constituyen la «Dúada» de los pitagóricos.— El Árbol-Hombre o el Lote Sagrado.— El «demonio», de Sócrates.— Enseñanzas de los clásicos paganos y de San Pablo.— El «reloj» y su relojero.— No todo muere con el cuerpo.— El temor a la muerte no es sino el miedo a lo desconocido.— Las almas muertas.— Cielos e Infiernos.— Un pasaje de Jacobo Boehme.— Las tres teorías: materialista, teológica y teosófica.

Por encima de todo cuanto pueda concebir nuestra imaginación acerca del misterio que nos rodea, flota, con todas las características de la evidencia, la concepción pagana del Kaos-Theos-Kosmos, como triada equivalente, y aun si se quiere superior, a la oriental ya dicha de Brahmá-Vishnú-Shiva, porque si todo se reduce en la Naturaleza a creación (o emanación), conservación y destrucción para nuevas creaciones, no es menos cierto que, antes de que una cosa *sea*, reina el Caos sobre ella o acerca de ella, y que ese algo superior o Theos que invisible viene a presidir a la

cosa misma, y al que muy bien podemos llamar. «espíritu» o «aliento», empieza con su actuación a producir el «Cosmos» o «la Harmonía», ya que el verdadero significado de la palabra griega Kosmos, no sólo se aplica como la latina Universo al conjunto de cuanto existe, sino a toda organización grande o pequeña, siendo, por tanto, un cosmos o armonía el conjunto de las nebulosas del cielo, otros cosmos de radio menor el conjunto de los cien millones de soles que constituyen nuestra nebulosa de La Galaxia, o bien el conjunto de millones de soles que integran a las llamadas Nubes de Magallanes, otro (infinitesimal ya para aquéllos, pero colosal para nosotros) nuestro sistema planetario, otro cosmos o armonía la Tierra que habitamos y otro cosmos o armonía, en fin, el hombre y cada uno de sus admirables sistemas, el nervioso, el circulatorio, el digestivo, etcétera, porque en todos ellos, como hasta entre los mismos electrones del átomo, reina un orden, una armonía prodigiosa que cada avance de la ciencia se encarga de agigantar. (NOTA: Anaxágoras no formó del nominativo griego «nousó» la «inteligencia» el genitivo nous «espíritu», sino que más bien, como se dice en *Isis sin Velo* se derivó de la palabra, sinónima en cierto modo de la de «theos», del egipcio *nut*, el «Uno-Único» el Divino Espíritu o Hálito que a todo Cosmos preside, el organizador, en fin de la Substancia primordial o Caos «Todas las cosas yacían y yacen en el Caos, hasta que Nous introduce el Orden decía».

«Nous, pues, era el Dios, y el Logos era el Hombre, o sea la emanación del primero. Así los poderes externos percibían los *fenómenos* y el *nous* era el único capaz de reconocer los *noumenos*, o sean las cosas subjetivas, enseñanza,

como se ve, puramente esotérica y budhista. El antiguo mundo jónico-italiano llegó a su apogeo con Anaxágoras y el nuevo mundo griego comenzó con Sócrates y Platón. Pitágoras hizo del *Alma* humana una unidad semoviente o autónoma dotada de tres elementos: el *nous*, el *phren* y el *thumos*, comunes estos dos últimos con los animales, o sea característicos de nuestra animalidad, mientras que el primero constituye únicamente nuestro *yo* esencial. Por esta razón Sócrates enseñaba que el tenía un daimonion (*δαιμονιον*), un algo espiritual que le colocaba en el camino de la Sabiduría, y así, aunque él por si propio nada sabía, aquél le ponía en disposición de aprenderlo todo. Para Platón, en fin, existía el *Agathon* o Dios supremo que ha producido en su mente una *paradigma* de todas las cosas y enseñaba en el *Timoeus* que todas las cosas han emanado de Él, según número peso y medida, estando compuesto el Hombre, según el *Phedrus* de una parte eterna, celeste o *Thumeides* y de una parte manifestada, fenoménica o transitoria llamada *thumos*, cuya manifestación a la que llamamos vida, es más bien un sueño que una realidad, una *maya*, en fin, que dirían los vedantinos, existiendo la «mayéutica» o «arte de partear las almas», como una ciencia suprema mediante la cual el Maestro-iniciador (Hermes) la prepara durante su prisión en la cárcel del cuerpo para su nacimiento astral o «lunar» en la vida celeste que subsigue a la terrestre o física, porque mientras vivimos aquí abajo no somos sino verdaderos *Tzelem*, es decir, como enseña el *Zohar*, la sombra o imagen de un dios un Elohin. A esta «sombra» se refiere el *Pymander* cuando pone en boca del dios de cada candidato estas frases «Yo soy tu Pensamiento, tu Dios más antiguo que el Principio Húmedo, la *Luz que irradia dentro de las Tinieblas* (Caos) y la Palabra resplandeciente

de Dios (Sonido) es el Hijo de la Deidad», a lo que añade H.P.B.: «Si la Ciencia no estuviese plagada de prejuicios vería en esto un conocimiento profundo de la Física, así como de la Psicología y Metafísica; pero para verlo hay que estudiar las personificaciones y luego convertirlas en átomos químicos».

«El alma no puede descender a animar una forma humana sino ha contemplado nunca la Verdad», dice el *Theaetus*, una de las obras de Platón donde se enseña que la ascensión hacia la Verdad y el Bien que constituye la tarea del filósofo hasta confundirse con la Divinidad (nirvana).

En *La ciencia del Aliento* o «Filosofía de los tattwas», diálogo sánscrito entre el Dios Siva y su esposa Parvati, aparece este hermoso pasaje:

Parvati.— ¡Oh, Maha-deva!, dios de dioses, comunícame la sabiduría suprema, y dime: ¿cómo apareció el universo? ¿cómo perdura?; ¿cómo desaparecerá al fin?

Siva.— El universo salió de los *tattwas* por ellos subsiste y por ellos desaparecerá. Ellos son la esencia misma del universo; las fuerzas Inteligentes, raíz de todas las manifestaciones.

Parv.— ¿Y cuál es la naturaleza de estas fuerzas?

Siva.—Lo Inmanifestado es el Gran Poder; de él surgió el Ritmo (Akasha) y de él sucesivamente los otros cuatro tattwas del fuego (tejas), del Aire (vayú), del Agua (Apas) y de la Tierra (Prithivi).

Aquí se admira la intuición de Goethe y de Wágner, cuando dijeron, como Hans de Bulow: «En el Principio era el Ritmo», «la primera nota del Alba», «el Despertar de cada Manvántara» o manifestación tras la gran noche

del Pralaya, la noche coránica de *Al-Kadr* o de la Paz, que vale más que mil meses juntos, la noche en que el Espíritu desciende a la Materia para vigilar todas las cosas, según la sura XCVII del mal comprendido libro.

Todas estas altísimas verdades fueron en un tiempo patrimonio de toda la Humanidad, y volverán a ser cuando ésta alce el *Velo del Misterio* que fue echado hace unos doce mil años, según H.P.B., al sumergirse el último resto Atlante para evitar que fuese conocido y profanado por los malvados. Algunas de estas Ciencias son ahora exotéricas, como la Astronomía en sus aspectos puramente matemáticos y físicos; pero sus dogmas y doctrinas, estando todas simbolizadas y dejadas a la sola guarda de la parábola y la alegoría, han sido olvidadas, y por eso su significado se ha pervertido por completo. Bajo el manto de este secreto la quinta Raza fue inducida a su establecimiento o más bien al restablecimiento de las antiguas verdades a las generaciones futuras, bajo el velo de la alegoría y simbolismo. La Esfinge es el enigma de las Edades. La Sabiduría Divina encarnándose y forzada a probar el amargo fruto de la experiencia personal a la sombra del Árbol del Conocimiento. FINAL NOTA).

La ley teosófica de la analogía tiene aquí una aplicación mayor que en cualquier otro problema por cuanto vemos a diario que antes de existir una cosa reina el caos acerca de ella, y sobre este caos, como sobre las aguas genesiacas el espíritu de Dios, flota la idea madre, hija, a su vez, de un Aliento que ha de crear a aquélla.

Pongamos varios ejemplos de esto último para que no parezca demasiado metafísico a los ojos de los positivistas.

El aliento, el impulso civilizador de nuestra patria en el siglo XVI, llevó su vida a los ignotos territorios del Nuevo

Mundo, y este «espíritu» expansivo de colonización o «creación» de nuevos pueblos se cernió durante algunos años sobre aquellos países sin fijarse concretamente, por el momento, en determinado sitio. La «idea» de constituir nuevas poblaciones al estilo español «encarnó» poco a poco aquí y allá, y bien pronto se alzaron un Montevideo y un Buenos Aires en las orillas del Plata, una Cartagena junto al golfo de Maracaibo, etc., etc. Tras «la idea de crear» vino en la mente de aquellos colonizadores ese movimiento pasional, ese «acto entusiasta» que diría Diego Ruiz, precursor de la creación misma, movimiento fecundo, mágico o «magnético» que, arrancando de un sitio la piedra, de otro la cal, tierra y arena, de otro más allá las maderas y demás materiales, los obligara, bajo la acción directriz y «divina» (theos) de la inteligencia, a separarse de sus respectivos yacimientos y situarse «ordenadamente» cada cual en el sitio respectivo que «la idea», el «plan imaginativo», les asignase de antemano, a la manera de los soldados de un gran ejército, cuando de simples criaturas amorosamente criadas y educadas en mil distintos hogares, la «magia militar organizadora» los reúne «ordenada o aritméticamente» uniformados en pelotones, compañías, batallones, regimientos y cuerpos de ejército con esa organización o «armonía» que preside a los sistemas de numeración en unidades, decenas, centenas...El caos de tantos y tan variados elementos dispersos pasó así, mediante el «theos», o el espíritu creador, a través de la idea matriz del construir, al cosmos o armonía que hoy admiramos en aquellas ciudades queridas.

El aliento, el «espíritu creador» de un literato, un artista o un sabio, flota así mismo durante determinado

tiempo sobre el revuelto «caos» de sus múltiples ideas, sentimientos e impresiones, océano insondable que más de una vez amenaza con sumergirle, y flota, añadimos, cual la paloma de Noé (que no en vano la imaginación cristiana simboliza en la «paloma» al propio Espíritu Santo), sin que ella parezca hallar un sitio firme donde posarse, hasta que en el seno mismo de este agitado caos surge la «ideamatrix», en la que aquel espíritu creador encarna, y esta idea, constituyéndose a su vez en núcleo de ulteriores condensaciones, va atrayendo hacia sí múltiples ideas afines de todo género, con las que poco a poco va el espíritu del autor trazando «astralmente» las líneas generales de la obra hasta darlas forma con la pluma o con la palabra, sino es que la tal obra surge de pronto, como surgiera Minerva de la cabeza de Júpiter, armada de todas las armas. Y esta atracción de elementos afines es a la manera de la cohesión molecular, cósmica o armónica, «que se establece» entre las limaduras de hierro caóticas o informemente dispersas sobre una lámina, hasta que la mágica acción ordenadora de un imán las orienta en forma de dos artísticas estrellas de incurvados rayos –cual las del anfiaster también de la célula– en torno de los dos polos magnéticos...

Y es tan esencial a la obra de la Naturaleza esta eterna manera de operar por «caos-theos-cosmos», que hasta en la célula misma, como elemento vital, puede apreciarse con el microscopio, aparato gracias al cual podemos ver operarse entre los cromosomas del núcleo, al iniciarse el crecimiento o desdoblamiento cariocinético, una verdadera revolución ordenadora que, terminando con la aglomeración caótica en la que aparecen dispuestos, los ordena o seria linealmente y en sentido perpendicular a los

dos «aster» atractivos, cual dos minúsculos ejércitos o dos «cuadrillas de cotillón» a quienes les hagan situarse frente a frente las órdenes dictadas por sus respectivos jefes...

Pero, antes de pasar a deducir las consecuencias que se derivan de esta ley respecto de los orígenes y los destinos del hombre, debemos extremar la síntesis haciendo ver, como indicábamos al principio, que la concepción pagana u occidental del Kaos-Theos-Cosmos es equivalente a la oriental de Brahma-Vishnú-Shiva, o bien de Shiva-Brahmá-Vishnú, alterando el orden de los elementos de esta Triada por necesidad expositiva.

Shiva, en efecto, al destruir, reduce todas las cosas a sus elementos componentes, desde lo más complejo a lo más simple, hasta llevar finalmente las cosas a su caos primero. Por eso Shiva reina poderoso y sin rival en el viejo Oriente, sobre una Palmira, una Troya, una Sodoma, sepultadas en las arenas o bajo las aguas, y reina más aún sobre esas ciudades de la Tartaria independiente y del Thibet, de las que ya ni se conserva el nombre, ni se sabe el pueblo que las alzó ni el que las destruyó, y de cuyos tesoros, sepultados tan patéticamente nos habla la maestra H.P.B. en la introducción de *La Doctrina Secreta*.

...¡Es el caso inverso y complementario de aquel otro de las nuevas ciudades americanas, alzadas bajo el poder del Brahmá español, del germen colonizador que nuestros heroicos mayores llevaron hasta América!

Shiva, asimismo, igual que derriba piedra tras piedra y grano a grano el edificio mediante sus agentes de destrucción o «espíritus de los elementos de la tierra, del agua, del aire, del fuego y del éter», destruye igualmente la obra del sabio impugnando, desvirtuando o combatiendo las ideas de éste

y destruyendo, además, mediante aquellos elementos, la parte material, «la forma o cuerpo» de él, como vehículo o instrumento indispensable para la transmisión de las ideas por el mismo encarnadas o manifestadas.

Pero la acción más temible y poderosa de Shiva en la vida es aquella que se encamina contra las Fuentes de la Vida, es decir, contra las ideas madres, aquellas sobre las que primitivamente se posase el espíritu, y el «caos» que a esto subsigue no puede ya volver a ser «cosmos o armonía» hasta que un nuevo descenso de Brahmá, «el Kala-Hamsa o Cisne Sagrado» de las teogonías védicas, vuelva a introducir el orden en aquel caos y como «dios» «deva», «resplandeciente» o «díaus» (Zeus-Júpiter), transformar aquella su noche tenebrosa en *día* resplandeciente. (NOTA: Metafísicamente todo el magno argumento de la Evolución humana por lo que al «Espíritu» se refiere consiste en una «caída» seguida por una «rebeldía redentora», y ambas cosas están contenidas en el clásico mito de la «Caída de los Ángeles» o de «Lucifer-Satán», sublime idea tan mal comprendida por las religiones exotéricas.

«Las Teologías, según H.P.B. hablan de dos: la de los Ángeles y la de Adán y Eva; dos supuestos crímenes cuyos errores han causado desastrosísimos efectos en la inteligencia de las sociedades civilizadas durante casi dos mil años. En Ocultismo son efectos kármicos o evolutivos en lo espiritual, lo intelectual de una parte lo psíquico y lo físico de otra. Es una alegoría universal que representa en un extremo la «rebelión»; esto es, la acción de la inteligencia diferenciándose o la conciencia en sus diversos planos buscando la unión con la materia y del otro extremo inferior la Materia contra el Espíritu o de la acción contra

la inercia espiritual. En la alegoría original la Materia y por tanto los Ángeles más materiales, vence al Espíritu o Arcángeles que «cayeron» en este plano. Sin embargo estos últimos fueron los que lucharon por la supremacía de la espiritualidad consciente y divina en la Tierra y fueron vencidos sucumbiendo al poder de la Materia aunque en la adulteración que operara el dogma teológico se nos hace creer lo contrario y Miguel, el representante de Jehovah, vence a Satán en todas las religiones exotéricas».

«La filosofía esotérica enseña que la tercera parte de los Dhyanis (los Arûpa o sin formas) dotados de inteligencia, *fue sencillamente condenada por la ley del Karma y de la evolución* a renacer en la Tierra. Algunos eran Nirmânakayas o «renunciadores» «redentores» de otros Manvántaras y reaparecieron en la tercera Raza Raíz como Reyes, Rishis y Héroes. Esta doctrina demasiado filosófica fue desfigurada por el clero con objeto de sostener su dominio sobre las multitudes por el temor supersticioso. Apuraron hasta la última gota el cáliz de hiel de hacer entidades pensantes a las estatuas astrales de los hombres.

»La degradación de los Dioses en Demonios no es pues exclusiva del cristianismo sino que ocurrió igual en el zoroastrismo y brahmanismo y hasta en el exotericismo caldeo. Los Suras que obtienen su independencia intelectual, luchan con los Suras que carecen de ella y se convierten en A-Suras. Los Primeros Hijos, nacidos de la Mente, rehúsan procrear y son condenados a nacer en la Tierra (luego Región Infernal). Ahriman destruye el Toro de Ormuzd, emblema de la vida ilusoria terrestre. Tifón divide a Osiris en catorce pedazos para que no pueble al mundo y ocasione la desdicha. Todo esto es cascarón exotérico y simboliza el

esfuerzo de los que quieren que la Humanidad vuelva a su origen por la Mente. Los adoradores de la nueva forma son los que han hecho demonios a los Ángeles de Luz. Por todo esto vemos que en la *alegoría de Prometeo* (Karma o la conciencia humana) éste roba el Fuego Divino para impulsar al hombre por el sendero de la Evolución Espiritual, transformando así al más perfecto de los *animales* de la Tierra en un Dios potencial capaz de «conquistar el reino de los cielos por violencia». Su tortura de fuego y hielo en el Cáucaso es el emblema de Phôosphoros, de la Luz y Fuego Astrales en el Anima Mundi, ardiendo en las fieras Llamas de sus Pasiones terrenales y royéndole las entrañas el buitре del Pensamiento. Sin embargo, ¡cuántos, excepto algunos yoyuis y sufis, cambiarían todas las torturas de la vida consciente, todos los males de una existencia responsable, por la imperfección inconsciente de un Ser *incorpóreo* pasivo (objetivamente) o tan siquiera por la Inercia estática universal personificada en Brahmá durante su Noche de Reposo! Lucifer, en su sentido cósmico, es la Energía *Activa* y Centrifuga del Universo. Es también Fuego, Luz, Vida, Lucha, Esfuerzo, Pensamiento, Conciencia, Progreso, Civilización, Libertad, Independencia, *Dolor*, reacción del *Placer* y Muerte como Revolución de la *Vida*. El Infierno de su ímpetu es la expansión de lo Nebuloso para nuevos Mundos y una y otra vez es burlado por la Inercia Eterna *Pasiva* del Cosmos, el Pedernal del que saltan chispas».

Terminemos esta nota recordando que todo el mito occidental de la «caída» del alma está contenido en la primitiva leyenda del *Mahabharata*, llevada luego con modificaciones al *Rig-Veda*, al *Vishnú Purana*, a la *Satapatha-brah-mana* y, finalmente, al drama titulado

Vikramorvasi del célebre Kalidasa, drama del que poseemos la Traducción de Ayuso en 1.874. Como en la *Iliada* (que es muchos siglos posterior a aquellas obras), un danava o demonio roba a la hermosísima apsara Urvasi. Enamorada de ella el rey Pururavas, olvidando a su esposa legítima, la salva. Urvasi, ya libertada, va al devachán o cielo a representar una obra dramática del maestro Bharata, pero en el curso de la representación, al invocar a la suprema Divinidad (Purusa-última), invoca el nombre amado de Pururavas, por lo cual es condenada por Indra a descender del cielo y perder toda su divina ciencia. En homenaje de gratitud, sin embargo, a dicho rey por favores de él recibidos, les consiente a los dos enamorados que sigan unidos hasta que tengan sucesión. Van, pues, entrambos amantes al mágico Jardín de Kalidassa o Kailasa. Pero más tarde el rey se permite mirar simplemente a otra apsara, e irritada por ello Urvasi, quebranta la prohibición divina que veda a las mujeres la entrada en los jardines de Kartikeya, y, como en el mito galaico de *Bernardino y Sabeliña*, queda convertida en liana. El rey la busca desolado, y con acentos que después vemos reproducidos en *Las mil y una noches* pregunta por ella al plátano, al loto, al ánade al ruiseñor, al cisne, al pavo real, al elefante, al antílope y a un al monte de perfumada cima. Por fin encuentra en una roca la Joya que llevaba Urvasi, regalo de Gauri, la esposa de Shiva, y mediante el mágico poder de la misma logra retornarla a su ser. Un buitre roba más tarde la joya, pero Ains, el hijo que ha nacido de la unión de los amantes, educado en su orfandad por el ermitaño Zyavana, mata al buitre y lleva la joya a su padre. Al así descubrirse la existencia del tal hijo se va a dar por terminada la unión de los amantes, marchándose Urvasi al cielo, pero Indra los permite vivir

eternamente juntos por premiar los servicios guerreros que Pururavas le había prestado. FINAL NOTA).

La Química, es ciencia mágica que antaño contribuyera como ninguna otra al esplendor de Egipto, es en sus fenómenos de laboratorio y en la Naturaleza un verdadero campo de Agramante –«campo de *Agra* o de la Luna»– donde Brahmá lucha venciendo a Shiva con las síntesis tales como las del agua, el amoníaco, los nitratos y nitritos naturales, los hidrocarburos, alcoholes, azúcares, celulosas, etc., hasta llegar a las moléculas, ya microscópicamente gigantescas y casi visibles de las grasas y albúminas, pero siendo vencido a su vez por Shiva en las recíprocas reducciones, las cuales van soltando u oxidando eslabón tras eslabón estas moléculas, hasta reducir las por lo menos a agua, anhídrido carbónico y demás residuos, todo con este ciclo de reciprocidad natural gráficamente resumido en el célebre «solve y coagula» de los alquimistas, acabando, si el calor les ayuda suficientemente como en los volcanes o en el espectro de las estrellas, por reducirlos a sus elementos simples y después a esos iones y electrones ultramicroscópicos con los que los soles bombardean a sus planetas, como empieza ahora a descubrir la ciencia.

Con este juego eterno, con este recíproco vaivén «Brahma-Shiva» o «Theos-Kaos» (la Dúada Suprema Pitagórica emanada de la Monada), el Logos, la Palabra, la Idea Eterna, se manifiesta para, una vez ya manifestada, retirarse al Silencio y a la Ultraluminosa Oscuridad de lo Absoluto, como cantan las Estancias del poema de Dzian, base de *La Doctrina Secreta*.

Este mismo juego que se observa en todo cuanto nos rodea es la clave fundamental de los orígenes y los destinos

del hombre, razón por la cual nos hemos ocupado tan por extenso de ello.

El Hombre, con mayúscula, o compuesto de múltiples «principios», no el hombre físico que vemos, sino un titán cuya cabeza gallarda está en los cielos mientras que su planta se asienta sobre la tierra, al tenor del pasaje de Plutarco que hemos transcritto en capítulos anteriores. Es él, por ello, a la manera de un árbol, cuyos vigores en el invierno de nuestro hemisferio se fijan en las raíces mientras las nieves cubren el suelo y los elementos destructores y reconструкторes de la Naturaleza azotan su tronco, rompen sus ramas y arrebatan sus hojas, precisamente durante «el afelio», o sea el momento en que el Espíritu del Sol se halla más alejado o «más oblicuo». Fortalecidas así las raíces durante la estación invernal, la savia sube y el tronco y las ramas se hinchan de ella en primavera para luego fijarse ésta de preferencia y sucesivamente en la formación de la hoja, de la flor y del fruto, ese mundo creador del que, finalmente, han de desprenderse las semillas como otros tantos cometas entregados a los azares del Destino. Toda esta obra del Brahmá arbóreo, o sea de la terrestre Manifestación del Rayo divino que también le cobija, va seguida de cerca de la recíproca de Shiva, pues que la raíz se debilita con la robustez del tronco, éste, con el excesivo desarrollo foliáceo y la expansión de la hoja, se detiene también así que empiezan a formarse esos otros involucros de hojas minúsculas (pétalos, sépalos, estambres y pistilos) que constituyen la flor como una fecunda variante de la hoja misma.

Y a este Árbol-Hombre del que hablamos le acontece de igual modo que al árbol propiamente dicho. La base de todas

sus virtualidades de aquí abajo está en su cuerpo físico como en un punto de apoyo para fijar en él la palanca de todas sus trascendentales energías. Por eso primero se desarrolla su cuerpo material y las facultades órgano-psíquicas que de él dependen; después tremola la inteligencia y con ella comienza a abarcar a los cielos, es decir, a todo cuanto le rodea, y una vez que aquellas sus facultades superiores están maduras (o antes si los elementos destructores logran derribarle) prescinde de aquel cuerpo, muriendo del mismo modo que al nacer prescinde del claustro materno y de las membranas maternas que como a feto le protegieran, a la manera también de cómo esas formas animales llamadas vorticellas y sus análogas flotan en el seno de las aguas como plantas desarraigadas ya, y, caminando sin rumbo, cual Edipo, allí hacia donde la evolución quiera llevarlas con sus incesantes oleajes.

El simbolismo nórdico-wagneriano de «el Árbol del Mundo y del Hombre», no quiere decir otra cosa, y en Oriente él está representado por el sagrado Loto, cuyas raíces se apoyan en el cieno de la tierra, sus hojas flotan en el seno de las aguas y su corola hermosa se abre en los aires a los rayos del sol, constituyendo el símbolo de la Deidad manifestada, porque, como dijo Víctor Hugo, «Dios es el invisible latente que, dilatándose y manifestándose, constituye el mundo, así como el mundo, reconcentrándose, es Dios». Este invisible latente es en cada uno el demonio de Sócrates, demonio del que dice H.P.B.: «El *nous*, o elemento divino, elemento purísimo en su origen, según Plutarco, nunca se mezcla con el cuerpo más que lo estrictamente necesario (NOTA: Por supuesto que la palabra «demonio» no tuvo entre los griegos el significado que le asigno después

el cristianismo vulgar. Platón, Cicerón y, en general, todos los clásicos grecolatinos la hacen equivalente al elemento celeste, espiritual o supremo, que preside a los seres manifestados. FINAL NOTA). Cada alma, en efecto, tiene en sí una porción mayor o menor de razón, porque sin ella el hombre no puede ser hombre, pero asimismo cada alma, a su vez, se ve modificada por la parte en que se mezcla con la carne mediante el deseo, y por medio del dolor y del placer se convierte en irracional. No todas las almas, sin embargo, se mezclan con el cuerpo de igual modo: algunas se introducen por completo dentro del mismo, y por eso toda su estructura en esta vida es mero deseo o pasión; otras, por el contrario, sólo se mezclan parcialmente con el cuerpo, *quedando fuera de él* su parte más pura, o *nous*, flotando por encima de aquél, y tocando o cobijando a la porción superior de la cabeza del hombre, semejante a un hilo salvador que sostiene así a la parte del alma sumergida ya en la materia, o sea en el organismo. El vulgo se figura, sin embargo, que aquel *nous* está dentro de su cuerpo, al modo como a veces la imagen reflejada en el espejo parece estar en su espejo mismo, pero el hombre inteligente, por el contrario, sabe bien que semejante Protector está fuera de su cuerpo, y le considera, por tanto, como un verdadero *daemon*, a decir, un *dios*, un espíritu puro. En cuanto a la suerte del alma, después de la primera muerte que la separó del cuerpo, y la segunda, que la privó posteriormente de su espíritu, Plutarco sigue enseñándonos que, «aun separada ya el alma así del Espíritu (*νοῦς*) como del cuerpo (*θυμός*) conserva durante largo tiempo aún el molde o forma anterior del organismo que perdiera, de tal suerte que puede llamársela con justicia su *ídolo* (*εἰδολόν*) o imagen. La Luna es el elemento propio de estas almas, porque en

él acaban por disolverse, ni más ni menos que los cuerpos de los que han muerto se resuelven en las sustancias componentes de la Tierra. Aquellos, sin embargo, que durante su vida de aquí abajo han sido virtuosos, honestos, viviendo una existencia pacífica y filosófica, sin mezclarse en las pasiones tumultuosas del mundo, se deciden pronto, porque, abandonados por el *nous* que las cobijase antes, y no haciendo ya uso de las pasiones materiales, se desvanecen inmediatamente en su elemento lunar originario».

Los conceptos de los clásicos paganos acerca de la distinción entre las tres palabras de cuerpo, alma y espíritu, apuntados antes, se repiten esencialmente en San Pablo, a quien con harta razón el Dr. Wilder y tantos otros consideran como el verdadero fundador del Cristianismo. Numerosos son, en efecto, los textos del Apóstol de las Gentes en que se insinúa la trina división del Hombre, pero ninguno es tan claro y terminante como aquel de la *Epístola primera a los corintios* (capítulo XV), en el que se habla en términos análogos a los de Plutarco, estableciendo la distinción esencial entre el *cuerpo material o carne*, el alma o *cuerpo espiritual* (peri-espíritu, que dirían los espiritistas) y el *Soplo o Espíritu* propiamente dicho, cosa que si los que se dicen cristianos hubiesen meditado bien no les llevaría a incurrir en las verdaderas impiedades en que incurren al confundir al alma y al espíritu, creyendo que éste, que es sublime Rayo de la Divinidad en nosotros («Cristo en el Hombre», al tenor de la fraseología iniciática del Apóstol) puede salvarse o condenarse como el alma se salva o se condena.

El texto en cuestión, terminantemente nos dice que hay un cuerpo material y un cuerpo espiritual o glorioso,

por lo que nos es lícito el lanzar la aserción de que para el *Cristianismo elevado, como para las lenguas clásicas* (incluso la hebrea con su «nephest» o alma y su «ruach» o espíritu) *el Hombre es trino y uno*. En semejante concepción ternaria, por tanto, están contestes el paganismo, el judaísmo, el cristianismo y todos los clásicos greco-latinos, cosa que es para poner un poco en tela de juicio la pretenciosa aserción del positivismo que hace depender todo ello meramente del cuerpo, de la sangre y de los nervios, como si el reloj que separa o marcha fuese *todo el relojero*.

«Existe, pues, otra vida para algo que no es el cuerpo mortal –añade nuestro amigo D. Martín Regodón en un trabajo docto–, y ese algo que no es materia, porque se descompondría con el cuerpo mismo, ese algo inmaterial que no se muere, le llamamos *almas*. El alma que no puede morir, tampoco ha nacido, y es lo permanente, mientras que el cuerpo es lo transitorio; es el yo, la personalidad, el sujeto, el cual se viste con el ropaje de carne en el acto de nacer, para desprenderse de él cuando muere el cuerpo, para volver a encarnar siguiendo la ley cíclica, serial, etc., en que cada vida es un término de la serie. ¿Cuáles son las facultades del alma? Es el sujeto de las sensaciones, de las ideas, del pensar, del conocimiento, etc.; cuando muere el cuerpo pierde solamente la de percibir las sensaciones. El alma es inmortal hasta en los animales, y a medida que se van desarrollando sus facultades intelectuales se va espiritualizando hasta llegar a desprenderse de la carne en los seres superiores. En los animales no se puede dudar, pues perciben sensaciones, que tienen memoria, que entienden o conocen algo que se les enseña, aunque tal vez no piensen, y todo ello rudimentario, pero que se irá desarrollando,

según Darwin, hasta llegar al hombre y al superhombre. El alma no se nutre del cuerpo, porque es Inmaterial y simple (por la unidad de conciencia), pues necesita de él para desarrollar sus facultades intelectuales. Necesita ver hechos, experimentos, estudiar en los libros, oír a los profesores, lo que no sucedería si carecían de los sentidos. Un niño que al nacer perdiese la vista, el oído, el tacto, etc., ¿cómo podría desarrollar su mente aunque tuviese aptitudes para ello? De ninguna manera. El desarrollo intelectual sólo se verifica durante la vida de cada uno de los cuerpos, pero siempre en sentido creciente, y si bien no recordamos nada de vidas anteriores, tal vez dependa de que la memoria necesite del cuerpo para manifestarse, como sucede con los hechos anteriores al sueño, remedo de la muerte; pero en este caso el cuerpo persiste el mismo, y en el de la muerte no. La predisposición o facilidad para aprender cosas difíciles es un hecho que se comprueba en algún individuo de cualquier centro de enseñanza.

El alma no puede morir, pero las reencarnaciones sucesivas son necesarias: 1° Para continuar el desarrollo de sus facultades, según hemos dicho. 2° Para recoger el fruto de nuestros actos en forma de premios o castigos. El cuerpo se debe al padre, pero el alma es de Dios, o mejor es una parte de la Divinidad que todos llevamos dentro y que Jesús y esos fundadores de religiosos con toda claridad vieron y sintieron.

El miedo a la muerte, es, por tanto, el temor a lo desconocido. Por el pronto enfermedad equivale a sufrimiento, y la vejez es una enfermedad incurable de agravación creciente. La muerte del cuerpo, en cambio, es el término, la supresión de toda enfermedad, de todo

sufrimiento, de lo cual resulta que, si no fuera por la muerte, el hombre sería el sér más desgraciado de la Tierra, porque el sufrimiento iría creciendo por toda la eternidad. La muerte, por consiguiente, es el bien mayor que se conoce. El alma no va a lo *desconocido*, sino a recoger el fruto de sus obras, de sus actos, y el que cumple la ley moral puede estar seguro que va a gozar, y el que no la cumple irá a sufrir, y por mismo es de un interés grandísimo el cumplimiento del deber, siempre y en todas ocasiones, porque es la única fuente de donde emana la felicidad eterna. Las riquezas, los honores, todo eso es transitorio que escasamente dura veinte años. Nada puede torcer el dicho. «Según sembramos recogemos», y es inútil pretender por medio de *rezos pagados* que el premio sea para el malo. El alma, al desprenderse del cuerpo, pierde la pesante, la gravedad, quedando libre de esta cárcel que llamamos Tierra, para poder habitar en otros astros, en el espacio etéreo, en cualquier parte, y como no puede percibir sensaciones, ni el frío ni el fuego la molestan, ni el hacha puede hierirla, ni el hambre atormentarla; se comprende que estos espíritus puedan estar junto a nosotros, sin que podamos notarlo, por carecer de sentido apropiado para ver o sentir lo inmaterial, pero no es razón bastante para dudar de su existencia. El aire tampoco le vemos, si bien como materia le sentimos por contacto».

«¿Cuál es el castigo inherente a la negligencia mostrada por tantos hombres respecto al problema?» –se pregunta H.P.B., añadiendo: «Cuando el hombre ha llevado en esta existencia una vida naturalmente pura y virtuosa, no hay castigo alguno para él en el otro mundo, sino un simple retraso, mayor o menor, hasta que se vea allí

lo suficientemente purificado para recibir a su «Señor espiritual», que es uno de los Elohim o «dioses» de la poderosa «Hueste celestial», «un habitante del sol»; pero si, por el contrario, el alma se paraliza, y como principio semianimal que aún es, se vuelve inconsciente de su mitad subjetiva o superior –el «Señor» dicho– más pronto o más tarde el alma pierde finalmente de vista su divina misión en la Tierra. Al modo entonces del Vurdalak o vampiro de las leyendas servias, el cerebro se alimenta, vive y desarrolla más y más su poder a expensas de aquella Fuerza Trascendente, que es su fuerza espiritual (NOTA: Sobre este «Vampiro» véase el propio cuento de H.P.B. titulado «Asesinato a distancia», en el libro que nosotros hemos comentado bajo el título de *Páginas Ocultistas*. En cuanto a los llamados «cielos» e «infiernos», nada más cierto que lo que nos enseña el gran iluminado Jacobo Boehme en su obra *De la vida Supersensual* en este diálogo:

Maestro.– Como del día se pasa a la noche; como de lo que es algo se va a lo que nada es: ambas cosas están la una en la otra, siendo la nada su continua relación y causándose recíprocamente dicha y dolor. El cielo, está en todo el mundo y fuera de él, sin división, tiempo ni lugar y opera en sí, por manifestación divina; allí donde se manifiesta, también Dios es manifestado; por cuanto el cielo no es otra cosa que la voluntad del Uno eterno, en donde toda actividad se verifica en un amor tranquilo. El infierno, también está en todo el mundo; habita y opera en sí mismo, evidenciándose, por ejemplo, en la no santidad y falsa voluntad. Cielo e infierno, están en el mundo visible, y únicamente a dicho mundo pertenece el hombre durante su vida temporal; por lo cual, en ese tiempo no ve el mundo

invisible a causa de que el mundo exterior, sustancialmente, es una envoltura del mundo espiritual, de igual manera que el cuerpo lo es para el alma; pero en el momento que el cuerpo muere, el mundo espiritual se manifiesta al alma, sea en las eternas tinieblas, sea en la eterna luz.

Discípulo.— ¿Qué son, entonces, un ángel, o el alma del hombre para poder manifestarse así?

Maestro.—Proceden del mismo origen; son una parte de la inteligencia y voluntad divina, es decir, proceden del divino Verbo siendo destinados a ser el objeto del divino amor; por lo tanto, son parte de lo que fundamenta la eternidad, de donde proceden la luz y las tinieblas. En el amor a los propios deseos están las tinieblas; en la conformidad con la voluntad de Dios, la luz. Allí, donde la voluntad del alma ama lo justo, allí está el amor de Dios en su actividad.

Discípulo.— ¿Qué es, pues, el cuerpo del hombre?

Maestro.—El mundo visible; una imagen y un compendio del mundo, siendo el mundo visible una manifestación del mundo interior espiritual, procedido de la luz y tinieblas eternas por una espiritual operación; es, pues, un objeto de la eternidad por medio del cual se hace ésta visible y donde la propia voluntad y la voluntad expropiada operan una en otra compenetradas, a saber el bien y el mal. El hombre exterior es sustancialmente parecido, porque ha sido formado del mundo exterior; representando el mundo interior y espiritual su alma y su viva inteligencia; por eso el alma puede recibir y operar el bien y el mal en el mundo exterior.

Discípulo.— ¿Qué habrá entonces después del mundo, cuando todo eso haya tenido fin?

Maestro.— Solo los seres materiales tendrán fin, como ser los cuatro elementos, el sol, la luna, las estrellas, y entonces el mundo interior espiritual se pondrá aún en evidencia; pero en cuanto a lo que en esta vida se haya hecho para el espíritu, sea bien, sea mal, cada obra será clasificada de una manera espiritual, ya para la luz, ya para las tinieblas eternas, pues lo que cada voluntad ha creado le será restituido con toda justicia. FINAL NOTA). El alma, ya sólo consciente a medias y embriagada más y más con el valor embrutecedor de la vida terrena, se vuelve insensible, perdiendo hasta la esperanza de su redención. Impotente para discernir ya la pura luz de su Espíritu y oír la Voz avisadora de este «su Ángel Guardián» y «su Dios» enfoca todas sus aspiraciones hacia la mejor comprensión y el más completo desenvolvimiento de su vida natural o terrena, capacitándose, pues, solamente para descubrir los misterios de la naturaleza física. Sus penas y alegrías, sus zozobras y esperanzas, se cifran ya sólo en su existencia terrestre; rechaza indigna todo cuanto no puede ser demostrado por los órganos de acción y de sensación, empezando así por decaer del modo más alarmante, hasta que, por fin, muere el alma por completo, y muchos años antes de separarse del cuerpo físico él principio de vida es *aniquilado totalmente* con frecuencia. Cuando la que llamamos muerte llega al fin para semejantes seres, la garra férrea y viscosa de la Intrusa, aunque encuentra como de costumbre una Vida a la que asirse, ya no halla, en cambio, alma alguna que liberrar, porque la esencia entera de ésta ha sido anteriormente absorbida por el sistema material y vital del hombre físico. Esta horrible muerte, en fin, sólo deja en libertad un verdadero cadáver espiritual, o a lo sumo un efectivo idiota. Incapaz de cernerse en otras regiones más

elevadas, ni de despertar de su letargo, pronto es disuelta en los elementos mismos de la atmósfera de la Tierra.

»Sobre el enigma de la vida y de la muerte, en fin, como dice un anónimo autor español, se han emitido tres teorías de valor, y como cualquier gran ley de la Naturaleza debe estar necesariamente en armonía con todas las demás leyes suyas, será conveniente para el investigador examinar estas teorías en su relación con lo que se admite por todos como leyes reconocidas de la Naturaleza, observadas en esa parte del universo que nos es más familiar. Estas tres teorías son: *a)* La teoría Materialista sostiene que la vida es un viaje de la cuna a la tumba; que la mente es el resultado de ciertas correlaciones de la materia; que el hombre es la más elevada inteligencia del Cosmos, y que su inteligencia perece cuando el cuerpo se desintegra después de la muerte. *b)* La teoría Teológica afirma que a cada nacimiento un alma recién creada por las manos de Dios entra en la arena de la vida, pasando de un estado invisible, a través del nacimiento, a esta existencia visible; que al fin del corto periodo de la vida en el mundo material pasa, a través de las puertas de la muerte, al invisible más allá, de donde no vuelve más; que su felicidad o desdicha quedará determinada por toda la eternidad por las obras que haya hecho durante el infinitesimal periodo comprendido entre el nacimiento y la muerte. *c)* La teoría del Renacimiento enseña que cada alma es una parte integrante de Dios, y que está desarrollando todas las posibilidades divinas, así como la semilla desarrolla una planta; que por medio de existencias repetidas en un cuerpo terrestre, que va mejorando de calidad gradualmente, esas posibilidades latentes se van desarrollando en poderes dinámicos; que

nadie se pierde por este proceso, pues toda la Humanidad alcanzará la meta de la perfección y la reunión con Dios.

»La primera de estas teorías trata de explicar todos los hechos de la existencia como un proceso del mundo material. Las otras dos teorías atribuyen ciertos hechos y fases de la existencia a estados suprafísicos e invisibles, si bien difieren grandemente en otros puntos.

»Comparando la teoría materialista con las leyes conocidas del Universo, encontramos que la continuidad de la fuerza está también establecida como la continuidad de la materia, y ambas están más allá de toda necesidad de dilucidación. También sabemos que la fuerza y la materia son inseparables en el mundo físico, cosa contraria a la teoría materialista, que sostiene que la mente perece al ocurrir la muerte. Si nada puede ser destruido, la mente debe considerarse indestructible.

»Pasando a la teoría teológica, una de las más grandes objeciones que se le hacen es su completa y confesada injusticia. De las miríadas de almas que han sido creadas, solamente se han de salvar un número insignificante, «¡ciento cuarenta y cuatro mil!». ¡El resto está destinado a ser torturado para siempre! El mal tiene siempre la mejor parte. Y uno puede decir con Buddha «Si Dios permite tales miserias no puede ser bueno, y si Él no tiene el poder de impedir las, no puede ser Dios». No se comprende a Dios que por capricho coloque a sus criaturas bajo diferentes circunstancias. Nace un niño en palacio lujoso, rodeado de un ambiente moral elevado, y otro en un tugurio, hijo de un ladrón y de una ramera, a quien rodea la miseria y las más bajas pasiones. Al primero se le educa en los más puros ideales, y al segundo se le enseña a mentir, engañar

y robar. ¿Es justo exigir de ambos lo mismo? Es más lógico suponer que hemos interpretado mal la Biblia que imputa a Dios tal monstruoso proceder. Es inútil decir que nosotros no debemos investigar los misterios de Dios, que están más allá de nuestro entendimiento. Las desigualdades de la vida pueden ser explicadas satisfactoriamente por medio de las leyes del Renacimiento y de Consecuencia, que armonizan perfectamente con nuestra concepción de un Dios justo y amante, tal como dijo el mismo Jesús. La doctrina del Renacimiento representa como postulado un lento desarrollo efectuado persistentemente por medio de repetidas encarnaciones en formas de eficiente crecimiento, por cuyo intermedio llegará un tiempo en que todos alcanzarán la cumbre del esplendor espiritual, inconcebible para nosotros al presente. No hay nada irrazonable ni difícil de aceptar en tal teoría. Conforme miramos en torno nuestro, observamos esa lucha en la Naturaleza por alcanzar la perfección, lenta, pero persistentemente. No encontramos ningún proceso de creación súbita o de destrucción, tal como la postula el teólogo, y en cambio encontramos por doquier a la «Evolución». El genio es la marca de toda alma avanzada, la que por medio de esforzado trabajo en muchas de sus vidas anteriores, se ha desarrollado en alguna dirección, mucho más allá que el término medio de la raza. El genio es un vislumbre del grado de realización, que será la posesión común de la Raza venidera».

CAPÍTULO V

COMPLEJIDAD DE LA HUMANA PSIQUIS

La lira de nuestro sér.— El conocimiento de nuestra psiquis y de sus «constantes de error» o «ecuación personal» de cada uno.— Consideraciones filológicas acerca de las tres palabras de «cuerpo», «alma» y «espíritu».— Balmes y los «sabios resucitados».— ¡Los paisajes son estados de alma!— El color del cristal con que se mira.— Ventajas de la Teosofía respecto del problema de la psiquis.— Esta última no es sólo razón ni sólo sentimiento.— La razón no es sino una de las tres facultades de la mente.— Intuición, reflexión y pasión.— El Instrumento «Hombre».— Seriación de conceptos acerca del Hombre.— El Hombre-cero, el uno, el dual, el ternario, el quinario y el septenario.— Clasificación occidental de la Taraka-raja-yoga de la Vedanta y del Buddhismo esotérico.— Identidad esencial de todas ellas.— El pueblo guaraní, como ejemplo de la universalidad de la concepción ternaria de «cuerpo» «alma» y «espíritu».— Relaciones entre la clasificación «Taraka» y las prácticas de la Raja-yoga.— Cómo la triple distinción entre los elementos humanos refleja hasta en nuestro organismo.— Modificaciones sufridas por los expositores orientales después de la publicación del Buddhismo esotérico.— Los dos objetos principales de las ciencias esotéricas según H.P.B.— La sagrada formula del «Aum-Mani-Padme-Hum» de los atlantes y arios.— La trina diferenciación de Atmá o «el Rayo-Uno».— El «Huevo luminoso» (Augeoides o Hiranyagarbha).— Los cinco principios del Hombre, prescindiendo del «espíritu» y del «cuerpo», que no son efectivos principios.— Enseñanzas de los Misterios acerca de estos particulares esencialísimos.

«El amor de la verdad es mi dolor», dice con Fausto de Lenan todo filósofo al preocuparse del problema del Hombre, con ese anhelo de *gnóscete ipsum* que le lleva a investigar desapasionadamente acerca de su propia naturaleza, de su origen y de sus destinos futuros. Porque es indudable, como piensa Melitón Martín (*La Imaginación*, páginas 241 a 243), que la lira de nuestro sér es una lira de tres cuerdas por lo menos, sin que nos sea posible arrancar nota alguna de cualquiera de ellas sin que vibren al par por simpatía las otras dos, produciendo ora una armonía consoladora, ora una salvaje y desapacible discordancia. Nuestro motor esencial es, en efecto, el sentimiento, elemento anímico por excelencia; nuestro director y guía supremo es, o debe ser, la inteligencia, hálito o «espíritu», y bajo aquesta dirección, el motor sentimental o anímico da órdenes que son ejecutadas por la materia y por la fuerza, constituyendo así la tercera cuerda.

Hay además otra razón para que nos preocupemos del problema del Hombre y de sus elementos integradores con preferencia a todo otro problema científico, porque, sea cual fuere la ciencia que cultivemos Astronomía, Química, Derecho, etc., siempre nos saldrá al paso, como problema previo e indeclinable, el del instrumento psíquico que manejamos a la continua, o sea el de nuestras múltiples facultades o «principios» que empleamos como medio para la investigación, pues es harto evidente que en la ciencia, no sólo juega su papel la facultad, a la que llamamos razón o «mente», sino todas las demás, ya que el científico en su labor se mueve siempre a impulsos del sentimiento del amor que a su ciencia respectiva tenga y de la imaginación creadora, con la que la abarca, y que es el instrumento por

excelencia para forjar hipótesis, trazar síntesis que luego han de verse comprobadas o rectificadas por la observación y la experiencia. ¿Qué sabio, digno de tal nombre, puede despreciar ciertamente, esas «constantes de error» o «ecuación personal de cada uno» determinada por la actuación científica de sus múltiples facultades respectivas? (NOTA: Por supuesto, que la mayor «constante de error» en cualquiera de nuestras investigaciones científicas es la constituida por nuestra propia ignorancia y nuestros prejuicios.

Alguien ha dicho sobre este particular importantísimo que todas nuestras discusiones son «discusiones de diccionario», porque, en efecto, damos una significación diferente cada cual a las mismas palabras. ¿Cuántas veces no hemos discutido, por ejemplo, acerca de si existen o no existen el alma y el espíritu? ¿Cuántas no nos ha objetado el positivista que de ninguna de estas dos cosas existe una prueba experimental, directa o de laboratorio, por lo cual es científicamente temerario hablar de ellas? Y, sin embargo, el problema está resuelto a favor de ellas, sólo con hacer algunas consideraciones filológicas como las que se deducen de la siguiente anécdota, que el lector nos dispensara en gracia a su interés respecto de este problema:

Cierto día en que pasaba con mis chicos frente al Palacio Real de Madrid, hubo de llamar nuestra atención un coche de gran gala, parado a las puertas del Alcázar.

–¿Qué habrá traído el coche éste?–me interrogó uno de los chicos. Y yo le respondí:

–Ha traído a la Mesa del Senado.

Luego, comprendiendo que se me deparaba ocasión para una alta enseñanza filosófica, les dije:

–¡Con cuánta razón consigna el Evangelio que «la letra mata y el espíritu vivifica». !Ved, sino, una elocuente prueba. Si un hombre ignorante, recién venido a la corte, me hubiese oído, acaso habría dicho para su capote:

–Este señor delira. ¿A qué hora ni a qué título iban a traer en ese coche una *mesa* a Palacio, donde tantas y tan buenas mesas debe haber?...

Y nosotros habríamos tenido que sacarle del error diciéndole que no se trataba de ninguna *mesa* material, sino de los señores presidente y secretario del Senado, a quienes, por tener su asiento oficial en la Mesa presidencial de la Cámara, se les denominaba «la Mesa» de la misma, y que dichos señores venían a la sazón a Palacio sin duda a recoger la firma del Rey para alguna de las leyes recién aprobadas por aquella Cámara.

–Esto es entonces como lo que ayer estudiamos en la Preceptiva Literaria respecto de los tropos y figuras de dicción –dijo uno de los chicos–. Allí se nos dice, en efecto, que todo tiene tres sentidos: el propio, el extensivo y el figurado o simbólico, y se nos pone este ejemplo: «Hirióse el fugitivo en un *pie* (sentido propio) y cayó desalentado al *pie* de un haya (sentido extensivo), porque, de tanto correr, el pobre ya no tenía *pies* (sentido figurado)».

Los chicos, con su intuición, aún no torcida por pésimas enseñanzas, habían dado en el clavo esta vez, como que, más o menos, dichos tres sentidos en que cabe tomar las palabras, parecen corresponderse con los tres distintos elementos del Hombre, que diría San Pablo: el cuerpo, el alma y el espíritu. Hay, ciertamente, en cada palabra un sentido o significado básico, corpóreo, material, como el de la mesa efectiva y tangible que el pueblerino suponía;

hay otro sentido anímico, en el que siempre entra el tropo: a saber, el de la antedicha acepción de «la Mesa» del Senado; pero hay además un tercer sentido más excelso, espiritual y completamente simbólico, pues que, para hablar en estrictos términos científicos de Derecho Político, la verdadera «Mesa» de la Alta Cámara española, no son tampoco *materialmente* el presidente con sus secretarios, sino «la representación que ellos ostentan de la Soberanía de las Cortes españolas, elegidas por sufragio popular más o menos directo y restringido; Soberanía simbolizada *espiritualmente*, a la sazón, en aquellos señores que, en la más alta de sus funciones públicas, iban a obtener del Monarca, co-soberano con ellas según la Constitución, la sanción de una Ley acabada de votar.

Y no se diga que este caso es único, sino universal en la vida, donde siempre andan en pugna el criterio material con el espiritual y con el psíquico.

Así, para las gentes ignorantes, una Academia científica es tal o cual edificio de esta o de la otra calle; para las ya relativamente ilustradas, es, más bien que la materialidad del edificio, la animada reunión de los doctos que la integran, y para los verdaderamente espirituales, en fin, la Academia no es sino la ciencia trascendente, cuyo espíritu se ve en ellos representada o simbolizada, y esto es tan cierto que cuando sus miembros no visitan el local de la Academia se dice gráficamente que dicha institución está *desanimada*, y *animada* cuando se encuentran en ella consagrados al entusiasmo de sus tareas. Es más, cuando entre los académicos de nuestro ejemplo alienta la armonía y la cooperación recíproca, tan precisa para toda labor fructífera, se dice también que en la Corporación reina un

«buen *espíritu*», y «un mal *espíritu*» en el caso contrario. Con ellos viene así a repetirse al pie de la letra la enseñanza dada en el capítulo anterior acerca de que el *espíritu* o aliento es el que mueve al *alma*, y esta la que a su vez luego *mueve* o *anima* en último término al *cuerpo*. Por eso es indudable que cuando en toda colectividad no reina un buen espíritu sintético, cada cual tira por su lado; la Casa se desanima, y finalmente hasta el edificio, como cuerpo de tal colectividad, *muere*, pasando a otros usos, el de almacén de maderas, por ejemplo, ni más ni menos a como los elementos de todo cuerpo que ha perdido ya su alma con la muerte, pasa pronto a formar parte integrante de otros cuerpos *animados*... ¿Cómo podría el positivista hablar de todo esto sin recurrir a un verdadero circunloquio de palabras para él desprovistas de todo sentido? ¿Cómo explicarlo científicamente sin usar este mismo lenguaje nuestro que resulta tan claro y tan gráfico, precisamente porque en él se emplean las palabras *cuerpo*, *ánima* y *espíritu* al tenor de su estricto significado etimológico, hoy obscurecido por el materialismo?

Pretender, pues, demostrar *científicamente* la existencia del alma y del espíritu es algo así como pretender demostrar la existencia de la *decena* o la *centena* en matemática; del *amor*, el *odio*, el *temor*, etc., en psicología; la de la *luminosidad*, la *obscuridad* o la *tenebrosidad*, en física; la *divinidad*, la *humanidad*, la *animalidad*, en filosofía, *et sic de caeteris*. Nuestros sentidos y aparatos científicos podrán, a lo sumo, demostrar sus efectos o *manifestaciones*, pero en cuanto a aquellos conceptos en sí, ¿cómo demostrarlos, si para demostrarlos tienen que ser concretados, es decir, haber perdido previamente su cualidad de abstractos? ¿Cómo

hablar geoméricamente de la superficie, en el mundo de la línea; del volumen, en el mundo de la superficie; o del hipervolumen en el mundo volumétrico?

No, señores positivistas: lo abstracto no puede salir nunca en vuestros aparatos de laboratorio, pero no por ello os es lícito dudar de su existencia, porque es precisamente el *sumum y substractum* de todo lo llamado real, a menos que dudéis también de la existencia de cuantas cualidades abstractas os sirven de base para vuestra ciencia, empezando por esa divina abstracción *nada real en sí*, según vuestro modo de expresaros, que en matemática se llaman *unidades abstractas de diferentes órdenes*.

Nótese, además, que ello nos lleva por la mano al gran problema de lo abstracto y lo concreto, o, para hablar con más propiedad, a lo *abstracto por manifestar* y a lo *abstracto manifestado* o *concretado*, porque en realidad, lo abstracto existe siempre, porque es incoercible, indefinible, inabarcable e inefable, mientras que lo concreto es mera *maya, humo e ilusión de los sentidos*, como enseñan todas las doctrinas arcaicas. Por eso de lo abstracto, de lo simbólico, pueden predicarse a la vez infinidad de cosas concretas sin que lo agotemos jamás ni en si mismo podamos definirlo. FINAL NOTA). Si antes de manejar el más mínimo aparato de laboratorio nos preocupamos de determinar con esmero aquellas «constantes de error», ¿cómo no hacer igual con el aparato de aparatos constituido por nuestra psiquis misma? ¿Ve, acaso, del mismo modo el miope que el présbita o el daltoniano, el triste que el alegre, el analista que el filósofo? La célebre fabulita de Balmes en su *Criterio*, acerca de «Los sabios resucitados», prueba acabadamente que la «ecuación personal» juega un papel decisivo;

que la llamada «objetividad» o «realidad», no es sino el acoplamiento, la resultante de infinitas subjetividades particulares, dando la razón a Carlos Federico Amiel cuando dice que los paisajes –y paisaje en el sentido simbólico es todo cuanto observamos y experimentamos– son meros estados de alma, o al Buddha cuando enseñó, anticipándose a Einstein, que todo es «relatividad», «maya» o ilusión en este «bajo mundo», o, en fin, a nuestro Campoamor, cuando en su profunda dolencia dijo aquello de

En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira;
¡todo es según el color
del cristal con que se mira!

Y este cristal, que no es cristal pues que está siempre coloreado y empañado por nuestros sentimientos y pasiones, al interponerse siempre entre nuestro Ego o Conciencia personal y el mundo exterior que observamos y sobre el que experimentamos, es al modo de la bóveda azul de los cielos, que durante el día nos impide ver las estrellas del firmamento, soles todas ellas infinitamente mayores que aquel que nos produce el día.

Pero no bien formulamos este problema previo, ya nos salen al paso las inapreciables ventajas que la Teosofía, o Ciencia-Religión de las Edades, lleva, por un lado, a cada ciencia particular, y por otro, a todas y cada una de las religiones vulgares o exóticas que se reparten, más o menos, el imperio de las conciencias en el Planeta.

Efectivamente, por lo que a las ciencias atañe, ellas hacen gala hoy de basarse exclusivamente en el raciocinio,

prescindiendo, dicen, de toda fantasía, de toda pasión y sentimiento, de toda volición que no se refiera a su estricto radio investigador, de todo cuanto, en fin, pueda perturbar poco o mucho a la acción desembarazada y libre de la Humana Razón, esa nueva Diosa a la que la Revolución Francesa, tras los horrores del reinado del Terror, los propios positivistas hijos legítimos de la Enciclopedia, tuvieron que alzar un Altar y erigir un Culto para las multitudes...; Un culto pobre y muerto, puesto que carecía de todas aquellas facultades de imaginación, pasión, sentimiento de las que antes precisamente se habían reído!

No. La insondable complejidad de la humana psiquis es algo más que razón. Por pasión, por Amor, que no por silogismo hemos nacido. Sin la razón hemos visto deslizarse felices los embobados días de nuestra infancia. La naciente razón de la adolescencia, cual la semilla entre espinas de la parábola evangélica, apenas si ha ido desenvolviéndose en lucha cruel contra los más dulces ensueños y los más rudos latigazos pasionales, y cuando, tras la juventud, ha parecido llegar el hombre al pináculo de la victoria y del poder, no ha llegado, no, a la virilidad plena sin afrontar con una realidad misérrima, vulgar, desoladora, que a tantos y tantos desgraciados les ha hecho fracasar ruidosamente en esa crítica edad de sufrimiento supremo que gráficamente se ha dado en llamar *la edad de los Cristos*, porque la única verdad de ella, al perderse unas tras otras las ilusiones juveniles, era la de que este no es nuestro mundo, dado que en él y al tenor de la frase bíblica todos somos peregrinos, peregrinos llamados a cantar con Espronceda:

Hojas del árbol caídas
juguetes del viento son:
Las ilusiones perdidas
son hojas ¡hay! desprendidas
del árbol del corazón.

Y en todo ese no largo tiempo en que la razón vigorosa del hombre maduro ha parecido reinar soberana, ¡qué de fatales errores, qué de caídas y desfallecimientos!; ¡qué de horas de dolor *extra-racional*; de inanición, de pesimismo, de desorientaciones increíbles en el *modus operandi* de nuestra *diosa* hasta caer las más de las veces en un escepticismo letal que *acaba por engañar a no pocos con la fácil vida sin razón y sin preocupaciones respecto del mas allá ni del mañana*, que vemos llevar a nuestro lado mismo a todos *los irracionales*.

Por otro lado, ¡qué de horas no hemos perdido en irracionales bagatelas, sin contar con la tercera parte o más de nuestra vida pasada en ese insondado mundo del sueño y de los ensueños del que nada nos dice la razón ni su ciencia, pero en el que algo grande debemos hacer sin duda, mientras al par se restauran una a una las cansadas células de nuestro organismo físico! ¡Qué de horas y más horas pasadas en los trabajos más o menos mecánicos e ilógicos que nos aseguran el cotidiano pan material que a los irracionales con mayor o menor esfuerzo les depara la Naturaleza, y cuán pocas empleadas, en cambio, a nuestro gusto en esa primera tarea verdaderamente racional y científica que se resumen en las tres clásicas preguntas de «quién somos, de dónde venimos y a dónde vamos».

Y pues que, sin más o menos mezcla de las demás facultades

de la psiquis, ni razona con puro y abstracto razonar el niño, ni el enfermo, ni el pasional, ni el valetudinario, ni el dormido, ni el que goza, ni el que sufre, ni el que olvida, ni el que odia, ni el que teme, ni el que anhela, ni el que ama, ¿no habrá un cierto y notorio *peligro científico de errar*, al emplear así, sin estudio previo, la sola facultad de la razón en los complejísimos problemas humanos? ¿No asaltarán al mero razonador –si es que en toda la historia ha podido darse tamaña entelequia– un notorio peligro de error y de teratología al conceder a la mera razón, no ya la preferencia, sino hasta la exclusiva?

Además, lo que en estos tres últimos siglos se ha considerado como *razón* no es sino una sola de las tres facultades de la Mente que admiten todos los grandes filósofos del pasado, esos filósofos ante los cuales los que hoy se creen tales ganarían no poco en ser varios años sus amanuenses; *la mente inferior o pasional*, que aprecia los hechos concretos, *la mente intermedia, reflexiva o científica*, que inquiere las leyes generales de estos hechos, y *la mente abstracta, genial, intuitiva o filosófica*, que investiga acerca de los principios, en síntesis supremas que abarcan no ya solo a la *razón*, sino más bien al hombre mismo que razona, siente, quiere, etc., al hombre cuyos Principios o Facultades fundamentales conoce gracias a la iniciática Doctrina de la Tradición Universal que llamamos *Teosofía* o Sabiduría de los Dioses, la Sabiduría de esos Precursores, Padres, Maestros y Salvadores de la joven Humanidad, de los que parece hacer gala de reírse la cretina e infatuada ciencia de nuestros tiempos.

Porque el mayor de nuestros científicos y enciclopedistas ignora por completo, no ya el *instrumento grande* que

emplea en su obra, el instrumento *Hombre* como síntesis, sino hasta el *instrumento pequeño; la humana Razón*, por él empleada sin conocerla, puesto que todavía no nos hemos puesto de acuerdo acerca de ella, ni sabemos por cuál doctrina optar entre las viejas o nuevas escuelas filosóficas y las correspondientes *lógicas* de sus pensares, lógicas que si evidentes y totales fueran, no parciales y confusas, habrían puesto punto final en sus eternas controversias, y habrían llevado de la mano al mundo, por ellas redimido, a los felices días de la Edad de Oro que la Humanidad perdiera precisamente así que tuvo razón y sexo, los dos polos positivo y negativo de su cuerpo, como de su psiquis.

Hay, pues, ante todo, que contar con el instrumento grande, con el *Instrumento Hombre*, que es la medida de todas las cosas, si queremos empezar a orientarnos en el problema de la Sabiduría, que es, al par, Voluntad, Amor, Razón, Imaginación y Hecho. Hay que hablar largamente, como los pitagóricos, del *Hombre cero*, del *Hombre uno*, del *Hombre dual*, del *trino* y hasta del *septenario*, entendiéndose de una vez para siempre, al tenor de lo practicado también por la Maestra, que por la palabra *Hombre*, con mayúscula, designaremos en todo caso a ese gran conjunto de los componentes humanos, cada uno de los cuales tiene su *plano* o mundo propio por encima de ese ser enteco, pobre y miserable, al que llamamos *hombre* físico, o simplemente *hombre* con minúscula, cosa que, desde el primer momento, nos hace mercedores de la más compasiva sonrisa por parte de la ciencia positivista, la cual no ve poco ni mucho semejantes «fantasías» relativas a elementos o *principios* invisibles distintos del hombre físico visible, u *homo sapiens* de Lineo, ¡un «sapiens» muy poco sabio y un «homo»

muy poco *Hombre!*

En la apreciación del problema del Hombre, como en todos los grandes problemas, podemos establecer, en efecto, una seriación pitagórica desde el cero hasta el siete, una verdadera seriación matemática muy en armonía con el Universo, en el que el Verbo, como dijo Platón, cuenta y geometriza. Veámoslo:

EL HOMBRE-CERO.— Este concepto inicial y negativo es acaso el más evidente. ¿Qué es, en verdad, el problema del Hombre para el ente vulgar que nunca de él se ocupara? Un verdadero no-ser metafísico, una nada o cero. Por otra parte, en el primer día de los tiempos, antes de aparecer como ser distinto emanado de la Divinidad, el Hombre nada era, o bien era un cero asimismo.

EL HOMBRE-UNO.— Este nuevo concepto es también evidente, por un lado al tenor de la ciencia positiva que no ve de él sino su organismo físico, del que pretende en vano hacer derivar como meras *funciones* todos los demás principios hiperfísicos que integran al Hombre; por otro, al tenor mismo de toda manifestación que empieza a ser una al surgir, como el tallo del germen, del seno de lo abstracto o del no-ser

EL HOMBRE-DUAL.— Ya no es tan evidente a los ojos de todos esta nueva manera de ver al Hombre. Las mismas religiones vulgares nos dicen que para ello se necesita de la Fe, es decir, de algo sentimental e inexplicable que, estando por encima del conocimiento o discurso, mal puede ser por él comunicado, ni menos demostrado físicamente en nuestros laboratorios. Aquí, pues, la ciencia positiva queda rezagada respecto de la religión, como el hombre vulgar que lo ignora todo respecto del problema quedó rezagado

del científico que, al menos con sus estudios, ya ha visto detenidamente al hombre físico. En efecto, mientras que la Ciencia nos habla solo del hombre que vemos, el Cristianismo, por ejemplo, rectifica este pobre concepto diciendo que lo que el vulgar y el científico ven no es el Hombre Integral o con mayúscula, sino el hombre físico, es decir, el cuerpo material del Hombre, su mera vestidura de carne perecedera, la cual, al descomponerse con la muerte en los elementos materiales de que está formada, deja libre para siempre a la parte mejor del Hombre, que es su alma, alma creada previamente por Dios antes del nacimiento físico y llevada luego y para siempre a una u otra región de felicidad o desdicha, según la conducta que ella ha seguido aquí abajo durante su unión con el cuerpo, que en vida fuera su tentador, su lastre cruel y hasta su enemigo...

Alma y Cuerpo, he aquí, pues, los dos elementos componentes del Hombre, para los cristianos y para muchos otros: es decir, *la mariposa triunfal*, que bate sus polícromadas alas surgiendo del misterioso capullo, simbolizado en el sudario de la muerte, y *la asquerosa larva* que, encerrándose antes en el capullo, hubo de morir, para resucitar luego como mariposa voladora. Prescindiendo de que semejante dualidad de alma y cuerpo sea o no «científicamente cierta», hay que convenir, desde luego, en que es ella infinitamente más bella y consoladora, con lo que, dicho sea de paso, surge una vez más el eterno pleito entre la verdad y la belleza como canon del mundo, o sea entre la poesía y la ciencia, pleito, como veremos más adelante, en el que, a la corta, parece triunfar el científico, pero a la larga acaba triunfando el poeta siempre.

EL HOMBRE TRINO Y UNO.— Pero si la concepción

dual anterior, que es la de la mayor parte de los cristianos, resulta más cierta, o al menos más hermosa que la mera concepción positivista, hay que convenir en que ella dista mucho, sin embargo, de ser perfecta, pues que de hecho queda muy por bajo de la de las lenguas sabias, hijas, como son ellas, de las más elevadas filosofías, y esto último es cosa que merece algún mayor detenimiento. Llegados aquí, conviene advertir que los pretendidos sinónimos de lengua no son tales sinónimos sino a los ojos de nuestra ignorancia, pues que cada uno de ellos expresa siempre una idea peculiar y precisa, que las demás palabras que se toman como tales sinónimos suyos se encargan luego de *matizar* o modificar en grado mayor o menor. No es lo mismo, por ejemplo, *cosmos* que *universo*, pues que para el primero es esencial la condición de «armonía», y la de «unidad invertida o manifestada», para el segundo. No es igual tampoco «triangularidad» que «triángulo» puesto que este último nos da una mera idea geométrica abstracta, que la «triangularidad» hace más abstracta aún, dado que abarcar puede a conceptos, por decirlo así, supergeométricos. No es idéntico, en fin, el «ser», que el «existir», como se ha encargado de demostrarlo la Ontología.

En esta concepción del Hombre trino se han detenido históricamente todas las filosofías occidentales, desde la vieja Cábala hasta el moderno espiritismo, sin contar las nada despreciables de pueblos como los aborígenes africanos y americanos (NOTA: Asombra, en verdad, la corrupción filosófica contenida en algunas lenguas pre-colombinas, tales como el guaraní, esa lengua aria sudamericana que sirvió de instrumento a la cultura de un gran pueblo siglos

antes de la conquista. En dicha lengua, efectivamente, se distinguen los tres conceptos arriba dichos, a saber: «Pa», el espíritu, el hálito divino, o «Hu» o «Tu», que como diría Wágner y el Génesis, se mueve originariamente sobre las Aguas primordiales («Ap-as», en sánscrito); «Pan» o «P'an» es ya el espíritu manifestado en el alma como en un vehículo o «periespíritu», y «ang» o «gan» el cuerpo, por donde la verdadera desinencia que cuadra al Hombre como física integración de los tres elementos es el de «Pa- pan-gan», o sea el hombre completo tal y como le conocemos, o sea el que luego se nos muestra como «caray», el humano «fruto», según la doctrina de los «aba» o «antecesores guaranies».

No menos notables son los términos del guaraní o «abañoé» («la lengua de los antepasados»), respecto de los cinco elementos de la Naturaleza, pues que el fuego es «ta-ta» (o «at-at» invertido del sánscrito en palabras tales como «at-má» y otras); el aire es «i-bi-tu» (literalmente «espíritu del agua y de la tierra»); el agua, «bi» o «i», y la tierra «ibi». De este modo palabras como la de «che-pi-ang-hu», que tanto llamaran la atención del filólogo Julián Lastra, equivalen a todo un concepto que es literalmente, en la citada palabra, el de «cuando a los padres vuelve tu espíritu», o «cuando se hace en ti la sombra y se apaguen las estrellas de tus ojos», que Almafuerte diría...

No cerraremos esta nota sin consignar nuestra gratitud hacia nuestro hermano D. Pedro de Armengol, de Corrientes (Argentina), que nos la ha inspirado. FINAL NOTA) y las lenguas correspondientes, tales como el griego (con su «nous», «psyche» y «soma»), el latín (con su «spiritus», «anima» y «corpus») no han hecho

sino seguir esta concepción, notable por su sencillez y que resplandece hasta en el cristianismo de San Pablo cuando habla de su Epístola I a los corintios de la existencia de «un cuerpo material», un cuerpo espiritual (el «peri-espíritu» de los espiritistas) y un espíritu, aunque por desgracia las religiones vulgares con su típico materialismo hayan confundido en uno solo los dos tan distintos términos de «alma» y «espíritu». Finalmente, la concepción del Hombre trino o compuesto de cuerpo, alma y espíritu, en armonía respectivamente con la Tierra, la Luna y el Sol, es la que inspira a Plutarco el famoso pasaje de su *Isis y Osiris* que transcribimos al principio de este libro.

EL HOMBRE QUÍNTUPLE.— Desde la concepción trina anterior hasta esta última, es fácil pasar a través de la misma filosofía griega, ya que, solicitada el alma hacia abajo, por el cuerpo, y hacia arriba por el espíritu, se separa, por decirlo así, en tres niveles constituidos respectivamente *a)* por la mente inferior o pasional («kama-manas» del sánscrito, «alma animal» o «cuerpo de los deseos»); *b)* por la mente superior, intuitiva o angélica («buddhi-manas», o «alma espiritual»), y *c)* por la mente reflexiva o mediadora, propiamente dicha (el «puanas» sánscrito, de donde deriva la palabra «manú», pensador, y «man», hombre), elementos todos tres que con el cuerpo, de un lado, y el espíritu, de otro, forman esta división quinaria, muy del gusto de las viejas filosofías de Oriente, las cuales por eso simbolizaron el Hombre y sus cinco principios, o cinco sentidos y cinco miembros por la pentalfa o polígono estrellado de las cinco puntas tan conocidas de todos.

Como más por extenso se indica en la Estancia VI del tomo I de *La Doctrina Secreta*, mientras que la clasificación

oriental y tártara llamada de la «Taraka-raja-yoga» es ternaria como las de Occidente, las posteriores de la escuela Vedanta es ya quinario, si bien entrambas, al poner fuera a «atmá» o el Espíritu por ser elemento abstracto, consustancial con la Divinidad como los rayos del Sol son consustanciales con el Sol mismo, pasan bien decir a cuaternaria la una, y a senaria la otra, siendo iguales en ambas los dos términos más elevados de Espíritu (atmá) y alma espiritual («karana-upadhi», o «ananda-maya-kosha», literalmente envoltura del ilusorio espíritu), mientras que los elementos mentales del hombre («sukshma-upadhi de la taraka») se dividen en la vedantina en mente superior («avijnana-maya-kosha») y mente inferior y pasional (manas-maya-kosha) y los elementos mas bajos o astrales y corpóreos («el sthula-upadhi» de la taraka) se dividen a su vez vedantinamente en fuerza transitoria de la vida («prana-maya-kosha») y elementos corpóreos («anamaya-kosha») (NOTA: Parece ser que la antiquísima clasificación de la «Taraka-yoga» responde mejor que ninguna otra a las funciones de la «Magia práctica» o «Raja-yoga» (reforma de uno mismo por la meditación y el conocimiento o estudio) «Aunque existen siete principios en el Hombre, dice la Maestra, radican en solo tres bases o envolturas para Atmá (el Espíritu). Atmá, en efecto, puede actuar separadamente en cada uno de estos tres vehículos o «upadhis». Dichos tres vehículos (que más o menos corresponden al cuerpo, a la mente y al alma espiritual) pueden ser separados mediante su voluntad por un Adepto viviente sin peligro de matarse (sin duda porque se corresponden con las tres regiones, terrestre, lunar y solar, que Plutarco diría); pero no puede disgregar los siete principios sin destruir su constitución integral. «Además,

como cada Adepto, a uno y otro lado del Himalaya, ya sea de la escuela Patanjali, ya de la Aria-sanga o de la Maha-yana, tiene que convertirse en un raja-yogui, debe aceptar, por tanto, en principio la clasificación «taraka», cualquiera que sea aquella a que recurra para propósitos prácticos y ocultos. Así que importa muy poco que se hable de los tres upadhis con sus tres aspectos y Atma su síntesis eterna e inmortal, o que se les llame los «siete Principios». (FINAL NOTA).

EL HOMBRE SEPTUPLE.— Las dos clasificaciones de yoguis y vedantinos son en el fondo el precedente histórico de la llamada clasificación septenaria o teosófica que fue dada por primera vez al mundo occidental por la famosa obra de Sinnett *El Budhismo Esotérico*, el cual, siguiendo las enseñanzas de entonces dividió al hombre en un Ternario o Tríade Superior que dirían los pitagóricos, a saber: espíritu, alma espiritual y mente superior o abstracta («atma-buddhi-manas»), indudablemente ligada por la mente misma por el Cuaternario Inferior («kama-manas») o mente animal y su envoltura kamarrúpica; «linga-sharira» o cuerpo astral, periespíritu de los espiritistas, cuerpo glorioso que diría San Pablo, «prane» o vida, y «sthula-sharira» o cuerpo físico.

El cuadro siguiente, tomado del pasaje dicho de la obra de H.P.B., resume estas últimas clasificaciones, con sus respectivas correspondencias: (NOTA: La eterna ley teosófica de la analogía hace que en el mismo cuerpo humano se refleje la división trina clásica, porque, según enseña nuestro querido amigo el Dr. Brionde en su Antroposofía, si examinamos con atención un cuerpo humano o de animal muy avanzado en la escala zoológica,

podemos observar que existe una triple división que separa los órganos más importantes encerrándolos en cavidades distintas y perfectamente limitadas. La cavidad inferior hallase constituida en la región antero-lateral por los músculos rectos anteriores del abdomen, oblicuo mayor y menor, aponeurosis y músculo transverso (a más de otros pequeños elementos como el músculo piramidal, etc., que no hacen al caso para esta descripción general). En la cara posterior tenemos el cuadrado de los lomos, el psoas ilíaco, las apófisis transversas de las vértebras lumbares, músculos vertebrales, columna vertebral, etc. La base se halla ocluida por los músculos perineales y la aponeurosis del periné, con orificios de salida para los diferentes conductos excrementicios: ano, uretra, vulva. En la parte superior extiéndese un solo músculo aponeurótico, limitando perfectamente lo que es abdomen de lo que es tórax (o pecho). Dicho músculo, llamado diafragma, deja, no obstante, pasar el esófago y la aorta. Sirve a la vez el diafragma como base de sustentación a la llamada gráficamente jaula torácica, segunda cavidad limitada por la columna vertebral las costillas y el esternón, dejando paso en el estrechamiento superior a los órganos que ponen en comunicación las tres cavidades: esófago, tráquea arterias, etc. La tercera cavidad, la más perfecta, es la craneal. Es el cráneo en efecto, una bóveda admirable donde todas las leyes de la arquitectura han llegado a la sublimación. Los numerosos orificios que dan acceso a nervios y arterias no le restan ninguno de sus caracteres de cavidad independiente. Vientre, pecho y cráneo: he aquí las tres cavidades conocidas por el vulgo que constituyen la base de nuestra organización. Lo demás son simples instrumentos de perfeccionamiento, como son los miembros, adosados,

articulados a estas cavidades, el cuello, simple alargamiento para mejorar ciertas funciones, y la cara, conjunto de orificios de entrada de las tres cavidades. En la cavidad abdominal asienta el aparato digestivo con sus anejos (salvo la prolongación del orificio de entrada). Hallamos, pues, como órganos importantes el estómago, el intestino delgado y grueso, y conexas con ellos el hígado y el páncreas, a más de otros órganos de los que nos ocuparemos después. En la cavidad torácica tenemos el corazón entre ambos pulmones, más otros órganos secundarios. Por último, en la caja craneal, tenemos el encéfalo que podemos dividir en los dos hemisferios cerebrales, y el istmo del encéfalo, a más del cerebelo, protuberancia y bulbo, todos los cuales son órganos de perfeccionamiento funcional.

En el siguiente cuadro, en fin, se exponen las semejanzas y relaciones de los tres grandes sistemas orgánicos en forma distinta a como se estudia oficialmente por la ciencia universitaria y con detalles que la ciencia hermética no ha dado hasta el día más que como veladas alusiones, según citado autor:

	Aparato digestivo	Aparato circulatorio	Aparato cefalorraquídeo
Orificio de entrada... Orificio de salida...	Boca... Ano...	Nariz... Uretra...	Ojo Vesícula seminal y trompa de Falopio
Conducto de entrada Órgano central... Órganos laterales...	Esófago... Estómago... Hígado y Páncreas...	Tráquea... Corazón... Ambos pulmones...	Nervio óptico Tercer ventrículo Hemisferio cerebrales
Cavidad orgánica...	Abdomen...	Pecho...	Cráneo
Forma de materia asimilable...	Sólidos y líquidos	Aire...	Luz
Red general...	Sistema quilífero...	Sistema arterio-venoso...	Sistema nervioso

Red de eliminación...	Tubo intestinal...	Aparato urinario	Aparato sexual interno
Sublimación...	Transforma los alimentos en Linfa y plasma sanguíneo...	Transforma el plasma sanguíneo en energía nerviosa o fluido néurico...	Transforma el fluido néurico en magnetismo y pensamiento.

(FINAL NOTA)

Cuadro de correspondencias de los elementos del Hombre, según las Escuelas.

Buddhismo esotérico	Vedanta	Taraka-raja-yoga.	Occidente.
1. Sthula sarira...	Anna-maya-kosha...	Sthula-upadhi...	Cuerpo
2. Prana...	Prana-maya-kosha...		
3. Linga-sarira...			
4. Kama-rupa...			
5. Manas...	Mana-maya-kosha... Vijnana-maya-kosha...	Sukshma-upadhi...	Alma
6. Buddhi...	Ananda-maya-kosha...		
7. Atmá...	Atmá...	Atmá...	Espíritu

Desde los días de la obra de Sinnet hasta después de la muerte de H.P.B. en 1891, estos clásicos conceptos septenarios han sufrido importantísimas modificaciones de exposición que son para tenidos muy en cuenta.

El estudio de las ciencias esotéricas –dice H.P.B.– tiene dos objetos: 1.º, probar que la esencia espiritual y física del Hombre es idéntica al Principio absoluto o Dios en la Naturaleza; 2.º, demostrar que en el Hombre existen potencialmente los mismos poderes que laten en las fuerzas creadoras de la Naturalez... La frase sagrada *Aum-Mani-Padme-Hum* del lejano Oriente representa la sempiternamente oculta, primieval y trina diferenciación del Rayo Uno o Atmán, que conjuntamente con Buddhi y Manas constituye la Tríada superior del Hombre, Tríada que, con los cuatro principios humanos inferiores, está

envuelta en una atmósfera áurica o «Huevo de Oro», como la yema del huevo, que es el futuro embrión, lo está por la clara y por la cáscara. Los seres superiores perciben este conjunto desde otros planos de suerte que cada individuo es para ellos una esfera oval más o menos radiante. Los *Puranas* exponen exotéricamente la alegoría del nacimiento de Brahmá (masculino-femenino) en el Hyrania-garbha o «Huevo del mundo» rodeado de siete zonas o «planos», y análogamente nace el hombre en la matriz de la madre y está rodeado de otras tantas capas, a saber: el embrión, el líquido amniótico, el amnios la vejiga umbilical, el alantoides, el intersticio entre el amnios y el corion y el corion o envoltura externa. Cada uno de estos siete elementos uterinos se corresponde con cada uno de los siete planos de existencia y estos siete antetipos se corresponden a su vez con los siete estados de la materia y con las adecuadas fuerzas de la Naturaleza.

»A decir verdad, el cuerpo físico del hombre no participa de las directas y puras ondas de la divina Esencia que fluyen en la Tríada superior. Purusha, el Espíritu primieval, toca a la humana cabeza y en ella se detiene, pero el hombre espiritual, síntesis de los siete principios, está directamente relacionado con él. Hasta ahora sólo se ha dado una clasificación aproximada y vaga de los dichos siete principios humanos. El *Buddhismo Esotérico* comienza por Atma, el séptimo, y concluye por el primero, o sea por el cuerpo físico. Ahora bien, ninguno de los dos debe ser considerado estrictamente como principio, porque aquél es la radiación en el individuo del Logos Inmanifestado e hipostáticamente *uno* con Él, y el otro es la mera corteza o caparazón protector del Hombre espiritual. Además,

el principio capital, no mencionado todavía en los libros teosóficos, es el «Huevo luminoso» (Hyrania-garbha) o esfera invisible magnética que rodea a todo hombre y aun a todos los demás seres y es mucho más que lo que denomino Reichenbach «el aura ódica», porque es la emanación directa del rayo átomico en su trino aspecto creador, conservador y destructor (Brahma-Vishnu-Siva de los capítulos que anteceden), y también de la Triada arriba dicha de Atma-Buddhi-Manas, y el séptimo aspecto de este aura individual es la facultad de contornear al cuerpo convirtiéndose en el radiante y luminoso *Augoeide*, o «mayavi-rupa». Por tanto, el hombre espiritual consta solamente de cinco principios, según enseñaron los vedantinos, quienes sustituyeron el dicho cuerpo áurico por el cuerpo físico y resumieron en uno los dos principios manásicos. Así cuentan cinco principios, *koshas* o envolturas y llaman «atma» al Espíritu, que no es tal principio, como llevamos indicado. En esto se funda la acertada crítica que el gran sanscritista Subba Row hace acerca de la división expuesta en aquella obra. Veamos ahora cual es la verdadera enumeración esotérica:

»Hasta ahora no se había permitido hablar públicamente del cuerpo áurico por ser él tan sagrado. Después de acaecer la muerte física el cuerpo áurico se asimila la esencia de Buddhi y de Manas convirtiéndose en el vehículo de estos dos principios espirituales, *que no son objetivos*, y entonces la radiación ya plenamente operada por Atma sobre él le eleva al estado devakánico o celeste, como un «Manasa taijasi» (o «libertado» de las cadenas de la carne). Él es, pues, el «Sutra-atmá» el plateado, e áureo «Hilo» que yace encarnado desde el principio hasta

el fin del Manvántara o ciclo, engarzando unas tras otras las sucesivas vidas humanas aquí abajo, como otras tantas perlas de un collar inefable, es decir, que él es algo así como el espiritual aroma de las personalidades múltiples a las que va sucesivamente cobijando durante la peregrinación por el Sendero. También la materia con la que los Adeptos forman sus cuerpos astrales, desde el augoeides y el mayavi-rupa hasta los menos sutiles. Después de la muerte física, cuando las partículas más etéreas del hombre, han sido absorbidas por los principios espirituales del Buddhi y del Manas superior y han sido iluminadas con la ya directa radiación de Atma, el repetido cuerpo áurico pasa al estado de conciencia, al que se denomina «devachán», o al purísimo estado de Nirmanakaya, si se trata de un Adepto que resida en el plano astral en relación con la tierra, ya que él vive en todos sus humanos principios, menos el «kama-rupa» y el cuerpo físico. En el caso de los primeros, al ellos llegar así al devachán o devakan (reino de los devas), su «linga-shariza», el altar ego del cuerpo físico, viéndose compelido por las partículas materiales que el aura deja tras sí, permanece aún estrechamente ligado al cadáver, pero fuera de él, desintegrándose al fin igualmente. En el caso del Adepto, al desintegrarse su cuerpo físico, desintégrase también el centro de sus deseos y pasiones, aunque durante su vida todos estos centros hayan estado más o menos activos y en constante correspondencia con sus prototipos, los centros cósmicos, y únicamente por medio de estos espirituales centros es como pueden recibir oculta y reciproca acción sus correspondientes centros físicos. El aura humana, en fin, tiene siete capas, como las tiene el espacio cósmico y nuestra piel física, y ella es la que, según sea puro o impuro nuestro estado físico y mental, así nos abre la vista de otros

mundos, o nos la cierra herméticamente, dejándonos tan sólo la de este mundo de materia densa. Cada uno de nuestros siete sentidos físicos, dos de los cuales desconoce todavía la ciencia profana, y cada uno de nuestros siete estados de conciencia se corresponde con uno de los siete planos cósmicos, desenvolviendo y utilizando el respectivo sentido espiritual, y está directamente relacionado en el plano terreno-espiritual con el cósmico y divino centro de fuerza que lo engendró y que es su creador directo. Cada sentido físico está también relacionado y sometido a la influencia directa de uno de los siete «planetas sagrados», cosas todas ellas que eran enseñadas a los *mystai* en los Misterios menores, llamándoseles así porque sólo veían las cosas comunes a través de una niebla, mientras que los iniciados en Misterios mayores, o «videntes», se llamaron *epoptai*, porque veían ya las cosas sin velo alguno.

CAPITULO VI

MÁS SOBRE LOS SIETE PRINCIPIOS

Correlación entre los principios humanos al tenor del apotegma del Kibalión.— La Materia es mero reflejo del Espíritu.— Enseñanzas de Anaxágoras y de las Actas Apostólicas.— Nuestro Planeta como simple célula de los cielos.— Correlación entre astros y hombres, según La Doctrina Secreta.— Enlace de la teoría de los siete principios con la Triada oriental de Brahma-Vishnú-Siva y la occidental de Theos-Kaos-Kosmos.— La Vida y el Árbol de la Vida.— Importancia práctica de la clasificación Taraka-raja-yoga.— Intuiciones de la Biología moderna.— La ecuación de la vida, según conceptuosos positivistas.— Una nota festiva acerca del particular.— La Tierra, «nuestra buena madre y nodriza», como organismo vivo.— Electromagnetismo trascendente.— Los andamiajes astrales.— Lazo filial entre la Tierra y la Luna.— Enseñanzas de la Filosofía yoga acerca del cuerpo astral, el mental y el vital.— El mecanismo de la emoción según un pensador español contemporáneo.— Almas superiores e inferiores.

El principio fundamental de la filosofía de Hermes Trimegisto —esa filosofía que, según Lactancio, llegó a descubrir toda la verdad casi—, está formulada en el Kibalión por el conocido apotegma de que «lo que está arriba es como lo que está abajo», haciendo que la llamada Materia sea un mero reflejo del Espíritu.

Semejante «Ley de Analogía» nos presenta, en efecto, una correlación exacta entre los elementos o «principios»

de cada hombre; los respectivos elementos del feto durante su vida intrauterina –que es como una existencia independiente y previa cuya muerte es el nacimiento del individuo– y los desarrollos evolutivos de nuestro planeta considerado como un gigantesco animal o una simple célula de los cielos bajo la dirección e impulso de un Ángel planetario, como dirían Kepler y Kant, un Espíritu director, un Maha-Kohan solar simbolizado modestamente en el escarabajo sagrado de los egipcios empujando y haciendo rodar por los espacios su pelota de cieno... (NOTA: Anaxágoras (428 a. de J.C.) daba también esta enseñanza teosófica en los siguientes términos:

«La materia es eterna e infinita y variable en sus elementos. Nada nace: nada muere en absoluto. Lo que existe se mezcla y se separa, se confunde o se distingue. El nacimiento es una composición: la muerte una descomposición. *Entre la materia bruta y la materia fuerza hay infinidad de grados intermedios.* Existen estados de la materia tan sutiles, que resultan para nosotros Incorpóreos o espirituales: a estos estados les llamamos fuerzas. Todos los estados de la materia se compenentran y coexisten. Hay una fuerza sutilísima, incorpórea, pensante y activa que lo crea y coordina todo. Esta fuerza es el INTELLECTO. Ella pone orden al Caos cuando existe; es causa formadora y no conoce reposo. No hay para ella imposible, pretérito ni futuro: hay solamente presente. Está en nosotros, y por ella somos lo que somos, nos movemos y pensamos. Es el alma del mundo, e infiltrada en toda forma las almas particulares. Aunque en todos los seres sea idéntica a sí misma, obra de distinto modo y con diversa intensidad, según el organismo que se ha forjado. Cuando los cuerpos se disgregan, su intelecto permanece

como siempre integrado al total intelecto cósmico».

«No deja de ser curioso, dice Jaime Ferrán en el prologo al Tratado de Metapsíquica de Richet, al comentar este pasaje, que cerca de quinientos años después, la filosofía anaxagórica se halle condensada en las Actas Apostólicas, en los siguientes términos: «In ipso Deo enim vivimus, et movemur et sumus». (Act. Apost. XVII, 28.) Pavo de Tarsis, después apóstol San Pablo, en su sublime epístola a los Romanos, dice: «Invisibilia enim Dei a creatura mundi per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur: sempiterna quoque ejus virtus et divinitas; ita ut sin tinexcusabiles». (Ad. Romanos, cap. I, v. 20). «Todas las cosas invisibles e incomprensibles de Dios se hacen inteligibles al hombre por medio de las cosas creadas; por estos mismos medios viene el hombre en conocimiento de las sempiternas virtud y divinidad del Creador; no tiene excusa quien dice desconocer a Dios y a la totalidad de sus atributos». Cicerón, unos cincuenta años antes de Jesucristo, dijo: «Lux naturæ orta est cum mente divina». «La divinidad alumbra nuestro entendimiento –todas nuestras facultades cognoscitivas– por medio de las obras creadas». ¿Cómo no pensar, pues, en la posibilidad de que la admirable concordancia que se observa entre los pensadores de todas las épocas, cuando discurren sobre estas trascendentales cuestiones, puede ser debida a que las ideas vertidas por todos ellos tienen un origen común en esa energía cósmica pensante que todos admiten? ¿Acaso esto no prepara el ánimo para suponer que entre las varias lagunas, que por nuestra ignorancia hallamos en la escala de vibraciones del éter, que a continuación exponemos, habrá alguna que la ciencia de mañana vera ocupada por un orden o ritmo

vibratorio, de algo que da origen a todos los fenómenos intelectuales del Cosmos?»». FINAL NOTA).

Por eso se añade en *La Doctrina Secreta* que ciertas enseñanzas derivadas de semejante correlación entre astros y hombres no han sido aún dadas en toda su plenitud, porque el hacerlo supondría el proporcionar a ciertas gentes desaprensivas y necromantes una clave segura para profanar los misterios más augustos de los cielos y de la tierra.

Sin embargo, lo someramente apuntado en capítulos anteriores nos da una guía bastante segura para orientarnos acerca de nuestra propia naturaleza, nuestro origen y el destino que nos aguarda allende la tumba, porque llevada, como hicimos en el capítulo precedente, la concepción de los siete principios humanos a través de la vieja concepción ternaria de «cuerpo-alma-espíritu» hasta la profundísima de la Taraka-raja-yoga primitiva que considera nuestro descenso y nuestro ascenso evolutivo como operándose a través de los tres «planos» espiritual, mental y astral-físico, podemos enlazar la teoría de los principios humanos con la más troncal del Theos Kaos-Kosmos o Brahma-Siva-Vishnú que expusimos en el capítulo IV, y decir con la vieja filosofía aria que sólo es eterno el Espíritu manifestándose en estos tres planos, merced a otros tantos vehículos o upadhis, a la manera como en cada primavera el árbol se viste de hojas, flores y frutos, de los que se despoja sucesivamente al declinar el año, para tornar a vestirse de nuevo en otra nueva primavera. (NOTA: «La Vida, dice la Cábala, no puede ser conocida más que por su símbolo, el <Árbol de la Vida>; meditando acerca de su tallo o tronco, de sus hojas, flores y frutos, es cómo puedes venir en conocimiento del

mágico poder que actúa sobre la raíz oculta bajo el suelo». Por eso el «Árbol de la leche» o «Árbol sephirota», que diría un cabalista, se nos presenta en los códices mayas del Anahuac en forma de una *tau* con diez frutos y coronada por el ave de la inmortalidad, siendo cogidos los frutos ora por la primera pareja humana sin mente (en forma, por cierto, de «coyotes» o de otros animales), ora por varios «niños» o «adeptos que son como niños», según la frase evangélica. Por ello también el «Árbol Otz», el «Árbol de Ennoia y de Ophis», el «Árbol Tzita» y la «Caña Sivac del Popol Vuh», el de «Chi-chi-hua-cuanco», mexicano; el de los ifugaos filipinos; el de Gerión de las Hespérides, del poema de Verdaguer, y mil otros, no son sino prototipos simbólicos de esta concepción metafísica». FINAL NOTA).

En efecto, el espíritu de cada hombre es respecto de su cuerpo como el Logos Solar respecto del sol y de su sistema planetario: es la Divinidad o Theos, manifestada en el Caos para en él introducir el Orden (Armonía o Cosmos), mediante la Mente, que es la gran ordenadora. Por eso cada alma, caracterizada como está por la Mente en sus tres grados de «espiritual o intuitiva» (Buddhi), «humana propiamente dicha o reflexiva» (Manas) y «animal o inferior» (Kama-Manas), es un micro-cosmos, un Cosmos en miniatura, que lleva las cosas desde el Caos al Orden, siendo su destino final de salvación o condenación la de disolverse y perderse en el caos originario (en cierto modo la llamada Octava Esfera, sobre la que tan reservados se muestran los ocultistas), o la de ascender hasta su suprema apoteosis (nirvana), fundiéndose de nuevo con su Supremo Espíritu, como la gota de agua retorna al seno del mar de

donde ha salido para recorrer su terrestre y fecundador ciclo evolutivo.

De aquí la importancia práctica de la clasificación yogui de la Taraka o «Tara-akara» (la sagrada letra de la Tara primitiva atlante), por cuanto, descartado Atma (lo Inefable, lo Incognoscible del Universo y del Hombre), los tres upadhis o vehículos que en la clasificación del capítulo anterior ya vimos (Karana, Sukshma y Sthula), se corresponden respectivamente con el «Alma espiritual» (Theos), la Mente mediadora (Cosmos) y el Cuerpo (Caos); pero antes de seguir conviene salir al paso de una objeción trivial que puede hacerse respecto de esta última apreciación de equiparar analógicamente al «caos», que parece tan abstracto, con el «cuerpo», que tan concreta y ostensiblemente se nos muestra.

Sometido como está todo cuerpo a la ley de asimilación, crecimiento, desasimilación y muerte, si él no aparece de ningún modo como tal caos a los ojos del vulgo es porque nos fijamos en él como mero instrumento o vehículo de la mente respectiva que le preside. En cambio, tan luego como nos ponemos a considerar el respectivo emplazamiento de los elementos nutricios (alimentos y bebidas) «que van a pasar a constituir nuestro siempre cambiante cuerpo», la noción del caos se nos aparece ya más clara y ostensible. ¿Qué de caos no forman, en lo que al cuerpo que las ha de consumir y asimilar afecta, las mil sustancias antes esparcidas por la tierra, que van luego a pasar, perdiendo su forma, a integrar los respectivos cuerpos que han de asimilarlas? ¿Qué inagotable complejidad no es la de los elementos que se nos presentan admirablemente seriados ya en la mesa de cualquier hotel moderno? ¿El trigo de nuestro pan viene

acaso de la remota pampa americana; el agua de la sierra vecina, y antes del lejano mar donde la nube se formara; los vegetales del umbroso valle fronterero, y las selectas bebidas, ora de la China, ora de la Arabia, etc., etc.! ¿Qué más caos que este de la distribución geográfico-productora de los tan heterogéneos elementos que a diario consumimos? ¿Qué mayor retorno al caos originario que el operado también por los elementos secretados o excretados después de haber llenado bajo la mente del consumidor o la paradójicamente llamada Mente Inconsciente de la Naturaleza su papel dinámico-vital o nutricio?... Todo el cuádruple problema de la producción, circulación, distribución y consumo de la riqueza que estudia la Economía Política no es, al bien decir filosófico, sino la acción soberana del orden que de las llamadas «primeras materias», y, en suma, de esa Primera Materia por antonomasia constituida por los rayos del Padre-Sol y de la Madre-Tierra, hace la Humanidad consciente o inconsciente de su destino en ese tejer y destejer continuo (Brahmá-Siva y Siva-Brahmá) que se llama existencia, y en el que la Vida, que es Orden, se alimenta de la Muerte, que es Caos, y la Muerte, que es Caos, se alimenta de la Vida, que es Orden, como dos variables recíprocas integradoras de una sola e ignorada Constante, que es el Espíritu de cada sér, átomo, hombre o astro.

Por eso los filósofos de Oriente no consideran al cuerpo físico como principio o componente integrador del verdadero Hombre, en contraposición al criterio positivista, que sólo considera como Hombre a su dicho cuerpo, porque el cuerpo en cada caso y momento no es, filosóficamente y por lo que al mismo respecta, sino la ordenación impresa a un verdadero caos exterior a él por

las fuerzas vitales ocultas (principios) que en el actúan.

La Biología moderna, a pesar de sus prejuicios positivistas, ha intuido esta suprema verdad presentándonos gráficamente, como en la clásica obra de Le Dantec, la llamada «ecuación de la vida», o sea, en un lado el sér recién nacido, entre verdaderas montañas de alimentos diversos y líquidos de todas clases, que ha de ir él consumiendo, sin contar con el oxígeno y el nitrógeno invisibles que toma de la atmósfera. El signo matemático = separa a este «primer miembro de la ecuación» –representando al nacimiento y al crecimiento– del «segundo miembro», o sea de la plenitud de la vida del sér considerado, miembro en el que dicho sér aparece grande y robusto, en su apoteosis vital, rodeado de montañas de excrementos y mares de líquidos eliminados...¡Tal es la suprema idealidad simbólica alcanzada por nuestras ciencias positivistas! ¡Tal es el «Don Abdón Estadística», «el Hombre-estadística» del que con finísima ironía se burlaba acerbamente en un semanario festivo nuestro amigo Ramón Gómez de la Serna! (NOTA: «Las estadísticas gráficas que a veces componen las revistas –dice en *Buen Humor* este notable literato– nos atiborran y abruman. ¿Es posible que sea verdad todo esto? ¿No será que exageran o que no tienen en cuenta que todo se repite, que todo vuelve, que no se pueden amontonar y sumar las cosas? ¿Es posible que nos hayamos comido esos veinte mil corderos a través de una vida, y que nuestro estómago, en vista de eso, haya sido, en vez del tubito angosto que en realidad es, una ancha cañada?... Yo creo más bien que, a partir de las diez ovejas primeras, las que comimos después fueron otra vez las diez primeras resucitadas, vueltas a aparecer, de vueltas a los

pastos del mundo, al mismo mundo. En vez de aglomerar todo lo que hicimos presentémoslo en plena difusión, desaparición y desconcatenación...»

Razón tiene que le sobra el festivo escritor, y nuestros lectores habrán de perdonarnos la placentera cita. Es ello el menor castigo que puede darse a esos autores que, como Le Dantec, en libros que se dicen hechos para educar a la juventud, traen groserías como la de la ya dicha «ecuación de la cabra», y en la que el signo igual, que es signo filosófico de Justicia, separa los dos términos de la fórmula, la cual se lee de esta pintoresca manera: «Cabrito recién nacido, más soles, más cebada, más varias tinajas de agua, más otras mil zarandajas parecidas, es igual a cabrón, más la montaña de residuos sólidos, más un mar de líquidos eliminados» ¿Cómo comparar esto a la elegancia indostánica cuando en su célebre triada Brahma-Vishnu-Siva nos representa a todo lo que nace y lo que muere, anticipándose siglos a la sabia frase de Schiller de que «la Naturaleza no es una masa inerte para quien sabe profundizar en su inmensa belleza, sino la Fuerza creadora del universo, fuerza siempre eficiente, primitiva, eterna, que encierra en su seno todo cuanto nace, perece y renace sucesivamente en ciclos infinitos». FINAL NOTA).

Oriente, con criterio mucho más espiritual y sabio, considera sólo al germen como suprema síntesis de todas sus físicas posibilidades futuras, porque el germen es la proyección, la síntesis en este bajo mundo de cuantas fuerzas ocultas e inteligentes constituyen al verdadero sér precipitado desde la altura a este plano o mundo, como una estrella, según el poético mito de Lucifer-Satán, el gran rebelde-caído. Semejante germen, al «caer», o sea

al comenzar su manifestación física, es «como la piedra arrojada al estanque»: un mero centro de ondas esféricas que se propagan en todas direcciones, cada vez con menor intensidad y mayor radio, hasta el momento en que, chocando éstas con las paredes del estanque, vence ellas de vueltas «kármica» y recíprocamente hasta el centro mismo de donde partieran. Cada una de estas ondas vitales de nuestro símil destruye una forma de las innumerables formas de la naturaleza que al nuevo sér rodean, mata a una vida en holocausto egoísta de su vida, mejor dicho, está siempre matando, desorganizando algo, para conservar y ampliar su organización, hasta llegar a un punto en el cual el Karma o la Ley, que es la Divinidad misma manifestada en el Caos, cambia sencillamente de positivo en negativo el signo del fenómeno, y las múltiples vidas que antes eran las víctimas del crecimiento del sér empiezan a aprovecharse recíprocamente de él y de su cuerpo, y así hasta el momento de la muerte física, en el que, alejándose de este triste mundo para elevarse a otro mejor, ese *algo* atómico e invisible que a dicho mundo bajara, vuelve a partir, como cometa que retorna a las profundidades etéreas, después de habernos maravillado con su imponente y fatídica cola, que parecía iba a arrastrar tras ella a las estrellas del cielo.

Conocidísima es la página de *La luz de Asia*, de Edwin Arnold, donde el Buddha llevado por su padre a contemplar las exuberantes bellezas del hada Primavera, se siente apenado en lugar de gozoso, viendo que todas estas galas del encantado reino de Maya envuelven la verdad cruel de que todo cuanto vive lo hace a costa de infinitas muertes; que el insecto destruye y devora a la hoja, el ave al insecto, la planta viva al cadáver yacente, y así, sin término en la serie, basta

llegar al hombre, que los devora a todos, contrayendo así la deuda kármica de tener que ser muerto a su vez y devorado por los gusanos, cuyos gérmenes él mismo fue llevando a su cuerpo. Entonces, meditando sobre ello bajo el Árbol de Boddhi o de la Sabiduría, dedujo sabiamente que un mundo tal no podía ser nuestro verdadero mundo, sino una mala posada en el camino, en el Sendero del retorno hacia la Abstracta Divinidad originaria, posada extraña en la que somos «el peregrino efímero».

Nuestra buena nodriza y madre, que es la «Tierra» según la frase de Plinio, tiene a la vez como nosotros principios superiores e invisibles, porque tiene como pasiones la suma total de las de cuanto en ella alienta, poema de inmenso dolor que mereciera a uno de los mejores poemas místicos de Oriente a decir, dirigiéndose al neófito: «¿Has puesto la lira de tu alma a tono con el dolor supremo de la Humanidad? ¿Has consentido que el aire seque una lágrima que no hayas enjugado tú? » O aquella otra de «antes de que los ojos del candidato a la iniciación puedan llegar a ver, han de ser incapaces para llorar; antes de que el oído pueda oír, ha debido perder su sensibilidad, y antes de que tu voz pueda alzarse en el concierto de las de los Maestros, has de haber lavado tus manos en la sangre de tu corazón».

Y, del mismo modo, la Tierra empieza ya a tener mente o pensamiento, integrado por el pensar continuo de sus seres superiores, y los hombres, siquiera este pensar sea, ni más ni menos que acontece en cada uno de nosotros, un espantoso caos, ya que las ideas-pasiones luchan con otras opuestas, como notas de disonantes acordes que buscan en vano un acorde consonante final. Lucha que cada vez se acerca más a tónicas de suprema armonía, como lo vemos en las

llamadas «conquistas de la Humanidad» merced a las cuales el pensamiento colectivo, que va siendo más y más el «pensamiento terrestre», va afirmándose en sucesivas síntesis, tales como hoy la unificación ferroviaria, postal, telegráfica, jurídica, económica, etc, las cuales poco a poco van rompiendo los viejos moldes nacionales exclusivistas, que a su vez, en el siglo XV, por ejemplo, representaron con la constitución de los grandes estados modernos un progreso inmenso sobre el caos feudal del medioevo, como éste a su vez constituyera una aspiración en cierto modo unitaria sobre los pueblos y clases que así sindicara.

Finalmente, la Tierra, como organismo vivo del sistema planetario, tiene también su Alma espiritual, constituida por esa magia suprema del Arte Uno, en sus formas infinitas de arquitectura, pintura, música, etc., y las células, si vale expresarse de tan irreverente modo, las células, decimos, de ese Alma terrestre están constituidas por esa pléyade sublime de los genios redentores de los que nunca ha carecido época ni pueblo alguno y que, Hermanos-Mayores de las razas, almas grandes o «Maha-atmas», «sal de la Tierra», que dijo el Evangelio, divinos Prometeos rebeldes, robadores del Fuego del Pensamiento, son «el muro de diamante», el «Hansa protectora», la «nave de salvación», para sus hermanos menores, los demás hombres, anticipando así por su esfuerzo el advenimiento de un mundo mejor, en el que ellos ya viven felices por sí, e infelices, sin embargo, porque todavía no los comprenden bien ni menos los quieren imitar y seguir en su ceguera estos últimos...

Las diversas «moradas», reales o simbólicas, que así se demarcan en relación con la gamma indefinida de los hombres según su respectivo grado de progreso evolutivo,

son, a bien decir, otros tantos «planetas» o mundos de un mismo astro, a la manera como en una gran ciudad hay tantos pueblos como clases y condiciones existen dentro de sus moradores. El alma del ignorante o del perverso, aun pisando físicamente el mismo suelo, habita en una región harto inferior que aquella otra donde se mueve el justo y el sabio, y si entrambas aparecen falsamente entremezcladas es porque así lo ha dispuesto la Ley natural, para que del choque de potenciales tan distintos brote a raudales la electricidad, que es la vida, ¡el electro-magnetismo trascendente que es consustancial con todo progreso evolutivo! (NOTA: No crean nuestros lectores que hacemos con esto un mero tropo, pues que en este bajo mundo cada cosa esta admirablemente ajustada con su contraria para componer con sus luchas y choques recíprocos la integral desconocida a la que llamamos vida. La célebre pila de Volta, compuesta de rodajas alternadas y sobrepuestas, de cinc y cobre humedecidos por el ácido sulfúrico, o bien la pila termo eléctrica, en la que un foco calorífico actúa sobre láminas sobre soldadas de metales de diferente conductibilidad, produciendo también así la corriente eléctrica, nos muestra esta gran verdad de acuerdo con el axioma cabalista de que si queremos ver en lo invisible, hemos de abrir bien los ojos a lo visible. Todo en el mundo parece dispuesto así: bajo una atmósfera gaseosa, proteica y movable, una corteza terrestre solida e inerte; al lado de una región costera marítima un desierto como el de Atacama, en el que la misma riqueza de nitratos naturales, base de fecundos abonos químicos, hace que no pueda criarse en ella ni una planta; al lado de los pueblos civilizados, los salvajes, y en los suburbios de una gran ciudad todo esplendores, como París o Londres, la miseria, el dolor y el caos moral más espantable; junto a

un templo, un salón de baile; junto al bueno, el perverso, tiranizándole casi siempre...Y no se diga respecto de las ideas, pues que parece más bien como si cada idea diese nacimiento por si misma a su contraria, como la cáscara de todo fruto maduro lleva inevitablemente en su seno el fermento adecuado para atacarla y desorganizarla, o como toda corriente principal en electricidad lleva aparejada la corriente recíproca secundaria llamada al fin a neutralizarla. FINAL NOTA)

Decimos «electro-magnetismo trascendente», pero esto no es sino un circunloquio para expresar la verdad, porque tal «electro-magnetismo» en psicología se llama PASIÓN, eterno choque de ideas contrarias revestidas de la emotividad que es VIDA, y si bien la pobre Histología moderna nos presenta al espermatozoide y al óvulo como punto de partida de todo organismo simple o complicado, es porque, en su ceguera, no quiere ver que detrás de ambos hay siempre el elemento pasional de la recíproca atracción de los sexos, elemento sin el cual aquella conjugación vital es imposible, siendo esto tan cierto que todo aquel que se anormaliza en la busca de los llamados «paraísos artificiales» por el éter, la morfina, etc, es decir, que se sitúa en un plano superior de vibraciones, acaba viéndolo todo, no como cosas físicas, sino como meras emociones, y si la anormalidad se acentúa aún más, termina, cual Humphy Davy al descubrir el protóxido de nitrógeno, por verlo todo como meras formas de pensamiento, ya que la suprema razón del ser y del existir de las cosas físicas no es sino la encarnación de una idea, envuelta en el «cuerpo astral» y el «kama rupa» de una pasión o emoción.

Dada la ley teosófica de analogía, estos últimos elementos

operan, para la construcción y para la destrucción del cuerpo físico, del mismo modo que los andamiajes que emplea el arquitecto para alzar y para derribar sus edificios, y por eso las formas infantiles son tan vagas, tan desdibujadas, mientras que los organismos viejos, en sus arrugas y lineamientos nos muestran, por decirlo así, toda su historia pasada, dando lugar a ciencias ocultas, como la quiromancia, que se basa precisamente en el estudio de tales arrugas, operando sobre ellas como el geólogo con las montañas y plegamientos del suelo...

Pero, por encima de dichos andamiajes astrales, preside siempre una idea matriz, rodeada de multitud de otras ideas inferiores y concordantes, idea matriz que en el símil del arquitecto es la orden recibida del dueño de que sea construido el edificio, orden que va «tomando cuerpo astral» poco a poco con los diseños, planos, presupuestos, etc., de aquél, y va «tomando emoción» o «kama-rupa» en los entusiasmos que el proyecto de erección del tal edificio, museo o templo, va despertando en los llamados con su fe a levantarle emotiva y físicamente. ¡Tal es la reciente historia de todas las poblaciones americanas, en contraposición a la vieja historia de las poblaciones asiáticas, sobre las que las fuerzas destructoras o sivaíticas del tiempo, y más aún de las pasiones guerreras de los hombres, han ejercido su terrible acción! (NOTA: La maestra H.P.B., al comentar la estancia VI cosmogónica de Dzyan, nos da este hermoso pasaje de la transfusión vital operada por la Luna sobre la Tierra, la reencarnación de aquélla en ésta, que pudiéramos decir: «Cuando una cadena planetaria –o vida de un astro en sus siete planos o «principios»– se encuentra en su última ronda o ciclo evolutivo, su globo A –que representa

a su primero y más excelso «principio» – antes de *morir* por completo envía –a guisa de espermatozoide o cometa, decimos nosotros– toda su energía y «principios» a un nuevo núcleo de materia o sustancia no diferenciada (caos), a un centro neutral, o centro laya, de fuerza latente –un óvulo que dirían los histólogos–, esto es, le despierta a la actividad o le da la vida. Así, sucesivamente, todas las vitalidades de los demás «principios» lunares fueron pasando sucesivamente a animar la Tierra, por lo cual, así que se operó la transfusión de los «principios» del séptimo globo, el globo F o físico, al cuerpo físico de la Tierra, convirtiéndose la Luna en un planeta muerto, en el que la rotación ha cesado casi desde el nacimiento físico de nuestro Globo. Es innegable que la Luna es el satélite de la Tierra, pero ello no invalida la teoría de que le ha dado aquélla a ésta todo menos su cadáver, el astro muerto que brilla en los cielos... La Luna es ahora el frío residuo, la sombra arrastrada tras el cuerpo nuevo, al que han sido traspasados por transfusión sus poderes y principios vivientes. Encuéntrase, por tanto, condenada a girar en torno de la Tierra, atrayendo a su progenie y siendo atraída por ella. Constantemente vampirizada por su hija se venga impregnándola por todas partes con la influencia maligna que emana del lado oculto de su naturaleza, porque es un cuerpo *muerto*, y, sin embargo, *vivo*... Desde las épocas arcaicas y en las postrimerías de las hechiceras de la Tesalia, hasta algunos de los actuales tántrikas de Bengala, su naturaleza y propiedades han sido conocidas por los ocultistas, pero han permanecido como un libro cerrado para los físicos... «El verdadero Sol y la verdadera Luna –o sean los elementos superiores de Atmá, Buddhi, etc., de entrambos astros, a la manera de los que tiene el hombre–

son tan invisibles como el hombre real», dice una máxima ocultista, y los antiguos que hablaron de «siete Lunas» o de los «siete principios», de dicho astro sabían lo que no saben nuestros físicos, y, en realidad, la Luna es el satélite de la Tierra solo en un sentido, o sea en el giratorio, pero en cada uno de los demás aspectos es la Tierra el satélite de la Luna. Por sorprendente que parezca esta declaración no dejan de confirmarla los conocimientos científicos, tales como los de las mareas, los cambios cíclicos en muchas formas de enfermedades que coinciden con las fases lunares, en el desarrollo de las plantas y en la concepción y gestación humanas. La importancia de la Luna y su influencia sobre la Tierra eran reconocidas por todas las antiguas religiones, especialmente por la judía, y han sido anotadas por muchos observadores de fenómenos psíquicos y físicos, y si alguno, fijándose sólo en la atracción física que hace girar a la Luna en su órbita, constituye por si solo la evidencia de que la Luna es el satélite de la Tierra, en otros planos de acción puede preguntársele si una madre que pasea en torno de la cuna de su pequeñuelo velando por él está subordinada por eso o depende de su hijo y de él es satélite. Aun cuando en un sentido ella sea efectivamente tal satélite, es harto superior en años y en desarrollo al niño por quien vela...». FINAL NOTA).

El cuerpo astral, este segundo principio del hombre –dice la filosofía yoga– no es tan bien conocido como su hermano el cuerpo físico, aunque está en estrecha conexión con él y es su exacta contraparte en su apariencia. El cuerpo astral ha sido conocido en todas las edades y dado lugar a muchas supersticiones y misterios, debido a la falta de conocimiento acerca de su naturaleza. Ha sido

llamado cuerpo etéreo, cuerpo fluídico, doble, fantasma, doppelganger, etc. Está compuesto de materia de una clase más sutil que la de nuestros cuerpos físicos, pero materia sin embargo. Para dar una idea más clara de lo que queremos decir, tomaremos como ejemplo el agua, que, como es sabido, se manifiesta en varias formas bien conocidas. El agua a cierta temperatura es *hielo*, una sustancia sólida y dura; a una temperatura un poco más elevada asume su mejor conocida forma, llamada *agua*; y a temperatura más elevada aún, se escapa en la forma llamada *vapor*, aunque el vapor real es invisible al ojo humano y sólo llega a ser visible cuando se mezcla con el aire y su temperatura ha descendido un poco. El cuerpo astral es la exacta contraparte del cuerpo físico y puede ser separado de éste bajo ciertas circunstancias. Por lo común, la separación consciente es cuestión de considerable dificultad, pero las personas de cierto grado de desenvolvimiento psíquico pueden separar su cuerpo astral y con frecuencia hacer con él largos viajes. Para la visión clarividente el cuerpo astral es una exacta reproducción del cuerpo físico, unido a éste por un delgado *cordón* con apariencia de seda.

El cuerpo astral sigue existiendo algún tiempo después de la muerte de la persona a quien ha pertenecido; y bajo ciertas circunstancias, es visible a las personas vivientes (encarnadas) quienes le denominan *fantasma*. Hay otros medios por los cuales los espíritus de aquellos que se han ido pueden llegar a manifestarse; y la envoltura astral, que es vista algunas veces después de haber sido abandonada por el alma que ha marchado, no es, en tales casos, sino un cadáver de materia más sutil que su contraparte física. No posee entonces ni vida ni inteligencia, y sólo es una

nube, vista en el espacio, que tiene un parecido con la forma humana. Es un cascarón, nada más. A veces el cuerpo astral de un moribundo se proyecta por un ardiente deseo sentido por éste, y llega a ser visto en tales ocasiones por los amigos y parientes con quienes está en simpatía. Muchos son los casos de este género que se recuerdan y el estudiante debe de conocer alguno. El cuerpo astral es invisible al ojo ordinario, pero *es percibido fácilmente* por aquellos que tienen un poder clarividente de cierto grado. Bajo ciertas circunstancias, el cuerpo astral de una persona viva puede ser visto por extraños y amigos de ella; pero se requieren determinadas condiciones mentales tanto en la persona como en el observador. Naturalmente, el ocultista preparado y desarrollado puede proyectar conscientemente su cuerpo astral y hacerlo aparecer a voluntad; pero tales poderes son raros y sólo adquiridos después de haber alcanzado cierto grado de desenvolvimiento.

El adepto, el iniciado en cierto grado, relativamente muy alto, de la Sabiduría Esotérica, y que ha desarrollado sus poderes internos de modo perfecto, ve el cuerpo astral elevándose del cuerpo físico a la hora en que la muerte se aproxima. Es visto cerniéndose sobre el cuerpo físico, al cual está ligado por un tenue hilo. Cuando el hilo se rompe, la persona muere y el alma se marcha llevando consigo el cuerpo astral, el que, a su vez, es abandonado como antes lo ha sido el cuerpo físico. Debe recordarse que el cuerpo astral representa simplemente un grado de materia más delicada o sutil, y que sólo es un vehículo para el alma, así como lo es el cuerpo físico, y que ambos son abandonados a su debido tiempo. El cuerpo astral, lo mismo que el físico, se desintegra después de la muerte; y las personas de

naturaleza psíquica ven algunas veces, en los cementerios, sus fragmentos, que se disuelven bajo la forma de una luz violeta.

En cuanto al principio llamado prana o fuerza vital, él es la energía universal, pero en nuestra referencia a ella nos limitaremos a esa manifestación de prana que llamamos fuerza vital. Esta fuerza vital se encuentra en todas las formas de vida –desde la ameba al hombre– desde la más elemental forma de la vida vegetal a la más elevada forma de vida animal. Prana lo compenetra todo. Se halla en todas las cosas que tienen vida; y como la filosofía oculta enseña que la vida está en todas las cosas –en cada átomo– la falta aparente de vida en algunas cosas sólo es un grado menor de manifestación. Prana no es el Ego, sino simplemente una forma de energía usada por el Ego en su manifestación material. Cuando el Ego parte del cuerpo físico y ocurre lo que llamamos *muerte*, el prana, libre entonces del contralor del Ego, sólo responde a las influencias de los átomos individuales o sus grupos, los cuales han formado el cuerpo físico, y a medida que éste se desintegra y resuelve en sus elementos originales, cada átomo lleva consigo suficiente prana que lo habilita para formar nuevas combinaciones, volviendo el prana sobrante al gran depósito universal de donde procede. Prana está en todas las formas de la materia, y, sin embargo, no es materia: es la energía o fuerza que anima a la materia. Prana es la fuerza en que está basada la curación magnética, mucho de la curación mental, tratamiento a distancia, etc. Aquello que ha sido llamado por muchos magnetismo humano, es realmente prana.

En los tratados orientales se dan instrucciones para aumentar la cantidad de prana en el sistema, distribuirlo por

el cuerpo, fortaleciendo cada parte y órgano y estimulando cada célula. Puede ser utilizado para aliviar el dolor propio y el de otros, enviando a la parte afectada una porción de prana extraída del aire. Puede ser enviado a distancia para afectar a otras personas. El pensamiento del operador transmite y colorea el prana reunido con tal propósito y va a tomar alojamiento en el organismo psíquico del paciente. Como las ondas de Marconi, es invisible al ojo del hombre (con excepción de ciertas personas que han obtenido un grado elevado de poder clarividente); pasa al través de los obstáculos que se interponen a su paso y se dirige a la persona que está en armonía o aptitud para recibirlo. Esta transferencia de prana, bajo la dirección de la voluntad, es el principio en que se funda la transmisión del pensamiento, telepatía, etc. Uno puede rodearse con un aura de prana, coloreada con pensamiento fuerte y positivo, que le hará capaz de resistir las ondas adversas de pensamientos ajenos y le hará posible vivir sereno en una atmósfera de pensamientos antagónicos o inarmónicos.

Respecto de los principios mentales, el lector occidental que haya estudiado a alguno de los psicólogos occidentales modernos reconocerá en la mente instintiva ciertos atributos de los llamados mente subjetiva o subconsciente, así denominados a menudo por estos escritores. Ellos han descubierto en el hombre esas características, así como también algunas fases más elevadas de la mente (procedentes de la mente espiritual) y sin detenerse a investigar más, expusieron la nueva teoría de que el hombre es poseedor de dos mentes, es decir, la objetiva y la subjetiva, o como las denominan algunos, la consciente y la subconsciente. Esto está bien hasta cierto punto; pero tales investigadores

colocan la mente consciente aparte, y amontonan todo lo restante en la mente subconsciente o subjetiva, sin darse cuenta de que han mezclado las cualidades más elevadas con las más inferiores de la mente, poniéndolas en la misma categoría y dejando aparte la cualidad intermedia. Las teorías de la mente subjetiva y subconsciente se prestan a confusión porque el estudiante encuentra agrupados los más sublimes resplandores del genio y las más necias tonterías del hombre debajo de desenvolvimiento, cuya mente es casi por completo subjetiva. A los que han leído esas teorías les diremos que tal lectura les ayudará materialmente a comprender los tres principios mentales del hombre, si tienen en cuenta que la conciencia o mente objetiva corresponde muy de cerca al principio *intelecto* de la Filosofía Yogui; que las porciones más inferiores de la mente subjetiva o subconsciente son lo que los yoguis denominan mente instintiva; y que las más elevadas y sublimes cualidades de la mente, de las cuales los escritores de Occidente han hecho mención y agrupado con las cualidades más inferiores al formar sus teorías de la mente subjetiva y mente subconsciente, corresponden al principio *mente espiritual* de los yoguis, con la diferencia de que la mente espiritual posee cualidades y propiedades adicionales en que los teóricos occidentales ni han soñado todavía. A medida que tratemos cada uno de estos tres principios mentales, notaréis los puntos de parecido y los puntos de diferencia entre las enseñanzas yoguis y las teorías occidentales.

Nosotros los yoguis –termina diciendo el tratado– deseamos ser claramente comprendidos, no obstante que no pretendemos rebajar el mérito justamente alcanzado por estos investigadores occidentales; al contrario los

yoguis tienen con ellos una deuda de gratitud por haber preparado así las mentes occidentales para enseñanzas más completas. El estudiante que haya leído las obras de ellos, encontrará mucho más fácil la apropiación de la idea de los tres principios mentales del hombre, que los que nunca han oído hablar de ninguna división en el funcionamiento de la mente. Nuestra principal razón para haceros ver el error de la teoría occidental de la mente-dual, consiste en que para el yogui resulta doloroso que cuanto él conoce como la más elevada manifestación de la mente, lo que es el sitio de la inspiración y los resplandores del genio, aquello que está en contacto con el puro espíritu (la mente espiritual), y que ahora principia a despertar en los hombres de evolución y desarrollo, sea mezclado, confundido y puesto en la misma categoría del principio mental más inferior (la mente instintiva) que, aunque muy necesaria y útil al hombre, bajo la dirección de su principio más elevado, es, sin embargo, algo común al hombre menos desarrollado y aun a la forma más inferior del reino animal; más todavía: hasta al vegetal, y confiamos en que el estudiante libertará su mente de ideas preconcebidas acerca de este importante asunto y escuchará lo que tenemos que decir antes de formar opinión definitiva.

Pero ¿qué es en sí la emoción, como lazo entre el mundo mental y el mundo físico?

Un culto pensador moderno, el Dr. Marañón, se ha ocupado estos días del mecanismo de la emoción en el Ateneo.

«La emoción –dice– es para nosotros casi exclusivamente toda nuestra vida. ¿Cómo no interesarnos por el oculto mecanismo que la origina? La emoción se produce en aquel

plano tan interesante de la actividad fisiológica del sér, en que la vida psíquica se pone en contacto con la vida orgánica y vegetativa. La emoción sólo preocupó al hombre de ciencia como momento espiritual. Era la emoción vista tan sólo desde arriba, si se me permite la expresión, en la copa frondosa cuyas ramas se extienden hacia la especulación filosófica. Pero no desde abajo, siguiendo su tronco de origen y sus raíces, que se hunden en el campo de la vida vegetativa. Y por esto ha estado tanto tiempo detenida la marcha del conocimiento de la emoción, a pesar de la abundantísima literatura acumulada sobre ella en todas las lenguas». El mecanismo de la emoción es desconocido hasta que entra en el campo de la experimentación. En la antigüedad, con la observación de la expresión fisonómica como reflejo del estado interior y que determinó una serie de estudios, que pueden agruparse en tres sectores: el meramente artístico, el seudocientífico y el científico. La emoción va expresándose, primero, por medio de las actitudes y los gestos del cuerpo, mientras que el rostro apenas varía de expresión. Hasta que poco a poco el arte va presentando en la figura humana estados espirituales con la expresión de los ojos, la contracción de la boca y de los ángulos faciales. La gradación biológica en la Humanidad, que ha seguido, sin duda, idéntico proceso en la expresión de los estados emotivos.

»Cuánto más rudimentarias son en los niños que en los adultos y cómo se van determinando lenta, casi imperceptiblemente en los animales superiores, hasta llegar al mono, en que ya se manifiesta a veces algo así como el esbozo de la sonrisa, expresiones esencialmente humana, alto y exclusivo patrimonio del hombre».

»No pueden –dice más adelante– definirse uno por uno los distintos estados afectivos: el dolor, el miedo, la alegría, etc; la medula del problema radica en algo más profundo, en una modificación orgánica, común a todas ellas de las que parten como las ramas de un tronco.

»Se compone la emoción de tres elementos: uno, psíquico; otro, expresivo, y otro, vegetativo; es decir, por el que depende de una impresión sensorial, una idea, un recuerdo, etc; por el conjunto de actos que realizamos para exteriorizar la emoción, y, por último, el que está constituido por modificaciones orgánicas de la vida vegetativa.

»Es de enorme importancia el estudio de las glándulas de secreción interna en el mecanismo de la emoción. Ellas intervienen a la par que el sistema nervioso. La relación del tiroides con las emociones es indudable, hasta el punto de que las personas hipotiroideas –las gordas, por ejemplo– suelen ser menos propensas a la emoción que las hipertiroideas. Efectos todos producidos por la segregación de esta glándula, cuyo maravilloso estudio ha dado gloria mundial al conferenciante.

»Hay gran semejanza entre los enfermos de hipertiroidismo y los seres normales al experimentar una emoción, asegurándose que, según las estadísticas, el 85 por 100 de estos enfermos han contraído su dolencia a consecuencia de fuertes emociones y que presentan exteriormente expresiones de dolor, de espanto, de alegría, estando en perfecto estado de tranquilidad. Pero aún hay más: puede simularse en personas predispuestas los síntomas externos de la emoción artificialmente, por medio de una inyección de adrenalina.

»Si, para terminar, intentamos definir la emoción,

podremos afirmar, no con ánimo de haber llegado a la fórmula definitiva, sino con la pretensión de haber establecido sobre un terreno más sólido un punto de apoyo para futuras investigaciones, que la emoción es un estado orgánico que se produce a consecuencia de los diversos momentos afectivos caracterizado por una excitación inespecífica y difusa del sistema visceral, de mecanismo neurohumoral –principalmente hipertiroideo e hiperadrenalínico–, a la cual se añaden secundariamente los fenómenos específicos de cada emoción. Esto, y sólo esto, es la emoción. Las emociones, cada una de las emociones que pueden agitar el espíritu del hombre no son más que la proyección sobre esta pantalla vibratoria de estados de ánimo dolorosos, alegres, coléricos, admirativos, etc., que pueden nacer y eclipsarse en el cerebro sin ser nunca emociones».

CAPÍTULO VII

EL CUERPO MENTAL

Las pasiones, clave de la vida.— El mundo emocional como intermediario entre el mundo físico y el de la idea.— La doctrina griega de la Mayéutica.— El «tema de la Justificación» y el socorro eterno a las almas doloridas.— La Mente moldea a la Forma.— Las ondas del pensamiento.— El dominio de la Mente.— Manú, pensador.— La fruta del Bien y del Mal, del Génesis y su Mayéutica.— La caída humana por el mal uso del pensamiento y el célebre Romance de Lanzarote.— Fuentes mitológicas del «ciervo del pie blanco» y de sus otros dos hermanos el «mono» y el «perro».— Relaciones de este mito con los de Parsifal, el Caballero del Cisne, etc.— Luces que puede derramar sobre estos mitos el método teosófico-analógico.— Las Metamorfosis de Ovidio y las metempsicosis atlante-artúricas.— El doble juego ascendente-descendente de la evolución e involución.— Verdadera definición de la metempsicosis dada por H.P.B.— Formación del cuerpo mental del hombre, por encima del cuerpo pasional que nos es común con los animales.— Las asechanzas de lo astral.— El eterno «caballero andante» de la leyenda.— El «campo de Agramante» o kurú-sherta.— La noche espiritual.— El verdadero «buddhista» y el «Maná» bíblico.— El grano de mostaza del Ideal.— Kant y su ignorancia de los principios teosóficos.— El «buddhismo» de Schopenhauer.— Las tres verdades fundamentales de la Religión de la Naturaleza.— La «sabiduría misteriosa hablada entre perfectos».— Cómo se forma el cuerpo mental con la lenta conquista de las siete claves del Misterio.

Examinados anteriormente los cuerpos físico y astral o emocional del hombre, hay que estudiar lo que ser puedan los otros «cuerpos» o componentes del mismo.

Los difíciles temas que suscita al espíritu el complejísimo problema de la emoción son los más interesantes, quizá, de cuantos se ofrecen a la curiosidad del hombre, porque las emociones, con un brazo asido a lo más sublime del espíritu y otro apoyado en lo más profundo de la vida visceral, enlazan y resumen en cada momento nuestra existencia. O como decía Descartes en la última página de su libro de las pasiones: «...de ellas solas depende todo el bien y todo el mal de esta vida».

Frecuentísimo es, por otra parte, entre los que se dicen así propios teósofos y espiritualistas el conceder a lo que llaman «conocimiento y dominio del plano astral o emocional» una exagerada importancia ocultista.

Si, es cierto que la pasión, la emoción con su infinita gamma vibratoria que, cual la Escala de Jacob, enlaza a la tierra con los cielos, tiene en la vida importancia decisiva; pero no es menos cierto que la pasión, desde la más baja a la más pura, yace encerrada entre el mundo físico o material y el mundo de la idea. En otros términos, que está regulada fatalmente por el uno o por el otro, como elementos básicos de todo su desarrollo. Las almas inferiores caen así, con sus alas rotas entregándose a la plena vida material a guisa de animales inconscientes, mientras que las almas superiores, «las almas que se salvan», remontándose por sobre el mundo de la pasión, vuelan al fin al mundo de la pura idea espiritual, naciendo para ella como para una segunda vida, que diría San Pablo.

Y esta concepción tan básica para el problema del

Hombre está admirablemente resumida en la doctrina griega de la *Mayéutica*, literalmente «el arte de partear las almas», arte supremo mediante el que el Espíritu (*ἀνεμος*, viento), liberta al Alma (*ψυχή*, la eterna mariposa) de las cadenas del cuerpo físico (*σῶμα*, la materia)

Mayéutica, vale tanto como dominio ejercido sobre el ilusorio mundo o reino de Maya por un Adepto o pleno conocedor taumatúrgico de este último mundo, en el que, como dice San Pablo, gemimos como con dolores de parto en anhelos inexplicables.

Es, pues, la Mayéutica el socorro, oportuno siempre, prestado por los Poderes superiores al Alma en su eterno anhelo de liberación, cuando ella, entonando el llamado por Wágner «Tema de Justificación», no puede ya ascender más y habría de caer inevitablemente si de arriba no fuese socorrida en el momento de la suprema angustia, y de la misma manera que al abandonar la criatura el claustro materno para nacer a estotro mundo es ayudada a salir de aquel por manos expertas y providentes, al ir abandonando el alma a este mundo, bien lentamente con su depuración mística, bien rápida y definitivamente con la muerte, hay siempre un maestro que la ayuda, y una mano protectora, invisible las más veces, complementa nuestras debilidades, sin mezclarse, por supuesto, en nuestro karma libremente creado, pero guiándonos en nuestra liberación con amante tutela que nosotros, ciegos bajo el Velo de Maya, no alcanzamos a ver ni a agradecer...

Por encima del «cuerpo de pasiones» estamos constantemente desarrollando un «cuerpo mental» ese cuerpo del que hablase el poeta argentino Carlos la Encina, cuando dijo:

Más allá de la vida de las Formas
está la vida de la eterna Idea,
más allá de los mundos que perecen
el Infinito que a los mundos crea.

Porque la Mente es la que moldea a la Forma, o, como viera Hunphy Davy, el mundo material no es sino la serie de cristalizaciones en hechos del mundo del Pensamiento. «Pienso, luego soy», es el viejo aforismo griego que identifica en la vida ordinaria nuestra conciencia psicológica con nuestro pensamiento, que es lo que nos caracteriza como «manus», «pensadores» u «hombres». (NOTA: «Cuando pensamos en algo –dice J. Elgueta, resumiendo la doctrina teosófica acerca del pensamiento–, producimos vibraciones en nuestro cuerpo mental. Si pensamos con más intensidad, estas vibraciones se traducirán en ondas de pensamiento, análogas a las descubiertas por Hertz, en cuyas leyes descansa la telegrafía sin hilos. El cerebro humano es un verdadero aparato telegráfico que puede transmitir y recibir pensamientos de un punto a otro.

»Existe en el cerebro un pequeño órgano, la glándula pineal, cuyas funciones son casi desconocidas para los occidentales y que en el mecanismo del pensamiento desempeña la misma función que las antenas en un telégrafo inalámbrico. Este órgano es rudimentario en la mayoría de la Humanidad, y según nuestras doctrinas es el transmisor del pensamiento. Si conseguimos pensar intensamente, con sostenida tenacidad, advertiremos un ligero cosquilleo en la región donde se encuentra esta glándula. Esto significa que ha influido en ella la corriente de pensamiento que se escapa por el órgano, en forma de ondas, las cuales se transmiten

en todas direcciones, impresionando en su camino a otras glándulas similares, que pueden perfectamente recibir la onda si su desarrollo las hace aptas para ello. Generalmente estas corrientes pasan inadvertidas para la gran mayoría, cuyo órgano está apenas en vías de despertar; pero llegará día en que nuestra evolución nos permita emitir y recibir a voluntad las ondas del pensamiento. Mas a pesar de nuestro incipiente estado evolutivo, todos estamos afectándonos continuamente con nuestros pensamientos, actualizados sin definida intención. Y esto podemos notarlo al través de la evolución histórica de la Humanidad. El espíritu que animó a Europa para emprender las Cruzadas; la oleada de misticismo enfermizo que caracterizó a la Edad Media; lo que llamamos opinión pública y otras manifestaciones del alma colectiva de los pueblos, se relaciona muy de cerca con el fenómeno anteriormente indicado. Así también vemos que una gran masa humana piensa en determinado sentido, no porque haya meditado profundamente en tal o cual tema, sino porque ha sido influída por los pensamientos de millones de personas de mentalidad mas desarrollada, que inconscientemente arrastran a las muchedumbres a obrar en determinado sentido. De nosotros depende en su mayor parte la formación de nuestro cuerpo mental. Otros pueden afectarlo indirectamente, pero somos nosotros mismos los que podemos contribuir con mayor eficacia a su desarrollo. «Si un hombre piensa verdad –dice la señora Besant–, una mentira no halla sitio en su mente; si piensa amor, el odio no podrá turbarle; si piensa sabiduría, la ignorancia no podrá paralizarle». No debe permitirse que la mente permanezca como terreno baldío, porque entonces cualquiera semilla de pensamiento puede echar en él sus raíces y medrar. Tampoco debe permitirse que

obre a su antojo, porque esto significa que responderá a cualquiera vibración que encuentre en su camino. En esto consiste la lección práctica; el hombre que la aprenda, encontrará pronto su valor y descubrirá que por el recto pensar, la vida puede hacerse más noble, bella y dichosa, y que es una profunda verdad que por la sabiduría podemos liberarnos del dolor». FINAL NOTA).

Aunque velado y «re-velado» por el exotericismo hebreo, aparece en el capítulo II del Génesis la maravillosa transición evolutiva que operó la Humanidad primitiva representada por Adán y Eva, al pasar del mundo infantil y paradisíaco de la Emoción pura y simple al más elevado mundo del Pensamiento, o sea de la irresponsabilidad inconsciente a la responsabilidad consciente, comiendo la fruta del «Árbol de la ciencia del Bien y del Mal» «Kama», el dios del deseo que dicen los vedantinos, el divino rebelde rey de todas las Apsarasas tentadoras, les sugiere el anhelo de comer de la «Fruta del Conocimiento», con la que el hombre, en efecto, logra hacerse semejante a los dioses, los «elohim», de los que Jehovah es el prototipo o síntesis. Aquel otro dios, tentador excelso a quien un himno del Atharva-Veda identifica con Agní, el Fuego, aunque haciéndole superior todavía como «Prometeo» o «Fuego de la Mente», consigue así, contra la voluntad del Jehovah paradisíaco, emancipar a los hombres con la sublime rebeldía del Pensamiento. Mas por tamaño delito de rebeldía gallarda y liberadora, la Humanidad pensante es castigada por los otros dioses que Jehovah sintetiza, a la triple cruz del sexo, del dolor y de la muerte, ya que, como dice Platón en el *Banquete* y comenta H.P.B. en su obra, nuestra naturaleza no era primitivamente como es

hoy, sino andrógina, con un vigor terrible, del que nuestra actual debilidad apenas si puede dar remota idea, amén de una ambición «titánica» o sin límite, y por eso Zeus (el Jehovah pagano) los dividió a cada uno en dos para así debilitarlos». En una palabra, Kama, Satán-Prometeo, el Eros, el Rebelde, o como quiera llamársele, según la línea religiosa que respectivamente se siga para este estudio, opera con la primera pareja, inconsciente e irresponsable, el maravilloso acto de «Mayéutica» o «alumbramiento e iluminación del alma», que consiste en dotar de un cuerpo mental o consciente a la humanidad animal que no le tenía, pasaje representado por cierto en una de las viñetas jeroglíficas del Códice maya cortesiano, donde aparece una primera pareja animal o de «coyotes» cobijada a uno y otro lado del «Árbol de la Tau, o de la Ceiba» (árbol de la primitiva cruz), mientras que una excelsa «Serpiente» (más bien «Dragón de la Sabiduría») les ofrece la «Fruta emancipadora» la Pentalfa simbolizadora del Pensamiento, por encima de aquella otra fuerza fatal evolutiva que al par los separaba en sexos. (NOTA: Esta pareja en el primitivo mito parsi que tantas conexiones tiene con el mexicano y el hindú, es la de Meshia y Meshione, el andrógino humano de la raza segunda que (al par que los andróginos vegetales y animales, según el Pymander) fue «desatado» o dividido en sexos. Dentro de la correlación que, según el Tohor, guarda el mundo visible o material con el mundo invisible de la Idea, semejante androginismo primitivo era un reflejo aquí debajo del androginismo trascendente de la Sabiduría con el Pensamiento, a la manera de la doble y reciproca fecundidad de los dos sexos. FINAL NOTA).

Pero no todos los hombres de la progenie de los

primitivos andróginos supo aprovechar el divino don del Pensamiento que se les otorgase, sino que, antes bien, degradándole en pasión puramente animal, cayeron muy luego, es decir, retornaron en cierto modo a la antigua irracionalidad de las que el «sacrificio de Prometeo» pretendiera sacarles. Esta página, dramática cual ninguna, representada en todas las teogonías como uno de los aspectos de la «Caída de los Angeles», lo está también, y de un modo admirablemente poético por cierto, en los viejos lais de toda la Europa occidental, o sean aquellos países que sobreviviesen a la gran catástrofe de los atlantes, poemas de los que el *Romance de Lanzarote* es la expresión más completa de las llegadas hasta nosotros, al decir:

Tres hijuelos auia el rey – tres hijuelos que no mas,
por enojo que uvo dellos – todos maldito los ha;
el vno se torno cieruo – el otro se torno can,
el otro se torno moro – pasó las aguas del mar.
Andauase Lançarote – entre las damas holgando,
grandes vozes dio la vna: – «cauallero, estad parado;
si fuesse la mi ventura, – cumplido fuesse mi hado,
que yo casasse con vos – y vos comigo de grado,
si me diessedes en arras– aquel cieruo del pie
blanco;».

«Daroslo he yo, mi señora, – de coracon y de grado,
y supiesse yo las tierras – donde el cieruo era criado;».
Ya caualga Lançarote, – ya caualga y va su via,
delante de si lleuaua – los sabuessos por traylla,
llegado auia a vna hermita – donde vn hermitaño
auia:

«Dios te salue el hombre bueno» – «Buena sea tu
venida;

caçador me pareceys – en los sabuessos que traya». .
«Digasme tu el hermitaño – tu que hazes la santa
vida,
ese ciervo del pie blanco – donde haze su manida.»
«Quedaos aquí mi hijo – hasta que sea de dia,
contaros he lo que vi – y todo lo que sabía;
por aquí passo esta noche, – dos horas antes del dia,
siete leones con el – y una leona parida;
siete condes dexa muertos – y mucha caualleria;
siempre dios te guarde hijo – por doquier que fuer
tu yda,
que quien aca te embió – no te quería dar la vida

Ay dueña de Quintañona – de mal fuego seas ardida,
que tanto buen cauallero – por ti ha perdido la
vida;». (NOTA: «Este romance, uno de los tres que se
conservan en nuestro idioma sobre episodios artúricos
–dice Eduardo de La iglesia al ocuparse de él en erudito
trabajo de la *Revista Critica Hispano-Americana*, (1917,
nº I)–, es acaso el más obscuro y ciertamente el más
interesante de todos ellos. Su fuente directa es la historia
de Lanzarote y el ciervo del pie blanco contenida en la
compilación neerlandesa en que un autor desconocido
reunió, no sólo los episodios principales de los últimos
libros del Lanzarote francés sino varias leyendas artúricas
que sólo conocemos por su redacción holandesa. Pero
en los veintisiete versos conservados por los Romanceros
encontramos acaso rastros de episodios y de aventuras
que podíamos vislumbrar en el texto conservado y que
nuestro romance parece aclarar».

«He aquí, añade el Sr Laiglesia, lo que pudo ser
la historia generatriz de todo este cuerpo literario
formado entre otros por los romances de Lanzarote,
Tristán, Tydet, Ciervo del pie blanco, Morien, Perceval
o Parsival, La Mule sanz frainz y el Caballero del Cisne:

«Un rey maldijo a sus tres hijos El primogénito, por efecto de la maldición se convirtió en ciervo, y a su alrededor y para hacer más difícil el desencantarle, siete fieros leones lo defienden. Sólo podrá volver a su figura humana cuando haya un caballero lo bastante valiente para acercarse a él y cortarle el pie blanco. Más, para guiar al que emprenda la demanda a través de las tierras infestadas de fieras y erizada de dificultades, sólo hay uno: el otro hermano maldito que se convirtió en perro. Esta aventura sólo podrá terminarla el otro hermano a quien la maldición convirtió en moro, tiñendo de negro su tez. Una doncella recorre el mundo en busca del caballero, al que ofrece su mano si logra terminar la aventura. Un caballero de la corte la emprende, pero temiendo sus grandes peligros, la abandona. Tras él parte el que ha de acabarla, siguiendo al perro-guía. Encuentra en su camino a un ermitaño, que le aconseja desista en su demanda. Combate con los leones y hiere al ciervo, que se convierte en un caballero. Tras la interpretación de la historia de otro falso demandante, viene el matrimonio de la doncella mandadera con el caballero». FINAL NOTA).

Cancione | ro de romnnces | en que están recopilados la mayor par |te de los Romances Castella |nos, que hasta agora se |han compuesto. |Nueuamente corregido, emenda |do, y añadido en muchas partes. |En Anvers. |En casa de Martin Nucio, a la |enseña de las dos cigueñas. |M. D. L. V. Fol. 242. Wolf Hofmann *Primavera y Flor de Romances*. Berlin. 1856 (II, 147).

Cuantos investigadores se vienen consagrando a la interpretación de esta preciosa leyenda del ciclo de rey *Arthus* (ya sabemos que «arthus», leído a la inversa, es el sánscrito «suthra», el «Hilo de Oro» que según el Ocultismo enlaza a la Tríada Divina del Hombre o

«Dama de los Pensamientos» con el Cuaternario Inferior del Hombre, el «Caballero Andante» que sigue la «Demanda del Santo Grial», o sea el búddhico «Sendero de la Liberación»), se detienen en la mera corteza de la leyenda, faltos como están, por despreciarlas, de las luces superiores que con su método analógico y simbólico podría prestarles la Teosofía. Así vemos en la nota que antecede que autores como Laiglesia y Menéndez y Pelayo nos llegan a dar el «supuesto arquetipo» o síntesis de la leyenda, pero al modo del falso demandante de la misma, dicho sea con todos los respetos, se libran muy bien de penetrar en la entraña de aquélla y que, en resumen, es, a nuestra teosófica manera de ver, la siguiente:

Los «tres hijos del Rey» reciben de su padre, como Adán y Eva de Jehovah, una maldición, sin duda por haber tocado los límites de lo «prohibido», o más bien por haber ejercitado mal (magia negra) el divino don del Pensamiento. Dos de ellos, de seguro los dos más culpables, pierden kármicamente e ipso facto este divino don, con lo que quedan transformados en sendas bestias: uno en perro y el otro en ciervo. Entrambos, sin embargo, para no desmentir jamás, pese a su triste caída, su anterior carácter de «pensadores», «manús» u hombres, conservan, como supervivencia de su antigua condición humana, el uno ese «pie blanco», *que mano fuese antaño*, «pie» que había que «cortar» o sustituir por la «mano» primitiva, cosa que sólo podría ser hecha por el tercer hermano, por el super-hombre o héroe –el teósofo, tomando la palabra «teosofía» en su recto sentido etimológico de «ciencia de los dioses, héroes o super hombres», no en el que tomarse suele. Así, de igual manera que como dirán los «Padres de

la Iglesia», la Culpa del Paraíso trajo la Redención, la fatal sentencia «a lo Wotan contra Brunhilda» (que nos encanta en *La Walkyria*, de Wágner, deja abierta piadosamente la puerta para una futura redención evolutiva, redención por la cual el menos pecador de los tres, «la raza blanca atlante que se tornó negra por el pecado», es decir, «por el abuso de la magia», el hijo que «se tornó moro», el «conde Oliños, que fue niño y paso la mar» arriesgándose en titánicas empresas, guiado, como Sigfredo, por Mimo, hacia el peligro pavoroso entrañado por la inaudita empresa redentora, le da cima, gracias a los estímulos de trascendente amor, que no de sexo, por la Doncella Quintañona o «Dama de la Pentalfa del Pensamiento», a los consejos de prudencia del ermitaño o hierofante –el (Gurnemanz del Parsifal wagneriano– y, en fin, a la guía del hermano perro, o sea de esos mismos precitos secuaces de la magia negra, quienes, llevando a los héroes a un perpetuo peligro, les proporciona, con su cruz de sacrificio su definitiva liberación. Y ¡cuántos «falsos demandantes» o pérfidos profetas no se interponen siempre, necromantes, pretendiendo lucrarse con el triunfo mismo del héroe libertador!...

Estas «metempsicosis atlantes-artúricas» estas «metamorfosis de Ovidio» o «metempsicosis pitagóricas» de hombres que caen bajo la férula animal por el abuso de sus poderes y animales que, cual el asno de Apuleyo, retornan a su prístina condición de hombres dentro de su gráfico simbolismo, son, como dice H.P.B, el eje de la historia al par que de la biología, porque nos muestra de hecho el doble juego ascendente y descendente de la evolución e involución: el uno con aquel aforismo

cabalista tantas veces repetido de que un mineral se transforma sucesivamente en vegetal, en animal, en hombre, en espíritu y en Dios, y el otro con aquella terrible sentencia que todo iniciador dice a su discípulo de «no descendas, hijo mío, que la escala de descenso tiene siete peldaños, al final de los cuales está el ciclo terrible de la Necesidad», ¡la caída espantosa en mundos inferiores que ha conservado simbólicamente hasta nuestros días el delicioso romance de Lanzarote! (NOTA: Metempsícosis es el progreso evolutivo del alma humana de uno a otro grado de existencia. Término mal entendido siempre en todas las clases sociales de Europa y América, como dice H.P.B., no alude él sino a aquel déficio estado inicial de la Mónada, del que han hablado todos los iniciados como Pitágoras afirmando que el hombre es de estirpe divina, o como Jesús, cuando enseñaba que «somos dioses y lo hemos olvidado». La «educación», palabra semejante en este sentido a la de «evolución», viene por eso de «educere», «sacar lo que yace dormido dentro», razón por la cual se ha dicho que educar equivale a despertar las dormidas potencialidades progresivas o evolutivas que yacen latentes en nuestro interior, como aquellas melodías del arpa de Becker, abandonada «del rincón en el ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidada», esperando la mano experta del arpista que nuevamente ha de despertarlas. No es esto la grosería de cuatro perversos desdichados, como cierto sacerdote madrileño, de cuyo nombre no quiero acordarme, que no ha mucho se burlara de los teósofos, calumniándolos al decir que creían que las almas de sus muertos se transformaban en «canarios», sino establecer el hecho evidente de que los misterios teleológicos o del «todo conspira en el Universo hacia una síntesis suprema», hace que el astro, la piedra, el

vegetal y el animal aspiren todos, a lo largo de su evolución, hacia la forma humana, cosa recordada también por el feto mismo a lo largo de su evolución intrauterina, como enseña la ontogenia. El *Manava-Dharma-Sastra*, o Código del Manu, contiene la recta interpretación de estas cuestiones, en las que tanto tiene aún que aprender de Oriente la ciencia moderna. FINAL NOTA).

Véase, pues, cómo en el delicioso romance se encierra toda la formación del cuerpo mental del hombre por encima del cuerpo astral y pasional que, en cierto modo, nos es común con los animales. La clave de esta formación es siempre la lucha, el esfuerzo heroico contra todas nuestras «negruras» pasionales, como realizara el «moro» o «negro» del romance, tornándose puro o «blanco». Pero hay dos maneras perfectamente opuestas de realizarlo: la para egoísmo, dominación y propia exaltación, sendero siniestro que conduce ora a la magia negra ora de nuevo a la vieja condición animal, y la para altruismo o bien de la Humanidad a fin de sacarla de su condición semianimal presente, cortándola aquel «pie deforme», de otra conocida leyenda la de «la Dama del pie de cabra», que corre pareja con el ciervo o gamo de Don Lanzarote del Lago.

Por eso el esfuerzo mental es el único que puede redimirnos y salvar nuestra alma contra todas las asechanzas astrales o «tentaciones» bajo la suprema protección del Espíritu, nuestro Dios Interior o «Christos», que diría San Pablo (*Efesos*, III, 16 y 17) por encima del estado de crucifixión o durísimo sufrimiento, que en la palabra gemela de «Chrestos», de que nos hablan los «manteumata pythocresta» de Esquilo y de Herodoto, relativas a los

«discípulos puestos a prueba» para la iniciación en esos «dolores de parto» (*Gálatas*, IV, 19) determinantes de la mayéutica.

Desgraciadamente, todo esto podrá resultar confuso para muchos, porque, como dice H.P.B, el elocuente y unánime testimonio de las edades pasadas no suele hacer impresión más que en los entendimientos intuitivos, lo cual equivale a decir en muy pocos. Pero una cosa es, al menos, indiscutible: la de que toda la tarea de nuestra vida terrestre está consagrada a la formación de nuestra mente, ora por la vía fisiológica del estudio, ora por la patológica o del dolor, y a costa casi siempre tanto del cuerpo físico como de la misma espiritualidad, a la que momentáneamente parece anublar. Por eso el estudio es superior a la devoción, y el «manú» o pensador que triunfa en su evolución está por encima del «deva» o «ángel» el «brillante» (de *dev*, brillar), cuya luz no es propia suya, sino del Señor, que sobre este último derrama sus esplendores, al tenor de aquel pasaje del Corán en que los ángeles, al despreciar al hombre de barro, recibieron de Alah terrible lección, pues les hizo saber que esta criatura, aunque huérfana y miserable físicamente, era poseedora de una inteligencia que ellos no tenían y con la cual, como diría San Pablo, algún día ha de gobernarlos con el poder que el dominio de la Magia, Gnosis o Conocimiento trascendente e iniciático supone siempre.

Pero antes de llegar a este supremo poder, ¡qué de dolores, qué de luchas, decepciones y caídas no hemos de padecer! Guerreros del Ideal, como el Caballero moro del *Lanzarote*, tenemos que decir constantemente y sin hipérbole aquello de los caballeros andantes de

Mis arreos son las armas;
mi descanso, el pelear;
mi cama, las duras peñas,
mi dormir, siempre velar;

porque en este épico combate de la vida del candidato a la iniciación, ni se da ni se recibe cuartel. El *kurú-sherta*, «campo de Agramante» o palenque de esta lucha entre el paladín heroico y las fuerzas negras del camino, como los caballeros transformados en pieles negras a lo largo de aquella senda recorrida por la heroína de *Las mil y una noches*, está sembrada de cadáveres astrales, larvas y gárgolas tentadoras, kama rrupas funestos del fracaso y la desilusión, siendo verdaderamente admirable, como dice A. Besant en su *Noche Espiritual* (véase nuestro libro *En el umbral del misterio*), el considerar cómo las Potencias de la Noche parecen ahuyentar con una sola de sus ráfagas todos los tesoros espirituales que largos años de prueba e incesante trabajo lograron acumular. El místico, hase dicho también, es el polo opuesto del suicida; pero a veces, como los extremos se tocan, hay tantos suicidios morales entre los aprendices de místicos como suicidios físicos entre los hastiados de la vida. (NOTA: Agramante o «Agramanti» equivale literalmente a «campo lunar de la lucha del pensamiento», porque «agra» o «ga-ra» equivale a la Madre Luna, y «manti» al licor sagrado de la más excelsa copa o cáliz de la Iniciación «Kuru-shetra» es, asimismo, el campo de combate «de los hombres héroes o solares», como los del mito caballeresco. Esta es la «confluencia de los dos mares» donde, según el Corán (véase nuestro libro *Por el reino encantado de Maya*, cap. XIII) halló Moisés a su maestro Dhul-Karneln, a propósito de cuyo

pasaje, el comentador del Corán, Sr García Bravo, dice: «En efecto, hablando cierto día Moisés con el Señor, le preguntó: «¿Conoces entre todos tus servidores humanos a un hombre que pueda enseñarme algo?» – Y el Señor le respondió– «Sí. Y puedes hallarle allí donde se juntan los dos mares»– «¿Y cómo llegar hasta allí?»– «Con la fe, que remueve las montañas y tomando, contigo un pescado que desaparecerá así que a la confluencia de aquellos mares llegues...»

Fuese o no Khedz o Khidz, el *Maestro desconocido*, al que se refieren repetidos versículos de la sura XVIII, es lo cierto que Khedz está considerado por los mahometanos como profeta, aunque fuera y por encima de los enviados a los pueblos semíticos (judíos, cristianos y árabes), es decir, un personaje misteriosísimo, a manera de Djebz-er-Rumi, de Yesar o de Salmán, sabios instructores griegos o parsis instructores del Profeta». FINAL NOTA).

Abundando en estas salvadoras ideas, el verdadero budhista –no el de la religión de este nombre, sino el teósofo o Conocedor de la raíz sánscrita *bodh* (conocer, saber), dice Brian Houghton Hodgson en la introducción al *Maha-vahama*– es el que trata de franquear la barrera existente entre las mentes finita e infinita (mente concreta y mente abstracta) y aspira, por su propio esfuerzo, a aquella divina perfección de que el hombre es capaz y por la que puede alcanzar a convertirse en un dios, como enseñan todas las teogonias. *Man*, hombre, para la propia Biblia es, en efecto, la semilla de un dios, ya que en el *Éxodo* (CXVI, v. 31) se dice: «y la casa (pueblo) de Israel, después que se alimentó del Maná (Mente) llamó su nombre Man, equivalente a simiente de mostaza o cilantro blanco, y su

sabor como flor de harina con miel».

Este cilantro blanco o mostaza «es el mismo» «fruto del pensamiento» al que se alude en diversas parábolas de Jesús (Mateo, c XIII; Marcos, c .IV; Lucas, c XIII) (NOTA: Para comodidad y recreo del lector consignaremos estas parábolas:

31. Otra parábola propuso también el Maestro, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que tomó un hombre, sembrándole en su campo.– 32. La mostaza, en verdad, es la más ínfima entre las semillas pero después crece y se hace un árbol corpulento sobre el que anidan las aves del cielo.– 33. Aún les dijo otra parábola. Semejante es el reino de los cielos a la insignificante levadura que toma una mujer y la esconde en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado.– 34. Todas estas cosas habló Jesús al pueblo por parábolas, y no les hablaba sin parábolas para que se cumpliese el vaticinio del profeta que dice: «Abriré en parábolas mi boca, rebosando en ellas las cosas escondidas desde el principio del mundo».– 36. Despedidas luego las gentes, retornó Jesús a casa, y llegándose a él sus discípulos, le dijeron: «Explicanos la parábola de la cizaña del campo».–37. Y él les respondió: «El que siembra la buena simiente es el Hijo del Hombre».– 38. Y el campo es el mundo. Y la buena simiente son los hijos del reino de Dios, y la cizaña los hijos de la iniquidad.– 39. El enemigo que la sembró es el tentador; y la siega es la consumación del siglo (o ciclo evolutivo) y los sembradores son los ángeles.– 40. Por manera que así como la cizaña es escogida y quemada al fuego, así se hará con ellos en la consumación de los siglos.– 41. Pues que el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles que cogerán de su

reino a todos los que obren iniquidad.– 42. Y los echarán en el crisol de fuego, donde yacerán en llanto y en crujiir de dientes.– 43. Mientras que los justos, ya en el reino de su padre, resplandecerán como el Sol del Mediodía. ¡El que tenga orejas para oír, que oiga!...

Todavía el Maestro, después de proponer la parábola del hombre que busca un tesoro escondido –el del Reino de los Cielos– y por el que sacrifica cuanto posee, y la del pescador que, echando las redes, selecciona luego los peces buenos que saca, de los malos, nos enseña la verdad oculta de que: «52. Todo hombre instruido en la verdadera significación del Reino de los Cielos es semejante a un buen padre de familia que guarda en su tesoro y va sacando de él *cosas nuevas y viejas*», es decir, que aspira hacia el progreso con su esfuerzo, pero que no por eso pierde de vista la *cabala* o tradición de las sabias doctrinas arcaicas que él con sus parábolas sacaba de nuevo a luz, y por cierto no sin cumplir, al hacerlo, la ley de todos los iniciados o «*Lohengrines* o *Caballeros Helios*», es a saber la de, una vez dada al público la Enseñanza esotérica, esto es, de revelada por el Lohengrin protector algo relativo a «su patria y a su nombre», tiene forzosamente que partir. De aquí los clarísimos versículos finales en los que se dice como en el 53: «*Y cuando Jesús hubo acabado estas parábolas, se fue de allí*» huyendo, como siempre, de la persecución de los perversos que, en lugar de quedar hondamente impresionados por las sublimes enseñanzas del Justo, y movidos poderosamente a seguirlas, salen preocupados con la frívola cuestión que reflejan los versículos finales (54 al 58) relativa al «cómo el hijo del artesano pudo adquirir un tal y tan inmenso saber», como si la verdad dejase valer siempre por sí misma, es

decir, por su propia virtualidad intrínseca, y sólo tuviese el valor personal de aquel que la sirve de vehículo (2)... Por último, para que no cupiese duda acerca del efectivo alcance del dicho versículo 53 relativo a la retirada de Jesús después de revelar tamañas verdades ocultas acerca del Reino de los Cielos, se recalca más y más en los siguientes versículos el escándalo que su sabia enseñanza producía en Israel; se consigna su negativa a hacer milagros en Nazareth, a causa de su incredulidad, y se pronuncia, en fin, la famosa sentencia de que «en su casa y en su patria ningún hombre pudo alcanzar a ser profeta»... FINAL NOTA), porque, al decir de los *Upanishadas*, así como el grano de sal desaparece disolviéndose en el agua, pero salando a ésta así el Gran Todo –el Pensamiento Divino o Mente cósmica–, que es la plenitud del Conocimiento, se manifiesta en todos los seres como «mente concreta», y en ellos se desvanece, constituyendo luego en cada uno de ellos el «cilantro blanco o grano de mostaza» de la idea individual que pugna por hacerse colectiva a la manera como la semilla más ínfima, entregada a sus virtualidades, si se la dejase, acabaría por llenar al mundo.

Esta es la Teosofía tan calumniada por Kant en su lamentable *Crítica de la Razón pura* (t. II, pág. 88), cuando dice de aquélla que es «un sistema de conceptos trascendentes en que se extravía la razón»...; La razón cretina de los materialistas, aferrados a los hechos concretos con la torpeza de la ostra a su valva, incapaces de volar más alto por los horizontes divinos, infinitos de la Abstracción y de la Mística, esa Mística a la que de modo bien diferente que Kant, tuvo que apelar al fin el sabio semibuddhista de Schopenhauer, cuando fracasado como Kant en su crítica

de la razón pura y de la práctica, apeló a la Mística, como único medio posible de «entrar como a traición» en la fortaleza del Conocimiento!

Claro es que al hablar del «buddhismo» de Schopenhauer y de su discípulo el coloso musical de Bairenth, no hablamos de la religión conocida con este nombre, sino de aquel *Buddhismo* prehistórico o *Religión-Sabiduría* primitiva que hubo de fundirse en el Jainismo, Parsismo y Brahmanismo como en triste lecho de Procusto, porque, como dice H.P.B., todas estas religiones y las ulteriores han brotado de las dos principales ramas del tronco primitivo: aquella *Ciencia-Religión* universal que precedió muchos siglos a las edades védicas, llevada a la perfección por Gautama, el último de los Buddhas o Tirtankaras jainos y predicada por Jesús, la cual puede resumirse así: *a)* que todo cuanto existe es debido a causas naturales, y de aquí que ella sea como se dice en la última página de *La Doctrina Secreta*, la verdadera e insuperable *Religión de la Naturaleza*; *b)* que toda virtud lleva en sí propia su recompensa y su castigo, el vicio; *c)* que el estado del hombre en este mundo es un estado de caída, peregrinación y prueba, la eterna peregrinación de Edipo en demanda de ese Santo Grial de la celeste conquista de la inmortalidad en mundos o estados superiores. Por encima de todo esto se halla la *Iniciación*, «la sabiduría misteriosa hablada entre perfectos, que ningún arconte griego conoció», según el dicho de San Pablo. Quien la consigue, es ya un *Rahat* o «Soberano», más soberano que todos los príncipes de la tierra, pues que, como se refiere de los «milagros» de todos los Adeptos, «puede volar, hacerse invisible, gobernar a los elementos y operar, en

suma, toda clase de *meipos* o maravillas, como un efectivo semidiós, porque los Iniciados o Profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento, igual que aquellos discípulos del Buddha, saben que ellos son dioses, mientras que nosotros lo hemos olvidado y no podemos volverlo a recordar por nuestra propia y material ceguera».

El ciego no ve porque tiene alterado el órgano visual por una causa u otra. Nosotros, ciegos espirituales, no vemos en ese mundo superior del pensamiento porque ha dejado de funcionar hace siglos ese tercer ojo («ojo del cíclope» o «glándula pineal») que con el estudio despierta. De aquí la importancia decisiva que la «formación del cuerpo mental» tiene para nosotros.

–Formar el cuerpo mental; ¿qué significa esto?– habrá de preguntársenos por el lector; a lo que contestaremos que semejante formación guarda gran analogía con la de los cuerpos materiales, reflejos todos de un pensamiento determinado que preside a su formación.

Observar y experimentar son los dos primeros pasos que da el hombre para formarse su «cuerpo de pensamiento». Toda la ciencia occidental se apoya en la observación y la experimentación, a guisa de único método. Pero una vez que hemos observado un hecho y logrado con la experimentación el reproducirle a nuestro arbitrio, viene el determinar sus conexiones con otros hechos análogos, es decir, la generalización, la coordinación de ideas que en un anterior se creían distantes y a hora se ven similares y ligadas con las ya conquistadas por vínculos que revelan un elemento conector superior que en ellas se diversifica a la manera de cómo buzando en los árboles genealógicos llegan a descubrirse parentescos insospechados con gentes

a las que creyésemos antes extrañas y hasta enemigas.

Pero la coordinación tiene un progreso ulterior que es la sensación sistemática, la clasificación sintética con lo que apunta ya como básica una consideración de orden antes desconocida. Semejante orden, al darnos las alas de águila de una superior intuición, nos facilita lo que antes diputábamos como difícil cuando no imposible, y en cierto modo, nos adueñamos mágicamente de las secretas «leyes de orden», base de la construcción y vida de los mundos, como cuando por el ordenado cálculo matemático pronosticamos un eclipse, un fenómeno orgánico, un algo que luego llega irremisiblemente. Dueños ya así de tamaña clave mágica del orden, empezamos a ver literalmente el Cosmos a nuestros pies, porque las fuerzas naturales, domeñadas en su innata rebeldía nos obedecen sumisas, desde el punto y hora en que por el orden de palabras y letras y de sus números mágicos que están detrás de ella (Clave filológica), las ligamos una tras otra haciéndolas responder a su significación trascendental y originaria; por el conocimiento de la ley de los contrastes o «contrarios» (clave sexual) nos explicamos lo que para el vulgo aparece sellado herméticamente; por el poder del número y de su cálculo (clave numérica) nos adueñamos del modo de operar que tienen en cada caso las leyes de la Naturaleza, como ya la ingeniería se ha adueñado de no pocas de ella; por el dominio de la Forma (clave geométrica, estética y astronómica) reproducimos la Forma misma, y como efectivos creadores, y por la filosofía (clave metafísica), en fin, realizaremos en nuestros conocimientos esa síntesis suprema que equivale a la orgánica que nos hace dueños de nuestro cuerpo, y que nos permitirá el manejar la

mente o «cuerpo mental», con igual soltura a como hoy manejamos nuestro cuerpo físico. El *Christos* pasional y atormentado de todas estas luchas previas e indispensables para aquella formación se empieza así a transformar en el *Christos*, que triunfante y gloriosísimo ha de resucitar en su día...porque, como dice la Maestra en su *Glosario Teosófico*, este término fue empleado en el siglo V (antes de J.C.) por Esquilo, Herodoto y otros. Los *manteumata pythocresta*, «oráculos transmitidos por un dios Pitio», por medio de una pitonisa, son mencionados por el primero (Esquilo, Chap. 901); y *pythocrestos* es derivado de *chrao*. *Chrésterion* no es solamente «el testimonio de un oráculo» sino un ofrecimiento al oráculo. *Chrestes* es el que explica oráculos, un «profeta ya divino». Y *Chrésterios* aquel que sirve a un oráculo o a un dios. El primer escritor cristiano, Justino Mártir, en su primera Apología, llama a sus correligionarios *crestians*. «El llamarse los hombres así mismos cristianos sólo es debido a la ignorancia», dice Lactancio (libro IV, cap. VII). Los términos Cristo y cristianos, escritos originalmente *Chrest* *Chréstians*, fueron sacados del vocabulario del templo de los paganos. *Chréstos* significaba en aquel vocabulario «discípulo puesto a prueba»; candidato que aspiraba a la dignidad de hierofante, quien, cuando la había alcanzado por medio de la iniciación, largas pruebas y sufrimientos, después de ser ungido (es decir, «untado con aceite», como lo eran los iniciados e ídolos de los dioses, según la práctica de la última ceremonia del rito) se cambiaba en *Christos*, el «purificado», en lenguaje esotérico o misterioso. Realmente, en simbología mística, *Christes* o *Christos* significaba que el camino, el «sendero» había sido recorrido y alcanzada la meta; que los frutos del trabajo penoso para unir la *personalidad*

de barro pasajera con la indestructible individualidad, la transformaba en el Ego inmortal. «Al término del camino se encuentra el Christes», el Purificador; y una vez la unión llevada a cabo, el Chrestos, el «hombre del dolor» se convertía en Christos mismo. Pablo el Iniciado sabía esto y se refería precisamente a ello cuando le hacen decir en una mala traducción: «padezco de dolores de parto hasta que sea formado Cristo en vosotros» (*Gálatas*, IV, 19), cuya verdadera interpretación es... «hasta que forméis el Christos dentro de vosotros mismos». Pero los profanos, que sabían únicamente que Chrestos estaba en algún modo relacionado con los sacerdotes y profetas, ignorando el significado oculto de *Chrestos*, insistieron, como lo hicieron Lactancio y Justino Mártir, en ser llamados *chrestianos* en vez de *christianos*. Todo ser bueno puede, por consiguiente, hallar al Cristo en su «hombre interno», según expresión de San Pablo (*Efesos*, III 16 y 17), sea judío, musulmán, hindú o cristiano.

Cheristianos o «atormentados» somos todos mientras formamos, a costa de mil esfuerzos, nuestro cuerpo mental, y *christianos*, una vez que llegamos a formarle logrando hacer que nazca del capullo de la mentalidad concreta la mariposa de la espiritualidad abstracta e inefable que ha de volar a los cielos. Porque las ideas concretas que formamos de las cosas, gracias al orden o elaboración interior, se van tramando unas con otras («tela de las Normas») como se cruzan y ligan en el cerebro las llamadas «células de asociación», o como los tenues estratos filiformes de la atmósfera se van tejiendo en cirros arbóreos y éstos luego en los múltiples planos nubosos que con su inextricable cruzamiento producen a su vez moles de los cúmulos y

los nimbos de tempestad. Mientras opera semejante labor de titán el hombre no puede menos de sufrir y de ver a la llamada «noche espiritual» que precede al «gran día» cernerse tenebrosa sobre su cabeza.

Pero el héroe, si es verdaderamente tal, ha de ganar la campaña contra las Fuerzas Tenebrosas del Sendero, aunque pierda batallas infinitas, y al cabo de aquella conquista en ese admirable consorcio del corazón y la cabeza llamado «Sabiduría» por Salomón y por otros, «el Conocimiento Espiritual que penetra todos los misterios», la «Conciencia trascendente» que como la esposa de la fábula *Sanjno Samnita*, acaba retirándose a la selva (la «selva de la vida interior o mística») para hacerse asceta, dejando a su esposo, el Hombre Inferior, su «chaya», es decir, su imagen y su sombra...

CAPÍTULO VIII

EL CUERPO CAUSAL O MENTAL ABSTRACTO

El griego Aristófanes y su comedia La Paz– Trigeo, el hombre tres veces terrestre, y su hipocántaro o «caballo-escarabajo».— Otros «caballos y aves» simbólicas del mito universal.— ¡Salvar el alma! ¡Lograr la Paz!— Nuestra Triada Superior y sus «cambios de traje» o de personalidad a través del ciclo de encarnaciones.— La realidad y la esperanza, según Schopenhauer.— El misticismo y los Números o Poderes sagrados que rigen al mundo.— Los «pitris» o «padres», en los Vedas.— El cuerpo de barro y el Fuego del Pensamiento.— Enseñanzas de La Doctrina Secreta.— Los «Ihaas» o «espíritus» de la tierra, de la Luna y del Sol.— Los «Hijos de la Noche» sacrificando en provecho del Hombre sus propias mentes.— De los cielos hemos bajado y a los cielos tornaremos.— Soma, el dios del lunar Misterio.— Concordancias de las diversas teogonías.— El Hombre y la Ley o Thora.— Un punto peligrosísimo en la manera de entender el problema de las reencarnaciones.— El «Hilo de Oro» que liga a los elementos superiores con los inferiores del Hombre.— La bebida sagrada del Soma.— «Akasha», la «Fuente de la Vida».— Transfiguración.— Doble «sexo» de la Mente.— Nalo y Damianti, Heros y Psiquis, etc., como símbolos de esta dualidad misteriosa.— El pensamiento y el símbolo abstracto del Pensamiento, según Emerson.— Equivocación de Maurice Barrés en la Cámara francesa.

Aristófanes, el continuador de las glorias trágicas de Esquilo, e iniciado quizá como él en los Misterios de Eleusis, encerró en su comedia griega *La Paz* los dos conceptos

filosóficos que nosotros los teósofos denominamos respectivamente del «hombre inferior» o «cuaternario inferior» y del «Supremo Espíritu» o «Divina Triada» que a dicho cuaternario cobija, constituyendo el sagrado Siete de los elementos integradores del Hombre completo o con mayúscula.

La Paz, la divina Astrea, que es otro de los mil nombres simbólicos de semejante Tríada, había huido al cielo al terminar la Edad de Oro y era de todo punto preciso a la desgraciada Humanidad, si había de ver terminadas algún día sus terribles guerras fratricidas, libertar a La Paz, trayéndola de nuevo a reinar en la Tierra. Tri-geo, un hombre «tres veces terrestre», como indica su misma etimología, pero dotado de cuantos alientos son precisos al verdadero héroe para la empresa liberadora, se decidió a tentar la aventura, proveyéndose, ante todo, para tamaño viaje a los cielos, de una cabalgadura adecuada: «el hipocántaro», monstruosa criatura, símbolo perfecto de nuestro cuádruple cuerpo de materia grosera, de materia etérea, de pasión y de ideas concretas, y cuya etimología, derivara de «hipos» (caballo) y «cántharos» (escarabajo pelotero), aludiendo al doble carácter del monstruo de nuestro cuerpo, alimentado, como el escarabajo, de toda clase de basuras fermentescibles, llevando de aquí para allá a su jinete héroe en las caballerescas empresas de redención, de las que era paladín esforzadísimo. Y se cuenta que era tal la voracidad del mágico caballo-escarabajo que, no ya en Atenas, sino en el mundo entero, los criados de Trigeo no encontraban boñiga bastante para alimentarle, porque la característica más notable del hombre inferior, que busca pero no logra la paz, es la del deseo insaciable, lo mismo en

el orden de la materia que en el orden del conocimiento.

Emulo el hipocántaro de todas las aves simbólicas, como las del Li Sao, de Garuna, el Ave-Fénix, etc., y también de todos los caballos prodigios de otros tantos héroes y walkirias (Grane, Pegaso, Babieca y hasta el Clavileño y el Rocinante de don Quijote), ayuda fielmente a su héroe que sobre él cabalga, en la fiera Demanda –¡la Demanda del Santo Grial, del mito caballeresco!– de ese Mundo Superior, donde reina La Paz, que es el divino Equilibrio del Conocimiento, con el Amor y la Voluntad trascendida, propio de cuantos héroes, semidioses y dioses han superado ya las miserias de aquellos planos inferiores, salvando así su alma de las cenagosas aguas de la vida terrestre que amenazaran constantemente sumergir a la Barquilla libertadora, otra de las variantes del Ave y del Caballo, de aquellos paladines.

¡Salvar el alma! ¡Lograr la paz!... He aquí el objetivo fundamental de todas las religiones, sin perjuicio de que sus respectivos sacerdotes se encarguen luego, las más de las veces, de convertir tamaño anhelo en instrumento de mísera explotación.

¡Salvar el alma! He aquí la enseñanza más alta de las que nos han sido dadas por H.P.B. en su admirable *Isis sin Velo*.

Porque es triste ley de nuestra vida terrestre la de que la naturaleza superior, la Tríada o el Ego Divino que, reflejándola, reencarna aquí abajo, ha de estar, por decirlo así esclavizado a la naturaleza inferior, sin poder ir a parte alguna donde no la lleve ésta, como a Lohengrin, su hermano el Cisne, y como a Olinos, el famoso «ciervo del pie blanco», de Lanzarote, que vimos en el precedente capítulo, porque su Fuego espiritual necesita de una forma

o Vehículo que va cambiando a cada renacimiento, como cambiamos de traje a lo largo de nuestra vida, o como cambia de escafandra un buzo para sumergirse heroicamente en un mundo inferior, que no es el suyo tampoco. «Misterio de la triple evolución», dice también la Maestra, por la que el héroe de la empresa liga y auna el cielo con la tierra; el Manas consciente elevándose de lo concreto a lo abstracto, y de lo «real» a lo «místico»; la Serpiente del Gogard helénico y también la Mehophep de Isaías y la del Paraíso, dando al hombre irresponsable y de barro (el hipocántaro) la noción del deber, de la responsabilidad y de ese ideal inasequible aquí abajo, pero motor evolutivo de todas nuestras acciones nobles, que, según Schopenhauer, nos hace siempre encontrar las cosas muy por debajo de nuestras esperanzas. (NOTA: Hermosísima es la frase de Schopenhauer, en sus Dolores del mundo, de que, «en general, encontramos las cosas muy por debajo de nuestras esperanzas». José Castellón, el culto cronista de *El Liberal*, glosando al Maestro, nos dice sobre esto:

«La más honda decepción humana está siempre en el contacto de la esperanza con la realidad. Nada conocemos tan discordante, aun en el caso de ser la realidad la representación más exacta de lo aguardado. Es que en toda esperanza que se realiza surge inmediatamente otra, renovándose así en una sucesión constante. El rosal de la esperanza está siempre florido; apenas una rosa fue arrancada, cuando ya otra se abre fragante e iluminada. Así, por la continuada reposición de la esperanza, la anterior aparece como una decepción al cumplirse... Porque ya hay otra que aviva el anhelo. El juego con que nos engaña la esperanza es como aquella luz que vieron los niños perdidos

en el bosque, a lo lejos, y cuanto más andaban hacia ella más se les alejaba y les perdía en la espesura. Así también, nosotros, perdidos en los caminos de la vida –esa red de caminos, que sólo conducen al dolor–, vamos, atraídos de deseo en deseo, sin hallar nunca el lugar del descanso solicitado. La esperanza es la llama que mantiene encendido el fuego interior.

¡Como podría vivirse sin esperanza!...Y, no obstante, la esperanza es una promesa que nunca se cumple; una prometida que jamás se entrega. Su misión está únicamente en servir de báculo. Nos sostiene con un deseo que pinta con los más bellos colores, con los encantos más subyugadores, y luego nos deja caer, al gustarlo, en una profunda decepción, para que así volvamos la vista hacia otra esperanza que nos conduzca de nuevo. Si se encontrara la realidad de lo esperado en un todo conforme a cuanto se soñó, entonces toda esperanza sería acabada, y con ellas todas las ilusiones. Después el cansancio, posiblemente, y la amargura de que ya nada más habría que esperar, terminarían por hacer imposible la vida. Para no desfallecer, es, por lo tanto, precisa esta tragedia de la decepción de encontrar las cosas muy por debajo de la esperanza que de ellas se tuvo, para sostener el afán. Ved cómo este dolor del mundo constituye, en su fin último, una necesidad de vida. Todo dolor es por esto: por necesidad de vida, para fortificarnos indudablemente en cuanto amamos, como en cuanto necesitamos y en cuanto ejecutamos y aun en cuanto aborrecemos. Precisamos de esa tragedia del choque de la realidad con la esperanza. Es una decepción necesaria para el mantenimiento de la esperanza, sin la que sería imposible la vida. –Por eso, al pintar Dante el horror del Infierno, pone a la entrada: «Dejad aquí toda

esperanza». –Encierra, además, una de las más imperativas conclusiones de la existencia: el retorno...que se cumple, efectivamente, por toda esperanza, a la que se retorna de toda realización de otra. Y, extraña cualidad de la vida, de esta pena de la decepción se desprende precisamente el espíritu del anhelo, que es la única dicha de la vida. Como que se trata, lo diremos ya de una manera concreta, de mantener la justa cantidad de la medida de cada ser, la ilusión de que cada individuo es capaz. Por esto la esperanza se sostiene el tiempo de cada aliento individual, y luego se realiza para calmar y volver a sostener la ilusión. Es, en definitiva, como la copa que se va llenando, y cada una tarda más o menos en derramarse, según su capacidad; pero que, al fin, se desborda y se vacía para volver a la tarea de llenarse...».

«Por esto encontramos las cosas muy por debajo de nuestra esperanza. No porque lo estén realmente, sino porque en toda esperanza que se cumple hay siempre otra que se anuncia. Y, por lo mismo, nada tan decepcionador como lo cumplido, nada tan desolador como lo que se conoce. Llegar a conocer no es sino empezar a olvidar. Como poseer es ir despreciando... En la vida no hay, pues, ninguna realización; es, siempre, todo, un espíritu de lucha y de anhelo. Únicamente esta condición de la esperanza parece no cumplirse en cuanto se refiere a la resignación y al sacrificio. Entonces, en este orden moral, la realidad no decepciona: se sufre más de lo que se imaginó. Creemos, en nuestra esperanza del dolor, que no podremos afrontar ciertas pruebas; pero cuando llegan, se ve con asombro que se salvan enteramente. Mas, en este caso, ¿es que la realidad no queda por debajo de la esperanza? Si queda. Porque no es la realidad de la esperanza del dolor, ni aun

la fuerza física o moral que creyéramos tener para sufrirlo, sino el resultado de él mismo; esto es, la consecuencia de su propósito. Y entonces vemos, con no menos asombro, que ni la resignación ni el sacrificio tienen la resonancia debida a su abnegación, ni resuelven definitivamente todo aquello por lo que se hizo».

«Y nada tan penoso como las esperanzas ya cumplidas, las cosas ya conocidas que se nos presentan, desenveladas de su misterio. Todo lo cumplido tiene esa íntima amargura de una grandeza caduca: caserón señorial que, con el blasón de su estirpe, cree ocultar su ruina, cuando sólo consigue acrecentar la burla de su afán. Estad en el secreto de algo que su sentido estaba precisamente en su esperanza, y vuestra curiosidad se polarizará a la que os produciría la causa si fuera ignorada; que todo está relacionado directamente con la situación que, respecto a ello, tengamos, siendo el caso del prestidigitador, que su juego depende, más que del juego mismo, del conocimiento o desconocimiento que de la trampa tengan los espectadores. Desconocer es esperar. La ilusión del mañana está en el desconocimiento que de él tengamos, y apenas los episodios que componen las horas descubren la máscara de su rostro, el mañana se hace ayer. Triste vida sería la que se supiera cuánto fuera a suceder. Nada entonces se esperaría con esperanza. Sería una vida vivida sin ilusión; que en la planidez está el hastío, y la pesadez monótona de los desiertos obedece a la falta de montañas que oculten la amplitud del horizonte». FINAL
NOTA)

El verdadero misticismo, en efecto (no la degradada mojigatería que hoy se conoce con tal nombre), es la cualidad de todos los iniciados y de todos cuantos hombres que,

como Jacobo Boehme, Molinos, Swedemborg, Rasle, San Juan de la Cruz, etc., creían en una posible comunicación directa con lo Divino, análoga a la llamada inspiración de las Musas, pagana, y al Fuego de la Divinidad Interior, de los profetas hebreos, y al «Cristo en nosotros», de San Pablo.

Pero hablar de «lo Divino» es como hablar de «la Numeración», pues que lo uno como lo otro abarca desde lo más excelso hasta lo más infinito en una serie de virtualidades o Poderes, admirablemente simbolizados en el *En-Soph* o Ain-Supp cabalístico, porque los verdaderos cabalistas o iniciados, conservadores de la primitiva tradición atlante de antes de la caída del magno continente, nunca han considerado a Eu Soph más que como un Poder de abstracción y de síntesis, aunque las limitaciones de nuestra mente concreta jamás puede imaginar un Poder tal sin asociarle a la idea de un Sér dotado de dichas facultades, como no podemos imaginar tampoco en nuestro mundo de las «tres dimensiones» nada relacionado con los conceptos trascendentes del hipervolumen y la Hipergeometría sin darle carácter volumétrico y tangible. Por eso Ain-Soph, la *no-cosa*, lo Ilimitado y lo Eterno, era representado por aquellos sabios por sus diversos atributos o cualidades concretas y personificadas que iban siendo simbolizadas en otros tantos ángeles o «intermediarios», los Elohim o «Helio-jinas», los jinas solares creadores, de los que Aquel era la Corona (Kether), o más bien «la abstracción de la Corona». Estos jinas solares a su vez constituían los prototipos, pitris o padres de los diferentes tipos de hombres, y su nombre colectivo de Jad o Yah se tenía por sagrado e impronunciado, estando como estaba él con los

misterios de la generación.

Bajo el tupido simbolismo de los Vedas están ocultas también todas estas cosas. En ellos, en efecto, se habla de dos principales clases de Padres o Pitris antecesores de la Humanidad, los que, por su categoría relativamente más inferior, aunque excelsa, poseían aún el «fuego creador o generador» (Pitris Barhishad) y los que ya carecían de él (Pitris del Fuego celeste del Pensamiento, o Agniswatta). Los brahmanes Grihastha, como enseña *La Doctrina Secreta*, distinguen claramente estos espíritus lunares y solares, respectivamente, como dadores, los unos del cuerpo de barro al Adán de polvo, y los otros como otorgadores, merced a su propio sacrificio a lo Prometeo, del Fuego del Pensamiento, todo ello al tenor de las admirables estancias de Dzyan, donde se consignan estos conceptos hermosísimos:

«Dijo la Tierra al Sol, así que hubo pasado por las tres monstruosas creaciones nacidas de su propio seno: «¡Señor de la Faz Resplandeciente, mi Casa está vacía... Envía, pues, a tus celestes Hijos a poblarla. Tú enviaste antes al Señor de la Sabiduría (Mercurio o Budha) Siete de ellos, porque siete veces te ve El más próximo a ti y siete veces más que yo El te siente, mientras que a tus otros servidores Tú les has prohibido interceptar a su paso tu gran Magnificencia. Envía ahora ésta a tu Servidora!». El Señor de la Faz resplandeciente respondióla: «Yo te enviaré un Fuego (el Fuego del Pensamiento) cuando hayas comenzado tu obra. Entre tanto eleva tus suplicas a otras esferas (o lokas), acude a tu Padre el Señor del Loto (Soma, el Dios de la Luna) demandándole dé sus hijos... porque tu gente estará bajo el mando de estos Padres, y tus Hombres serán mortales,

mientras que los Hombres del Señor de la Sabiduría son inmortales. Cesa en tus quejas, tus siete pieles (ciclos) están aún sobre ti. Tú no estás preparada y tus hombres tampoco».

Y después de relatar la destrucción de las formas monstruosas, puramente terrestres, como nacidas tan sólo de la Tierra misma, añaden las estancias: «El Señor de Señores vino separando las aguas. Los grandes Dhyan Chohans (Espíritus Solares) llamaron a los Señores de la Luna, a los de los cuerpos aéreos, diciéndoles: <Producid Hombres según vuestra propia naturaleza. Dadles formas internas (molde o cuerpo astral y lunar), que la Tierra les construirá luego sus envolturas externas...>. Siete veces siete Sombras (dobles astrales) de Hombres futuros así nacieron, cada uno inferior a su Padre y de su propio color y especie. Su progenie toda era Bhuta o sin Forma física y sin Mente... Los Padres llamaron, pues, en su ayuda a su propio Fuego creador, que es el mismo que arde en la Tierra (¿electromagnetismo?, ¿sexo?). El Espíritu de la Tierra llamó en su ayuda al Fuego Solar, y tres fuegos reunidos produjeron un buen rupa (o cuerpo tenuísimo, especie de forma de pensamiento más bien), que podía andar, correr, inclinarse y volar, pero que, sin embargo, no era sino un Chhaya, una Sombra sin Sentido. El Aliento o Hálito humano necesitaba una Forma; los Padres se la dieron. El Aliento necesitaba un Cuerpo grosero: la Tierra le moldeó. El Aliento necesitaba Espíritu de Vida: los Lhas (espíritus) Solares le inhalaron en su Forma. El Aliento necesitaba un Espejo de su Cuerpo: <¡nosotros le damos el nuestro!>, dijeron los Dhyanis. El Aliento necesitaba un Vehículo de Deseos (Karma): <¡lo tiene!>, dijo el Agotador de las

Aguas. Pero el Aliento necesitaba una Mente para abarcar al Universo: <¡No podemos dar eso!>, dijeron los Padres. <¡Yo jamás la he tenido!>, dijo el Espíritu de la Tierra. <¡La Forma sería consumida si yo le diese la mía!>, dijo el Gran Fuego... El Hombre, por tanto, continuo siendo un Bhuta vacío y sin sentido... hasta que los Hijos de la Sabiduría, los Hijos de la Noche, se sacrificaron, dándoles sus propias Mentes».

El lector, dotado de la sublime facultad de la intuición, que, según Platón, es la tercera y más excelsa de las tres facultades de la Mente, puede encontrar en las estancias transcritas la clave entera del origen y de la constitución del Hombre, o sea la contestación terminante a las preguntas de la Esfinge acerca de dónde venimos y quiénes somos.

Venimos, en efecto, de los cielos y a los cielos volveremos. Esta es la suprema verdad acerca de nuestro origen y nuestro destino. Nuestra estirpe y progenie, con arreglo al dicho de Pitágoras, de David y de Jesús, es absolutamente divina, siquiera hoy, montados en el aristofanesco hipocántaro o «caballo escarabajo» de nuestro cuerpo animal terrestre, seamos por nuestros elementos inferiores pasionales y físicos bestias al par que ángeles, bestias razonadoras, con arreglo también a aquella sentencia hermética de la *Tabla esmeraldina*, cuando alude a «la gran maravilla» del dios y la bestia ligados hipostáticamente por la Mente para formar el Hombre. Tal es el secreto de Soma, el Dios del Misterio que preside sobre la naturaleza mística y oculta del Hombre y del Universo y cuyo jugo sagrado, el licor de la copa de iniciación bebida por Moisés al levantar el isíaco Velo (*Éxodo*, c. III, v. 6) produce las visiones místicas y las revelaciones estáticas de donde nace Budha, Hermes,

Mercurio y demás símbolos deíficos del Pensamiento trascendente o Manas Superior, por otro nombre «Cuerpo Causal» o *karana-Sharira* de los hindúes y los teósofos (NOTA: «Sharira» para los hindúes equivale a «cuerpo» y «Karana» vale tanto como «letra o espíritu llevado sobre las aguas», porque «Kara» es el apelativo sánscrito de toda letra, llamándose, por ejemplo, «akara» a la *a*, «pákara» a la *pe*, etcétera. Esto se relaciona mucho con la alegoría del Zohar (Kabalah de Ibn Gebirol), donde presenta a Eleazar, el Edipo hebreo hijo de Simeón ben lochai, viajando por la vida cargado con la Thorah (Dharma, o Ley), cuyo peso mayor era el de la letra Yod, el Diez o Io, «la joya más brillante de Kether o la Corona, y buscando a su padre como Telémaco a Ulises, ¡a su padre, «morador del Gran Mar!» (el ultra- mare-vitae), y a quien «la Voz» le dice: «¡Tú eres el hijo de Rabi-nun, el Sabah antiguo (Vishnú, Oanes, Dagón, el salvador de las Aguas); tú eres el Hijo de la luz de la Thora!»). FINAL NOTA). Por eso enseña H.P.B. que el verdadero Ego del Hombre no es verdaderamente Atmán (o séptimo Principio), ni Buddhi (o sexto Principio), sino el Manas Superior, el fruto intelectual, por la abstracción trascendido, de las diversas existencias o «viajes» realizados por la Tríada de Atma-Buddhi-Manas, a través de las existencias terrestres o físicas, montando en cada una un Pegaso, un Hipocántaro, un Caballo-centauro distinto, con lo que, dicho sea de paso, se resuelve armónicamente la antinomia que todo filósofo encuentra entre el sentido común que nos hace repugnar las posibilidades de que en existencias anteriores hayamos sido tal o cual personaje con uno u otro sexo, y la doctrina corriente de la reencarnación, que, tomada al pie de la letra, o mal interpretada, puede conducirnos a las

mayores aberraciones y absurdos. (NOTA: Este es un punto gravísimo que convendría estudiar en espiritistas y teósofos. En mi ya largo trato con unos y con otros, he tropezado con no pocos hombres de bien de una y otra escuela, quienes, con la mayor reserva y emoción, me han dicho haber sido en otras existencias tal o cual personaje histórico –gran personaje, por supuesto, nunca criminales ni prostitutas–, bien a diferencia de la modestia con que Pitágoras, se dice, recordaba haber sido antes mísero pescador y misérrimo esclavo. Algunos han llegado en sus aberraciones a creerse ligados entre sí desde vidas anteriores por vínculos de amor y de matrimonio que les han colocado por cierto, al saberlo «de buena tinta», merced a la revelación de este o el otro «espíritu» o de esta o la otra «vidente», en situaciones harto violentas y difíciles al tropezar –¡terribles jugarretas de lo astral y de los elementales que todo lo añascan y complican diabólicos!– con que en esta vida actual los vínculos con terceras personas, del uno o del otro sexo, venían a crearles kármicos e insuperables obstáculos. La peligrosísima teoría de las «almas gemelas» que llevamos estudiada en el capítulo último de la parte 3.^a y primero de la 4.^a de nuestro *Tesoro de los lagos de Somiedo*, se viene encima de los que tales piensan, como consecuencia lógica y fatal de tales aberraciones y psiquismos con graves riesgos de conflicto social, de locura y hasta de crimen. Todo ello se evita con esta consideración: los elementos físicos, astrales, pasionales y mentales inferiores de cada hombre son distintos entre sí, de encarnación a encarnación, o en otros términos, nuestra personalidad actual nada tiene que ver con otra personalidad alguna pasada ni futura, y somos hoy quienes somos, varones o hembras, sin tener nada que nos ligue con nadie que haya vivido anteriormente,

sin perjuicio de que la Tríada Suprema que nos cobija, el Hombre Superior y Angélico que preside a esta existencia física nuestra del hoy, ha presidido antes a otras muchas existencias físicas de otros tantos hombres de la historia en este o en el otro país, con uno u otro sexo, pero sin que ello nos autorice a creernos tales hombres de vidas anteriores, como el caballo de postas montado durante varias horas por el jinete que con él, con otros antes y con otros después, realiza un largo viaje, no está autorizado para creer ser el mismo caballo que le antecedió o le siguió en la ruta.

Nos permitimos recomendar con todo interés estas sensatas consideraciones a cuantos espiritualistas se preocupan del problema de la reencarnación, porque si embocan mal este problema van derechos al psiquismo y a la magia negra, peligro que acaso moviera a los antiguos sabios a hacer esotérica (reservada la doctrina en previsión de las malas interpretaciones de pésimos entendedores, porque en estos asuntos de alta psicología no caben más interpretaciones que las de índole matemática que nos presentan a las vidas física terrestres como otras tantas «unidades» de las que el Ego superior humano es la respectiva «decena». Así el uno, el dos..., el nueve y el diez son unidades distintas e independientes o que nada tienen que ver entre sí, pero que están ligadas abstractamente por el concepto de la «decena» *que encarna en ellas*. FINAL NOTA).

Un augusto «Hilo de Oro» (o Suthra-atmá) liga a dicho Ego Superior o Individualidad que reencarna, siendo siempre la misma, con el Ego inferior, personalidad o «máscara» de cada uno de nosotros, y dicho «Hilo» de simbólico color amarillo para los videntes no es otro

que el Broche santo del Pensamiento, Manas o Mente, simbolizado en el mito occidental del Caballero del Cisne o Lohengrin por aquel collar de oro de los siete niños hijos de la infanta Isomberta (Iseo, Isis o Luna), que al ser cortado y fundido les transformara en «aves del cielo», mito que en la famosa magia negra caldea del Nipur septentrional acaso tenga su explicación y precedente como todos aquellos en los que entran el elemento esencial, los sacrificios humanos, o aquellos otros simbólicos del «sacrificio del caballo», del Mahabharata o el del «macho cabrío» de la tragedia griega sin olvidar tampoco aquel otro, el incruento, en el que la Iglesia romana cifra su interés más supremo...

Todos estos sacrificios de los diversos cultos que se han ido sucediendo unos a otros en la Historia no son sino degenerados símbolos de aquel magno Sacrificio de los «Ángeles del Fuego» (Prometeos, Pitris solares, Agniswatta y Makaras), al donarnos a nosotros, los animales-humanos, el divino don del Pensamiento, Yoguis celestes, como dice *La Doctrina Secreta*, que se ofrecieron como víctimas voluntarias para descender de sus solares moradas celestes y así redimir a la Humanidad, o mejor dicho, darla el instrumento para que ella misma se redimiese. Para ello, abandonando su angélico estado, descendieron a nuestro Globo (caída simbólica de los ángeles) y habitarle durante todo el gran ciclo (o Mahayuga de 4.320.000 años), fundiendo hipostáticamente sus impersonales Individualidades en aquellas Personalidades semi-animales de los hombres sin mente y cambiando así al par la dicha de la existencia sideral o solar por la maldición de la vida terrestre (paso de Suras o dioses A-Suras o demonios), antes que contemplar impasibles y egoístas

la inconsciente desdicha de los «seres como sombras» (Bhutas) de las dos primeras razas (reyes de Edom, bíblicos) emanados por la energía semi-pasiva de seres como los Pitris lunares o Barishads, que si bien pudieron formar los «rupas» o cuerpos de los hombres, no habían podido o querido darles su propia mente celeste. Estos son los «Hijos de Mahat» de la teogonía védica, los vivificadores de la planta humana, los incendiadores o despertadores del «oro dormido» de nuestro pristino estado animal; los Señores de la Vida Espiritual eterna, Divinos Rebeldes sin los cuales la evolución cíclica se habría realizado de un modo inconsciente y lentísimo. En suma: nuestros Dhyanis o Salvadores, que desde entonces son uno con nosotros, constituyéndose en causa de infinitas alegorías referentes al contraste de los dos polos de Espíritu y Materia ligados por el collar o anillo de la Mente de Ellos y fundidos más que integrados en armónico conjunto por el fuego de la propia experiencia a lo largo de las vidas conscientes que alimenta el sufrimiento. ¡Tal es la pretendida «rebeldía» de aquellos Seres excelsos que se negaron en las dos primeras razas a crear o emanar hombres inconscientes, irresponsables y abúlicos, pero que en la raza tercera, que es la primera raza física propiamente dicha o «lemuriana», no vacilaron un momento en darles su propio y divino Pensamiento, que les permitiría algún día (el gran día del Retorno) redescubrir con su sabiduría los Misterios del Reino del Cielo!

Adquirir el hombre por su esfuerzo tamaña sabiduría celeste equivalía, en el simbolismo védico, a beber el sagrado licor del dios Soma o de La Luna; participar de la ciencia de los siete Rishis (Kabires, Viraj o varones divinos de caldeos e incas), o sea de los siete primitivos Dhyanis

angélicos que así se prestaron a encarnar y dar mente a los hombres. En las tradiciones cristianas esto es «la copa del Santo Grial primitivo», base, no consecuencia como se cree, de la cristiana Eucaristía y en las tradiciones musulmicotalmúdicas ello está así mismo simbolizado por aquel Pinkas o Penkos (de penta, el Cinco, el Pensamiento), hijo de Eleazar o Helio-asaras, y nieto de Aarón, que habiendo logrado hallar la Fuente de la Vida, había en ella bebido el agua o elixir que concede la clarividencia y la inmortalidad, al modo de la sangre del monstruo Keshin, muerto por Krishna, o el monstruo Fafner, muerto por Sigfredo, que una vez bebida concede la Iluminación al par que la invulnerabilidad, por lo que su alma pudo luego pasar por el cuerpo de Elías el profeta y luego por el de San Juan, o «cobijarlos» más bien bajo su égida, si bien Pinkas como Khedr (el Codro griego), ocultó su sabiduría en la caverna iniciática (secreto esotérico), dando, en fin, margen a una última floración mítica en el Corán (la caverna de los siete durmientes, cuyo comentario puede verse en nuestro libro *Por el reino encantado de Maya*), y a una postrera leyenda musulímica según la cual cuando el profeta Mahoma huía de la Meca a Medina, seguido muy de cerca por sus fanáticos perseguidores, hubo de esconderse en una gruta y, así que en ella hubo entrado, Alah, para protegerle, hizo que una araña tejiese en seguida su tela en la puerta de la caverna. Gracias a esto, al pasar por frente a la gruta los perseguidores del justo, desistieron de entrar, juzgando sensatamente que nadie había en ella penetrado puesto que se hallaba intacta la tela de la araña.

Semejante «Fuente de Vida», en fin, es la llamada «akasha» o a-kosha, «la no cosa» «la no envoltura» es

decir, «lo abstracto», lo subliminal, lo místico y supremo, el «dios-cielo» de los hindúes, el depósito de toda la inteligente energía, el propulsor de todo cambio o actividad en la materia física y el gobernador personificado de todo efecto mágico, cuyo sinónimo físico aquí abajo en nuestra occidental filosofía es el de «materia prima» o sustancia primordial (Prothilo o éter de los físicos), mientras que en su estado o concepción trascendente es el Dios omnipotente y director de todo invocado por el Hotar (Tarot, Athanor o sacerdote) en el sacrificio del Soma; el Poder divino, en una palabra, que yace oculto y dormido en la Materia y la suprema expresión de la Fuerza Manifestada, el alkaest, disolvente universal o superelectromagnetismo oculto. «En el momento del sacrificio del Soma –termina diciendo la Maestra– Akasha está de tal modo impregnada con el espíritu de Brahmá (el Espíritu de la Dilatación, del brig, extenderse) que es Brahmá mismo (Brahma-jin-vati), habiendo dado lugar con ello, en cierto sentido, al dogma cristiano de la Transustanciación». (NOTA: En la escena de La samaritana (San Juan, c. IV) se da una deliciosa paráfrasis de estas enseñanzas universales, en una forma que no podemos menos de recordar aquí, y que dice:

«5. Vino, pues, Jesús a una ciudad de Samaria, que se llamaba Sichar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. 6. Y estaba allí la fuente de Jacob, y Jesús, cansado del camino, estaba sentado junto a la fuente a la hora de sexta. 7. Vino entonces una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dijo: «Dame de beber». 8. (Porque los discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer). 9. Y aquella mujer samaritana le dijo: «¿Cómo tu, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana, cuando ningún

judío se trata con los de mi pueblo?» 10. Respondiéndola Jesús diciéndola: «Si supieras el don de Dios y quién es el que te dice «Dame de beber», tú de cierto le pidieras a él y él te daría agua viva purísima». 11. La samaritana le dijo: «Señor, no tienes con qué sacar el agua y el pozo es muy hondo; ¿de dónde tienes, pues, el agua viva? 12. ¿Por ventura eres tu mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y en el pozo bebían él, sus hijos y sus ganados?» 13. Y Jesús respondió: «Todo aquel que bebe de esta agua volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, ése jamás volverá a estar sediento. 14. Porque el agua que yo le diere se tornará en un torrente de agua viva que saltará hasta la vida eterna». 15. La mujer le dijo: Dame, Señor, de esa agua para que no tenga más sed ni venga aquí a sacarla... 16. Jesús le dijo: «Llama a tu marido y ven acá con él». 17. La mujer respondió: «No tengo marido». 18. Y Jesús añadió: «Bien has dicho que no tienes marido porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido.». 19. La mujer contestó: «Veo, Señor, que eres profeta. 20. Nuestros padres adoraron en este monte al Señor y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar». 21. Jesús le dijo: «Mujer, créeme. Es ya llegada la hora en que no adoréis al Padre en este monte ni en Jerusalén... 23. Mas la hora viene en que los verdaderos fieles adoran al Padre en Espíritu y en verdad. Porque el Padre prefiere a los que así le buscan. 24. Dios es Espíritu y es menester que aquellos que le adoran le adoren en Espíritu y en Verdad...» FINAL NOTA)

«Uno de los fenómenos ocultos más extraordinarios, dice Franz Hartmann, es la transfiguración de los seres vivientes, o como se le designa vulgarmente, el «cambio

sobrenatural de la apariencia en los seres humanos, tal como, por ejemplo, se halla mencionado en la Biblia (Mateo, XVII, 2.) donde se dice que Jesús se transfiguró delante de Pedro, Jaime y Juan: «Su faz brillaba como el sol, y sus vestidos eran blancos como la luz.» Mientras que nosotros admitimos la exactitud de la relación, no consideramos el hecho de la transfiguración como si fuese algo «sobrenatural», o sea fuera de las leyes de la naturaleza; pero el estudio de tal fenómeno es muy conducente a ocasionar un cambio en la opinión popular respecto a la constitución de lo que llamamos *materia* y a enseñar que toda materia sólo son vibraciones de algo que bajo otro aspecto sólo puede ser llamado *mente*, y que por eso a las formas materiales se les puede hacer asumir otros aspectos instantáneamente, si esas vibraciones son cambiadas por la mágica influencia de algún poder espiritual superior. Tales poderes corresponden al alma y nosotros los hallamos enumerados y explicados en la *Filosofía Yoga*, de Patanjali. En esa filosofía se nos ha enseñado cómo podemos llegar a ser dueños y señores de la naturaleza y de los elementos, haciendo que nuestro cuerpo sea glorificado e indestructible, liviano o pesado, luminoso o invisible y cambiar su forma a nuestro placer, si hemos adquirido los «ocho Siddhis» o «poderes».

Todo esto, por supuesto, no es sino el cambio que se opera en el «bebedor del Soma», o Iniciado, al transportar su conciencia psicológica desde el mundo concreto o de la mente inferior al mundo abstracto o de la mente superior y trascendida en una verdadera apoteosis o superconciencia que otras escuelas llaman «voluptuosidad» (en el sentido griego, no en el degenerado de las lenguas neolatinas), «delirio divino» o éxtasis del que se dice que Plotino sólo

gozó cinco o seis veces en su vida, porque la Mente, como enseña la maestra, es una deidad que posee los dos sexos, pues que es capaz de fecundarse a sí misma, siendo éste y no otro el significado super-sexual del clásico mito de Psiquis y Heros, en la célebre fábula de Apuleyo, eco lejano del Athamas, Thomas o Adán andrógino de la Cábala, o de la tríada, andrógina también, de Hermes-Esculapio-Asclepio, cuyo símbolo es la Vara vertical de la Tau sobre la que se enrolla la doble Serpiente femenina del Aghatodemon y el Kakodemon de los ophitas y de la Biblia en aquellos mal comprendidos pasajes del Éxodo alusivos a las luchas mágicas de Moisés con los magos del Faraón. Otro de los mil simbolismos antiguos de esta dualidad andrógina de la mente le tenemos en el bellissimo pasaje del *Mahabharata* en que Briasdeva distrae las nostalgias de los pandús en su destierro narrándoles el idilio de Nalo o «Dionisios», el rey de Nissya, y de Damianti, hija de Bima, rey de Vidyaarba, en el que, anticipándose al cisne del Kalevala nórdico y al cisne de Leda, un blanco cisne también oficia de mensajero. El completo desenvolvimiento mítico de este poema originario, en la vieja literatura alemana en que se inspiró Wágner y en la parsi de Las mil y una noches nos llevaría demasiado lejos. Baste decir que Damianti representa, como Psiquis, a la mente inferior y limitada del hombre que «de oídas» (pues que aún no conoce a la mente superior, Nalo, Nalú o «Luna»), se enamora de este superhumano personaje, cosa repetida luego a través de toda la leyenda caballeresca del medioevo. Pero Damianti, como Psiquis, como Melusina y como «la joven hilandera de las cinco madejas» o «la Cenicienta» de otros cuentos, necesita alcanzar a saber discernir entre el verdadero Nalo humano y los otros cinco héroes o devas que ante la santa Asamblea

de jueces de Swayarbara o Swayambhuva han remedado todas las apariencias de éste, salvo una: la de tener sombra como los mortales, o más bien, según la etimología, tener «alma humana» o «nombre». (NOTA: Bonilla y San Martín, en su notable estudio sobre *El mito de Psiquis*, hace notar el alcance filosófico que tiene para estos problemas el que «nombre» y «alma» sean como una misma cosa (*ainn*, el primero, y *anim*, la segunda, en lengua gaedhéllica o gaélica irlandesa), y también el famoso «secreto de los nombres» y el de «la sombra», con alusiones al *Tom-tit-tot* del viejo cantar inglés que dice:

Nimmy, nimmy not
Myname's Tom-tit-tot,

o, en fin, el místico trabajo de Fray Luis de León acerca de Los Nombres de Cristo, y el también notable de nuestro Estanislao Sánchez Galvo, *Los nombres de los dioses*. FINAL NOTA).

Por otra parte dos raxaxas «elementales» o demonios inferiores se dan trazas a engañar a Nalo haciéndole perder todo en el juego, incluso su dama, a la que abandona en el bosque, junto al «lago de los espantos», terrorífico símbolo del mundo o cárcel en que yacemos como tristes caídos, y lugar de donde la cuitada logra escaparse al fin, refugiándose en Ischedi, la ciudad de Sova-hú o de la «reina de Sabá» salomónica, como si dijéramos, y unirse, al fin, con su Amado, tras entonar, como la Elsa del *Lohengrin*, el «Tema de la Justificación», tantas veces mencionado en el curso de estos estudios.

Mil ceremonias secretas o «Misterios» del primitivo Paganismo hacían también referencia a este «androginismo» o fecunda dualidad divina-humana de

nuestra Mente, tales como los de «Venus andrógina» y «Júpiter andrógino», no menos que los pasajes de Eugenio Bournouf, relativos a Zemkio Semchid, el nombre regio y nacional por excelencia entre los escitas, y Yama Schaeta, «la Brillante» por antonomasia, o sea la «Surya isthara», el Sol-Estrella de los primitivos mazdeistas, porque, como dijo Emerson, el alma humana, caracterizada por la mente o pensamiento, es muy superior a todo cuanto puede saberse de ella, y muy superior, por descontado, a cualquiera de sus obras concretas. «El poder de cada hombre para relacionar su pensamiento con su propio símbolo abstracto, y así, después de emplearle, depende de la sencillez de su carácter, esto es, de su amor a la verdad y su ansia por comunicarla íntegra a sus semejantes». Por eso también la corrupción del hombre va seguida de la corrupción del lenguaje, y cuando las pasiones le llevan a la doblez y a la falsedad, las verdades naturales reflejadas por el lenguaje cesan de producir o de proyectar sus imágenes, y entonces las palabras pierden todo su carácter divino, o sea todo su poder de estimular el entendimiento o los afectos, pudiendo encontrarse centenares de escritores en toda nación civilizada que por un corto tiempo creen y hacen creer a otros que ven y anuncian verdades, e incapaces de vestir por si mismos un pensamiento con su traje natural, se alimentan conscientemente del lenguaje creado por los primitivos escritores de su país, que se apoyaron en la Naturaleza. No hay, por eso, un hecho, un acontecimiento de nuestra existencia que, tarde o temprano, no deba perder su yerta inercia y deslumbrarnos al levantar su vuelo desde el fondo de nuestras miserias hasta el Empíreo».

Este «despertar del fuego sagrado», encerrado o dormido

en nuestra mente concreta, es en si el acto de Magia por excelencia. Los antiguos griegos llamaronle «invocación a las Musas», nombre este, por su parte, tan relacionado con el verbo «musag» y con el nombre de «moisés» o «muisca», el dios mexicano de la armonía (Orfeo o Apolo, entre los mediterráneos). Los yoguis le llaman «despertar del Fuego de Kumdalini», entre el Ida y el Pigala, las dos «columnas» inferiores de nuestra mente, más bien que los dos conductos espinales que dicen los modernos tratadistas de la Yoga. A semejante poder del Pensamiento (y a diario lo estamos viendo en todos los grandes inventos de la ciencia) los elementos o fuerzas materiales, así llamadas por los positivistas, los «espíritus elementales» o fuerzas semi-inteligentes que se desenvuelven en los cuatro reinos de la Naturaleza, nos prestan mágica obediencia, porque *Ap-ap* o *pa-pa*, la serpiente del Mal, el abismo aparente que aísla a lo concreto de lo abstracto y que ha de ser salvado heroicamente con el consabido «salto de las tinieblas» de ciertas iniciaciones, ha quedado vencida, y construido el Puente por el humano Pontífice, que tal es el augusto nombre de todo aquel que logra poner al unísono por el Arte en su más amplia acepción su mente inferior de semibestia con su Mente superior, divina Dama de su caballeresco y heroico Pensamiento

Por eso la creación artística entraña en sí una como cópula o fecundación trascendente, por virtud de la cual un algo superior inefable, abstracto, desconocido y angélico (musa) desciende al plano inferior de nuestra mente concreta, y allí, como el imán cuando cae entre limaduras de hierro, va formando los lineamientos de partículas dispersas, a los que se llaman «espectro magnético», verdadero «sol»

en su forma, que reduce a líneas definidas convergentes todo el «caos» de su informe hacinamiento, siendo por ello el pensamiento mismo un verdadero «Didumos», un par de «gemelos», como aquel de Cástor y Polux, griego, inmortal por una parte y mortal por la otra, porque merced a semejante dualidad, que liga a lo divino con lo humano en el campo de nuestra mente, hay siempre algo eterno y algo transitorio en todo pensamiento y también en la obra histórica del colectivo Pensamiento. Tal es el llamado poder creador de «Kriya-sukti» o de «la voluntad con el yoga», que dicen los textos orientales, pues que en la acción de pensar la voluntad humana se somete a un verdadero acto de «yoga» o de comercio de su limitación animal con el mundo de lo divino.

¡Cuán equivocado estuvo, pues, Maurice Barrés, el académico francés, al decir en plena Cámara, en febrero de 1911, que el terreno que va perdiendo el Cristianismo en el mundo será ganado por el Paganismo en sus formas más groseras de magia, hechicería, aberraciones teosóficas, charlatanismo espiritista y supersticiones de hipnotismo! Ciertamente que Edouard Tremisot hubo de contestarle indignado que hablaba de lo que no entendía, y que del mismo modo que el diputado francés hoy, se expresaba en su tiempo, respecto de los cristianos, Plinio el Joven en su Carta 97 a Trajano. Pero no lo es menos, como puede verse por lo apuntado en estos capítulos, que las viejas interpretaciones orientales y paganas entrañaban una sabiduría natural y filosófica que venimos echando bien de menos en los veinte siglos de Cristianismo, porque, como dice el célebre diálogo entre Hermes y Asclepios, ha llegado el triste día, en aquél profetizado, en que «impíos

extranjeros» acusaran a los egipcios de que adoraban monstruos, confundiendo arteramente el símbolo con lo simbolizado, como si otros pueblos del futuro nos acusasen mañana de adorar hoy a las estatuas y demás simbolismos que atesoramos en nuestras calles y edificios.

CAPÍTULO IX

LA SUPERVIVENCIA

Flammarión y el problema del Más Allá.— La muerte y su misterio.— Los grados de conocimiento: evidencia absoluta, certidumbre, probabilidad posibilidad, duda, ignorancia e inexistencia.— La Verdad y la Mentira.— Toda dualidad acaba por la anulación de uno de los términos contrapuestos o por su síntesis.— La continuidad serial de cuanto nos rodea exige la continuidad también allende la tumba.— La continuidad de la especie no es obstáculo para la continuidad postmortem del individuo.— El problema de allende la muerte es problema experimental...después de muertos.— Espiritismo y metapsíquica.— La teoría de Richet y las reencarnaciones.—Rectificación teosófica de la misma.— El fenómeno de la mediumnidad es patológico y toda ciencia que se funde sobre él es una ciencia maldita.— Analogías entre la muerte y el sueño cotidiano.— La continuidad de la conciencia superior a través de las vidas.— El misterio de «las pequeñas vidas» según Edison y Paracelso.— Sólo el Espíritu del Hombre y el Germen físico nos pertenece; lo demás es obra de la Luz Astral y de sus «elementos».

Camilo Flammarión, el discípulo de primera hora de la Sociedad Teosófica, el ecléctico admirable que en sus deliciosos trabajos espiritualistas bordea los límites de las tres grandes ideologías modernas de teosofía, espiritismo y ciencia poetizada, se pregunta en la página seis de su libro *La Muerte y su misterio*: «El espíritu, ¿no es superior a la materia? ¿Cuál el destino futuro del mismo? ¿No somos más que llamas efímeras que brillan un instante y luego

se extinguen para siempre? ¿No volveremos a ver a los que hemos amado, a los que nos han precedido en el Más Allá? ¿Son eternas las separaciones por la muerte? ¿Todo muere en nosotros quizá? Si queda algo que se transforma en ese elemento imponderable, invisible, que escapa a todo, pero que es consciente y que puede acaso constituir nuestra personalidad durable, ¿vivirá ello mucho tiempo? ¿Sobrevivirá siempre...».

Si abrimos un buen tratado de Lógica éste nos enseñará que los grados de nuestro conocimiento pueden ser clasificados así: *a)* evidencia absoluta; *b)* certidumbre; *c)* probabilidad más o menos acentuada; *d)* posibilidad pura y simple; *e)* duda; *f)* ignorancia; *g)* inexistencia. Nuestra mente en todo problema grande o pequeño recorre, en efecto, o al menos aspira a recorrer unos tras otros todos los grados de esta serie, verdadera Escala de Jacob, cuyos primeros peldaños arrancan del mundo de tinieblas en que yacemos sumergidos, mientras que los peldaños últimos constituyen la apoteosis de la mente, su efectiva «deificación» al tenor de la etimología, porque la certidumbre que por nuestro propio esfuerzo logramos en cualquier problema tiene algo de embriaguez de triunfo, a la cual la evidencia absoluta añade un cierto como deliquio místico, un goce supremo que dista infinitamente de aquel desgarrador escepticismo que hizo exclamar a Bartrina:

«En pos de la Verdad con ansia impía
corrí desalentado,
y después de alcanzarla,
¡qué daría por no haberla alcanzado!».

(NOTA: La frase del poeta es cierta, sin embargo, en lo relativo a la conquista de todas cuantas verdades superen a nuestro estado moral, o sea a nuestra capacidad para soportarlas. La verdad es el alimento del fuerte, como lo es del débil la mentira; pero cada nueva verdad conquistada nos impone un nuevo deber respecto de ella, razón por la cual el conocimiento es arma de dos filos, y se llamó por eso en el mito mosaico «la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal». Por eso hay siempre algo de viril, de masculino en cada nueva verdad, como hay algo de femenino, de «tutelaramente piadoso», si vale la frase, en toda mentira. ¿Quién no ha llorado alguna vez la pérdida de las mil mentiras piadosas, tales como la de «Los Reyes Magos» que constituyeron nuestra ilusión de niños? ¿Quién no ha sentido con el poeta el penetrar en nuestras carnes, como puñal buido, el filo de alguna nueva verdad? Vivimos, como niños mentales que aún somos, bajo un piadoso «Velo de Mentira» y este efectivo «Velo de Isis» es una suprema piedad para con nosotros de la Madre Naturaleza, velo que, a pesar de todo hemos de ir desgarrando, como para nacer a este mundo desgarrar el feto las envolturas que en el claustro materno le, protegen y aprisionan, y como, analógicamente, desgarrar nuestra alma para nacer al mundo espiritual las vestiduras de carnes que son al par, en este mundo terrestre, nuestro instrumento y nuestra rémora más cruel.

San Pablo, el iniciado cristiano, se refería sin duda a ello en aquella oscura frase de que cuando conoció el pecado conoció la ley o viceversa, porque el conocimiento de una nueva verdad o sea de una nueva ley de la Naturaleza –la de la pubertad, por ejemplo– trae aparejada la visión del estado anterior como un estado imperfecto y a cuyas

falsas placideces nunca se desearía volver, como nunca nos avendríamos a perder la razón por más dolores que ella nos acarree. El brillante paralelo, en fin, entre la Mentira y la Verdad, está hecho de mano maestra por Espronceda en la introducción a *El Diablo Mundo*, que recomendamos vuelvan a leer cuantos quieran adueñarse de esta triste realidad nuestra a lo Prometeo de «felicidad con mentira e ignorancia» o «dolor con verdad y con saber», no obstante lo cual jamás debemos caer en «la verdad a medias del Eclesiastés» de que «quien añade ciencia añade dolor», porque aunque el dolor precede a la adquisición del conocimiento merced al esfuerzo realizado, no hay placer de dioses comparable al conocimiento mismo, sobre todo si se cuida de poetizarle con el Arte, o sea rodearle de las nuevas galas de una «mentira superior», prólogo a su vez de otra verdad más excelsa todavía hacia la que, tras breve descanso, hay que remontar también a lo largo de la escala indefinida de progreso a la que llamamos Evolución. FINAL NOTA).

Todo problema superior al estado mental de cada uno de nosotros es un problema inexistente mientras semejante superioridad se mantenga; pero así que el más tenue rayo de luz respecto de él llegue a nuestra mente adormecida, dicha inexistencia se trueca en el segundo grado inferior de la escala, pues que ya, desde entonces, nos damos cuenta de que dicho problema que teníamos por inexistente por no haber entablado con él el más débil vínculo de asociación, existe, si bien acerca de él empezamos por ignorarlo todo.

Puesta ya así en actividad nuestra mente, merced al innato deseo de conocer que más o menos nos devora a todos («Tema de la Curiosidad», del eterno mito), nuestra

ignorancia inicial se trueca en un inquieto anhelo que, con las nacientes alas del deseo de conocer nacidas, quiere volar hacia el mundo superior de verdad entrevisto por el nuevo anhelo y, a la manera de cómo la araña fija en varios puntos firmes exteriores las primeras hebras o lineamientos de su tela, fijamos nosotros en lo ya por nosotros conocido diversos puntos de apoyo para ir escalando hacia la nueva realidad entrevista por nuestra intuición. Cada uno de estos puntos va dibujando, en efecto, una posibilidad, y el conjunto de referidas posibilidades, como los tenues estratos filiformes de las nubes que se van condensando en cúmulos, empieza ya a diseñar posibilidades determinadas, las cuales, más tarde, van diseñando probabilidades crecientes, hasta llevarnos en los casos favorables a una certidumbre, certidumbre que acaba en evidencia así que la contrastamos con las demás cosas plenamente conocidas que constituyen a la sazón nuestro acerbo intelectual. De este modo, en cuantas cosas conocemos plenamente, si es que se puede decir que conocemos plenamente algo, ha pasado nuestra mente desde la ignorancia absoluta al pleno conocimiento.

El problema del más allá, como el más fundamental de todos los problemas de esta vida, por ser el problema tanto del prologo pasado como del epílogo futuro de nuestra vida misma, no puede librarse de esta ley general. Así, para el hombre de ruda condición semianimal de esos que abundan hoy mucho más de lo que parece, aun entre las clases que se dicen ilustradas y adineradas, el problema del más allá es perfectamente inexistente, ya que dicen a diario con Espronceda:

La vida es la vida, cuando ella se acaba
acaba con ella también el placer;
de inciertos temores ¿a qué hacerla esclava?;
para mí no hay nunca mañana ni ayer.

y yacen tranquilos, dicen, en su crasa ignorancia, contentos, todo lo contento que pudo estar el «cerdo de Indra» en su pocilga cuando, olvidado, según el mito oriental, de su prístina condición divina, no concebía otro horizonte ulterior que el demarcado por la pocilga misma, porque han resuelto a su modo suprimiendo uno de los términos –el relativo al alma– aquella terrible antinomia, de Espronceda también, cuando canta que «en este mundo, para estar en calma, o sobra la materia o sobra el alma», ya que, ciertamente, toda dualidad desconsoladora acaba tarde o temprano, o por la destrucción total de uno de los términos del problema, o bien por su armonización en una unidad superior en la que son como reabsorbidos entrambos términos contrapuestos. Felizmente para la Humanidad no todos somos así, y hay muchos miles de hombres sobre el planeta que, siendo «la sal del mundo para evitar su completa corrupción», al tenor del dicho evangélico, tienen en el tesoro de sus divinas inquietudes la inquietud magna de las tres preguntas de la Esfinge, y van ejercitando su mente en algo por encima del cotidiano vivir animal, y reuniendo posibilidades y probabilidades acerca de ellas, pues que comprenden que nuestra propia vida actual carece de lógica explicación sin términos anteriores y ulteriores de ella misma, aparte de que, sin estos términos lógicos obrando de antecedentes y de consiguientes de nuestros actos de hoy, no cabe hallar normas de justicia que tengan un sólido fundamento, ni apoyo moral para nada

durable ni trascendente.

A esta clase de hombres atormentados por la cartesiana duda es a quienes consagramos estas páginas, haciéndoles notar primeramente que la continuidad serial, la evolución eterna de todo cuanto nos rodea, exige lógicamente la existencia de un vivir anterior y otro ulterior a nuestro presente estado de conciencia, entendiendo por semejante vivir, no el de las formas siempre cambiantes y efímeras de las que se reviste nuestra conciencia psicológica, o sea «los cuerpos», sino el de ese algo esencial que nos hace parecer a nuestros ojos siempre el mismo sér, desde que nacemos hasta que morimos: el «pienso, luego soy» de las escuelas filosóficas.

Un grano, sembrado, produce una espiga, y los granos de esta espiga pasan por un estado latente en sus posibilidades germinativas, hasta que, al cabo de más o menos tiempo, son sembrados a su vez y producen sendas espigas, continuando así indefinidamente la virtualidad de la especie, a costa de morir sucesivamente todos ellos, mejor dicho, de transformarse en tallos productores de espigas.

Hay, pues, una eternidad indudable, que es la de la especie, y ello está ya admitido por la totalidad de los positivistas, con una convicción tal que hasta es por ellos esgrimida contra los espiritualistas que admitimos otra inmortalidad más: la de la conciencia del grano como grano y del hombre como hombre, porque, en términos lógicos, la una no está reñida con la otra.

Existe, sin embargo, a primera vista, entre ambos conceptos de inmortalidad una diferencia esencial, porque la una es del dominio de la observación y la experiencia – método que, sin razón alguna que lo demuestre o justifique,

hemos convenido entre nuestros ciegos positivismos no que es *uno*, sino que es el único medio de conocer— y la otra, se dice, «no es del dominio experimental».

Pero aquí está el error fundamental, porque, como quiera que todos hemos de morir y de *experimentarlo* dentro de pocos años, no puede decirse, así en absoluto, que no sea experimental el problema del más allá, sino que simplemente *todavía no lo hemos experimentado, mas lo experimentaremos*.

Aparte, pues, de que tal experimentación nos será dada más pronto quizá de la que pensemos, cabe decir con los espiritistas, metapsiquistas y demás pensadores orientados en esta nada recomendable dirección del «experimentatun periculosum» que hay pruebas directas y experimentales de que se sobrevive, pruebas que sería vano traer aquí ya que no cabrían en el formato de este libro, unas nacidas de los casos de muerte aparente estudiados por Lecha-Marzo y por otros, casos en los cuales literalmente el «doble etéreo o astral» del aparente muerto ha tornado a la vida a la manera de cómo el hidrógeno disociado del oxígeno por una temperatura de 500 grados vuelve a unirse con él así que la temperatura disminuye, o bien como vuelve a posesionarse del cuerpo operado el «doble» separado de él por los hipnóticos durante las más cruentas operaciones.

Y no se diga que tales pruebas carecen del llamado «control científico», sino más bien que el llamado control científico, que es no pocas veces pura desconfianza burlona y lesiva, impropia de educados experimentadores, no está a la altura y documentación de los hechos experimentados, y que, constituida la tal «ciencia» en elemento retardatario más que en elemento de progreso, repite una y cien veces el

caso de oposición de los científicos de la época, precisamente, a innovaciones como las del ferrocarril, la fotografía, el gramófono, etc., que causan risa hoy para baldón eterno de los eternos «Maestros cantores de Nuremberg», tan magistralmente caricaturizados por Wágner...

Dos clases de «experimentación» corren por el mundo: la una es la de espiritistas y metapsiquistas con sus «médiums», la otra es de índole interna, personal y mística, propia de orientalistas y teósofos. Estudiemos la primera, que el sabio Richet resume en luminoso trabajo, al que haremos por nota las observaciones convenientes.

«Desde los primeros tiempos de la Historia y de la tradición, dice, los hombres hemos supuesto que con la muerte no desaparece todo lo que integra nuestro sér. Dos mil años antes de la Era Cristiana ya había en los egipcios la fe en una supervivencia. Los minuciosos embalsamamientos de las momias revelan la fuerza de esta convicción. Al lado del cadáver se ponía cuanto le había sido querido, para que, al despertarse, pudiese encontrar muy cerca, al alcance de la mano, todo lo que había sido aliciente de su vida: sus manjares, sus amores, sus juegos y glorias. En todas las religiones, salvo acaso en la hebrea primitiva, se encuentra la misma preocupación por la inmortalidad, la misma creencia en una vida ulterior. Homero hablaba de la supervivencia del hombre, y, aunque las sombras, allende la Stigia, no tuviesen más que una existencia precaria, aunque sólo fuesen así como una humareda flotante, sin embargo, esto era un poco de vida extraterrestre. En los mahometanos, en los cristianos, en las religiones pérsicas, chinas, escandinavas, se revela el mismo deseo de inmortalidad, análoga creencia en un porvenir prolongado

más allá de la existencia terrestre. Pero ya uno de los poetas más excelsos, Lucrecio, había indicado, con salvaje y adusta elocuencia, cuán inverosímil es la idea de una resurrección o de una vida futura. Mas nada ha podido prevalecer contra la inmensa sed de supervivencia, común a casi toda la Humanidad, de tal suerte que la Humanidad cree que la muerte no es la muerte y espera en una vida futura. «La muerte no es más que un tránsito a la inmortalidad», ha dicho un poeta resumiendo la convicción instintiva de todos los seres humanos. Se trata, pues, de saber si esta creencia irreflexiva encuentra algún punto de apoyo en los hechos recientemente descubiertos por esa psicología oculta que me he permitido llamar –y la palabra ya se ha hecho clásica– la METAPSÍQUICA.

»En primer lugar, es preciso entender lo que llamamos supervivencia. La supervivencia no es, en modo alguno, la persistencia de los elementos materiales que constituyen el cuerpo y el alma. Seguros estamos de que el carbono, el nitrógeno, el oxígeno, el fósforo, el azufre, que son los elementos químicos de nuestro cerebro, no perecerán. Pero esto importa poco. La palabra supervivencia no quiere, en realidad, significar otra cosa que la supervivencia de la conciencia. Si la conciencia del «yo», no sobrevive, nada queda. Una conciencia que no se acuerde de sus estados anteriores es una personalidad nueva, absolutamente nueva. Así, pues, la reencarnación sin recuerdo de los estados precedentes de nuestro yo no es una supervida verdadera. Según los espiritistas, las almas de los muertos, después de haber errado por los espacios, van a revivir en tal o cual cuerpo humano; es decir, se reencarnan, y entonces van pasando por los estados de feto, recién

nacido, niño, adolescente, adulto, anciano, con cualidades completamente distintas de sus anteriores cualidades terrestres. Nada conservan de su pasado, de nada se acuerdan: son seres nuevos. Verdaderamente es muy poco interesante para un muerto convertirse de nuevo en sér viviente, si al revivir no guarda la menor idea de lo que antes era. Cierto es que los espiritistas han pretendido –pero sin aportar la menor prueba en apoyo de su opinión– que más tarde, en otros tiempos, en otros espacios, estas almas, después de haber pasado por una serie más o menos larga de existencias terrestres variadas, hallarán en una síntesis final el conjunto de todas sus evoluciones multicolores. Pero esta concepción de la migración, de la metempsicosis, como la llamaba Pitágoras, no parece ser otra cosa que ilusiones de la imaginación. Acaso puede divertir al poeta, pero no seduce al filósofo. No hay supervivencia más que si la conciencia sobrevive con la memoria de sus recuerdos terrestres, con la persistencia, por débil que sea, de los gustos, de las voliciones, de las pasiones, en suma, de todo cuanto constituye nuestro yo. ¡Qué me importa sobrevivir si he olvidado mi nombre, mi sexo, mi patria, mi tiempo; si no he conservado nada de mí mismo; si no reconozco a quienes amaba; si me divierto en puerilidades que, en la época de mi vida terrestre, me hubiesen parecido ridículas o detestables! Es necesario que pueda enlazar este mi yo de ahora por la cadena de los recuerdos con el yo antiguo. La supervivencia no consuela más que en el caso de que haya continuidad de la conciencia. La supervivencia anímica, sin memoria, es tan poco interesante para el «yo» como la supervivencia química de los átomos de carbono que forman la materia de mi cerebro.

»A decir verdad –si se me permite este paréntesis–, no comprendo bien por qué los pobres humanos tienen tan ardiente deseo de inmortalidad. Para dolerse de estar muerto es preciso existir. Si, pues, la muerte destruye toda conciencia, no habrá quien pueda lamentarse de no poseer ya esta conciencia. En último caso, es mucho más prudente no tener una desconocida y prolongada serie de pruebas posibles que sufrir. Acaso eso sea un paraíso; pero también puede ser un infierno. Es una contra poco agradable. Así que yo estaría mucho más tranquilo si algún genio viniera a decirme que, después de la muerte, no hay ni infierno ni paraíso, porque entonces –claro es– yo no tendría ya ni penas, ni inquietudes, ni nada.

»Pero no es ésta la cuestión. No se trata de saber si sobrevivir es encantador o cruel. Probablemente, en este asunto no interviene nuestra voluntad. Podría discurrirse largamente sobre este asunto; pero no quiero extenderme más. Me contentaré con señalar una necesidad lógica sobre la cual acaso no se haya reflexionado lo bastante. Y es que, si no hay muerte, tampoco puede haber nacimientos; porque, después de los trillones y quintillones de siglos que el mundo lleva de existencia, si los hombres siguieran naciendo sin haber extinciones, los seres vivos acabarían por poblar al infinito el ancho universo, incapaz de contenerles, puesto que su número iría creciendo incesantemente. La supervivencia implica, pues, la reencarnación, lo cual nos empuja al punto en el caos de las hipótesis y de las inverosimilitudes.

»Dejemos a un lado los argumentos metafísicos o fisiológicos y veamos los resultados de la experimentación con los «médiums», esos seres singulares, provistos

de ciertos y especiales poderes de espíritu. Cuando un «médium» se pone a la mesa y escribe, tiene una constante tendencia a reconocerse como el agente inmediato de esta escritura, denominada automática. El «médium» pretende que un espíritu se ha encarnado en él, y, en efecto, a veces tiene sorprendentes coincidencias con los razonamientos, con las emociones, con el carácter de esa personalidad que parece haber renacido en él. Pero, ¿puede deducirse de esta apariencia que es un espíritu realmente, que es un sér humano desaparecido que vuelve? No basta aquella afirmación. No basta que se me diga en francés, en inglés o en italiano, y hasta en griego: «Yo soy Sócrates, y os aconsejo que os intereséis en las cosas de por acá», para que yo grite: «Es la conciencia de Sócrates que resucita». Eso sería una ingenuidad de que no me siento capaz. El problema sería entonces muy sencillo, y terminaríamos con una resuelta y seca negativa si no ocurriese a veces que esos espíritus que se manifiestan a través de los «médiums» no nos dijese ciertas cosas desconocidas para el «médium» y, sin embargo, verdaderas, exactas. Con frecuencia, esas palabras o esas escrituras de los «médiums» son desconcertantes, porque en ella se nos revela un mundo nuevo. El muerto que se manifiesta por la escritura del «médium» parece, en realidad, volver a este mundo: da por menores exactos de lo que fue en su vida, reanuda las conversaciones en el punto en que las había interrumpido, revela secretos únicamente conocidos de él. Si una madre, ansiosa de volver a ver a su hijo, llega a la casa de un «médium» sin ser conocida, y, de pronto, el «médium» le da el nombre de su hijo y ciertos detalles, ¿cómo se quiere que esta pobre madre no quede convencida de que su hijo la ha hablado?

»Los ejemplos auténticos de estos reconocimientos son muy numerosos; pero, ¿qué podemos deducir de ellos? La opinión simplista de que el muerto no está muerto y habla y escribe por la mano del «médium» me parece que presenta tan graves contradicciones y dificultades, que yo supongo otra cosa. Hipótesis por hipótesis, acepto aquella que no entraña tan enormes inverosimilitudes. Creo mejor admitir esto otro, que no es muy complicado: que hay ciertos seres privilegiados –los llamados «médium»– que poseen una facultad de conocimiento distinta de las facultades ordinarias. La mayoría de los hombres no saben más que lo que pasa por sus sentidos; pero los «médium» están provistos de una especie de sentido nuevo, una «estesia» oculta –una «cripestesia»– que les revela cosas que no se pueden percibir en una sensación ordinaria. Es lo que los antiguos autores llamaban «lucidez» o «clarividencia». Me parece que casi siempre –y hasta siempre– esos reconocimientos o identificaciones pueden explicarse como fenómenos de una clarividencia muy intensa. Y, además, es más lógico, más racional, más sencillo que admitir la supervivencia de la conciencia después de la muerte. Tanto más, cuanto que el superviviente habla un lenguaje muy tenebroso, erizado de contradicciones, cuajado de puerilidades y tonterías de que el muerto hubiese sido incapaz.

»Pero este terrible problema de la otra vida no se puede resolver solamente acudiendo a la clarividencia como hipótesis explicativa. Hay hechos que dan mucho que pensar aun a los escépticos, no en cuanto a los fenómenos de estesia supranormal, los cuales ya están definitivamente establecidos, sino en cuanto a las teorías

que se han aventurado. Aun ciertas identificaciones, como, por ejemplo, la del hijo de mi ilustre amigo sir Oliver Lodge, me obligan a vacilar un poco en mi escepticismo. Cuanto más estudio los fenómenos objetivos o subjetivos de la Metapsíquica, tanto más me convengo de que nuestra débil inteligencia no puede saber nada, o casi nada, del vasto cosmos misterioso, material o espiritual, que nos circunda. Aún no hemos comprendido nada del Universo, que permanece siendo un enigma indescifrable, y que tal vez lo sea siempre. Poco importa esto, desde el punto de vista de la moral. La ley moral continuará siendo aquella que había establecido Marco Aurelio y que Kant reiteró: «Obra siempre como si de tus actos dependiera la suerte del Universo». De poco poder sobre el Universo disponemos; pero a esta pequeña partícula conocida de justicia sí la debemos obedecer, cualquiera que sea nuestro ulterior destino».

Los párrafos transcritos resumen más o menos el triste sentir moderno acerca de la supervivencia, pero dejan horribles lagunas que es preciso esclarecer.

En primer lugar Lucrecio, como todos los clásicos semi-iniciados romanos, sabía bien a qué atenerse sobre el problema, y sus sátiras iban más bien que contra la inmortalidad contra la grosera superstición de los que entonces, como hoy, abogaban por una resurrección en carne y hueso, algo así como el Juicio Final de los cristianos ulteriores. Claro es que sin la conciencia no es posible la supervivencia; pero esta conciencia subsiste en nosotros después de muertos, constituyendo un efectivo infierno con sus remordimientos del mal en la vida realizado y un efectivo cielo con la realización en un mundo superior de cuantos

nobles anhelos hemos alimentado aquí abajo sufriendo el dolor de no ver realizado casi ninguno. Y aun al tornar a nacer, esta conciencia, subsiste en otra forma, que es la de las ideas y sentimientos innatos, que diría Leibnitz, la de las facultades con que estamos dotados y la de las tristes limitaciones que por nuestro propio pasado o karma nos hemos impuesto, siendo, por otra parte, el más preciado don del Velo de Isis el que la piadosa Madre Naturaleza ha tendido sobre nuestra memoria, que de otro modo no nos recordaría quizá sino crímenes y dolores. Por defectuosa que pueda ser la concepción espiritista, es infinitamente más lógica y consoladora que esos misoneísmos escépticos de nuestros contemporáneos, misoneísmos que no son otra cosa que una verdadera patología del espíritu, una enfermedad moral que quiere razonar sin amor, sin ilusión y sin esperanzas. (NOTA: Además, los razonamientos de Richet no rezan con la doctrina teosófica relativa a la reencarnación, porque como, según ella, no reencarnan los elementos inferiores del Hombre, sino su divina Triada, no hay para qué argumentar con objeciones relativas a estados de conciencia inferior, como lo son todos los que se refieren a recordaciones pasionales y nimias de la vida física. Una buena prueba de ello, según la ley teosófica de la analogía, la tenemos en el cómo a pesar de la continuidad evidente de nuestra conciencia a través de cada existencia física, no recordamos casi ninguna de las trivialidades que nos han acaecido en remotos días, y si recordamos algunas de ellas es de un modo vago, impersonal e indiferente, cual si hubiesen acaecido a otra persona y no a nosotros. FINAL NOTA).

La muerte no destruye la conciencia, como no la

destruye el sueño de cada día, sino que establece un paréntesis de continuidad tal y como también le establece el sueño entre vigilia y vigilia, porque no hay más que una ley en todo el Cosmos, y es la que en Física llamamos de la transformación de la Fuerza –Fuerza Inteligente siempre, por supuesto–, o sea la de los estados latente y radiante que alternan en la Naturaleza como alternan también la vida y la muerte, el día y la noche, la alegría y el dolor, el verano y el invierno y, en general, todos los contrarios que crean por su síntesis estados superiores, tal como el estado del Más Allá, que no es ni de vida, como la de aquí abajo, ni de muerte, como la de aquí abajo también, sino de algo inefable e incomprensible para nuestros positivimos animales, pero hartamente comprensible para el Arte, la Ilusión y la Mística, que ninguna de las tres cosas son, propiamente hablando, de este bajo mundo, sino del mundo superior, de ese que ven los videntes religiosos o artísticos, como Swedemborg, siquiera luego no alcancen a traducirnoslo sino de un modo incompleto y grosero, que a veces resulta, por lo infantil, hasta risible.

Esto, aunque fuere ilusión –lo cual no quiere decir etimológicamente que sea mentira–, resulta por lo menos más moral que el tratar de obtener una ciencia valiéndose de la mediumnidad, o sea del estado patológico y anormal de un pobre ser humano que viene a ser en manos de sus desaprensivos experimentadores –dicho sea sin ánimo de ofensa– lo que la pobre rana inyectada de curare en la platina del microscopio. Ni el fin justifica a los medios, por bueno que él parezca, ni cabe fundar una ciencia bendita, sino una maldita y muy maldita sobre tales proceder con un semejante nuestro cuyo padecimiento nervioso se exagera

más y más con semejantes prácticas de Magia Negra, de las que, ¡ay!, no han estado exentos nuestros más conspicuos teósofos, siendo, a nuestro juicio, quizá una de las causas de los horribles sufrimientos que en vida padecieron seres como nuestra maestra H.P.B., quien, con la mejor buena fe respecto del mejoramiento humano, no rechazó en los primeros tiempos de su vida al fenómeno mediumnístico con la viva energía con que le anatematizó en sus últimos tiempos, cuando el mal ya no tenía remedio.

Más simpáticas, pese a su aparente positivismo, nos resultan, sin duda, las ideas de hombres de laboratorio como Edison, pues que, inconscientemente, acaba de diseñarnos una teoría que en el fondo es la propia teoría ocultista del mago Paracelso, acerca de las «almas de las pequeñas vidas», o *micro-bios*.

Edison, el brujo contemporáneo de la electricidad, desde un punto de vista puramente experimental, ha dado en una clave ocultista respecto de estos problemas: la de las pequeñas vidas «de Paracelso». Veamos cómo él se expresa en reciente interview con un periodista norteamericano, quien nos dice en notable artículo:

«Mientras asistía al funeral del expresidente Harding, el conocido inventor y hombre de ciencia Tomás A. Edison, fue interrogado por varios periodistas, con respecto a su creencia en la futura vida. Sus declaraciones fueron interpretadas erróneamente, dice él, agregando que generalmente lo han sido, cuando algún periodista lo ha entrevistado con el propósito de hacer públicas sus opiniones sobre este tema. Para obtener y divulgar su punto de vista correctamente, el periodista Edward W. Townsend solicitó una entrevista con el viejo inventor recientemente

y le presentó por escrito las cuatro siguientes preguntas, que aparecen traducidas en *Pro Vida*, el culto mensuario de La Habana: <En el transcurso de sus investigaciones o experimentos en problemas o cuestiones de electricidad o de química, ¿ha notado usted alguna vez algo que sugiera la existencia, presencia o influencia de alguna cosa de naturaleza espiritual? ¿Ha investigado usted alguna vez personalmente el grado de verdad que existe en las afirmaciones de médiums que pretenden haber recibido comunicaciones de los muertos? ¿Se ha interesado usted en las pretendidas manifestaciones espirituales relatadas por Sir Conan Doyle, o en las demostraciones físicas de una sustancia física llamada ectoplasma? ¿Ha estudiado usted detenidamente los resultados de las investigaciones hechas a este respecto por las Asociaciones de investigación física en Inglaterra y en los Estados Unidos?>

»A cada una de estas preguntas, el conocido inventor contestó con una sola palabra: No. El *no* que contestó cada una de estas preguntas sirvió de prelude a la entrevista que Edison concedió al periodista nombrado para ser interrogado con respecto a su creencia en la futura vida y a sus pretendidas simpatías con las teorías religiosas del espiritualismo. Al principio de la entrevista, el inventor demostraba estar poco dispuesto a hacer ninguna declaración, porque su experiencia, según él mismo dijo, le demostraba que los periodistas, al hacer público el resultado de entrevistas anteriores, no se expusieron de un modo claro las opiniones por el vertidas, con referencia a este mismo asunto. Esto no obstante, cuando se dispuso a hablar, lo hizo libremente y de una manera interesante.

»Esta es la hipótesis edisoniana, alrededor de la cual el

inventor discursó vigorosamente y de un modo pintoresco: «Los humanos son seres vivificados, sus funciones mentales y físicas están organizadas, controladas y energetizadas por comunidades de entidades. Estas entidades poseen inteligencia; los individuos son indivisibles e indestructibles; pero tan pequeños que no han podido ser todavía aislados por el microscopio; tan pequeños que ellos pueden tal vez pasar a través del vidrio, tan libremente como la luz. Cuando la vida cesa en el cuerpo humano, las Comunidades de estas entidades lo abandonan; pero permanecen vivas y con inteligencia. La cuestión de si ellas permanecen juntas como un enjambre, o se separan yendo en distintas direcciones, o donde ellas van; la cuestión de si ellas resumen o no sus anteriores tareas, o emprenden otras tareas, o ninguna, son especulaciones que no entran en esta hipótesis; usted debería consultar un biólogo para reunir observaciones generales en este sentido. Por mi parte, *yo no creo que el cuerpo humano tenga un alma* –a no ser que usted quiera darlas el nombre de alma a esas entidades de las cuales he hablado–, ni que un cuerpo humano tenga una consciente vida individual después de la muerte, en ninguna forma espiritual o física. Yo creo, como anteriormente he dicho, que el cuerpo humano es un cuerpo vivificado que funciona mentalmente y físicamente por obra de miríadas de infinitesimales entidades, que son cada una de ellas por si mismas una unidad de vida. Ellas trabajan por comunidades o asambleas, cada comunidad cumpliendo la tarea que le esta asignada. Ellas viven en lo que nosotros llamamos «células», y cada célula es una comuna. Las células pueden ser vistas con el microscopio; pero las entidades que las componen no pueden ser vistas ni aun con el más potente ultramicroscopio».

»Edison cesó de hablar, sonrió zumbonamente, oprimió la yema de su dedo pulgar derecho sobre la mesa y le dijo: <Ahí tiene; yo he sacado una impresión digital de mi dedo pulgar. Puedo ahora chamuscarlo. La piel en este caso se hincha, engruesa y se vuelve rabiosamente roja; destruida, se cae. Una nueva piel aparece. Después de esto, puedo sacar una nueva impresión digital de la yema de mi dedo, con una nueva piel. ¡Ah! La misma impresión aparece microscópicamente idéntica a la impresión anterior. ¿Qué ha ocurrido? La comunidad de entidades, los dibujantes, arquitectos y constructores han reconstruido esta piel bajo el mismo plan que ellos originalmente designaron sin ninguna observable desviación del original. Algunos dirán que la piel fue renovada por la <naturaleza>; pero, ¿qué es la naturaleza? Mientras no sepamos qué es lo que queremos decir con esta palabra, la respuesta es evasiva. Mi contestación es que la nueva piel no creció del mismo modo por mero accidente. Alguien planeó el nuevo crecimiento y tuvo que inspeccionarlo para asegurarse de que se desarrollaba estando en conformidad en todos sus detalles con la piel anterior. Este alguien, o algo, fueron las entidades. Estas entidades son la vida; ellas reconstruyen el constante desgaste de nuestros tejidos, vigilan constantemente las funciones de nuestros órganos. Si un órgano es destruido o se vuelve inhabitable para sus ocupantes, ellos lo abandonan; si el cuerpo, por una causa de enfermedad o de accidente, se convierte en una estructura que no es ya habitable para las entidades, ellas buscan trabajo en algún otro sitio. Existe un número fijo de entidades, del mismo modo que existe una cantidad fija de oro, hierro, azufre y oxígeno. Nosotros cambiamos la forma y las combinaciones de estos elementos; pero en cualquier

forma, aspecto o condición que los cambios resulten, siempre permanece la misma cantidad de oro, hierro, etc., con la cual nosotros empezamos, con la cual el mundo empezó. La misma cosa ocurre con aquellas entidades, con aquellos principios de la vida».

«Nosotros sabemos –continuó diciendo el inventor– que la vida existe y que en las varias formas en la cual nosotros la vemos y la reconocemos tiene un principio y un fin, nacimiento y muerte. Nosotros sabemos que la forma de la materia puede ser modificada, pero que la materia misma no puede ser destruida. La embriología nos demuestra que nosotros pasamos por varios estados antes de nacer. Esto implica que esta gigante comuna llamada un hombre tiene varios grupos de entidades, pero sólo un grupo predomina, y este grupo es el grupo hombre. Yo creo que el principio de la vida es el trabajo que efectúan las entidades vivientes sobre la materia. A pesar de que la entidad primaria puede ser capaz, como hemos dicho, de pasar a través del vidrio tan libremente como la luz, es, no obstante esto, materia, y por tanto indestructible. Yo no creo que después de nuestra muerte, cuando nuestros cuerpos no son ya habitables por las entidades vivientes, éstas marchen hasta otra esfera, como nuestro espíritu, sino que permanecen en esta tierra para continuar sus actividades como principios de vida. Yo creo que nuestros cuerpos son materia muerta. Desde el nacimiento hasta la muerte, las entidades solamente son vida. Yo no puedo concebir qué es lo que llaman un espíritu. Imagínese algo que no tiene peso ni forma material, en una palabra, imagínese nada. Yo no puedo imaginármelo, ni puedo formar parte de los que creen que los espíritus existen y pueden ser vistos bajo ciertas circunstancias, y

pueden ser inducidos a dar golpes sobre una mesa o hacer otras cosas igualmente sin importancia. ¿Porqué estas personalidades que viven otra existencia, o en otra esfera, malgastan su tiempo golpeando sobre mesas? No lo sé. La entera historia me parece tan absurda que yo no puedo, francamente, detenerme a darle ninguna consideración».

Meditando en las frases aparentemente positivistas del «brujo moderno», se advierte en ellas un fondo de coincidencia con *La Doctrina Secreta*, donde se nos enseña que de los siete principios humanos sólo el germen del cuerpo físico y el supremo Espíritu o bien la Tríada Superior, rayo del Logos Solar que al germen cobija, corresponden a bien decir a cada sér, siendo los demás elementos intermediarios obra de los elementales o «pequeñas vidas inteligentes» que pululan por millones en las corrientes de la Luz astral o Sideral, y estas pequeñas vidas son el alma de las «Comunas», Comunidades o Enjambres de que habla Edison, coincidiendo en ello con Paracelso.

Ya lo llevamos dicho en capítulos anteriores: «espíritu» es «soplo o hálito de vida», y «alma» es «anemos» viento, el viento o corriente vital producido por aquel Aliento inefable y abstracto que, como tal Fuerza Abstracta, no es comparable experimentalmente más que por sus efectos, como no son evidenciables materialmente la decena, la centena..., el millón, la blancura, la belleza, la bondad, etc., y sí sólo sus efectos o manifestaciones. El Espíritu, como Nota o Vibración suprema, da la tónica de cada existencia, el «leitmotiv» que dicen los compositores, y la da venciendo la inercia del dormido germen físico y poniendo en actividad todas sus potencialidades latentes, las cuales son actuadas o manipuladas seguidamente por

otras «pequeñas almas», las de los elementos, a la manera como, llegado el momento de la batalla –¡que harto batalla es en sí la vida!– el general en jefe, sin moverse de su cuartel general, que aquí es el Sol, según el sabio aforismo ocultista, da las órdenes de ataque, órdenes cuyo primer efecto es el de «tocar a llamada y tropa», es decir, agrupar ordenadamente por compañías, batallones, regimientos y cuerpos de ejército las unidades dispersas o soldados que momentos antes, obrando libremente por su cuenta cada uno, yacían militarmente en el más completo caos, caos que pasa a orden mediante «el alma militar» que preside a todos ellos y que, *animándolos*, en el momento dado les hace actuar a todos de un modo ordenado o matemático con vistas a una suprema síntesis que en este caso es la de la actuación orientada bajo la voluntad suprema del general hacia una finalidad excelsa que es la de todo el ejército por encima de los matices peculiares de cada componente (infantería, caballería, artillería, etc.) y de las finalidades parciales de los soldados células integradoras del magno conjunto.

Pero así como el ejército ideal de la suprema unidad no ha existido jamás ni aun bajo la más férrea y unitaria de todas las disciplinas, la suprema unidad fisiológica del alma individual, actuando soberana sobre las «pequeñas almas», no se da, si acaso, más que en los más elevados Adeptos, generales en jefe que a fuerza de conocer la Magia o dominio de las leyes de la Naturaleza y de los seres visibles e invisibles que hay en ella, pueden dominar a su arbitrio a su cuerpo físico e imponer la sintética unidad de su alma, ya libertada e identificada con su Supremo Espíritu, a las almas inferiores de sus «comunidades» o

«enjambres» psico-físicos. Los demás mortales que no podemos aún lograr otro tanto, estamos sometidos en el proceloso mar de nuestras pasiones y de las pasiones de los otros, a llevar nuestra barquilla adelante del modo mejor posible, es decir, a sufrir los embates de la Luz Astral, cuyos elementales, exteriores los unos a nosotros como la ola que se estrella en el costado de la nave, e interiores los otros como la tripulación que se subleva contra el capitán, están representados simbólicamente en todas las teogonias, y muy especialmente en aquel grupo griego de Laoconte, titán sobre cuyos miembros y torso de Hércules se enroscan las serpientes pasionales como la yedra en torno del árbol centenario, de cuyos jugos se alimenta..

Esta es, en fin, la clave de la innúmera variedad de efectos que la vida produce en cada individuo y por lo que unas cuantas moléculas de alcohol, o sea unas cuantas «pequeñas vidas» devoradoras del oxígeno de nuestro organismo, pueden sublevar a la tripulación de la barquilla de nuestra alma, llevándola a la perdición de la locura o del crimen...

CAPÍTULO X

LA MUERTE, Y EL MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

La muerte es el problema más metafísico que existe. – Opinión de Ch. Richardsobre la Metafísica. – Vida positiva y negativa. – La muerte física no es sino el nacimiento a una vida superior. – El pintoresco «peso del alma». – El llamado «cuerpo etéreo» o «espiritual» puede ser de una organización tan física como la de nuestro «cuerpo grosero». – Debíamos admitir la supervivencia, si no por ciencia, al menos por estética. – Una digresión acerca de la llamada «capa de Headviside» por la radiotelefonía. – Lo que sobre ella nos enseñan los recientes estudios sobre las auroras polares. – Capas solidificadas de nitrógeno a más de cien kilómetros de altura, absorbedoras de la luz del Sol. – La capa de Headviside y la «cárcel» de Platón en su «República». – Formaciones incipientes para nuevas capas terrestres y sus relaciones con el problema post-mortem. – Vidas de otros tiempos de la Tierra. – La tensión de nuestros cuerpos sutiles durante la vida de aquí abajo y la Mayéutica en los griegos. – El dicho de San Pablo. Los «cielos» post-mortem de las teogonías. – La «Tierra de la perpetua luz». – Tradiciones relacionadas con el Santo Grial astronómico. – El «feto físico» y el «feto espiritual». – Extraños contrastes de los delirios patológicos y su verdadera significación. – Los «paraísos artificiales». – Casos curiosos de la historia sobre estos altos problemas de la convivencia de los muertos con los vivos. – ¿Debería espantarnos la muerte? – Opinión de un pensador español. – Mas detalles acerca de estas «raras» cosas.

Con admirable acierto ha dicho Carlos Richard:

«La Metafísica es una de las ciencias más encantadoras, más seductoras y, me atrevo a añadir, más claras que se puedan estudiar. Ha sido hasta hoy víctima de odiosas calumnias, que son las que le han hecho parecer tan negra y que tantos se alejen de ella con desconfianza; pero cuando el ingenio moderno nos la haya mostrado tal cual es realmente, desembarazándola de los espesos velos con que los escolásticos la encubren, se la encontrará tan graciosa, tan seductora, que todos, en justa reciprocidad de las cosas de aquí abajo, solicitarán sus favores y se aferrarán a ella. ¿Cómo queréis que una ciencia que toma su origen en las condiciones mismas de nuestro espíritu, no lo sea de asimilación fácil y agradable? Hay en ello evidentemente una de esas prodigiosas equivocaciones que son aún el lote de nuestra débil infancia, y que nueve veces de diez nos hacen considerar como negro lo que es perfectamente blanco.»

Porque, etimológicamente, «metafísica» quiere decir tan sólo «la física de la meta», o sea, «la más alta de las físicas», y en tal concepto el problema quizá más metafísico que existe es el de la muerte, en el que culmina y se resuelve todo el largo cuanto dramático argumento de la vida física.

El genial Valera, pese a sus excepticismos no poco cobardes, tuvo una feliz idea al titular *Morsamor* a la más «teosófica» de sus producciones literarias, puesto que, siendo el amor la fórmula más alta de la vida, el amor halla en la muerte, o *mors* latina, su contraparte filosófica, y entrambos conceptos recíprocos de vida y de muerte vienen así a ser conjugados armónicos, razón inversa de una gran integral desconocida. La muerte disocia, descompone,

destruye lo anteriormente unido; el amor, o la vida que del amor resulta como síntesis, une, asocia, liga y construye. La una es el *solve*, o «disuelve»; la otra, el *coagula*, o «conglomera» de los viejos alquimistas.

«Muerte» es resolución y análisis; «Vida» es consolidación y síntesis. El límite supremo de la una es «el Caos» de la filosofía pagana; el de la otra, «el Theos» de la misma filosofía. Así, todo cuanto evoluciona del desorden al orden es vida positiva, y cuando involuciona del orden al desorden es muerte o vida negativa, y entrambos períodos ascendente y descendente del «Orden» constituyen, en suma, la realidad que nos rodea. Su prototipo en el universo, es el día o el año, porque entrambos períodos, nacidos respectivamente de la rotación y la traslación del planeta que habitamos, tienen una mitad ascendente, en la que todo crece, y otra mitad descendente, en la que todo mengua, para renacer y crecer y volver a menguar y morir en un continuo ciclo.

Y son filosóficamente tan sinónimos entrambos conceptos de muerte y de vida, que en realidad son uno solo evolutivamente relacionado con el cambio de medio. En efecto, el acto de la fecundación en vegetales o animales no es, para el elemento masculino, sino la muerte del espermatozoide correspondiente que cae sobre el óvulo femenino como caer puede el cometa en la célula planetaria, según hemos dicho en otro lugar. (NOTA: Nuestra teoría teosófica respecto del carácter «masculino» de los cometas, puede verse en el capítulo III de *El libro que mata a la Muerte o Libro de los Jinas*. FINAL NOTA).

El acto ulterior del alumbramiento o nacimiento no es a su vez sino la muerte, el desarraigo del feto, que

definitivamente muere o abandona el claustro materno, donde ha permanecido largos días arraigado o adherido por el cordón umbilical, la placenta, etc. ¿Porqué, pues, analógicamente, no ha de consistir la muerte física en un verdadero nacimiento a un mundo superior, tan superior proporcionalmente a este bajo mundo, como este último pueda serlo respecto a la cárcel angustiosa en que el feto o la semilla se desenvuelven?

Nada, en verdad, más lógico que esto, y, si se quiere, más físico y metafísico. Durante la vida terrestre de todos los organismos, una fuerza desconocida, invisible en sí misma, pero hartamente visible por sus mágicos efectos mantiene la coordinación de las células que al organismo integran, células que quedan abandonadas a sus particulares leyes químicas así que la muerte sobreviene. Algo como lo que hace el viajero después que se ha servido de los caballos de su carruaje, o el general con sus soldados así que ha terminado la campaña: dejarles abandonados así propios y a sus propios arbitrios tan luego como ha cesado de existir la alta necesidad sintética de coordinación que enganchó al coche a los unos y llevó a filas a los otros. El error del positivista, pues, que fijándose sólo en la disociación química celular consiguiente a la muerte y por el mero hecho de no alcanzar verla, prescinde de la posible supervivencia, en otros planos, de los elementos físicos conectores, equivaldría al de quien negase el hecho mismo de la existencia del ejército como entidad moral, viva y efectiva, lo mismo cuando sus «células» son llamadas a filas, que cuando son dispersadas para su restauración y descanso.

Además, aun dentro de lo ponderable y lo experimental, el juicio negativo de aquéllos es excesivamente frívolo

y precipitado. El cadáver que yace inerte en la mesa de disección, o que por la eremacausia se quema lentamente con la putrefacción dentro del sepulcro hasta reducirse a unas cuantas sales, agua y anhídrido carbónico, etc., no es ya, científicamente, el mismo organismo que vivía y se movía. Algo ha perdido, sin disputa, aunque sólo fuesen esos pocos miligramos a quienes flamantes investigadores del momento de la muerte han llamado «peso del alma», pintorescamente. Y ese algo que ha perdido puede también ser materia, pero materia sublimar y casi imponderable; materia ultra-gaseosa y radiante, o sea del tercero y cuarto estado de los cuatro admitidos ya por todos los físicos; materia, en fin, que, dada su tenuidad, pueda casi carecer de peso o ser, como el coronio y el nebulio, de peso atómico inferior al del hidrógeno, es decir, negativo. La química de los gases está todavía en la infancia, porque, a excepción de muy pocos, como el cloro, que es de los más densos, carecen de olor, color, sabor y demás cualidades que le puedan hacer ostensible o perceptible, y de la futura química del estado radiante no digamos: ella está sin hacer en absoluto. El llamado «cuerpo espiritual» por San Pablo; «cuerpo aromal», por Paracelso; «peri espíritu.», por los espiritistas; «cuerpos etéreo y astral», por los orientales, etc., puede ser una organización tan física como la de nuestro cuerpo grosero de meros sólidos y líquidos, y tan apta para sobrevivir a este último en medios adecuados, medios que, por fortuna, puede demostrarse que existen físicamente en nuestro mismo planeta.

Doloroso nos es el tener que usar lenguaje positivista en un problema cuya demostración no debe ser buscada por los topos del laboratorio, sino por el sentimiento

religioso, por el Arte, por la Historia y más aún por la voz de nuestra propia conciencia psicológica capaz de las certidumbres absolutas de la Fe Integral, siempre que por nuestra psíquica evolución nos hayamos hecho acreedores a oírla. Pero así lo quiere la terquedad «masoquista» o «misógena» y cretina de los que aún pretenden en vano refugiarse en la ciencia positiva, como en una última y aportillada ciudadela para la negación de una supervivencia en la que, si no por ciencia, debieran creer, al menos, por... estética, ya que si nuestra bestia no alcanza a descubrir con su ciencia tamaña verdad todavía, nuestro sentimiento de dignidad humana, por encima del rebaño animal, debe, al menos, anhelarlo y acariciarlo como belleza. ¿Qué placer no sentimos al cambiar diariamente la cárcel de la mina, de la fábrica o de la oficina, por nuestro hogar cómodo, tibio y feliz, donde restauramos cada noche las fuerzas perdidas en la lucha de la vida? ¡Y, sin embargo, aún somos tan necios, que parecemos recrearnos en que lo que cada día nos acontece después de los dolorosos esfuerzos fuera de nuestro hogar, no acontezca analógicamente tras del día grande que llamamos vida terrestre, y no tengamos después de ella un hogar máximo, una «celeste patria grande», donde, al tenor del dicho sublime de Plutarco, consignado al comienzo de esta obra, nos restauremos de cuantos dolores nos han infligido aquí abajo nuestros semejantes y nos limpiemos de todas las manchas por el contacto con tan bajo cuerpo contraídas!

A los positivistas, esas gentes que necesitan, para admitir algo trascendente, que exceda del ciego testimonio de nuestros sentidos, les podemos anticipar ya la científica posibilidad de que una región terrestre,

pero incomparablemente más elevada que ésta en la que nos movemos, nos aguarda inmediatamente después del tránsito de esta que tan pomposa como absurdamente llamamos «vida».

Nos referimos a la célebre capa de gases, llamada de Headviside, tan conocida ya merced a los últimos descubrimientos de la radiotelefonía.

Hagamos una digresión sobre esto para los lectores que de ello no estén enterados aún.

Ocurrirle suele al científico lo que al cazador cuando, persiguiendo una clase de caza, tropieza con otra. Si no bastasen a demostrarlo casos históricos como el de Brandley, persiguiendo la comprobación del movimiento del sol en el espacio y hallando la aberración de la luz y la nutación del eje de la Tierra, o el de Brandt buscando en la orina el oro y hallando el fósforo, que es el oro de la inteligencia, henos hoy con el caso del sabio noruego Störner investigando acerca del origen de las auroras polares y tropezando, entre otras cosas raras, llenas de posibilidades increíbles, con la causa verdadera de la propagación de esas ondas misteriosas de la telefonía sin hilos, o T.S.H., de los técnicos, que nos ponen al habla con los puntos más distantes de nuestro planeta, y muy pronto quizá con los discutidos moradores de Marte o de Venus.

Todo el mundo sabe que en las altas latitudes, las últimas donde alcanza a vivir el hombre en lucha cruel con las inclemencias del cielo, es decir, en países cual Escandinavia, Siberia, Canadá, etc., o bien cual la Patagonia, en el hemisferio austral, las largas horas de ausencia del sol en el respectivo invierno están, en cierto modo, compensadas por otras luces tales como la de unos crepúsculos interminables;

la de la Luna, que llega hasta no ponerse en algún día, y, sobre todo, la de esas auroras polares que, con su policromía maravillosa, reverberando en las nieves y hielos perpetuos, hacen de la noche polar un día *sui generis* de infinita poesía.

Desde los tiempos de Ampere, físicos y astrónomos se han venido esforzando en descubrir las causas de semejante magnificencia natural, que resiste al pincel y a la pluma, pero que enloquece a las brújulas, y que ayuda en las noches polares a los balleneros en sus penosas faenas de pesca; y ha sido preciso llegar hasta nuestros días, en que el velo del misterio natural –Velo de Isis– ha sufrido ese gran desgarrón operado por el descubrimiento del radio y de los fenómenos radioactivos, para poder enfrentar el problema, como le han afrontado con éxito, a más de Störner, los sabios Birkeland, Onnes, Végard y Leyde, en el Observatorio de Kammerlingh.

Tengo a la vista los números de *La Nature*, del 24 de mayo y anteriores –la cosa es, como se ve, de palpitante actualidad periodística–, en los que se esclarece por fin el misterio de la *raya verde* y de otras treinta más de las que las auroras polares dan en el espectroscopio.

Birkeland nos dice, en efecto, que si se aproxima un imán rodeado por una esfera electrizada a un tubo radio activado conteniendo nitrógeno en estado sólido, se producen dos hermosas zonas de luminosidad en la vecindad de entrambos polos del tubo, con todas las apariencias visuales y espectroscópicas de las auroras polares. Con los datos de observación así aportados, Störner ha podido «meter en ecuación» el problema, calculando en cuatro años hasta 720 trayectorias luminosas en un lindo legajo de 7.000 cuartillas, y ha podido encontrar la distribución geográfica

de las auroras, su aparición, sobre todo a media noche; su forma, etc. La emanación de los torrentes electrónicos de partículas *beta* con carga negativa lanzada por el Sol a los espacios es captada, pues, por el campo electromagnético de la Tierra, penetrando, según Vigueron, en las altas capas de nuestra atmósfera a velocidad de un tercio de la de la luz, o sea a 120.000 kilómetros. Dichas capas están integradas, por tanto, por nitrógeno en estado sólido en ínfimos cristales cargados eléctricamente por el potencial terrestre y por él elevados a alturas que oscilan entre los 100 y los 500 kilómetros sobre la superficie del suelo.

Végard, por su parte, ha comprobado asimismo que dichas razas espectroscópicas de las gigantescas fosforescencias de las auroras polares son, repetimos, idénticas a las de la fosforescencia catódica del nitrógeno sólido a la temperatura del hidrógeno líquido, que, como sabemos, es de cerca de 200 grados bajo cero.

Bauer y Danjou, al resumir en *L'Astronomie* estos deliciosos trabajos, dicen entusiasmados: «Las apariencias todas de la aurora polar se producen, pues, a alturas que varían entre los límites dichos, con un máximo de intensidad hacia los 120 ó 130 kilómetros, que es donde la *polvareda de nitrógeno helado* aparece acumulada en cantidad mayor. A ella también debemos referir la causa de los llamados *arcos crepusculares*, que permitieran asimismo a Esclangoud el situar a referida altura una capa sólida difundidora de la luz solar. Hemos podido comprobar, además, en 1.922, en el Observatorio de Vallot, sobre el Montblanch, que por encima de esta capa de dispersión luminosa existe otra de 30 kilómetros o más, y que es muy absorbente de la luz del Sol.

En fin, la propagación de las ondas de la T.S.H. a lo largo de la superficie terrestre es atribuida por Heaviside a la existencia de una capa reflectora o conductriz situada hacia el mismo nivel».

Para que nuestros lectores no técnicos, que es para quienes escribimos, se formen mejor idea del alcance científico y hasta filosófico del párrafo transcrito, conviene consignar que nuestro planeta parece estar formado por una serie de múltiples capas de índole variadísima, esquematizadas y sobrepuestas de este modo: *a*), un núcleo *central metálico*, a base probablemente de hierro y de sus similares; pero que en las regiones más densas puede contener oro, platino y sus análogos, para compensar con su mayor peso la densidad media asignada a la Tierra por las observaciones, y que resulta superior a la de las rocas conocidas de la superficie; *b*), el núcleo o *capa infracrustal* de Günther, Fischer y Stübel, al que se refieren las recientes investigaciones sismométricas del comandante e ingeniero geógrafo D. Vicente Anglada en su obra *El interior de la Tierra*, publicada por el Instituto Geográfico y Estadístico; *c*), la coraza rocosa superior de Fischer, y en la que, según el Dr. Clarke, de la Oficina Geológica de los Estados Unidos, entra un 47 por 100 de oxígeno, un 28 de silicio, un 8 de aluminio, un 8 de hierro, y el resto de los demás metales calcio, magnesio, potasio y sodio, principalmente; coraza desigual, llena de oquedades y resquebrajaduras, y cuya superficie exterior más baja está recubierta por los mares, al modo de otros tantos lagos efectivos. La existencia de estas tres capas está comprobada experimentalmente, entre otros hechos, por el de que una oscilación sísmica que se produzca a gran distancia del observador (epicentro),

marca tres clases de curvas sucesivas en los sismógrafos, correspondiendo la primera, que es la menos irregular y la más fina, a la onda transmitida a más velocidad y en el sentido de la cuerda terrestre por el núcleo metálico; la segunda, que llega minutos después, es la transmitida a lo largo de la «atmósfera fluidica» o corteza en fusión ígnea a altísimas presiones por bajo de la llamada «zona neutral» por Fischer, y la tercera unos veinte minutos más tarde, que es irregularísima, como transmitida a lo largo del arco formado por sus heterogéneos elementos térreos, rocosos y acuosos, llegando hasta a faltar a veces.

Todas estas capas que yacen bajo nuestros pies se continúan con otras sobre nuestras cabezas, aprisionándonos bajo su red invisible, a saber: *d*), la *tropósfera* de Teisserenc de Bort, de poco más de 10 kilómetros de altura, en cuyo seno se forman las nubes, y en la que la temperatura, registrada por los globos sondas, va disminuyendo hasta los 60 grados bajo cero; *e*), la *estratósfera* del mismo sabio, en la que la temperatura, si no es constante, al menos decrece con mayor lentitud; capa que se ha sondado hasta los 30 kilómetros, pero que sin duda alguna se extiende hasta los 80 ó 100 kilómetros en una tercera región; *f*) sin nombre todavía; pero que pudiera denominarse región de los arcos crepusculares inferiores, sin que a ella alcancen ya los penachos de humo de los volcanes, que parecen tropezar contra la estratósfera como el humo de los cigarros contra el techo del salón.

La comprobación de la altura de estas diversas capas se ha hecho por un lado midiendo trigonométricamente la altura, a la que alcanzan los humos de los volcanes y la de los llamados «arcos crepusculares», y por otro, estudiando las

proyectorias de los meteoritos, que se ponen incandescentes cuando atraviesan las capas superiores del hidrógeno y se encienden cuando entran en las inferiores del oxígeno, pero que se apagan al cruzar por la del nitrógeno; *g*), la capa de las auroras polares propiamente dicha; la CÁRCEL DE NITRÓGENO; añadimos nosotros, que nos aprisiona bajo sus invisibles témpanos de quizá hasta 400 kilómetros de espesor, como al pez le puedan aprisionar los hielos del polo; capa que, asociada a las *h* e *i*, que señalamos más arriba, pese a su relativa transparencia, roban a los rayos del Sol las nueve décimas partes quizá de sus efectivos esplendores, y al cielo todas sus más ricas magnificencias, siendo muy probable el que la serie de capas de esta efectiva «Serpiente de las siete pieles» de las Estancias de Dzyan, de esta verdaderamente simbólica «cebolla» egipcia, se continúe con otras como las señaladas con las letras *j*, *k*, *l* y *m*, de helio, hidrógeno, geocoronio y nebulio –las debatidas capas de los cálculos de Vonder Bornz, y de las observaciones de Wegener–, que, tenuísimos y en estados semejantes a los de las zonas espectrales del Sol y de las demás estrellas, alcanzarán ya en sus regiones superiores a envolver a la Luna juntamente con la Tierra, como la albúmina envuelve al huevo de dos yemas, Huevo del Mundo o de la cisne del Kalevala nórdico, que después de poner seis «huevos de oro», que son otros tantos planetas, puso al fin el huevo de *Leda* de nuestra Tierra..., ¡un huevo de hierro!...

En resumen: que ni más ni menos que esos peces ciegos que vegetan estúpidos en las aguas de los lagos subterráneos, nosotros, los humanos fraticidas que creemos que el hombre es lobo para el hombre, hormigueamos bajo dos

potentes bóvedas de oxígeno y de nitrógeno helados; bóvedas, ¡oh, asombro!, sobre las que rebotan y se reflejan –más bien que son conducidas– las ondas de varias decenas de kilómetros de amplitud, que a lo sumo empleamos en la telegrafía y telefonía sin hilos, como rebota y se refleja nuestra voz bajo el cañón de un túnel, produciéndose, por tanto, esas zonas extrañas de silencio y de sonido alternativos que tanto chocaron a los sabios con motivo de la catástrofe de la vía férrea de Junfrau en 1908, y que han seguido chocando con motivo de otras muchas explosiones determinadas por la Gran Guerra, hasta llegarse a los experimentos de estos días en Clermont-Ferrand, cuyos resultados no se han publicado todavía en el momento en que escribimos. ¡Bóvedas, ¡ay!, que no son sino verdaderas formaciones geológicas incipientes por encima de nuestras cabezas, dotadas de esa tenuidad e inconsistencia que antaño caracterizase a las primeras condensaciones rocosas de los terrenos primievales, y que nos roban tras su manto de azul las más extrañas e increíbles bellezas del abismo cerúleo, dejándonos ver apenas un sol de topos, poco más brillante ya, gracias al velo interpuesto, que la roja bola que ven los buzos desde su campana a varios metros bajo las aguas!... El simbolismo de semejante cárcel sería acaso el que quiso darnos el divino Platón en su *República* cuando en nuestra vida de fugacísimos años nos compara a los eternos prisioneros que, de espaldas a la luz –la luz perpetua que luce sin duda allende esas capas anubladoras del nitrógeno sólido y radioactivado–, tomamos por realidades las sombras que se proyectan en las paredes de nuestro calabozo, el también calabozo simbólico del que es sacado Periandro en el comienzo de la póstuma obra de Cervantes, *Trabajos de Persiles y Sigismunda*...

El problema post-mortem que plantea la existencia de semejantes capas solidificadas en las altas regiones de nuestra atmósfera, es por demás sencillo y puede ser formulado así: Una región de nitrógeno y otros gases solidificados es como una nueva y más excelsa superficie terrestre, donde la vida debe presentarse, como se presenta en los lagos subterráneos, en las cavernas, en los mares y en la atmósfera subyacente. Organismos a base de estas sustancias podrían subsistir allí, como aquí abajo subsistimos nosotros (véase el artículo «Nieves» en nuestro libro *Hacia la Gnosis*), sobre otra capa compuesta principalmente de sílice y silicatos que hoy no son sino los inertes y «helados» restos de una vida y una química desarrollada en edades remotísimas a cientos de grados de temperatura y en la que el silicio gaseoso o líquido fue el elemento organizador, como hoy lo es el carbono, y como allá hoy y acá mañana pueda serlo el nitrógeno.

Nuestra vida aquí abajo en lo que a nuestros cuerpos sutiles atañe y siguiendo el símil sería, pues, a la manera de los movimientos de vaivén y de subida y bajada que realiza un globito de gas preso por una cuerda en la mano de un inquieto chiquillo. Su tendencia es la de remontarse en los aires, como la de todo artista y todo místico lo es el «volar a las regiones superiores», porque, como dijo San Pablo, nuestra alma está aherrojada aquí abajo y quiere libertarse, exhalando al verse presa «gemidos inexplicables», cifrándose toda la Mayéutica o «arte griega de partear las almas». Esta Mayéutica es una mística disciplina que prepare a las almas para el día glorioso en que, rotas al fin las amarras que la ligan al cuerpo, como la placenta liga al feto con la madre, pueda volar como vuela el globo libertador

por la rotura de la cuerda que le aprisionaba, ascendiendo a esotra región superior donde en cuerpo sutil de nitrógeno, hidrógeno u otros gases más ligeros e invisibles pueda vivir una vida de restauración y complemento de aquesta otra de trabajos, limitaciones y dolores que nos vigoriza en la lucha y nos prepara con superiores méritos para un vivir más excelso en armonía con las aspiraciones legítimas que aquí hoy nos esforzamos en desarrollar.

Las religiones en lo que tienen de excelso y esotérico –principio de unidad trascendente por encima de sus groseros credos esotéricos– acabarían una vez más por verse corroboradas por la ciencia al tenor de la profecía de Claude Bérnard, cuando dijo que llegaría un día en que el místico, el artista y el científico hablarían un mismo lenguaje acabando así por entenderse.

El Devachán o «reino de los devas» hindú; el Amenti o «región que supera a cuanto hoy concibe nuestra mente»; el Walhalla escandinavo o «reino de las profecías de los bardos», donde son llevadas por sublimes walkyrias o huríes coránicas las almas de los guerreros del Ideal que han sucumbido aquí abajo en la eterna lucha de la vida; el Paraíso o región isíaca, «región de hacia la Luna» (Isis) de los acadio-caldeos los propios Campos Elíseos, o «de Helios» (el Sol) de la tan artísticamente sabia religión pagana y el mismo Cielo «región de bajo la luna» o (coelum) cristiano con su famosa sentencia del «lux perpetua ad eis», no son sino supervivencias religiosas o fabulosas de una verdad científica antaño perdida ya que hoy se empieza a redescubrir, relativa a esta sublime *Tierra de la Luz* que recibe cientos de veces mejor el tesoro de las raudas energías vitales del Padre-Sol, puesto que sobre ella

no existen las múltiples capas absorbentes que gravitan sobre nuestras cabezas de topos sublunares y, según todos los indicios, el Sol que vemos nosotros poco menos velado que el que ven los buzos bajo las aguas, brilla allí infinitamente más intenso, por más tiempo y en un cielo quizá tan negro y profundo como el que los astrónomos nos pintan de los días lunares en los que la luz del sol no empaña lo más mínimo el brillo de las estrellas...

Cuantas tradiciones se enlazan, por otra parte, con el Santo Grial astronómico tendrían aquí cabida también, porque todas ellas nos hablan de un Monte Santo, o sea una región excelsa en los tres sentidos físico, intelectual y espiritual, a la que se asciende penosamente a lo largo del sendero de la vida, sendero de liberación (mayéutica) de la «maya» o «ilusión» que constituye esta transitoria vida y al final del cual nos aguarda el descanso y la felicidad restauradora de que ha perdido las fuerzas en la lucha por el ascenso al divino «Monte», de todas las teogonías. Este modo de considerar las sublimes realidades que *postmortem* nos aguardan quitan a la muerte todos sus falsos aparatos que la hacen presentarse horrenda a nuestros ojos materialistas, porque a la manera del feto que inconsciente es la causa de todos los dolores de su madre en el alumbramiento, este «feto espiritual» que ha de ascender a la alta esfera dicha, es absolutamente ajeno a los dolores del cuerpo físico que viene a oficiar de madre en este otro sublime y mayéutico alumbramiento.

Es más, la observación diaria nos enseña que en las más graves enfermedades de muerte, preparadoras del gran tránsito, hay una como superconciencia de felicidad que contrasta con la conciencia inferior de los físicos

dolores premonitorios del gran acontecimiento, dando a tales momentos un carácter de absoluta sublimidad por el contraste de dolor y de placer que les caracteriza a la manera de esos renovadores momentos primaverales en que llueve, graniza y luce sol al mismo tiempo. Nosotros mismos hemos presenciado algunos de tales momentos en los que, llamado el «delirio» del paciente, no es sino el paso de éste a la conciencia superior que ya se le prepara, y en la que resultan pálidas cuantas descripciones han hecho los poetas de tamaños «paraísos», paraísos no muy lejanos de los llamados «paraísos artificiales», de las drogas estupefacientes, que al disociar patológica y criminalmente antes de tiempo a entrambos cuerpos, el que ha de marchar y el que ha de quedarse, anticipan así lo que fisiológica o maduramente ha de acaecer naturalmente a su tiempo sin que nosotros lo forcemos. Visto hemos a algún moribundo incorporarse en el lecho y comenzar a seguir «por su pie físico» al «cuerpo hiperfísico», que a la sazón se marchaba definitivamente siguiendo la huella de la Huestía o Santa Campaña, que acaso bajase de allí para recogerle amorosa y llevársele hacia allá a este último con la misma solicitud ternísima con que recibimos aquí abajo al nuevo sér que va a cambiar las estrecheces del claustro materno por las anchuras relativas del infra-mundo, en el que en esta vida nos movemos. ¡Divina convivencia por el amor, entre vivos y muertos, que ha dado lugar a más de una historia conmovedora! (NOTA: La notable escritora Carmen de Burgos relata en estos términos un caso bien curioso de convivencia de vivos y muertos en el amor.

«La gran poesía que ha rodeado a Eugenia del Montijo –dice– ha sido su tristeza de madre... Después de muerto

su esposo, Napoleón III, todo el amor de su corazón se había reconcentrado en su hijo, un hijo deseado, que venía a perpetuar el nombre de los emperadores...

Cierto día, estando el niño en Saint Cloud jugando con unos muñecos de madera, uno de los amigos le arrojó uno con tan mala suerte que lo hirió en la cabeza y empezó a echar sangre...A los catorce años sufrió su bautismo de fuego, al lado de su padre, en la batalla de Saarbuck... Más tarde, el príncipe imperial fue a Zululandia con el Estado Mayor de lord Chelmsford, que lo destino a explorar los terrenos desconocidos.

El día de su muerte salió con dos oficiales y se dirigió hacia *Blood-River* (Arroyo de Sangre), en su caballo *Fate* (El Destino). ¿No era un mal presagio todo esto? Después de caminar unas millas, se detuvo para comer, e iban ya a continuar la marcha, cuando los zulús cayeron sobre ellos... El príncipe se defendió bravamente hasta caer acribillado por seis balazos...

Puede calcularse el dolor de la Emperatriz, quien desde entonces no tuvo otra idea fija que la de ir en peregrinación al lugar donde había muerto su hijo. He aquí cómo narra este viaje trágico y doloroso Lucien-Alphonse Daudet:

«La Emperatriz llegó con su séquito no lejos de Ytyotizy, y se detuvo a algunas millas del sitio fatal, para prepararse a verlo.

»Poco después salió de su tienda y empezó a pasear para tranquilizar sus nervios, pues llevaba ya más de dos meses que no podía conciliar el sueño sin ayuda de un narcótico. La Emperatriz dio algunos pasos al azar, tropezando con las piedras y bordeando los matorrales. En torno suyo surgía un perfume de la noche y del pasado; un olor a verbena, el

olor que prefería su hijo y que llevaba sobre si siempre...Era un perfume viviente: lo respiraba, lo sentía...Era un soplo acariciador, vaporoso como una cabellera, un soplo que contenía todas las ternuras, todas las tristezas, y que era al par música y visión...Así llego la Emperatriz a la cima de una colina pedregosa, en la que se detuvo, pues parecía escuchar una voz hartó querida y ver a su lado un resplandor...

»De pronto, todo se desvaneció como un sueño. La pobre madre se sentía ahora otra vez sola, sola para siempre, y con la evidencia de que en aquella media hora de camino, siguiendo el perfume misterioso, *no había estado sola...*

»Quiso volver, pero le era imposible marchar por aquel camino lleno de piedras que antes salvo tan fácilmente. Al fin, sus amigos, que venían en su busca, la condujeron al campamento.

»Al día siguiente, el general inglés acompañó a la Emperatriz. Después de una larga caminata, ella misma se detiene, avanza sola e indica el lugar exacto donde el Príncipe había caído muerto. ¡Era el mismo sitio donde se había desvanecido su visión de la tarde antes!...

»Taña impresión no la pudo olvidar nunca la Emperatriz; pero después de esta visita se sintió reconfortada, resignada y fuerte, para soportar su soledad y consagrar piadoso culto del hijo a quien tanto amó».

Y puestos a relatar casos de estos que llamamos «raros» en nuestra ignorancia, vayan estos dos para recreo del lector. Los acabamos de recoger de dos de nuestros mejores y más sabios corresponsales, que nos dice:

«He viajado mucho, he estado en América y mi vida está llena de fenómenos raros y curiosos, tantos que podría

llenar un grueso volumen.

»Desde mi juventud he leído y estudiado bastante, y con más fe desde los diez y seis años, en que se manifestaron en mí facultades, que hasta mis mismos parientes me miraban como cosa rara. Los fenómenos de clarividencia, y sobre todo lo relacionado con lo astral, lo he dominado con gran facilidad, tanto que si en vez de dedicarme sólo al bien de mis semejantes lo hubiera hecho con miras al mercantilismo, créame que ahora tendría miles de pesetas o de duros, de los cuales carezco, y sólo poseo una gran <abundancia de escasez>. Cuando salí de la provincia de Gerona para hacerme cargo de esta oficina (por trasladar a mi esposa, de delicado estado de salud), hice el viaje bajo un estado de ánimo incapaz de comprender; todo me molestaba; venía lo que se dice de un humor de los diablos; conocía el pueblo sin haberlo visto jamás (mi intuición me advertía que había de presenciar lo que presencié después, y como modesto teósofo, repudiaba las prácticas de lo que el vulgo llama ciencia oculta (valiente ciencia, si eso fuera tal). A los tres o cuatro días de estar desempeñando mi cargo, empezamos a oír mi mujer e hijos, al filo de la medianoche, ruidos extraños debajo de nuestras alcobas, en unas cuadras que existen. El pueblo a esas horas en silencio absoluto, me hizo fijar la atención en lo insólito del caso...; no quise dar a los ruidos carácter de cosa extraordinaria, por no alarmar a los míos, pero todo fue inútil...; los ruidos se acrecentaron, pues seguían a la misma hora y terminaban matemáticamente cuando las campanas del convento próximo anunciaban el alba.

»Practiqué minuciosos registros en la casa, cuadras, corral, etc.; nada en absoluto que acusara presencia de

personas en el edificio. Así las cosas, a últimos del mes de agosto del año 1921, me encontraba acostado leyendo una obra de Dumas; a los pies de la cama da la puerta de la alcoba de mis chicos; eran las doce, próximamente, cuando, lleno de sorpresa, vi que la puerta se abría y cerraba ella sola, causando el ruido natural que produce toda puerta cuando salimos de una habitación y la dejamos cerrarse por el impulso que la damos con la mano, y que por su inercia viene a unirse con su marco, oyéndose el ruido al encajar el pestillo en la nariz o enganche... Sin temor y dándome ya cuenta del caso, me sonreí, pero al mismo tiempo en las piezas contiguas sentí pasos bien marcados de persona que anda y cierra puertas, y simultáneamente, un perro de Terranova que tenía dio ese chillido peculiar del perro que dormido le dan un tropezón o puntapié; al propio tiempo que me tiraba de la cama, una tijera que al acostarnos dejó mi esposa en la mesa del comedor, caía al suelo sin que mano alguna la tocara... Está bien, me dije..., y me volví a la cama. A la mañana siguiente, yo, que creía que nadie en casa había notado nada, los chicos me dijeron: <Papa, anoche cerraron esta puerta, y por las habitaciones andaba gente, y la perra chilló>.

»Hechas averiguaciones, el ordenanza me afirma que antes de venir yo a ésta, a veces oyeron ruidos extraños, como pedradas en las puertas, que, puestos en acecho él y mí antecesor nunca les fue dado sorprender a nadie. Otros vecinos anteriores también manifiestan haber oído ruidos, tocar las campanillas de la casa y, cuando acudían, nadie había llamado.

»A pesar de todo, no he podido sustraerme a la influencia de lo astral, aun teniendo el dominio sobre mí.

Recuerdo que una noche, estando reunidos la familia en el comedor de casa, esperando a unos amigos a los que cité para que presenciaran el fenómeno, sentí como sueño, y sin quererlo, caí en lo que se llama trance, y aunque me duró poco, mi esposa estaba dormida; ¿Quién lo provocó?, no puedo decirlo...; lo que sí afirmo es que aquella noche fue insoportable: ruidos, golpes dados muy quedos en los cuadros y, sobre todo, en la mesa, como si alguien buscara algo, susurros de voces muy débiles y otros muchos, tanto que los amigos allí presentes estaban asustados, y, como le he manifestado, al alba cesaba todo esto.

»Decidí no hacer caso ya a nada, y así siguieron las cosas hasta hace dos meses; ya enterado de quiénes fueron los dueños de esta casa, ya difuntos, he sabido que el propietario, según costumbre de la gente rústica, tenía la de guardar dinero y acaso enterrarlo, pues le habían robado en una ocasión antes de morir, que lo guardaba acaso, entre otros sitios, entre el trigo y demás lugares de la casa. Conociendo estos detalles, una noche, apenas empezaron los golpes y me diera la acostumbrada serenata, se me ocurrió preguntarle: ¿Buscas tu dinero? Si es así, contesta con tres golpes... La contestación fue afirmativa: tres golpes claros y espaciados se dejaron oír. Contestación mía: No los busques, pobrecillo, pues te los robaron antes de pasar al plano en que te encuentras, según las noticias que tengo, y déjame, pues, en paz, ya que en nada puedo ayudarte. Caso estupendo, ¡grandioso!; me quedé asombrado, a pesar de conocer muchos de estos casos. Como a través de una luz muy tenue proyectada delante de un cristal opaco de color lechoso, se me presentó un sujeto de aspecto enjuto, rostro flaco, encorvado y apoyado en un azadón, limpiándose el

sudor de la frente. ¿Los ruidos?, han cesado por completo. Días después, al bajar a la cuadra vi que una gran piedra que había en un rincón apareció a ocho metros del sitio donde estaba. ¿Quién la llevó? Este sujeto hacía años que murió; la casa es de otro dueño y que yo no he conocido a nadie de su familia.

»La gente vieja que le conoció y trató, al indagar yo señas del muerto, caso admirable, coinciden todas exactamente con el sujeto que yo vi apoyado en el azadón y que producía los ruidos, que no han vuelto». FINAL NOTA).

«¿Debería espantarnos la muerte?», se pregunta nuestro amigo Evaristo G. Alejalde:

«Ciertamente que no. Todo lo que se produce, todo hecho general, obedece a una ley racional. Desde luego se tiene de la muerte una idea muy distinta de lo que ella es; créese que es la destrucción de la vida, y eso no es verdad, porque nada en el universo se destruye, sino que evoluciona. De la muerte resurge otra vida; el cuerpo se descompone, pero sus partículas, cambiando de aspecto, subsisten; la inteligencia pensante, el alma, no será de peor condición que la materia; cambiara de aspecto, pero subsistirá siguiendo indefinidamente su evolución, como lo hace la materia. ¿Dónde y cómo? La debilidad de nuestros medios nos priva de saberlo de cierto; pero ¿qué nos importa saber si se reencarnará en este o en otro mundo, o si vagará por el espacio? Lo esencial es lograr en vida el progreso moral, tratar de acercarnos lo más posible al *bien supremo* por *excelencia*; todo lo demás, es cuenta de Él, de Dios, y no nuestra.

»No diré que la muerte sea deseable, porque venimos al mundo con misiones que desconocemos; el pretendido

libre albedrío es muy relativo; el desear la muerte es una cobardía, como la del desertor, que huye ante el enemigo; tal deseo denota la tentación para no cumplir con nuestro deber en la tierra; por lo mismo, crímenes de lesa humanidad son el suicidio y la realización de actos manifiestamente temerarios e inútiles, que serían suicidios disfrazados. Diré más; el momento de la muerte es triste, pero lo es sólo por el hecho de separarnos de los seres queridos. Del mismo modo sufriríamos si de ellos nos separásemos para ir para siempre a una isla desierta, sabiendo que nunca más podríamos comunicarnos, ni saber unos de otros; de modo que no es la muerte en si la que nos apena, sino la separación de aquellos a quienes amamos, y la imposibilidad de ayudarles moral o materialmente. Se dice en las oraciones fúnebres: «Resquiescat in pace», descanse en paz –ese es el primer efecto de la muerte, sin perjuicio de otros subsiguientes–, ese descanso es tan necesario como el sueño durante la vida material.

»A parte de otras cosas, ocurre en el hombre que cada cual suele conservar algo típico de la época en la que nació; además, si es estudioso y observador, incluso se asimila algo de lo característico de la generación anterior, lo escoge de entre lo que más se adapta a sus inclinaciones; con éstas y lo que ha ido recogiendo, constituye su característica personal, que le hace sentir y obrar en forma determinada en el curso de su vida; el sujeto cambiará algo, pero la sociedad evoluciona más, y llegará el momento en que ese pensador, sin salir de su patria, se tendrá como extranjero, más aún, como si le hubiesen llevado a otro mundo. Fenómeno raro: las mismas calles, idénticos centros de reunión, aparentemente las mismas costumbres, la misma

lengua, y sin embargo, todo le parecerá cambiado...y en el fondo será verdad. Si el idioma no sufre notable alteración, los conceptos diferirán mucho. Estos cambian porque varió precisamente el concepto que de la vida se tiene. Parecerá raro lo que digo, pero así es; nótese el ejemplo; un idealista dice a una mujer que la ama, véase la idea que del amor se tenía, recuérdese toda la literatura de los dos primeros tercios del siglo pasado, amor era cariño desinteresado hasta la idolatría, abnegación, sacrificio, se amaba corporalmente, pero sobre todo espiritualmente; no es ese el concepto que siente el materialista al decir a una joven que la ama; para él la palabra encierra la idea de apetito, sean puramente sensuales, sea de mera conveniencia material, a veces de ambos juntos; el término es el mismo: «amar», pero la idea no; ¿cómo podrán entenderse el idealista y el materialista hablando del amor? Y así de todo lo demás de lo más importante de la vida.

»En todo tiempo la sociedad ha venido evolucionando en sus ideas y tendencias, esos cambios nunca fueron repentinos, sino una labor lentísima, que dio lugar a hechos culminantes en la vida de los pueblos, que sirvieron a los historiadores para dividir la historia en épocas, aquellos hechos culminantes fueron meras resultantes de la lenta evolución, y esos hechos importantes crean periodos de transición, que es más brusco que la corriente evolución, este período es el más molesto para el pensador; en uno de esos momentos nos hallamos en nuestros actuales días. El siglo pasado, hasta su mediar, fue interesante; si nuestros padres hubiesen seguido las huellas espiritualistas y moralizadoras de las suyas, se hubiera producido una saludable evolución, no hubieran conseguido la felicidad humana, eso no es

obra para el hombre; pero hubieran logrado una grata armonía en todos los órdenes de la vida; no ha sido así, incurrieron en las mismas faltas que causaron la decadencia de civilizaciones anteriores; se han dejado desmoralizar, las consecuencias no se echaron de ver enseguida, pero todo germina y crece sin ruido, y en nuestros tiempos todo va más rápidamente que en la antigüedad, vino la catástrofe de la guerra mundial, producida precisamente por la pasión materialista del lucro, por el predominio del comercio y de la industria, y esa guerra fue la señal del desbordamiento de todas las pasiones mezquinas y apetitos groseros que en estado latente se hallaba en todas las clases sociales, parece haberse perdido toda noción de idealismo, de la vida y de las relaciones que de ella nacen, se tiene un concepto extraordinariamente materialista; así la mujer sale de la esfera que, bajo todos los conceptos, le es propia, siente el delirio por «hombrearse», se me dirá que eso es muy yanqui, es progreso; no digo que no lo será, pero así se perderá probablemente el más hermoso encanto de nuestros antepasados, que lo eran las dulzuras del hogar familiar, sostenidas por el cariño de la esposa y de la madre...Parodiando a La Fontaine diré: «Dios hace bien las cosas, sin necesidad de que hayamos la prueba.» Cuando nos hizo mortales, fue seguramente un favor que nos dispensó para descansar y adaptarnos mejor para otros destinos».

CAPÍTULO XI

REALIDADES POST-MORTEM: LA HUESTIA

La muerte del cuerpo y la muerte del hombre, según la Doctora A. Besant.— La inconsciencia de cada animal y la consciencia colectiva de la manada entera.— Curiosa ignorancia del fenómeno natural de la muerte en el que yacen algunos pueblos primitivos.— La importancia de la tumba entre los antiguos.— Las realidades por encima de nuestra visión corporal son mucho mas numerosas que las de esta visión.— Como el piano es el instrumento del pianista, así el cuerpo es el instrumento del hombre.— Un caso interesante.— El primer periodo post-mortem, según la respectiva clase de vida llevada aquí abajo.— Momentos premonitores de dicho período.— Lo que es la «Huestia» o «Santa Compañía» en el mito galaico-astur.— Un hermosísimo caso de «Huestia» relatado por un amigo fidedigno.— Consideraciones sobre estos y otros particulares importantísimos.

«Al estudiar el problema de la muerte, debemos distinguir y considerar separadamente dos cosas: la muerte del cuerpo y la muerte del hombre, dice la insigne Presidenta de la S.T.

Tal vez contribuya a esclarecer nuestras ideas si esquivamos el término indefinido «muerte» para hablar de destrucción del cuerpo y desaparición del hombre. La mayoría de las gentes, por creer que ellas son su cuerpo, confunden esas dos cosas. El temor a la muerte emana del error causado por el escaso conocimiento. Un mediano conocimiento, dijo el poeta Pope, «es algo peligroso;

bebed intensamente o no toquéis el manantial de las musas». (NOTA: Tanta importancia tiene la tumba para los antiguos –dice un autor– que un filósofo ha podido decir que en eso solo consiste la salvación religiosa del alma gentil. Sin sepulcro, los manes carecen de hogar, carecen de patria. La sombra de Melisa, la mujer de Periandro de Corinto, quejándose de tener frío porque su sudario no ha sido bien escogido, es un símbolo. Otros muertos tienen sed, tienen hambre, tienen penas. Explicando la concepción helénica de la sepultura, Lucrecio dice: «El hombre no puede separarse por completo de la vida, no puede despojarse de sí mismo, ni arrancarse del cuerpo, que yace tendido en la tierra; se imagina que eso es aun él, y de pie, al lado de su cadáver, lo anima y lo mancha todavía con su sensibilidad». Bajo la tierra, en efecto, la vida continúa su ritmo de venturas y desventuras. El que se ha convertido en cadáver, sigue existiendo. El culto de los muertos no es un sentimiento vago, cual entre los modernos, sino un rito estricto y tiránico. Cada familia adora a sus difuntos, como cada ciudad adora a sus héroes. ¿No se dicen acaso los «dioses lares»? Y dioses son, dioses íntimos, a los cuales se les pueden confiar todas las penas, sin miedo de que las desdeñen; a los cuales se les debe pedir que protejan nuestro brazo, aun en las acciones menos justas. Ellos son los creadores, a ellos les debemos la vida, ellos se perpetúan en nosotros. ¿Cómo, pues, teniendo un poder divino, no han de emplearlo en servir a sus adoradores? El lazo único entre los manes y los seres vivos es la sangre. Fuera del parentesco directo, no hay religión de la tumba. En las ceremonias conmemorativas, los que no forman parte de la familia turban la fuerza del rito. La ley de las Doce Tablas prohíbe hasta que se acerquen a una tumba, después del

día del entierro, los que no son parientes del muerto. «Este uso –dice Plutarco– está considerado como piadoso, pues puede temerse que los extraños vayan a violar la santidad del lugar». Los propios muertos se defienden contra los que no son vástagos suyos, cubriéndolos de males y de desventuras cuando se acercan a sus moradas subterráneas. Con estas creencias, la familia se fortifica, la raza se engrandece. El hombre sabe que más tarde va a ser un dios para sus hijos. Y esto sólo podría explicar la tranquilidad de los hermosos atenienses desnudos, que, en los mármoles del Cerámico, a los pies de la sagrada colina del Partenón, se despiden de la existencia con una nobleza grave y serena. El viaje que emprenden no es, quizá, el más agradable de todos. Pero es el más admirable, el más bello, el más profundo. Es el viaje para la divinización, el viaje para la deificación. FINAL NOTA).

Recuerdo la ocasión en que, desde mi ventana, en los confines de un desierto, observaba cómo una manada de cabras devoraba febrilmente las ásperas yerbas a la orilla de un arroyo. No tenían, de seguro, la más mínima noción de lo que el destino les tenía reservado a manos de los ganaderos y de sus amigos los musulmanes, quienes, a su debido tiempo, las sacrificarían, y con ayuda de la química maravillosa del sistema digestivo, procederían a convertir la carne de cabra en carne humana. Posiblemente, aun cuando disfrute de sus actividades y de la satisfacción de sus apetitos, aun cuando sienta, comprenda y juzgue que es un ser consciente, no piense la cabra: «Siento», «Pienso», «Quiero», y asocie las delicias de su conciencia con la existencia de un tal «Yo». Pero la manada, con un conocimiento superior, piensa mientras saborea sus raciones: «Esto me gusta», y,

ocasionalmente, atraviesa fugaz la idea por la mente: «Sin embargo, algún día esto tendrá un fin, pues he de morir.» Abandonada así misma, la cabeza no hubiera sabido ni pensado en ello.

En un tiempo, los más sabios entre las tribus de hombres hicieron el gran descubrimiento, llegando a la conclusión de que, tarde o temprano, los hombres, como todas las cabras, han de encontrar la muerte. Y nuestra manada de cabras lo aprendió, posiblemente, de sus madres, o de algunas otras personas, o no habrían pensado, usando las palabras del Bhagavad Gita: «Segura es la muerte para el nacido».

Se refiere, en verdad, de que aún existen tribus de hombres primitivos que no poseen este conocimiento y miran la cesación de las funciones corporales y la descomposición de las sustancias del cuerpo como el resultado de un accidente o de la hechicería. Algunas veces ellos conservan un cuerpo muerto pensando que todavía está vivo, y, aunque detenidas las funciones orgánicas, éstas volverán a la actividad en cualquier tiempo, es decir, cuando cese de ejercitarse el poder causante de la suspensión. Por consiguiente, no saben que el hombre muere, pero sí que puede ser comido, ultimado o absorbido.

Se cuenta de una tribu, no muy dotada de la miel de la bondad humana, que a fin de deshacerse de los viejos que han llegado a convertirse en estorbos –y para quienes la muerte natural no es esperada– les narcotiza y amarra a una piel de gamo, que abandonan en el bosque, cerca de un camino. Poco después llegan al sendero y disparan sus flechas sobre ellos, aparentando pretender que lo hacen contra animales selváticos. Finalmente corren

hacia ellos, lanzando lastimeros gritos por haber muerto accidentalmente a sus parientes.

La ciencia moderna nos aparta completamente de la creencia de las manadas de cabras. «Segura es la muerte para el nacido», nos dice y enseña realmente cómo acontece esto.

El examen de la materia de animales vivos o de plantas, nos revela la existencia de la sustancia llamada protoplasma, tanto en el hombre como en la medusa o en los vellos de las ortigas. Las más simples criaturas son justamente visibles bajo el microscopio como pequeñas masas de protoplasma. Criaturas como la humana difieren de las anteriores, en que el protoplasma en los hombres como en los animales, forma órganos complejos: estómagos, cerebros, pies.

Pero en ambos extremos, el simple y el complejo, así como para las criaturas que se encuentran entre éstos, existe una verdad general: puesto que la vida aparece en cualquier actividad, el protoplasma se consume y la muerte aparece. Citando las palabras de Huxley, es cierto que esta sustancia «no podría vivir sino muriera». ¿Por qué no ha de desaparecer, entonces, completamente cuando termine el acopio? Porque esta sustancia tiene otras dos propiedades: de nutrición y de reproducción. Puede la simple entidad proto plasmática envolverse alrededor de algunas otras sustancias, absorberlas y asimilarlas en su propia sustancia.

La entidad simple, puede reproducirse o multiplicarse por el sencillo proceso de dividirse en dos partes, cada una de las cuales pronto crece al tamaño máximo mediante la nutrición. Así, precisamente, por un complicado proceso, puede reproducirse la compleja manada de cabras.

Ahora bien, no existe la muerte natural para el simple

organismo, sino la posibilidad de destrucción por accidente o por falta de alimento. Posee un limitado poder de nutrición y de reproducción.

Sin embargo, existe la muerte natural para la manada de cabras. ¿Y por qué? Porque su protoplasma se ha especializado en diferentes clases de células; una de ellas se ha ocupado principalmente en la labor de la nutrición y la otra en el trabajo de la reproducción. Y la parte empeñada exclusivamente en la nutrición ha perdido su poder de ilimitada reproducción o de multiplicación. Ha construido este cuerpo complejo, pero es incapaz de mantenerlo para siempre. Y la otra parte, acumulada en los órganos de reproducción y que se ha especializado en este sentido, no toma su alimento directamente, sino que lo obtiene del resto del cuerpo. Esta parte de la manada de cabras no experimenta una muerte natural, sino que enfermedades eventuales; inanición y la falta de oportunidades puede llevar la vida a la consunción.

Tenemos aquí, en la continuidad de generación a generación, la inmortalidad física de aquellas células reproductoras.

De estas dos partes de nuestro ser físico es para el cuerpo, en el que nos alimentamos y movemos, para quien existe la certeza de la muerte. Pero, ¿qué le acontece al Yo que siente y se mueve? ¿Qué sucede con la desaparición del hombre? Existe una rama del saber que trata de estos problemas: es la psicología que investiga el psiquismo.

Todos sabemos por experiencia directa que los pensamientos y las sensaciones son invisibles para nuestros ojos, y que éstos no son partes visibles de nuestro cuerpo. Nos informa la física moderna que el calor y el sonido y

otras cualidades de las cosas, no tienen existencia material y que aun la materia misma escapa a la percepción de los sentidos, siendo tan abstractos como el espíritu.

Las realidades más allá del área de visión corporal, son más numerosas que las existentes dentro de esa misma área. En el proceso de cuidadosas investigaciones científicas, aquellos que marchan a la cabeza del movimiento científico mundial, se han convencido de la existencia de mundos o planos situados alrededor nuestro, que están fuera del área de visión de nuestros ojos, pero dentro de la poseída por el clarividente y al alcance de la intuición, los cuales son moradas del hombre cuando el cuerpo duerme o muere.

En mi conferencia sobre «El Poder del Pensamiento», he descrito algunas de mis propias investigaciones que confirman plenamente nuestro conocimiento al respecto. Os contaré, ahora, otra experiencia que tiende a robustecer la idea de que el hombre es el mismo cuando, durante el sueño o la muerte de su organismo físico, se desliza fuera de él.

Como el piano es el instrumento del pianista, así el cuerpo es el instrumento del hombre; claro está que es mucho más perfecto que aquél, porque se ha formado, desarrollado y modelado en respuesta al carácter interno del hombre.

Como prefacio a mi narración os declararé que aquellas personas que tienen un mayor dominio de sí mismas, que les place pensar y entregarse a las prácticas de la meditación, son las que tienen una vida más perfecta en los mundos internos.

Mi experiencia fue con un hombre así:

Una noche, mientras dormía en mi pieza, en Adyar, algo me despertó súbitamente. Me senté en la cama y, al mirar, pude ver hacia fuera a través de los campos, pues parecía que habían desaparecido las murallas de mi pieza. Allá lejos avanzaba un grupo de caballeros indos y, mientras se acercaban, la figura del centro se hacía más y más nítida. Era un anciano de característica fisonomía, cabellera y barbas grises, largas e hirsutas, y una manera peculiar de doblar, al andar, los hombros y rodillas. Cuando estuvo cerca, me dijo que era el padre de cierto estudiante que conocí en Madras, en una Escuela Superior. Me dijo, además, que sentía impaciencia por la educación de su hijo, y me rogaba hiciera lo posible porque éste obtuviera mejores notas, ya que las últimas estaban muy lejos de ser satisfactorias. Le repliqué que tomaría interés en el asunto y haría cuanto estuviera de mi parte para ayudarlo. Entonces, con una sonrisa de satisfacción el anciano desapareció.

Me acosté y proseguí mi sueño.

Al otro día encontré al estudiante, con quien hablé de sus estudios y de su hogar. Venía, como muchos estudiantes hindús, de una aldea lejana a estudiar a la gran ciudad de Madras. Se acercaban precisamente las vacaciones y el estudiante había de regresar a su distante hogar, donde, con generosa hospitalidad hinda, me invitaba cordialmente.

Nada le dije de mi visión de su padre.

Llegaron las vacaciones y el estudiante regresó a su hogar donde le seguí unos días después. Fue un viaje fatigoso: doscientas millas en ferrocarril y cerca de veinte a través de bosques y por montañas rocosas, senderos angostos y carreteras. Llegué a mi destino al alba o sea a las seis de la mañana. Golpeé a la puerta, ésta se abre hacia dentro,

y ahí está, de pie, el caballero de mi visión, el padre del estudiante. Este viene del interior de la casa, me presenta a él y hace de intérprete.

Sin referirme a la visión, le exprese mi reconocimiento: «¿De seguro que nos hemos visto en alguna parte, antes de ahora, verdad?». No, fue su respuesta. No podía conocerme, pues el anciano nunca abandono el grupo de aldeas donde residía. Pero decía que yo le era muy familiar y que me apreciaba, y sobre todo ansiaba que mejorara las condiciones educativas de su hijo. Después de permanecer con la familia cerca de una semana, regresé a Madras.

Poco después puse de tal forma en orden la educación del muchacho, que le fue posible permanecer en una ciudad del norte de la India, donde la visité en una jira de conferencias. Pues bien, tenía en esa ciudad como amigo un caballero musulmán que era un clarividente experto y exacto. Un día que sentados en un jardín hablábamos de nuestras experiencias, me propuso un experimento. Y éste era que, a una hora dada de la noche, cuando nuestros cuerpos estuvieran entregados al reposo, nos encontraríamos en la galería de una choza cercana. Y al despertar a la mañana siguiente, deberíamos esforzarnos por recordar nuestro encuentro nocturno y comparar nuestras impresiones.

Como quiera que sea, no me acordé más del asunto y cuando mi amigo se presentó con su bagaje de experiencias nada tenía yo que contarle.

–Fue una buena treta la que me jugó usted anoche –me dijo–.Yo le contesté: «Oh, yo no recuerdo, ¿qué pasó?».

Enseguida me contó que, después de abandonar el cuerpo, se dirigió a la galería y, en vez de encontrarme, vió un extraño que al repelerlo vigorosamente le dijo: «No se

acerque, mi hijo duerme aquí y yo estoy cuidándolo».

Acto continuo, mi amigo describió en detalle al anciano que se me apareció en Madras, que después visité en su aldea y que ahora aparecía nuevamente en una distante ciudad del Norte. Y su hijo el estudiante, vivía en la cabaña donde el apareció.

Fue este un ejemplo extraordinario de corroboración física de las actividades de un hombre en su cuerpo sutil mientras el vehículo denso está entregado al sueño. Esta experiencia es completamente familiar a todo genuino yogui hindo. Cito esto, como un incidente que subraya nuestro conocimiento adquirido en el curso de muchos años de investigaciones psíquicas.

Por consiguiente, se puede decir que, aunque el cuerpo sea destruido por la muerte, el hombre sólo desaparece. Y aunque éste salga de la esfera de la visión normal, aún está al alcance de la visión del clarividente.

¿Qué le acontece entonces?, es la pregunta familiar.

Muchas religiones coinciden en la declaración de que pasa a través de una serie de dos clases de experiencias, las que han sido exageradas en las descripciones más extravagantes de infiernos, purgatorios y cielos temporales. Es posible tal sucesión de experiencias, pero éstas dependen de las condiciones mentales del hombre.

Tiene en sus sensaciones: deseos (gustos y disgustos) y amores (afecciones desinteresadas). Y en su mente: los impulsos de la imaginación, la actividad de la inteligencia, la comprensión y el discernimiento.

Cuando el hombre revestido de su cuerpo de carne piensa con su cerebro físico, se asemeja al barco bien sumergido

por un gran lastre. Se mueve sobre una quilla firme. Antes de actuar, es verosímil que reflexione. Siente un impulso de decir o hacer algo, pero antes de hablar o de actuar, surge un segundo pensamiento y, si entonces obra, lo hace con discernimiento.

Si se le priva de su cuerpo físico, después de dos, tres o cuatro días –lo que duren sus hábitos físicos– habrá perdido su lastre y las dos partes de su naturaleza se ordenan por sí mismas. Al principio sus deseos y sus aversiones toman posesión de él y le arrastran impulsivamente a los lugares y las cosas que gusta y teme. Sus facultades de crítica están por el momento parcialmente suspendidas y su condición es muy semejante a la del hombre en estado de ensueño. Con la obtención de la relativa libertad emanada del abandono del cuerpo, ha perdido algo del propio dominio. Ahora es más esclavo que antes, no ya de los objetos externos sino de sus propios impulsos. Esto no reza con el hombre de voluntad de acero o con aquel que sustenta emociones desinteresadas, sino que con el hombre corriente, sujeto a ser gobernado por los deseos corporales o por el miedo a los objetos externos».

En otro libro de la señora Besant: *La Sabiduría Antigua*, encontramos una excelente descripción del primero de los dos períodos después de la muerte, complementando los conceptos anteriores. (NOTA: En cuanto a los momentos premonitores de la muerte misma, dice el cultísimo espiritista español Dr. Sánchez Herrero: «Desencarnación es la separación del espíritu y del cuerpo mediante el total desprendimiento del peri-espíritu, el cual, durante la vida intracarnal, consubstancializa al uno con el otro.

»Hasta ahora, para dilucidar este problema, solo se ha

querido oír la voz de la Patología. Hora es ya de escuchar a la Psicología trascendente, que tiene muchas y muy interesantes cosas que decir. Letamendi, que consideró este asunto desde el punto de vista de la ciencia patológica (el corpóreo), admitió en la muerte cuatro tiempos sucesivos: 1.º, agonía; 2.º, resolución; 3.º, metagonía, y 4.º, restitución. Ahora los estudiaré en detalle, uno por uno.

»Pero como tenemos tres especies y ese estudio comprende nada más que la sucesión de los actos de la carne enferma para transformarse en un cadáver, declaro que lo completare con datos de otros orígenes, referentes al alma y a su peri-espíritu.

»Primer tiempo: Agonía. Derivado este nombre de otro griego que significa lucha o combate, es la debilitación (*hipokinesia*) progresiva circulatoria y respiratoria, y termina en el momento en que se paraliza el centro respiratorio del bulbo, a causa de la intoxicación carbónica de la sangre. Esto es: que como por la dificultad respiratoria la cantidad de anhídrido carbónico va siempre aumentando en aquélla, y la de oxígeno disminuyendo sin cesar hasta anularse, esa parálisis bulbar llega de un modo automático, fatal, necesario, aunque *suave*,

»Segundo tiempo: Resolución. Es un acto instantáneo, provocado por la parálisis antes indicada. Es el momento que llama el pueblo, del último *suspiro*. Todo hace creer que no es doloroso nunca para el espíritu, por la sencilla razón de que se encuentra en plena inconsciencia. Quien contemple a un agonizante en estos dos primeros tiempos, se convencerá de que todo eso tiene el sello del más completo automatismo, como perteneciente a dos grandes funciones de la vida vegetativa (la circulación y la respiración) *no*

sometidas a nuestra voluntad.

»Tercer tiempo: Metagonía. Este, como el siguiente, pertenece ya al cadáver. Quiero decir, al orden físico. Por metagonía entiende Letamendi ciertos hechos que pueden darse en un cadáver, por causas puramente físicas. Como, por ejemplo: ciertos movimientos de las extremidades en los de algunos coléricos. Estos no se deben a vitalidad alguna, puesto que la actividad del principio vital quedó anulada en aquel cuerpo, sino a las grandes pérdidas de agua que sufrió, por las toxinas del bacilo vírgula de Koch, que deshidrataron los tejidos.

»Cuarto tiempo: Restitución. Así llamo Letamendi a la descomposición cadavérica. Si lo pienso despacio, encuentro esta palabra exactísima. En efecto: durante la vida intra-carnal, hacemos a la Tierra devoluciones *parciales* de la materia ponderable, que la tomamos prestada; pero en este momento, se la devolvemos toda. No podía menos de suceder así, teniendo presente que la ley de la conservación de la materia fue demostrada por Lavoisier, y es un hecho positivo que su cantidad total es invariable; pero sus transformaciones son indefinidas (Allan Kardec). Porque según el sitio que ocupe un átomo, así funciona de un modo distinto. Ejemplo: no hace lo mismo un átomo de hierro en un hematíe de la sangre, que en el cerrojo de una puerta, o en la reja de un arado.

»En el diccionario de Euledburg llamó el profesor Samuel *eutanasia externa* al conjunto de medidas que tiene que tomar el médico para que la muerte sea lo menos molesta posible (cloroformización de caridad, por ejemplo), y *eutanasia interna*, a la preparación del alma para morir bien. Según este autor, debe confiarse esta última a la

Religión y a la Filosofía. Pero lo que se quedó en el tintero, fue consignar que el estudio de la Psicología trascendental es el que transforma la esperanza en otra vida en científica certeza. Y, por tanto, que para enterarse de eso, ningún sér sensato aguarda a la agonía, sino que hace de esa ciencia, desde mucho antes, su estudio favorito.»

Hasta aquí lo que describió Letamendi y lo que puede ver cualquiera que examine a un agonizante. Ahora expodré la cuestión por dentro (lo que hace el alma). Tenemos las declaraciones de los médiums videntes en general, y en particular, las del americano Jackson Davis y del doctor Ciriax, de Berlin. Aparecen consignadas en el libro *Le Psychisme experimental*, por Alfredo Erny. París, 1895. Se trata del desprendimiento autonómico del peri-espíritu y se establecen tres tiempos:

Primer tiempo. En éste, todo el fluido del peri-espíritu, repartido por el organismo, se reconcentra en el cerebro físico. Es una atracción parecida a la que ejerce el imán sobre el hierro.

Segundo tiempo. Salida por el cráneo de todo el peri-espíritu (este sabemos que es el exacto *fac-símil* del cuerpo orgánico) y colocación del espíritu, así desprendido, a pocos pasos del cuerpo agonizante, del cual depende, sin embargo, por un tenue cordón fluídico, que, simple expansión del peri-espíritu, viene a terminar en la región que media entre el corazón y la cabeza. Se ha comparado al cordón umbilical por los que le han observado. Comparación muy exacta, como ahora se verá.

Tercer tiempo. Ruptura del cordón fluídico y completa libertad del espíritu errante, quien desde este momento puede dirigirse a donde quiera. Se ve, pues, que entre el

nacimiento carnal y el espiritual (como lo llamó Swedenborg (muerte en términos vulgares), hay analogía completa; allí una placenta y aquí un cadáver. Allí, un cordón umbilical que hay que cortar, y aquí otro fluídico, que tiene que desprenderse para sumarse al resto del peri-espíritu. Allí un niño o niña, vivo, y aquí un espíritu errante, aun turbado, pero más vivo que nunca. ¿Hay algo más claro? FINAL NOTA).

«Podemos, dice, distinguir tres divisiones.

El hombre de apetitos y de pasiones groseros, después de la muerte es irresistiblemente atraído a la vecindad de aquello que desea: licores, etcétera. Su sufrimiento dimana de la imposibilidad de satisfacer sus deseos.

Está empeñado con la materia grosera. Y no tiene gran imaginación y, más que nada carece de una fuerte voluntad para dominar y concentrar esa imaginación.

Después vienen aquellos que sustentan deseos más refinados y que tienen más fortaleza en la imaginación, y en la voluntad. Construyen, mediante el poder del pensamiento, los objetos de sus deseos y, muchas veces, sus objetos de miedo. Es éste un proceso análogo a la construcción de formas en el mundo físico; allá, la producción de la fuerza del pensamiento es rápida y tosca, al paso que aquí la producción del poder del pensamiento es lenta, pues tiene que emplear las manos para trabajar en la materia densa y está, además, sujeta a corrección y mejora por las leyes físicas y las rígidas propiedades de los materiales físicos.

A la tercera categoría pertenecen aquellos hombres que, por estar bien disciplinados, no sienten placer alguno en el fruto de sus propias imaginaciones. Tienen dominio sobre sí mismos y están positivamente ocupados en trabajar o

estudiar en la región astral.

«Este mundo –dice cierta escritura hindú– es el mundo de las causas, y el de después de la muerte, es el de los efectos».

Esto significa, que mientras vivimos en un cuerpo físico, creamos ciertos hábitos y nos empeñamos en ciertos sentimientos y pensamientos, y éstos deben consumirse como actividades en los planos astral y mental y, de este modo, producir pleno efecto en el carácter, el que sólo se vigoriza cuando emplea positivamente sus poderes y su conocimiento.

Y, sin embargo, el hombre corriente no puede comprender nuevas actividades; él está dentro del puño de hierro de sus propios vicios y virtudes, emociones y pensamientos.

Después de agotar los deseos inferiores, continúa con los superiores, los deseos espirituales del amor, la comprensión y la acción. Y cuando el hombre ha aprovechado en años o en centurias de vida celestial, las pasadas experiencias, al fin tiene éstas incorporadas a su carácter.

«Entonces –dice la misma escritura– las alas del alma se debilitan y el hombre cae de nuevo a la tierra».

El ansia por experimentar una vivida conciencia, clara realización del ser, le impelen nuevamente a reencarnar. Y en cada vida terrestre, trae las ganancias de los esfuerzos hechos en la vida anterior, ganancia que le reportará una más abundante cosecha de experiencias.

Sabemos que «segura es la muerte para el nacido». Por ser limitados, tanto el cuerpo en su crecimiento, como el cerebro en sus probabilidades y la variedad y la extensión

de las relaciones humanas y las experiencias materiales, es bueno y piadoso que así sea.

«Segura es la muerte para el nacido»: ella nos marca la etapa de progreso, que nos presenta nuevos paisajes de adelanto y perfección humanas ante las cuales, el alma sentiría vértigos, si no viera en el sendero del progreso la maravillosa expansión geométrica de su propia fortaleza».

En esta lucha hacia la perfección final; en este titanismo del alma para subir los peldaños de la Escala de Jacob, de su liberación post-mortem y de su progreso efectivo a lo largo de sus reencarnaciones y metempsícosis, nunca el alma está sola, aunque lo parezca: una legión de seres superiores a ella, o «maestros», y otra legión de seres queridos, o «padres», la aguarda allende la tumba para conducirla más o menos de la mano, en razón inversa de su progreso, de igual manera que otros «padres» y «maestros» la aguardaron antes, al nacer en esta vida física, porque la vida es continua.

Estas aserciones no son originales nuestras, ni tampoco de los tiempos modernos, sino que su raigambre arcaica se pierde en la noche de los tiempos, constituyendo el sublime mito celta de la *Huestia* o *Santa Compañía*. Que más al por menor hemos estudiado en el capítulo VIII, parte 2.^a de nuestro libro *El tesoro de los lagos de Somiedo*.

Remitiendo al lector a dicha cita, recordaremos hoy aquí tan sólo que según dicho mito, cuando un hombre va a morir, especialmente si su vida ha sido digna de semejante privilegio, una doble procesión de blancos fantasmas –los parientes y amigos por un lado, y los «maestros» por otro añadimos nosotros– se acerca «astralmente» al lecho del moribundo, da en torno de él siete vueltas solemnes en misteriosa liturgia, y al final de ellas se lleva el «doble»

del moribundo a las regiones hiperfísicas. Ver pues, la Huestia un vivo, equivale al clásico ejemplo del encuentro de Sigmundo y la Walkyria en el poema wagneriano de este último título, o al del justo bíblico cuando ve cara a cara a Jehovah: de allí a muy poco ha de morir...

Infinitos son los relatos que sobre la aparición de la Huestia llevamos catalogados en nuestros libros, paralelamente a la copiosa literatura que sobre ellos existe en nuestra Península. Hoy le toca el turno a un caso curioso que acerca de estas cosas nos refiere un respetable y fidedigno amigo, que rectifica este último aserto:

«En Cazorla (Jaén) –dice– vivió el tío Perote a mediados del siglo pasado. En sus mocedades, fue obrero del campo; después, gañán de un cortijo, y en el último tercio de su vida se dedicó a conducir y guardar los cerdos a la vez. Fue siempre amigo de la soledad, y no se sabe si padeció ataques de histeria o de epilepsia. Su tipo fue el de un hombre más bien bajo qué alto, enjuto de carnes, sin bigote ni barba y semblante moreno, tostado por el sol.

Como Cazorla era y es un pueblo agricultor, las familias que allí vivían, cuál más, cuál menos, tenían uno o más cerdos que, durante diez meses del año, confiaban al tío Perote desde por la mañana hasta por la noche, y esta circunstancia dio ocasión a que fuese tan conocido por el vecindario.

Pero el tío Perote descubrió una gracia que hacia siniestra su presencia. Se supo, de buena tinta, que veía *la procesión de los muertos*. El tío Perote soñaba, y, durante el ensueño, tenía una visión, consistente en una doble fila de frailes que salía del cementerio viejo, atravesaba la ciudad y llegaba hasta el cementerio nuevo. Cada fraile empuñaba una vela

encendida; pero a uno de ellos se le iba apagando la vela, y tropezaba y caía al llegar al término de su camino.

El tío Perote, ni corto ni perezoso, creyendo cumplir con un deber de conciencia, cuando en el fraile que tropezaba veía la cara de alguna persona conocida, se apresuraba a transmitir la noticia a un individuo de su familia, por lo cual sus visitas infundían terror, pues el fraile que tropezaba era el destinado a morir a los tres días de su ensueño.

Un día, en el otoño de 1888, en casa de don J.M. se presentó el tío Perote, diciendo que deseaba hablar con la señora. Fue una conmoción espiritual. Sin embargo, se le recibió. En casa de don J.M. vivía, muy enfermo, un hermano de la señora. El tío Perote fue a decir que la noche anterior le había visto caer. La noticia la dio el tío Perote delante de persona que aún vive, y ésta dice que a los tres días murió el hermano de la señora, su tío carnal.

Entre la gente vieja de Cazorla todavía se recuerda la figura del tío Perote y sus ensueños.

Notemos, en fin, que doña D.J. vivía en Cazorla. Monja exclausturada de uno de los conventos que había en dicha ciudad, era devota de San Pascual Bailón, a quien se encomendaba todos los días para que le avisase, con la debida anticipación, el de su muerte.

Una tarde, en el verano de 1877, se presentó en su casa el tío Perote, pretendiendo hablar con ella, y le anunció que había visto a un individuo de su familia en la procesión del sueño de la noche anterior, sin que pudiera precisar quién era. La monja le contestó que a quien había visto era a ella, pues ya San Pascual se lo había avisado aquella mañana.

La muerte ocurrió a los tres días inopinadamente, al

parecer en completa salud. Una sobrina suya fue al comedor por un vaso de agua, y cuando volvió se la encontró muerta en la butaca, donde la había dejado viva hacía un momento.

El tío Perote se vió, como en un espejo, en la procesión, con la circunstancia especial de que el fraile que le representaba tropezó con él en la puerta del cementerio nuevo antes de caer.

El tío Perote anunció su muerte, que ocurrió a los tres días, en medio de una salud aparente.

El matrimonio M. vivía en Cazorla, teniendo a su servicio una criada, a la cual llamaban Antonia la Ministra. El matrimonio M. sufría la pesadumbre de la muerte del padre del esposo, ocurrida en Jaén hacia unos seis meses. En la partición de los bienes había dificultades y faltaba un documento importante, sin el cual el matrimonio M. saldría muy perjudicado.

Una noche, a eso de las dos de la mañana, la criada, ya dormida, sintió que le tocaban en los pies, y despertó. Al abrir los ojos vió a los pies de su cama a un caballero vestido de levita, sombrero de copa y pantalón blanco, que le dijo: «No te asustes, muchacha, no vengo a nada malo. Dile a tu amo, mi hijo, que el documento que falta está debajo de la baldosa número nueve de la sala en la casa de Jaén, entrando a la derecha». La visión desapareció, y la chica quedó desvanecida.

Cuando se repuso un poco, se fue a la habitación inmediata, donde dormían sus amos, a los que refirió, temblando y azorada, todo lo que le había sucedido. El esposo le preguntó, reiteradamente, por las señas de su padre, a quien la criada no había conocido, ni oído hablar de él, puesto que era nueva en la casa, y la chica daba

referencias tan exactas que no daban lugar a duda.

Aquella misma noche, o al día siguiente, el esposo fue a Jaén, llegó a la casa de sus padres, entró en la sala, contó las baldosas, y debajo de la que hacía el número 9, a la derecha de la puerta, y que estaba removida encontró el referido documento.

Esta relación la ha oído el que la refiere, del interesado, que fue su padre, y añade que el fantasma dijo a la criada, al retirarse, que para que no la cupiese duda de que real y verdaderamente había estado allí, descolgaría un cuadro, como lo hizo, apareciendo, en efecto, dicho cuadro descolgado al día siguiente». (NOTA: «Cuando mi hermano Pedro concluyó la carrera de abogado, brillantemente por cierto, quedó su salud tan quebrantada que el médico recetó, como única e infalible medicina, una temporada en pleno campo, en regiones montañosas, si pudiera ser, agrega nuestro fidedigno comunicante.

Nuestra madre creyó que el decaimiento físico de mi hermano era debido a los excesivos estudios, pero no estaba en lo cierto. La causa era otra y bien distinta. Yo me la presumía y por eso me pareció muy acertado el mandato del médico. Lo que necesitaba mi hermano era poner tierra por medio. La distancia le curaría seguramente. Sólo entonces nos acordamos de que teníamos una parienta allá, en una aldea norteña. Se le escribió poniéndola al tanto de todo. Ella accedió gustosísima, y he aquí que un día tomamos el ferrocarril mi hermano y yo en busca de la salud, del descanso y del olvido. Nada de eso necesitaba yo por aquel entonces. No iba yo muy a mi gusto. Porque –será necesario que lo diga– yo tenía novia. Una muchacha que me quería mucho, muchísimo. Sólo el tiempo me ha

hecho ver lo que ella me quería. Yo la pagaba con la misma moneda.

Cuando se organizó el viaje de mi hermano, yo me opuse terminantemente a ir con él. Pero fue ella, mi novia, la que me lo aconsejó. Dentro de unos días iba a marchar con su padre a su pueblo natal, y no pensaban volver hasta terminado el verano. Estaríamos durante ese tiempo separados, así es que kilómetros más o menos, no iban a menguar nuestro cariño. Total, que me convenció.

Cuando me fui a despedir de ella se encontraba malucha. No era nada de particular lo que tenía. Pero le note una tristeza en la cara, que estuve por dejar que mi hermano se fuera solo. Más deseché toda aprensión y partí con mi hermano Pedro aquella misma noche.

Llevábamos ya más de un mes en plena montaña. Nuestra parienta, que era muy amable, nos había recibido regiamente. La buena señora, después de una retahíla de parentescos venia a deducir, no muy a las claras por cierto, el que con nosotros tenía. Le dimos por llamarla tía Ramona, que éste era su nombre de pila, y aquel el parentesco que nosotros le asignamos. Habitábamos en una casona en la que no echábamos de menos las comodidades de nuestra casa, gracias a la solicitud con que nos atendía la tía Ramona. Mi hermano mejoraba notablemente. No nos divertíamos. Eran mucha paz, mucho sosiego para nuestra juventud, pero no lo pasábamos mal. De noche era cuando nos dominaba el tedio.

Tía Ramona, después de cenar y de rezar el rosario, ibase para la cama. Nos quedábamos solos. Así transcurrieron los primeros días, pero pronto nos hicimos, mi hermano y yo, amigos de una vieja que habitaba una casucha próxima a la

nuestra. Todas las noches íbamos a hacerle compañía. Ella nos narraba bellas leyendas que nos hacían soñar con un país extraño, demasiado patriarcal, cuando no nos metía el corazón en un puño con narraciones espeluznantes, en las que había fantasmas, animas del Purgatorio, y que hacían que nuestros pelos se erizaran de espanto. ¡El demonio de la vieja!

Una noche, siempre que la recuerdo un temblor nervioso sacude todo mi cuerpo, una noche, digo, la viejuca nos estaba contando una de sus famosas leyendas; mi hermano y yo hacíamos burla y nos mostrábamos incrédulos con aquella serie de supersticiones que nos contaba, y entonces ella, con el objeto de convencernos, se apartó de su narración y dijo:

Non fagan burla, non. Cuando yo era pequeña fui una tarde al molillo. Me entretuve, y cuando di la vuelta para la mia casa era ya noche. Yo iba rezando, rezando, cuando veo allá lejos unas luces que daban vueltas y más vueltas, hasta que paráronse, y de dos en dos fueron subiendo monte arriba. Iba a seguir mi camino, cuando siento un frío muy grande y oigo un ruido muy raro. Lo mesmo pudiera ser el llanto de un niño que el chillido de una de esas ratas tan grandonas que van al río. Corrí cuanto pude, y cuando llegue a mi casa conté a madre lo que había visto y oído. Y mi madre, santiguándose, díjome que era la «Huestia», y que aquello quería decir que algún vecino se acababa de morir. Rezamos por su alma. Al otro día –prosiguió la viejuca– nos enteramos que había muerto Angelón. Angelón era un hombre muy viejo del que se burlaban todos los rapaces, menos yo. Y porque a mí me quería mucho quiso avisarme de su muerte y que viera el cortejo en el que iba su alma.

Aquella noche nos despedimos de la vieja narradora con

el decidido propósito de no ir a oírla más. Porque la verdad sea dicha, más de cuatro noches las pasamos en vela por las dichas narraciones. Al entrar en nuestro dormitorio, mi hermano dejó, por olvido, abierta la puerta, y por estarlo también el balcón se estableció una corriente de aire que nos trajo de la campiña olores de manzanas maduras y de heno reseco. Una carta que tenía sobre una mesita revoloteó por el suelo, y me agaché para recogerla. Era de doña Trinidad, mi futura suegra. La había recibido aquella mañana, y me extrañó mucho porque no acostumbró nunca a escribirme. En ella me decía que Lolita, mi novia, seguía mal, que no había mejoría, pero que no me alarmara porque bien mirado, decía, «sigue lo mismo, aunque algo más delicada porque ha habido complicaciones...»

No se expresaba con claridad. Algo quería ocultarme. Hacía tiempo que mi novia no me escribía, y ya le había participado a mi hermano mis propósitos de un rápido regreso. Me acosté, y a pesar de mi estado de ánimo debido a la lectura de la carta, cogí pronto el sueño. Ya de madrugada desperté sobresaltado. ¡Caray!, parecía que estaba a la intemperie. Mi cuerpo temblaba de frío, y cuando llegué al dominio de mis facultades y más tranquilo estaba, oí... ¡No cavia duda! ¡Aquel grito! Era la «Huestia». Me vestí, encendí un cigarro y empecé a dar paseos por la habitación. Mi hermano se despertó y me dijo bromeando e imitando al habla aldeano:

–¿Qué ye, hom? ¿Sentiste la «Huestia»?

– ¡Cállate, estúpido!– fueron las palabras más cariñosas que supe decirle.

Almorcé sin ganas y fuime a dar una vuelta por los pomares. Un rapaz me trajo un telegrama. Lo abrí, como

suelen abrirse todos los telegramas, con cierto recelo. Decía: «Lola gravísima. Enviote carta», y firmaba Juan Antonio, mi futuro cuñado. Lo que paso por mí en aquel entonces ni lo sabría explicar ni lo intento siquiera. Para saber lo que aquel lacónico telegrama no me decía, fui a ver a la narradora de leyendas, y la interrogué, y ella me contestó:

—Sí, señor. La «Huestia» se siente y se oye cuando algún ser querido se nos muere, y tan sólo la oye y la siente aquel que más quiere al que va a morir. Mire, señor, cómo la sentí yo cuando murió Angelón. ¿Y cuando murió el mío fiyu? Lo mismo. ¡Como me quería a mí el mío fiyo! Fue a la Habana en busca de dinero para su vieja, y allí murióse. ¡Pobrin! Entonces yo también sentí y oí la «Huestia» como cuando pequeñina murió Angelón.

No quise oír más. Me ahogaba. Quise recordar. Si. La había sentido. Aquel frío era su aliento helado. Y aquel grito... ¡Oh!, aquel profundo grito que no se parecía al llorar de un niño ni al chillido de una rata, era para mí hartito conocido. No quise creerlo cuando lo oí. Ahora no cabía duda. ¡Dios mío!

Cuando a la noche me trajeron la carta de Juan Antonio, sus ribetes negros fueron demasiado elocuentes. Vinieron a confirmarme lo que ya mi corazón sabía. FINAL NOTA).

Si fuésemos sinceros con nosotros mismos y se hiciese una buena estadística al efecto, a buen seguro que los casos de premonición de muerte, entre los que el de la Huestia es el más típico, abundan en términos que hacen verosímil, al menos, nuestra hipótesis de que la continuidad de la vida en ultratumba tiene una parte no menos interesante, que es la continuidad del amor y de la familia, al tenor del mito ario de los lares y penates, rama sublime de la primitiva

religión de la Naturaleza.

Las revistas de espiritismo muy especialmente traen a diario numerosas premoniciones de dicha clase, que no es ni piadoso ni científico el que nosotros las rechacemos en totalidad. Familias enteras, además –entre ellas las que suelen tener devoción a San Pascual Bailón, abogado se dice entre cristianos de la buena muerte–, nos cuentan la forma en que desde el más allá les son hechas semejantes llamadas: es, a saber, mediante los consabidos golpeteos en muros o muebles, golpeteos que siempre fueron clásicos muchos siglos antes del XIX, en que se conoció, como nadie ignora, el espiritismo. Otras veces es la caída inopinada de algún objeto, de un cuadro, por ejemplo, la anunciadora del fenómeno, o, en fin, algo como, con ocasión de la muerte de un sér querido, relato en el capítulo «Varios fenómenos psicológicos de mi, vida», en mi libro *En el umbral del Misterio*.

Por eso el culto de los muertos, despojado de la grosería con que le han desnaturalizado las religiones exotéricas, es algo connatural al hombre y cosa demasiado seria para que sobre ella no se deba hacer algún día el estudio detenido que por su importancia merece.

« ¡Los muertos mandan! », que siempre se dijo...

CAPÍTULO XII

ARCANA COELESTIA

Somos una Chispa Divina que va pasando por múltiples estados de conciencia.— ¡Pienso, luego soy! .— Man, es «Pensamiento» y «Hombre».— Toda «realidad» anterior es «ilusión» para la «realidad» siguiente.— «Tú, eres ello».— Lo concreto y lo abstracto.— Somos, en todos los momentos, una conciencia subliminal, y en cada momento una conciencia manifestada.— Individualidad y personalidad.— Los «estados místicos».— Las dos ramas ascendente y descendente de la gran «parábola de la vida».— Perihelio y afelio psíquicos.— Sentencia semi-panteísta de San Agustín.— Nuestra «órbita» o camino de reencarnación y desencarnación.— El Mercurio astrológico-Budhi o «el Señor-Hombre».— Las esferas planetarias y nuestras metamorfosis evolutivas.— La «órbita» de nuestra alma es más «excéntrica» que la de la Tierra, pero varía de individuo a individuo según el grado de su evolución.— La «órbita» de las almas perversas.— «El alma humana es superior a todo cuanto pueda saberse de ella».— Hemos perdido el lenguaje adecuado para hablar debidamente de tales cosas.— La más pura fuente de nuestra «sofrosine».— Los muertos viven primero en la conciencia de nuestro recuerdo y luego en la íntima inconciencia o superconciencia del amor.— La «Memorabilia» y la «Arcana Coelestia de Swedenborg».

Ha llegado el momento de hacer punto final en un problema que, merced a la riqueza de datos que le caracteriza, es, a bien decir, interminable.

«¿Quiénes somos?», es la primera pregunta de la Esfinge filosófica, pregunta a la que categóricamente respondemos que no somos sino una Chispa de la Divinidad Abstracta, Incognoscible y sin Nombre que va pasando por múltiples estados de conciencia. En cada uno de tales estados y en medio de la infinita variedad que a ellos caracteriza, hay algo esencial y permanente, fiel reflejo de aquella latente Divinidad Interior, y nuestra conciencia psicológica se formula a sí misma la famosa sentencia de la Filosofía: «¡Pienso, luego soy! » *Man*, es «Pensamiento» y «Hombre».

Todo el devenir evolutivo se va traduciendo en sucesivos estados de dicha Mónada consciente, que ella toma primero como otras tantas realidades para terminar deputándolas como ilusión al ascender a un plano de conciencia superior, nuevo estado en el que más tarde acaba por acaecerle lo mismo, a la manera de la evolución física del niño cuando va cambiando por otras tantas realidades ulteriores: primero el claustro materno, luego el pecho que le amamanta, después los juegos infantiles, las pasiones de la juventud, los anhelos de la virilidad, la familia, los ideales terrenales y superterrenales, etc., etc. Trajes diversos de que se va revistiendo y va luego abandonando nuestra conciencia psicológica, como en la vida social vamos cambiando el traje usado por el traje nuevo, o cómo vamos arrojando prendas de vestir al pasar del invierno al verano.

Conocida a este propósito es aquella parábola hindú, del discípulo que hizo al maestro una pregunta análoga a la que

nos ocupa « ¡Tú eres ello! », respondióle ambiguamente el maestro. Entonces el discípulo pensó primero que él era su cuerpo físico, mas, como le viera cambiando, se dijo a sí mismo que lo que cambia no podía ser él, sino su física vestidura, creyó luego que él era emoción, mas vió a si mismo hartó pronto que nada cambia más en nosotros que las emociones, remontóse después al orden de las ideas y violas cambiar también, hasta que al fin llegó a la misma conclusión nuestra, de que no somos sino estados de conciencia de un algo abstracto e inconcebible que nos permite identificarnos con nosotros mismos a través de los más varios estados evolutivos.

Los ejemplos matemáticos, en esto, como en todo, son los más expresivos. A medida, en efecto, que se van manifestando las unidades de un sistema cualquiera, empieza a latir y a manifestarse el concepto abstracto de la decena que las une, como a medida que marcha la rueda de los segundos de un reloj, comienza a interesarse en la marcha también la rueda de los minutos, enlazada con aquélla. Van así pasando también las decenas y manifestándose sucesivamente las centenas, los millares, las decenas de millar, etc., como la rueda de los minutos empuja al final a la de las horas y las horas, transcurriendo, sin interrupción, forman los días, meses, años, lustros y siglos. Porque, a bien decir, en la numeración, como en la naturaleza toda por la numeración medida, la ininterrumpida sucesión de unidades o «estados de conciencia» sería en sí misma el caos si la divina «conciencia superior» o «unidades de superiores órdenes» no estableciese, con su unidad sintética, la necesaria armonía.

Cabrá, si, preguntarse ante lo indefinido de tales

seriaciones cuál ha sido la primera o más ínfima unidad y cuál habrá de ser la última; pero a tamaña interrogante solo cabe responder con los brahmanes, que nosotros no conocemos sino la zona media de todas las cosas, y que el principio y el fin de ellas escapará por siempre a nuestra investigación razonadora, ya que no, como diría Schopenhauer, a nuestra intuición mística, que se siente siempre unida a ese «Nada-Todo» Inefable de la que todo emana y a la que todo vuelve.

Semejante «cuarta dimensión» del serial metabolismo de nuestra vida y nuestra conciencia resume, como la noción de Tiempo, cuanto podemos concebir acerca de aquella pregunta, diciendo: «Somos, en cada momento, una conciencia manifestada; somos, en todos los momentos, una conciencia subliminal que se conoce a sí misma como distinta de los mundos o «planos» en los que sucesivamente se manifestó, planos que fueron su realidad transitoria o «mayávida» mientras que la conciencia estuvo a nivel de ellos, pero que resultaron al fin ante sus ojos pura ilusión o «maya» así que ascendió evolutivamente a planos o mundos superiores».

La lengua latina, tan rica en la ideología filosófica del pueblo que la creó, tiene dos palabras antitéticas para expresar los respectivos conceptos de aquello que en nosotros no cambia y de esotro que está siempre cambiando.

Lo primero se designa con la palabra *individuus*, *individua*, *individuum*; el ἄπμοϛ griego, es decir, «lo que es esencial y en tal concepto no puede ser separado» o, como si dijéramos *duos in divi*, la Divinidad al par manifestada e inmanifestada: manifestada en su conciencia actual de cada caso y «todavía» por manifestar en la conciencia superior

o ulterior habrá de revelarse después.

Lo segundo, lo ilusorio que siempre cambia, está expresado a su vez por la palabra *persona*, *persone*, máscara, como aquella con la que los histriones representaban a los hombres elementales, bestias, etc., en las fiestas dionisiacas, es decir, lo transitorio e ilusorio, el «vestido» que recubre a la individualidad verdadera a lo largo de sus múltiples manifestaciones en los mundos...

Los occidentales, merced a nuestro innato personalismo, concebimos harto mal estos estados superiores de la conciencia sucesiva nuestra y que son otros tantos estados «místicos» para los que le preceden y otras tantas «ilusiones» para los que le siguen. Únicamente por ejemplos analógicos podemos mal que bien representárnoslos.

El dolor, el trabajo, la lucha y cuantas otras situaciones de morbosidad física o psíquica experimentemos, hacen descender nuestra conciencia hacia mundos inferiores, a la manera como las digestiones penosas durante la noche llevarnos suelen a esos horrendos estados de la conciencia en sueños a los que llamamos «pesadilla». Los estados hígidos o de salud de nuestro cuerpo, en cambio, se caracterizan por la inconsciencia con que cada órgano opera sus funciones respectivas, como si la conciencia «personal» de cada uno de ellos estuviese trascendida a la conciencia física superior del organismo entero. Pero cuando nuestra imaginación o facultad emocional entra en funciones –en un espectáculo teatral, verbigracia, que nos absorba por completo– la misma conciencia de nuestro cuerpo físico desaparece, dándonos, como vulgarmente se dice, los mejores y los peores ratos de nuestra vida. Un grado o más todavía por encima de este último estado se hallan

los llamados «estados místicos» o apoteóticos, el delirio «epóptico», del que se dice que no fue experimentado por Plotino mismo sino tres o cuatro veces en su vida.

Ahora se comprenderá también la razón de porqué las drogas productoras de los «paraísos artificiales» Pueden anticipar más o menos, aunque de un modo patológico, esos estados de dicha que nos aguardan allende la tumba, drogas que, al paralizar la actuación de la conciencia en los planos inferiores, la despiertan en los superiores, si bien, por adelantarse con ello a la tranquila marcha de la ley natural, lo haga siempre a costa de un evidente daño o violencia para el organismo.

Las otras dos preguntas de «¿De dónde venimos y a dónde vamos?», se reducen, en verdad, a una sola, dada la ley cíclica o cíclico espiral que venimos evidenciando en todos los fenómenos de la Naturaleza, ley en parte alguna mejor patentizada que en las órbitas de los astros que permiten la reproducción inversa de los fenómenos en la mitad ascendente y en la mitad descendente, ramas de la gran «parábola de la vida» de perfecta simetría entre sí, como simétrico, con su «sístole» y su «diástole» respectiva o estados «radiante» y «latente», es todo cuanto nos rodea.

Decimos «parábola de la vida» quizá con impropiedad geométrica, porque nuestra «Mónada» o «Conciencia Superior» en cada ciclo de encarnación y desencarnación describe más bien una «elipse» en torno del Sol y del «Espíritu del Sol», y ésta sí que es la base de la verdadera astrología. Casi todos los capítulos que anteceden están consagrados a evidenciar esta sublime verdad mística.

En efecto, dada la ley universal de armonía, todo cuanto

acontezca a los seres terrestres debe estar regido por la ley astronómico-biológica de la Tierra misma en que habitan, es decir, que dichos seres han de tener, como el Planeta donde moran, su «perihelio.» Y su «afelio» psíquicos. El paso de aquella «Mónada» desde el perihelio al afelio se llama en ocultismo «encarnación» o «caída», y el retorno cíclico del afelio al perihelio, «desencarnación», «resurrección» o «retorno» a la celeste morada solar de donde saliera. Si el Sol o su «Espíritu» es el «Dios del sistema planetario», la célebre sentencia semi panteísta de San Agustín, de «para ti nos creaste, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti», no es sino la mística revelación de este movimiento de acercamiento y alejamiento, verdadero verano e invierno, en cierto modo, de nuestros planetarios o «astrales» vivires como seres manifestados.

Pero nuestra órbita o «camino de reencarnación y desencarnación», dicho sea siguiendo el símil matemático, es mucho más excéntrica que la propia orbita de la Tierra, porque, a la manera de los cometas planetarios y como tal efectivo y psíquico cometa, si su afelio está en la órbita de la Tierra, su «elipse» corta en no pocos casos a las órbitas de Venus y de Mercurio, y su perihelio está situado entre el Sol y este último planeta. De aquí la importancia astrológica que el Ocultismo asigna a estos dos planetas, sobre todo al segundo, al decirse en *La Doctrina Secreta*, de H.P. Blavatsky:

«Mercurio, como planeta astrológico, es mucho más misterioso y Oculto que Venus, e idéntico al Mithra mazdeista, el Genio o Dios establecido, según Pausanias, entre el Sol y la Luna, el compañero perpetuo del «Sol»

de Sabiduría. Pausanias (libro V) le muestra teniendo un altar en común con Júpiter. Gozaba de alas para expresar que asistía al Sol en su curso, y era llamado el Nuncio y el Lobo del Sol, «solaris luminis particeps». Era él por eso el jefe y evocador de las Almas, el gran Mago y el Hierofante. Virgilio le describe tomando su vara para evocar las almas precipitadas en el Orco: «tuum virgam capit, hac animas ille evocat Orco». Es el áureo Mercurio de las teogonías, el χρυσοψαής Ἐρμῆς a quien los hierofantes prohibían nombrar. Está simbolizado en la mitología griega por uno de los lebreles vigilantes que cuida del rebaño celeste (Sabiduría Oculta) o Hermes Anubis, y también el buen daimon o Agathodaemon. Es, también, el Argos, que vela sobre la Tierra y todos sus seres, y que ella toma equivocadamente por el Sol mismo. El emperador Juliano oraba todas las noches al Sol Oculto, por la intercesión de Mercurio, pues, como dice Vossius (*Idolatría*, II, 373), todos los teólogos aseguran que Mercurio y el Sol son uno... Es, en fin, Mercurio el más elocuente y sabio de los dioses, lo cual no es de extrañar, pues que se halla tan cerca de la Sabiduría y de la Palabra del Dios solar, que fue confundido con ambos.»

«Hermes», «Herr-man» o «el Señor del Hombre», como uno de los sobrenombres de Mercurio, expresa por sí solo nuestra idea, porque si Atma, el séptimo principio, o la Mónada humana, es místicamente el Sol, «Budhi», nombre sánscrito de Mercurio, representa a su vez el Sexto Principio, inseparable del Séptimo, o sea la Esfera u órbita de dicho planeta hacia donde tiene su perihelio, como va indicado, la Mónada humana en cada ciclo de encarnación. Por eso Plutarco, en la hermosa sentencia ocultista de *Isis*

y *Osiris*, que hemos puesto a la cabeza de esta obra, dice que «cuando ocurre la primera muerte o muerte física, «Hermes», el eterno vigilante o «lebrél», que preside al conjunto «Hombre», arranca violentamente el alma del cuerpo para llevarla a la región lunar o de Persefona, evocándola del mundo inferior u Orco, en el que yaciese como aprisionada y peregrina. De aquí que Juliano, al dirigirse al «Sol espiritual u Oculto» que anima a los hombres y a los astros, lo hiciese por mediación de su Alma Espiritual (Budhi o Mercurio), y esta es una de las razones que tuvo sin duda H.P.B. para afirmar en el comienzo de su *Doctrina Secreta* que «hay una íntima correspondencia astrológica o vital entre los principios humanos y los respectivos planetas del sistema solar», a saber, que el Sol es el Séptimo principio del dicho sistema y del Hombre; Mercurio-Budha es el Sexto; Venus-Sukra, la Mente Espiritual o abstracta; la tierra, la mente concreta aprisionada, en parte, en la región del Kama-Manas o «de las pasiones» demarcada por la órbita o esfera de la Luna, astro que, si bien en el novilunio se acerca más al Sol que la Tierra, en el plenilunio a su vez se aleja más, esto es, penetra en «regiones más inferiores», al tenor de la natural seriación de las «esferas planetarias».

Por más que estas sublimes cosas parezcan a los escépticos «cosas fantásticas de Oriente», hoy es un hecho indudable que los potenciales físico-químicos del Sol como «Manantial de Vida», decrecen en razón de la primera, segunda, tercera o cuarta potencia de las distancias, por lo que una «Mónada» humana que en «elipse muy excéntrica», cual la de los cometas del sistema, las corte sucesivamente a todas en su ciclo de encarnación,

habrá de tener más elevación, más espiritualidad o más poderes a medida que se acerque a aquel divino Foco, y menos, a medida que se aleje, y en ello, pues, estriba la serie de transformaciones, metamorfosis o «metempsícosis» sucesivas de su ciclo. Los capítulos del presente libro no han hecho sino esbozar de muy pobre manera semejantes transformaciones que, más o menos veladamente, se hallan insinuadas en los libros religiosos, sobre todo en la Astrología del viejo y calumniado paganismo.

Por supuesto que cada alma, en el actual estado evolutivo, tiene su correspondiente ciclo de encarnación, y en él una «excentricidad» mayor o menor, según los grados de su espiritualidad respectiva. Ya lo insinuó, como iniciado que era, el mismo San Pablo, al decir en su Epístola I a los corintios, que «hay un alma material y un alma espiritual..., y que, al morir, todos resucitaremos, pero no todos seremos mudados», lo que equivale a indicar que, si bien todos saldremos de la Tierra o «resucitaremos», con la muerte, no todos seremos cambiados de «lugar planetario». Un alma vulgar, apegada sólo a las cosas de la Tierra, puede tener una órbita psíquica tan poco excéntrica como la Tierra, esto es, no salir del «anillo» u órbita demarcado en el espacio planetario por la Tierra misma, y en ella reencarnar más o menos pronto después de haber desencarnado, cual esas nubes que en tiempo de calma del viento se disuelven y condensan en un mismo lugar. Un alma absolutamente superior, tal como la de Gautama-Buddha, verbigracia, tendrá, en cambio, una excentricidad tal que en su perihelio psíquico, al desencarnar, trasponga sucesivamente las cuatro «esferas»: la Tierra, la Luna, Venus y Mercurio, y quede en el Sol para no volver ya más a

continuar su «humano» ciclo.

Entre estas dos clases tan opuestas de seres, cabe clasificar las órbitas psíquicas de las almas. Las vulgares, en sus dos clases principales, yacerán siglos y siglos aprisionadas entre la Luna y la Tierra, las más elevadas, al morir, serán libertadas o «mudadas» de este par conjugado de astros, o sea llevadas en su perihelio psíquico a las regiones más excelsas de Venus y de Mercurio. Las almas perversas, en fin, quizá tengan en la órbita terrestre, no su «afelio», como las otras, sino su «perihelio», por lo cual este miserable estado que para nosotros lo constituye la vida en el «valle hondo y obscuro, con soledad y llanto» del místico Fray Luis de León, sea para ellos, sin embargo –y toda su triste psiquis, en efecto, parece demostrarlo– un efectivo «cielo», dentro de la relatividad de todas las cosas en el universo, a la manera como en la vida ordinaria, la taberna, el lupanar y tantos lugares «infernales» o «inferiores» son, para las almas degradadas, un efectivo «paraíso» donde se encuentran como en su casa.

Como dijo Emerson, «el alma humana es superior a todo cuanto pueda sospecharse de ella, y más sabia, por descontado, que cualquiera de sus obras». Nosotros, sepultados temporalmente en este mundo de materia grosera que impide todos nuestros movimientos espirituales más libertadores y elevados, no podemos formarnos ni la más remota idea de esos estados trascendentes post-mortem que aguardan a los «virtuosos», es decir, a los «fuertes», según la etimología. En nuestro letal positivismo hemos pervertido hasta el lenguaje propio y adecuado para hablar de estas cosas, porque, como añade el mismo autor, «la corrupción del hombre va seguida de la corrupción del

lenguaje, y cuando la sencillez de carácter y el dominio de las ideas son destruidos por el predominio de los deseos secundarios: el de placer, el de poder, riqueza, gloria, etc., la falsedad y la doblez ocupan el puesto de la sencillez y de la verdad; el poder de la Naturaleza se pierde hasta el último grado; la nueva imagen cesa de crearse y las antiguas palabras se pervierten al tomarlas por cosas que no son. El papel moneda se emplea cuando no hay oro en nuestros escondrijos...Pero, a su debido tiempo, se evidencia el fraude, y las palabras pierden todo su poder de estimular el entendimiento o los afectos. Pueden ser encontrados centenares de escritores en todo país civilizado que por un corto tiempo creen y hacen creer a otros que ven y anuncian verdades, alimentándose conscientemente, sin embargo, del lenguaje creado por los principales escritores de su país, a saber, los que primitivamente se apoyaron en la Naturaleza. No hay un hecho, no hay un acontecimiento de nuestra existencia que tarde o temprano no deba perder su forma inerte y asombrarnos al tomar su vuelo desde el fondo de nuestro cuerpo hasta el Empíreo».

Tal sucederá andando los tiempos con estas cosas del «cielo» o «cielos» a los que los justos ascienden con su muerte, y ello acontecerá sin duda cuando llegue el Fausto día ensoñado por Claude Bernarden que el religioso, el filósofo, el artista y el científico hablen un solo lenguaje y en él puedan entenderse todos.

Semejante lenguaje no es sino el «astrológico», que vamos diseñando, porque la cosa más natural del mundo es la de que, cuando se salga de un lugar se vaya a los inmediatos, o, al menos, se pase por éstos gradualmente para alejarse hacia los más remotos. Y ¿qué cosa más

natural entonces que, a la manera de los gases producidos en la superficie de la tierra, que van al depósito común de la atmósfera, vayan a esta misma atmósfera en sus diversas y sucesivas capas, ya por la ciencia evidenciadas como vimos?; o ¿qué cosa más lógica, asimismo, que al perder el alma por sucesivas depuraciones su «densidad» moral o grosería, vaya elevándose más y más hacia la Luna, astro que viene a ser así como un planeta que gira en torno de la Tierra como sol, y que, visto desde las demás comarcas planetarias, parece como demarcar en el espacio la parte más «superficial» o alejada de la misma Tierra?; ¿qué hipótesis «positivista», en fin, cabe forjar mejor que la de imaginarnos a nuestra alma, o sea a los «diferentes estados de nuestra conciencia», volando como la mariposa de Psiquis hacia las regiones al Sol más vecinas, es decir, más vecinas al «dios» de nuestro sistema?

Mientras no hubo bastantes caracteres morfológicos para clasificar, por ejemplo, los peces, se acudió a clasificaciones artificiales basadas en tal o cual detalle diferencial o característico de ellos. Mientras que la ciencia no nos suministre cosa mejor, más cierta o más bella, nadie nos podrá llevar a mal que acudamos a la hipótesis que parece más lógica, y es la de que nuestra «conciencia psicológica», allende la muerte física ha de ir extendiendo hacia su fuente de origen, que es el Sol, en su triple aspecto místico, su esfera de acción, de igual modo que va extendiendo el cuerpo desde que abandona el claustro materno su esfera de acción a regiones más próximas o más remotas de la superficie de la Tierra.

Esto, aunque verdad no fuese, puede contribuir como nada en el mundo a proporcionarnos esa «interior

satisfacción», esa efectiva «sofrosine» griega que nos es tan necesaria para vivir un poco más tranquilos y más en justicia los fugaces días de nuestra vida física. Si la Naturaleza diseña con anhelos en cada edad las futuras realidades del mañana, ¿por qué el anhelo de los anhelos, el ansia naturalísima de visitar otros mundos del espacio, no ha de tener su lógica realización al menos en los que nos son más familiares y vecinos? Y entre estos mundos, ¿cuál anhelo mejor que el del Sol, esa áurea «Custodia» de los cielos, sin el cual ni se concibe siquiera la vida en ninguna de sus manifestaciones?

Jorge Redembach decía que «los muertos mueren en nosotros por segunda vez cuando el decurso del tiempo los va alejando de nuestra memoria y empezamos a olvidar sus rasgos, sus facciones y su voz. El tiempo encapota enniebla nuestros recuerdos, y un día sentimos la tristeza de no poder evocar sino muy vagamente cómo era en vida aquel sér al que tanto amamos». Pero ello es un simple error de perspectiva, porque lo que nos acontece con los que se fueron es igual que lo que sucede con todas las ideas y sentimientos, a saber: que pasan de la esfera consciente a la inconsciente, o sea de lo externo a lo íntimo, y que viven en nosotros en lugar de vivir fuera de nosotros en la más Santa e inefable forma del mito de la Huestia. Viven, como vive en nosotros la fuerza solar que aprisionamos por la respiración y por el alimento; viven, como yacen aparentemente dormidos, pero perfectamente evocables por el amor, todas nuestras ideas, emociones y hechos pretéritos.

Además, si nuestros muertos queridos pierden poco a poco en nuestra representación imaginativa la forma que aquí tuvieron y con la que nos los representamos, acaso es

porque, por pasar desde su desencarnación celeste vuelo a las alturas, van ellos perdiendo su forma también para constituirse en verdaderos y proteicos «ángeles», como aquellos que en sus ensueños místicos viese el clarividente e iluminado Swedemborg en los deliquios que luego constituyeron esos admirables libros suyos titulados *Memorabilia y Arcana Coelestia*, que hoy nos va dando de nuevo en español la meritísima revista religiosa valenciana *Heraldo de la Nueva Iglesia*.

Y al llegar aquí es donde verdaderamente tenemos que lamentar esa corrupción del lenguaje de que, con Emerson, hablábamos en párrafos anteriores, porque hoy, efectivamente, ya no existe lenguaje adecuado para ocuparse del modo subliminal que el tema exige, de aquellas «realidades imaginativas» del místico sueco ¿Quién se atreve hoy, en efecto, sin caer en el ridículo, a hablar con Swedemborg de las «múltiples moradas del Padre celestial» (Juan, XIV, 23); las correspondencias celestes con todas las respectivas cosas de la Tierra, a la manera como se corresponden por octavas todas las notas de una orquesta, en fin, y las consecuencias que lógicamente se derivan de tales correspondencias en cuanto a campos verdaderamente éliseos o «del sol» flores, aves, mieses viviendas humanas etcétera etc. en perpetua primavera? Las «tierras quinta, sexta y séptima» descritas con excesivo lujo de detalles por el místico cristiano en el final de su *Arcana*, con notas a veces sublimes pero a veces también grotescas no pueden no ser descritas en vil prosa aunque ella sea excelente prosa latina sino en verso y con música porque las palabras de aquí abajo manchan y afean con su prosaísmo envilecido la indescriptible poesía de aquellas posteriores realidades de

felicidad compensadora de nuestros actuales dolores que nos aguarda más o menos a todos allá arriba.

**FIN DE «LA ESFINGE»
Y DEL TOMO III**

ÍNDICE

Prefacio.....	5
CAPÍTULO PRIMERO	
El Edipo Humano. El Eterno Peregrino.....	25
CAPÍTULO II	
Los Epiciclos de Hiparco y los «Ciclos» Religiosos...	52
CAPÍTULO III	
Las Hipóstasis.....	78
CAPÍTULO IV	
Kaos-Theos-Kosmos.....	105
CAPÍTULO V	
Complejidad de la Humana Psiquis.....	131
CAPÍTULO VI	
Más sobre los Siete Principios.....	157
CAPÍTULO VII	
El Cuerpo Mental.....	183
CAPÍTULO VIII	
El Cuerpo Causal o Mental Abstracto.....	209
CAPÍTULO IX	
La Supervivencia.....	235
CAPÍTULO X	
La Muerte, y el Más Allá de la Muerte.....	260
CAPÍTULO XI	
Realidades Post-Morтем: La Huestia.....	286
CAPÍTULO XII	
Arcana Coelestia.....	312

